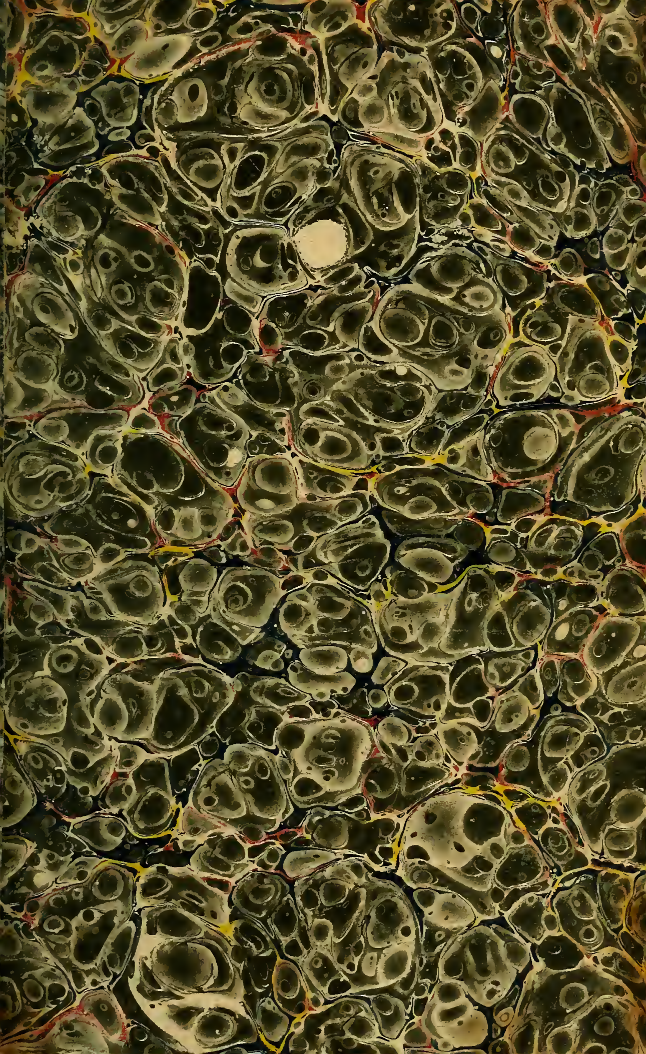



George Ticknor.
SUUM CUIQUE.
L. 5.









DE GRANADA,

POR

Ginés Perez de Hyta,

vecino de Murcia.

TOMO I.

Madrid:

En la Imprenta de D. Leon Amarita.

1833.

PRÓLOGO.

Se ha reimpreso esta obra, porque siendo una de las mejores que tenemos de honesto recreo, se habia hecho rara: su lectura deleita tanto, que quien una vez toma el libro en sus manos, no puede luego soltarle hasta la conclusion. Fue el embeleso de nuestros mayores, que aprendian de memoria los bellísimos romances que contiene; se tradujo al francés y al italiano, interesando tambien á los estrangeros; ha dado materia y argumento á varias composiciones dramáticas, antiguas y modernas, y servido de modelo para escribir otras obras análogas, principalmente á la del caballero Florian, intitulada *Gonzalo de Córdoba*, que es en el dia la mas conocida, y en mucho estimada.

Ginés Perez de Hyta proponiéndose escribir de las *Guerras Civiles de Granada*, nacidas primeramente entre los moros durante la agonía de su dominacion en España, y escitadas despues por los mismos contra los cristianos que los habian subyugado, reunió un gran número de noticias curiosas sobre aquellas gentes, que no se encuentran en ningun otro escritor antiguo español. Dió

su obra en dos partes, tocantes á dos épocas distintas y notables de nuestra historia.

En la primera parte inserta la cronología de los Reyes de Granada bajo el dominio de los moros, el nombre de los pueblos de su jurisdiccion, y el de las familias mas distinguidas del Estado; describe los palacios, jardines, mezquitas, y obras mas suntuosas de la capital; y despues introduciéndonos en ella, reinando Boabdilin, su último Soberano, nos revela los amores, celos, intrigas y competencias de las damas y caballeros mas principales de la Corte; nos acompaña á sus saraos, juegos y regocijos; nos declara sus bandos y parcialidades, y nos lleva á ver sus escaramuzas y desafios. Pinta á Boabdilin ingrato á su virtuoso padre Mulahacen; crédulo, alucinado, é inícuo contra su esposa, á la cual en fuerza de un grosero chisme urdido por los vengativos Zegríes, sus cortesanos, acusa del crimen de adulterio, poniéndola en la necesidad de encontrar quien venza en singular batalla á sus cuatro furibundos acusadores, ó perder su honor y la vida en las llamas; cruel con los generosos Abencerrages, que consiente sean degollados uno á uno por sus émulos en la cámara de los Leones; atroz con su hermana Moraima y dos inocentes hijos de ella,

á quienes asesina por su propia mano, y en fin aborrecible por su tiranía á todos los granadinos. En este cuadro, alrededor del trono sobresale el valeroso Muza, hermano natural del rey, como el mas cumplido caballero de la corte mora; campea el gallardo Malique Alabéz, de prosapia real, entre una familia numerosa de héroes; brilla el espléndido Abenamar, mantenedor en el juego de cañas y de sortija, como el mas diestro entre todos los competidores; el esforzado Reduan sorprende y admira, el adusto Albayaldos estremece, el intrépido Gazul interesa, y el sensible Zaide enamora. Pero de cuando en cuando aparece en esta magnífica escena la flor de los caballeros cristianos, que eclipsa toda la gloria de tan insignes varones. Los muy ilustres maestres de Calatrava y de Santiago D. Rodrigo Tellez Giron, y D. Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, vencedor el primero de Muza, Albayaldos y Aliatar, y el segundo del gallardo Malique Alabéz, y de Ali Hamete Zegrí, acusador de la reina; el alcaide de los donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, cortesano tan galan, como adalid valiente; el robusto D. Juan Chacon, señor de Cartagena, que de una cuchillada cortaba á cercen el pescuezo á un toro; el esclarecido Portocarrero, señor de Palma, y

el desgraciado D. Alonso de Aguilar, se llevaban la palma en todos los juegos, y en todas las lides y escaramuzas. El profundo sentimiento de esta superioridad, comprobada por el mal éxito de sus últimas empresas militares, hacia mirar á los moros su gobierno con menosprecio, y hasta la religion propia con desconfianza ó indiferencia. Dividida en bandos, y agitada por la ambicion y los celos la nobleza, á cada paso sus parciales tomaban las armas unos contra otros, se alteraba la tranquilidad pública, y con el mas leve motivo se vertia la sangre de los primeros campeones en duelos y batallas singulares, cuando eran mas necesarias la union y concurrencia de todas las fuerzas del Estado para atajar los rápidos progresos de las armas cristianas. La espulsion de los Abencerrages que se habian salvado del degüello de la Alhambra, agregó el cuerpo mas gallardo de la caballería mora al poder ya tan formidable del enemigo; y sirviendo desde entonces la desercion de ejemplo á las demas familias nobles exasperadas, quedó sin apoyo la independencia de la Nacion, y la capital casi desierta de defensores. En fin llegaron á su mayor auge el desorden y la confusion cuando Granada presentó al mundo el inaudito y escandaloso espectáculo de tres

reyes aspirantes al poder supremo dentro de sus murallas: Boabdilin sostenido siempre por los Zegríes, Mazas, Gomeles, y Laugetes; Mulahacen restaurado por los Abencerrages, Gazules, Alabeces y Venegas, y el gobernador Abdalí proclamado por los Almoradis, Almohades y Marines. Cada uno de estos tres obcecados príncipes tenia allí su palacio y corte á parte; tropas, vasallos, y aun templos para hacer oracion, diferentes: cada uno de ellos, por afianzar la posesion de aquel simulacro de soberanía, negociaba secretamente con el enemigo comun, ofreciéndole en pago de su asistencia y proteccion los tesoros propios, y las plazas, villas y lugares que se habian declarado por ellos. De este modo unos señores, tan poderosos y políticos como los Reyes Católicos, asistidos de los mejores capitanes que hubo jamás en Castilla, y viniéndoseles, digámoslo así, la presa á las manos, acabaron sin grande esfuerzo la conquista del estado granadino, y estinguieron la larga dominacion de los Arabes en la Penínsnla. Aquí concluye la primera parte.

En la segunda se abre una escena muy distinta, pero no vacía de instruccion, ni de interés. Llegamos á otros tiempos, y encontramos otros hombres y otras costumbres.

La elacion del ánimo, derivada de las riquezas y del manejo del poder, moviendo celos y enemistando á las familias principales del estado granadino, produjo las primeras guerras civiles, que le condujeron á su ruina: la miseria y desesperacion, hijas de la opresion y la violencia, abortaron las guerras segundas, que estinguieron las últimas reliquias de los moros en España. Despues de la conquista de Granada habian pasado setenta y siete años, llevando los moros al cuello con harta mortificacion el grave yugo que les echaron sus vencedores. Sufrian la poca observancia de las promesas que les fueron hechas al tiempo de su rendicion; el sucesivo despojo de sus tierras; el abandono forzoso de su culto, la exaccion de crecidos tributos, fardas y prestaciones, y sobre todo esto el menosprecio general; pero estando ya llenas las medidas, y tratándose todavia de impedirles el uso del idioma y trage nacionales, se alzaron todos, decididos á morir ó mejorar de suerte. Con disimulo y bastante habilidad averiguaron el número de hombres aptos para las armas que quedaban de su raza, nombraron rey á un descendiente de sus soberanos antiguos; pidieron auxilio de armas y tropas á sus progenitores de Asia y Africa, y levantaron el es-

tandarte de la rebelion refugiándose en la aspereza de las Alpujarras. Temeraria y de mal éxito sin duda era entonces la empresa de los moros, luchando con el poder colosal de Felipe II; pero tambien causa pesadumbre el ver qué esfuerzos y cuánta sangre les costó ahogarla á los cristianos. Precedido de hábiles negociadores el famoso conde de Tendilla, marqués de Mondejar, fue el primer general que envió el rey con un ejército de veinte mil hombres contra los rebeldes; mas dice nuestro historiador, testigo ocular, que una mitad por lo menos de esta brava gente se componia de asesinos y ladrones, los cuales sabiendo que algun pueblo de moriscos se habia sometido, y fiaba su seguridad del salvo-conducto que le daba el marqués, se escapaban del real por la noche, y le asaltaban, y mataban y saqueaban á sus moradores, llevándose á las mugeres para gozarlas, y despues venderlas como esclavas. No es estraño pues que una conducta tan atroz y desenfrenada exasperase los ánimos de los sediciosos, en lugar de calmarlos, y que á poco tiempo perdiera el General en esta guerra su ejército y la reputacion. Preséntase luego en la lid el esclarecido D. Luis Fajardo, marqués de los Velez y adelantado de Murcia, con sus va-

lerosos tercios; pero estos se ensangrientan demasiado en la villa de Felix, y sus crueldades posteriores en Huescar hacen imposible la reconciliacion. Los dos héroes cristianos batallan con los moros por dos puntos diferentes, obran prodigios de valor, se cubren de gloria saliendo victoriosos en casi todas las acciones marciales, y con todo eso no adelantan: sus tropas en varios encuentros y sorpresas de convoyes se disminuyen mucho, al paso que cunde el número de los enemigos; vienen sucesivamente con refuerzos considerables el marqués de la Favara, y el comendador mayor de Leon D. Luis de Zúñiga y Requesens, y todavía la guerra se prolonga, zozobrando ya el crédito de la orgullosa corte; el hercúleo D. Luis Fajardo, cuya ponderosa lanza apenas podia sustentar al hombro un soldado robusto cuando él la manejaba como un mimbre, despues que, entre otras proezas, con poca gente, y la mayor parte enferma, hizo alarde de su esfuerzo y talento militar rechazando á los moros, que con todo su poder reunido le atacaron en Verja, se estanca en el sitio de Galera, y no puede pasar adelante; en fin dura el conflicto cerca de tres años, y es preciso que el ínclito D. Juan de Austria, hijo del emperador D. Cárlos, salga de Granada con diez

mil infantes y mil caballeros, asistido del valeroso duque de Sesa con otra tanta fuerza, y que á estos dos ejércitos nuevos se reunan las reliquias de todos los anteriores, para salir de tamaño empeño, y forzar á los rebeldes á deponer las armas é implorar la real clemencia.

Conteniendo este libro la descripcion de muchas batallas, asedios y entradas de los pueblos á viva fuerza, en que se derramaba por una y otra parte tanta sangre humana, su lectura no puede ser tan apacible, como la del anterior: con todo eso abunda de episodios interesantes, como el razonamiento del Purcheni al marqués de Mondejar estando éste con su campo en Orgiva; la muerte del capitan Alvaro de Flores; la prision del moro Albexari, y sus amores con Almanzora; las fiestas celebradas en Purchena de orden de Muley Abenumeya; el canto profético de la mora, natural del Deire; los zelos, conspiracion y venganza de Benálguacil contra el rey moro, por haberse apoderado de su prima Zahara; la historia del Tuzani, y de cuanto hizo para encontrar y matar al asesino de la hermosa Malhea que pereció en Galera; la muerte y las exequias de D. Luis de Quijada, ayo del Señor D. Juan de Austria, y el fin trágico

del virtuoso Habaquí. Ultimamente enamoran la humanidad, el candor y la firmeza de carácter de Ginés Perez de Hyta, cuando al acabar su obra pinta patéticamente los sentidos lamentos de los moriscos al ser arrancados de sus tierras, y llevados por fuerza á Castilla y á la Mancha; censura esta impolítica y cruel resolucion de Felipe II, faltando á lo que se habia prometido por su augusto hermano á los moriscos, los cuales *antes murieran de mil muertes, que rendir las armas, ni haber hecho las paces*, si hubiesen sabido que no serian cumplidas las capitulaciones; y añade, *que mas valiera no haberlos sacado del reino de Granada, por lo mucho que en esto habian perdido S. M. y todos sus demas estados.*

¿Y quién fue Ginés Perez de Hyta? De su persona y vida no tenemos mas noticias, que las que él propio dejó consignadas en esta obra. Dijo ser vecino de la ciudad de Murcia, lo cual no prueba que naciese en ella; pero parece que á lo menos fue de la provincia, no solo por su domicilio, sino porque no pierde ocasion de levantar á las nubes el valor de los tercios murcianos. Militó en esta última guerra contra los moriscos bajo de las banderas del marqués de los Velez, y no sabemos que saliera de la clase

de simple soldado. Censurando la rapacidad invencible de sus camaradas, manifiesta mucho candor, cuando confiesa que algunas veces, llevado él propio de tan mal ejemplo, salia á robar en los pueblos de los moriscos sometidos; y desmuestra que tenia mejores entrañas que los feroces guerreros de aquella época, contándonos cómo habia recogido en la atroz matanza de Felix á un niño que encontró mamando al pecho sanguinoso de su madre asesinada, y le entregó á otra morisca para que le criase; gloriándose tanto de esta accion misericordiosa, como de haber amparado y salvado de la muerte á mas de veinte mugeres. Finalmente se infiere que escribió, ó á lo menos dió á luz, alguna otra obra distinta de la presente, por la espresion que hallamos al fin de la historia del Tuzani, donde dice que vió y habló á este en Villanueva de Alcardete, *viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo*, cuyo título no declara.

¿Y es Ginés Perez de Hyta el verdadero autor de las *Guerras Civiles de Granada*? En cuanto á la primera parte, si hemos de creerle á él propio, «la escribió en arábigo «un moro, natural de la ciudad de Granada, «llamado Abenhamin, que pasó luego á Afri«ca y murió en Tremecen, dejando allí hijos,

«y un nieto muy hábil, llamado Argutarfa,
«el cual recogió todos los papeles de su
«abuelo, y entre ellos encontró este libro,
«que estimó mucho por tratar la materia de
«Granada, y se le prestó á un judío, llamado
«Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su
«contento, y el original arábigo le presentó
«á D. Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bai-
«len. Que este señor, por saber lo que conte-
«nia, y por haberse hallado su abuelo y bis-
«abuelo en aquellas conquistas, rogó al judío
«que le tradujese en castellano, y despues el
«conde le hizo á Hyta la merced de dársele.»
Esto dice en las páginas 412 y siguiente de
la primera parte, sin embargo de que en la
portada del mismo libro se espresa que él la
tradujo al castellano, y no el judío Saba San-
to. Lo que por el contesto de la obra parece
mas cierto es, que ni el uno ni el otro hicie-
ron una traduccion literal de la obra arábi-
ga; pues no es creible que un moro hablase
con tanta parcialidad á favor de los cristia-
nos, ni que la hubiese adornado de los her-
mosos romances castellanos que la acompa-
ñan, cuando muchos de ellos fueron escri-
tos despues de la conquista de Granada, ya
entrado el siglo XVI. Aquí es donde brilla la
gala de este metro peculiarmente español, que
no tienen y envidian todas las demas lenguas

europeas, hijas de la latina; porque los romances se leen junto á los hechos heróicos para que fueron compuestos de propósito; ilustracion que falta al que lee estas producciones descriptivas, desnudas y hacinadas en los *Romanceros*, sin tener la noticia necesaria de nuestra historia antigua y de las tradiciones patrias. Asi parece que Ginés Perez de Hyta tomando lo sustancial de los hechos que refiere del arábigo, los redactó á su modo, y dió á la obra castellana la forma que ahora tiene. En cuanto á la segunda parte no ofrece duda que la escribiese Ginés Perez de Hyta, adornándola tambien de los razonamientos y romances que contiene, muy inferiores ciertamente á los de la parte primera; esceptuándose la descripcion del sitio de Galera, que él propio dice haber copiado de la que escribió el alferez Tomás Perez de Hevia, vecino de Murcia, que seguia las banderas del Señor D. Juan de Austria.

Queda dicho que no es tan interesante la lectura de la segunda parte de esta obra, como la de la primera; pero faltaba añadir, que jamas ha podido ser del mismo modo conocida, aunque tambien entretenga mucho, porque el desaliño, ó mas bien la grosería de la impresion con que se dió al público, la hacian intolerable. Son tantas las erra-

tas que la afean, que solamente un talento muy perspicaz podrá encontrar sentido en su contesto, supliendo la ausencia total de las reglas de ortografía; ademas de que causa tedio manejar un libro de ruin papel de estraza, que se deshace al tiempo de pasar de una hoja á otra. Aquel que se tome el trabajo de cotejar la presente edicion con la antigua, será quien pueda calificar el servicio que en esto ha hecho el editor á la literatura nacional.



PARTE PRIMERA.

Guerras civiles entre Zegríes y Abencerrages, caballeros moros de Granada, y batallas particulares que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el rey D. Fernando el V la ganó.

CAPITULO I.

En que se trata de la fundacion de Granada, y los reyes que hubo en ella, con otras muchas cosas tocantes á la Historia.

La ínclita y famosa ciudad de Granada fue fundada por una muy hermosa doncella, hija ó sobrina del rey Hispan. Fue su fundacion en una bella y espaciosa vega, junto de una sierra llamada Elvira, porque tomó el nombre de la fundadora Infanta, la cual se llamaba Liberia, dos leguas de donde ahora está, junto de un lugar que se llamaba Arbuler, que en arábigo se decia Arbulut. Despues de pasados algunos años, les pareció á los fundadores de ella que no estaban allí bien por ciertas causas, y fundaron la ciudad en la parte donde ahora está, junto á Sier-

ra-Nevada, enmedio de dos hermosos rios, llamado el uno Genil y el otro Darro, los cuales son de la nieve que se derrite en la sierra. De Darro se coge oro muy fino, de Genil plata; y no es fábula, que yo el autor de esta relacion lo he visto coger. Fundóse aqui esta insigne ciudad encima de tres cerros, como hoy se parece, adonde se fundaron tres castillos: el uno está á la vista de la hermosa vega y el rio Genil, la cual vega tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho, y por ella atraviesan otros dos rios, aunque no muy grandes: el uno se dice Veiro y el otro Monachil. Comiénzase la Vega desde la falda de la Sierra-Nevada, y vá hasta la fuente del Pino, y pasa mas adelante de un gran soto, que se llama el Soto de Roma, y esta fuerza se nombra Torres-Bermejas. Hízose allí una gran poblacion llamada el Antequeruela. La otra fuerza ó castillo está en otro cerro junto á este, un poco mas alto, la cual se llamó la Alhambra, casa muy fuerte, y aqui hicieron los reyes su Casa Real. La otra fuerza se hizo en otro cerro, no lejos del Alhambra, y llamóse Albaicin, donde se hizo gran poblacion. Entre el Albaicin y el Alhambra pasa por lo hondo el rio Darro, haciendo una ribera de árboles agradables. A esta fundacion no la llamaron los moradores de ella Iliberia como la otra, sino Granata, respecto á que en una cueva junto á Darro fue hallada una hermosa doncella que se decia Granata, y por eso se llamó la ciudad asi; y despues de corrompido el vocablo se llamó Granada. Otros dicen,

que por la muchedumbre de las casas, y la espesura que habia en ellas, que estaban juntas como los granos de la granada, y la nombraron asi. Hízose esta ciudad famosa, rica y populosa, hasta el infeliz tiempo en que el rey D. Rodrigo perdió á España, lo cual no se declara por no ser á propósito de nuestra historia: solo diremos, como despues de perdida España hasta las Asturias y confines de Vizcaya, siendo toda ella ocupada de moros, traidos por aquellos dos bravos caudillos y generales, el uno llamado el Tarif, y el otro Muza; asímismo quedó la famosa Granada ocupada de moros, y llena de gente de Africa. Mas hállase una cosa; que de todas las naciones moras que vinieron á España, los caballeros mejores y principales, y los mas señalados de aquellos que siguieron al general Muza, se quedaron en Granada, y la causa fue su hermosura y fertilidad, pareciéndoles bien su gran riqueza, asiento y fundacion; aunque el capitan Tarif estuvo muy bien con la ciudad de Córdoba, y su hijo Balagis con Sevilla, de donde fue rey, como dice la crónica del rey D. Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocupacion de Córdoba, de Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, ni otras ciudades poblasen tan nobles ni tan principales caballeros, ni tan buenos linages de moros como en Granada; para lo cual es menester nombrar algunos de estos linages, y de donde fueron naturales, aunque no se digan ni declaren todos, por no ser prolijo. Poblada Granada de las gentes mejores del Africa, no por eso dejó la insig-

ne ciudad de pasar adelante con sus muy grandes y soberbios edificios, porque siendo gobernada de Reyes de valor y muy curiosos que en ella reinaron, se hicieron grandes mezquitas y muy ricas cercas, fuertes muros y torres, porque los cristianos no la tornasen á ganar; y hicieron muy fuertes castillos, y los reedificaron fuera de las murallas como hoy dia parecen. Hicieron el castillo de Bibatambien, fuerte con su caba y puente levadiza. Hicieron las torres de la puerta Elvira, y las del Alcazaba y plaza de Vibalbulut, y famosa torre del Aceituno, que está camino de Guadix, y otras muchas cosas dignas de memoria, como se dirá en nuestro discurso. Bien pudiera traer aqui los nombres de todos los reyes moros que gobernaron y reinaron en esta insigne ciudad, y los califas, y aun los de toda España; mas por no gastar tiempo, no diré sino de los Reyes moros que por su orden la gobernaron, y fueron conocidos por reyes de ella, dejando á parte los califas pasados y señores que hubo, siguiendo á Estevan Garibay y á Camaloa.

El 1.er rey moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar: este reinó en ella veinte y nueve años y mas meses; acabó año de 1262.

El 2.º rey de Granada se llamó, asi como su padre, Mahomad Mir Almuzmelin. Este labró el castillo del Alhambra, muy rico y fuerte, como hoy se parece; reinó treinta y seis años, y murió año de 1302.

El 3.º rey de Granada se llamó Mahomad

Abenhalamar: á este le quitó el reino un hermano suyo, y le puso en prision, habiendo reinado siete años: acabó año de 1309.

El 4.º rey de Granada fue llamado Mahomar Abenazar: á este le quitó el reino un sobrino suyo llamado Ismael, año de 1315: reinó seis años.

El 5.º rey de Granada se llamó Ismael: á este mataron sus deudos y vasallos, mas fueron degollados los homicidas: reinó nueve años, y acabó año de 1324.

El 6.º rey de Granada se llamó Mahomad: á este tambien le mataron los suyos á traicion; reinó diez años, y acabó año de 1334.

El 7.º rey de Granada se llamó Iusef Abenhamet: tambien fue muerto á traicion: reinó once años, y acabó año de 1345.

El 8.º rey de Granada fue llamado Mahomad Lagús: á este le despojaron del reino despues de haber reinado doce años, y acabó año de 1357, por aquella vez que reinó.

El 9.º rey de Granada se llamó Mahomad Abenhamar, VII de este nombre: á este le mató el rey D. Pedro en Sevilla, sin culpa, habiendo ido á pedirle amistad y favor: matóle el mismo rey D. Pedro por su mano con una lanza, y mandó matar á otros que iban con este rey: habiendo reinado dos años, acabó año de 1359. Fue enviada su cabeza en forma de presente á la ciudad de Granada.

Tornó á reinar Mahomad Lagús en Granada, y reinó en las dos veces veinte y nueve años: la

primera vez doce, y la segunda diez y siete: acabó año 1376.

El 10 rey de Granada se llamó Mahomad Ovadiz, y reinó tres años pacífico, y acabó año de 1379.

El 11 rey de Granada se llamó Iusef, II de este nombre, el cual murió con veneno que el Rey de Fez le envió puesto en una aljaba ó marlota de brocado: reinó tres años, y acabó año de 1382.

El 12 rey de Granada fue llamado Mahomad, Abenhamar: reinó once años, acabó año de 394. Su muerte fue de una camisa que se puso emponzoñada con veneno.

El 13 rey de Granada fue llamado Iusef, III de este nombre: reinó quince años: murió año de 1409.

El 14 rey de Granada fue llamado Mahomad Abenazar, el Izquierdo. Habiendo reinado este cuatro años, le desposeyeron del reino año de 1413.

El 15 rey de Granada fue llamado Mahomad, el Pequeño; á este le cortó la cabeza Abenazar el Izquierdo, arriba dicho, porque le tornó á quitar el reino por orden de Mahomad Catraz, caballero Abencerrage: reinó este Mahomad el Pequeño dos años, y acabó año de 1415.

Tornó á reinar Abenamar el Izquierdo, el cual fue otra vez despojado del reino por Iusef Abenalmo, su sobrino: reinó este rey tres años la última vez, y acabó año de 1418.

El 17 rey de Granada se llamó Abenocin, el

Cojo. En tiempo de este sucedió aquella sangrienta batalla de los Alporchones, reinando D. Juan el II. Y pues nos viene á cuento, tratarémos de esta batalla, antes de pasar adelante con la cuenta de los reyes moros de Granada. Es á saber, que segun se halla en las crónicas antiguas, asi castellanas como arábigas, este rey Abenocin tenia en su corte mucha y muy honrada caballería de moros, porque en Granada habia treinta y dos linages de caballeros, como eran Gomeles, Mazas, Zegries, Venegas y Abencerrages; estos eran de muy claro linage: otros Maliques Alabeces, descendientes de los reyes de Fez y Marruecos, caballeros valerosos, de quien los reyes de Granada siempre hicieron mucha cuenta; porque estos Maliques eran alcaides en el reino de Granada, por tener de ellos mucha confianza, y asi servian en las fronteras y partes de mayor peligro, como eran en Vera, el alcaide Malique Alabéz, bravo y valeroso caballero; en Velez el Blanco estaba un hermano suyo, llamado Mahomad Malique Alabéz; en Velez el Rubio habia otro hermano de estos alcaides muy valiente, y amigo de los cristianos; otro Alabéz habia alcaide de Jimena, y otro en Tirieza, frontera de Lorca, y cercana de Orze y Cuellar, Benamaviel, Castilleja, y Caniles, y en otros lugares del reino. Estos Maliques Alabeces eran alcaides, por ser todos, como hemos dicho, caballeros de estima. Sin estos habia otros caballeros en Granada muy principales, de quien los reyes de ella hacian grande cuenta, entre los cuales habia un caballero llamado Abid-

bar, del linage de Gomeles, caballero valeroso y capitan de la gente de guerra; y no hallándose sino en batallas contra cristianos, le dijo un dia al rey: «Señor, holgaria que tu alteza me diese licencia para entrar en tierra de cristianos, en los campos de Lorca, Murcia y Cartagena, que confianza tengo de venir con ricos despojos y cautivos.» El rey dijo: «conocido tengo tu valor, y te otorgo licencia como lo pides; pero temo mal suceso, porque son muy soldados los cristianos de esas tierras que quieres correr.» Respondió Abidbar: «no tema vuestra alteza peligro, que yo llevaré conmigo tal gente y tales alcaides, que sin temor ninguno ose entrar, no digo en el campo de Lorca y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreviera á entrar.» «Pues si ese es tu parecer, sigue tu voluntad, que mi licencia tienes.» Abidbar le besó las manos por ello, y fue á su casa y mandó tocar sus añafiles y trompetas de guerra, al cual bélico son se juntó grande copia de gente bien armada para saber de aquel rebato. Abidbar cuando vió tanta gente junta y tan bien armada, holgó mucho de ella, y les dijo: «sabed, buenos amigos, que hemos de entrar en el reino de Murcia, de donde, placiendo al santo Alá, vendremos ricos: por tanto cada cual con ánimo siga mis banderas.» Todos respondieron, que eran contentos; y asi Abidbar salió de Granada con mucha gente de á caballo y peones; fue á Guadix, y habló al moro Almoradi, alcaide de aquella ciudad, el cual ofreció su compañía con mucha gente de á caballo y de á pie. Tambien vino

el alcaide de Almería, llamado Malique Alabéz, con mucha gente muy diestra en la guerra. De allí pasaron á Baza, donde estaba por alcaide Benaríz, el cual tambien le ofreció su ayuda. En Baza se juntaron once alcaides de aquellos lugares á la fama de esta entrada del campo de Lorca y Murcia, y con aquella gente se fue el capitan Abidbar hasta la ciudad de Vera, donde era alcaide el bravo Alabéz Malique, adonde se acabó de juntar todo el ejército de los moros y alcaides que aquí se nombrarán.

El general Abidbar; Abenariz, capitan de Baza; su hermano Abenariz, capitan de la Vega de Granada; el Malique Alabéz, de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Blanco; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio; Alabéz, alcaide de Almería; Alabéz, alcaide de Cuellar; otro alcaide de Huescar; Alabéz, alcaide de Orze; Alabéz, alcaide de Purchena; Alabéz, alcaide de Jimena; Alabéz, alcaide de Tirieza: Alabéz, alcaide de Caniles.

Todos estos Alabeces Maliques eran parientes, como ya es dicho; se juntaron en Vera, cada uno llevando la gente que pudo. Tambien se juntaron otros tres alcaides, el de Mojacar, el de Sorbas, y el de Lobrin: todos ya juntos se hizo reseña de la gente que se habia juntado, y se hallaron seiscientos de á caballo, aunque otros dicen que fueron ochocientos, y mil y quinientos peones: otros dicen, que dos mil. Finalmente, se juntó grande poder de gente de guerra; y determinadamente á doce, ó catorce de Mayo, año de mil cuatrocientos treinta y cinco, entraron en los

términos de Lorca, y por la marina llegaron al campo de Cartagena, y lo corrieron todo hasta el rincon de S. Ginés y Pinatar, haciendo grandes daños. Cautivaron mucha gente y ahogaron mucho ganado, y con esta presa se volvian muy ufanos; y en llegando al Puntarón de la Sierra de Aguaderas, entraron en consejo sobre si vendrian por la marina por donde habian ido, ó si pasarian por la vega de Lorca. Sobre esto hubo diferencia, y muchos afirmaban que fuesen por la marina, por ser mas seguro. Otros dijeron, que sería grande cobardia, si no pasaban por la vega de Lorca á pesar de sus banderas. De este parecer fue Malique Alabéz, y con él todos los alcaides que eran sus parientes. Pues visto por los moros que aquellos valerosos capitanes estaban determinados de pasar por la vega, no contradijeron cosa alguna; y así las banderas enarboladas, y la presa en medio del escuadron, comenzaron á marchar la vuelta de Lorca, arrimados á la sierra de Aguaderas. Los de Lorca tenian ya noticia de la gente que habia entrado en sus tierras. D. Alonso Fajardo, alcaide de Lorca, habia escrito lo que pasaba á Diego de Ribera, corregidor de Murcia, que luego viniese con la mas gente que pudiese. El corregidor no fue perezoso, que con brevedad salió de Murcia con setenta caballos y quinientos peones, toda gente de valeroso ánimo y esfuerzo; y juntóse con la gente de Lorca, donde habia doscientos caballos, y mil y quinientos peones, gente muy valerosa. Tambien se halló con ellos Alonso de Lison, caballero del

hábito de Santiago, que era á la sazon castellano en el castillo y fuerza de Aledo. Llevó consigo nueve caballos y catorce peones, que del castillo no se pudieron sacar mas. En este tiempo los moros caminaron á gran priesa, y llegando enfrente de Lorca, cautivaron un caballero llamado Quiñonero, que habia salido á requerir el campo; y como ya la gente de Lorca y Murcia venian á priesa y los moros los vieron, se maravillaron viendo junta tanta caballería, y no podian creer que en solo Lorca hubiese tanta lucida gente. Y Malique Alabéz, capitan y alcaide de Vera, le preguntó á Quiñonero, habiéndole quitado el caballo y armas, esta pregunta:

Alabéz. Anda, cristiano cautivo,
tu fortuna no te asombre,
y dinos luego tu nombre
sin temor de daño esquivo;
Que aunque seas prisionero,
con el rescate, y dinero,
si nos dices la verdad,
tendrás luego libertad.

Quiñonero. Es mi nombre Quiñonero:
soy de Lorca natural,
caballero principal;
y aunque me sigue fortuna,
no tengo pena ninguna,
ni se me hace de mal:
Que la guerra es condicion,
que hoy soy tuyo, y ya confio
mañana podrás ser mio,
y sujeto á mi prision.

Por tanto pregunta, y pide,
porque en toda tu pregunta
satisfaré sin repunta,
pues el temor no me impide.

Alabéz. Trompetas se oyen sonar,
y descubrimos pendones,
y caballos, y peones
junto de aquel olivar:

Y queria, Quiñonero,
saber de tí por entero,
qué pendones, y qué gente
es la que aquí está presente,
con ánimo bravo y fiero.

Quiñonero. Aquel pendon colorado,
con las seis coronas de oro,
muy bien muestra su decoro
ser de Lorca, y es nombrado;

Y el otro que tiene un rey
armado por gran blason,
es de Murcia, y es pendon
que le conoce su rey.

Traen gente belicosa,
con gana de pelear;
si quieres mas preguntar,
no siento de esto otra cosa.

Apercíbete al combate,
porque vienen á gran priesa
para quitarte la presa,
y dar fin en tu remate.

Alabéz. Pues por priesa que se den,
ya querrá nuestro Alcorán,
la Rambla no pasarán,

porque no les irá bien;
Y si con valor estraño
la Rambla pueden romper,
muy bien se puede entender,
que ha de ser por nuestro daño.
Pues al arma, que ellos vienen,
y en nada no se detienen:
tóquese el son y la zambra,
porque lleguen á la Alhambra
nuestras famas, y resuenen.

CAPITULO II.

En que se trata de la sangrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de moros y cristianos.

Apenas el capitan Malique Alabéz acabó de decir estas palabras, cuando el escuadron de los cristianos acometió con tanta braveza y pujanza, que á los primeros encuentros, á pesar de los moros que lo defendian, pasaron la Rambla. No por eso los moros mostraron punto de cobardía, antes tuvieron mas ánimo peleando. Quiñonero, como vió la batalla revuelta, llamó á un cristiano, que cortase la cuerda con que estaba atado; y siendo libre, al punto tomó una lanza de un moro muerto, un caballo y una adarga, y con valor muy crecido, como era valiente caballero, hacia maravillas. A esta sazon los valerosos capitanes moros, en especial los Maliques Alabeces, se mostraron con tanta fortaleza, que los cristianos

estuvieron á punto de pasar la Rambla contra su voluntad; lo cual visto por Alonso Fajardo, y Alonso de Lison, y Diego de Ribera, y los principales caballeros de Murcia y Lorca, pelearon tan valerosamente, que los moros fueron rompidos, y los cristianos hicieron muy notable daño en ellos. Los valientes Alabéz, y Almoradi, capitan de Guadix, tornaron á juntar gente, y con grande ánimo volvieron sobre los cristianos con bravo ímpetu y fortaleza. ¡Quién viera las maravillas de los capitanes cristianos! Era cosa de ver la braveza con que mataban y herian en los moros. Abenariz, capitan de Baza, hacia gran daño en los cristianos, y habiendo muerto á uno de una lanzada, se metió por enmedio de la batalla haciendo cosas muy señaladas; mas Alonso de Lison, que le vió matar aquel cristiano, de cólera encendido procuró vengar su muerte, y asi con grande presteza fue en seguimiento de Abenariz, llamándole á grandes voces, que le aguardase. El moro revolvió á mirar quien le llamaba; y visto, reconoció que aquel caballero era de valor, pues traia en su escudo aquella encomienda de Santiago, y entendiendo llevar de él buenos despojos á Baza, le acometió con gran ímpetu; pero el caballero Lison se defendió con gran destreza, y ofendió y acosó de suerte al moro, que en poco rato le hirió en dos partes; y como se vió tan herido, se encendió en mas cólera, y procuró la muerte del contrario: mas muy presto halló en él la suya, porque Lison le cogió en descubierto de la adarga un golpe por los

pechos, tan fuerte, que no aprovechando la cota le metió la lanza por el cuerpo, y al momento cayó el moro muerto del caballo. El caballo de Lison quedó mal herido; por lo cual le convino tomar el caballo del alcaide de Baza, que en estremo era bueno, y se entró en el mayor peligro de la batalla, diciendo á voces: *Santiago, y á ellos.* El famoso Alonso Fajardo andaba entre los moros, y el corregidor de Murcia asimismo, que era cosa de maravilla, y tanto pelearon los de Murcia y Lorca, que los moros fueron segunda vez rompidos; mas el valor de los caballeros granadinos era grande, y pelearon fuertemente; y como tenian tan fuertes caudillos, asistian á la batalla con mucho ánimo; y era tan grande el valor y esfuerzo de Alabéz, que en un punto tornó á juntar su gente, y volvió á la lid, como si no hubieran sido rotos alguna vez. La batalla estaba tan sangrienta, que era admiracion, porque habia tantos cuerpos de hombres y caballos muertos, que apenas podian andar; pero no por eso dejaban de pelear con mucho esfuerzo ambos ejércitos. El valiente Alabéz hacia por su persona grandes estragos en los cristianos; lo cual visto por Alonso Fajardo, valeroso soldado, y alcaide de Lorca, se maravilló de ver la pujanza del moro, y arremetió con él con tanta braveza, que el moro se espantó, y sintió bien su valór; pero como no habia en él cobardía, resistió con ánimo la fortaleza de Fajardo, dándole grandes botes de lanza, que á no ir bien armado el alcaide, muriera allí, porque le sirvieron de poco

las fuerzas, por ser mayores las de Alonso Fajardo; y habiendo el invencible y valiente alcaide quebrado su lanza, en un instante puso mano á su espada, y con un valor nunca visto se fue para Alabéz, y con tanta velocidad y presteza, que no pudo el gallardo moro aprovecharse de la lanza y la perdió, y puso mano al alfanje para herir á Alonso Fajardo: mas el valeroso alcaide, no mirando el peligro que le seguia, cubierto con su escudo arremetió con Alabéz, y le dió un golpe sobre la adarga, que le cortó gran pedazo de ella, y asiósela tan fuertemente con la mano izquierda, que casi le desencajó de la silla; y Alabéz que le vió tan cerca, le tiró un golpe á la cabeza pensando acabar con él, y si Fajardo no le hurtara el cuerpo, le hiriera; y en esta ocasion cayó el caballo del moro, porque estaba desangrado, y no se podia tener. Apenas Alabéz estuvo en el suelo, cuando los peones de Lorca le cercaron maltratándole. Alonso Fajardo como vió al moro en tal estado, se apeó, y fue á él, y echóle los brazos encima con tal fuerza, que Alabéz no pudo ser señor de sí. Los peones entonces arremetieron con él, y le prendieron, y Alonso Fajardo mandó que le sacasen de la batalla, y asi lo hicieron. Todavia andaba muy revuelta y sangrienta la batalla, y no parecia ninguno de los capitanes moros, lo cual causó en sus soldados mucha cobardia, y ya no peleaban como antes, ni con aquel brio. La gente de Lorca peleó belicosamente este dia, y no menos la de Murcia, que se vió bien su valor. El capitan Abidbar, como

no vió ningun alcaide, ni capitan de los suyos, se salió de la batalla, y desde un alto miró su ejército, y le vió en mal estado; y volviendo como un leon á la batalla, le dijeron unos soldados suyos: «¿qué aguardas? Ya no ha quedado ningun alcaide ni capitan moro: Alabéz de Vera está preso.» Oido esto por Abidbar, perdió la esperanza de la victoria, y asi mandó tocar á recoger. Oyendo los moros la reseña se retiraron, y mirando por su general, le vieron ir huyendo por la sierra de Aguaderas, y ellos atemorizados le siguieron. Los cristianos les iban en alcance hiriéndolos, que de todos no se escaparon trescientos. Siguiéronlos hasta la fuente del Pulpi, junto á Vera, y este dia consiguieron los cristianos una singular victoria. Era dia de S. Patricio, y Lorca y Murcia le celebran en memoria de la victoria. Volviéndose los cristianos alegres á Lorca, y cargados de despojos, Alonso Fajardo se llevó á su casa al capitan Malique Alabéz, y queriendo entrarle preso por un postigo de un huerto, le dijo Alabéz: «no soy hombre de baja suerte, que he de entrar por ahí, sino por la puerta real de la ciudad»; y porfió tanto, que enojado Fajardo le hirió de muerte. Este fue el fin de aquel capitan y alcaide de Vera. Murieron en la batalla doce alcaides Alabeces, parientes del Alabéz de Vera, y dos hermanos suyos, alcaides de Velez el Blanco, y Rubio, y murieron ochocientos moros. De los cristianos murieron cuarenta, y hubo doscientos heridos. Quedaron los de Lorca y Murcia muy gozosos con la victoria

que nuestro Señor, por la intercesion de su Santísima Madre les concedió. Volvamos al capitan Abidbar que fue huyendo de la lid. Como llegó á Granada, y el rey supo lo que habia pasado, le mandó degollar, porque no murió como caballero en la batalla, pues él fue por caudillo. Sucedió esta batalla, reinando en Castilla el rey D. Juan el II, y en Granada Albenocin XVII, como está dicho, el cual reinó ocho años, y fue despojado del reino año de 1473. Por esta batalla de los Alporchones se hizo aquel romance antiguo, que se dice de esta suerte:

Allá en Granada la rica
instrumentos oí tocar
en calle de los Gomeles,
á la puerta de Abidbar:
El cual es moro valiente,
y muy fuerte capitan;
mandó juntar muchos moros
bien diestros en pelear,
Porque en el campo de Lorca
se determinan de entrar.
Con él salen tres alcaides,
aquí los quiero nombrar:
Almoradi de Guadix,
ese de sangre real;
Abenariz es el otro,
y de Baza natural;
Y de Vera es Alabéz,
de esfuerzo muy singular,
y en cualquier guerra su gente
bien la sabe acaudillar:

Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán;
el campo de Cartagena
acuerdan de saquear.
A Alabéz por ser valiente
le hacen su general,
otros doce alcaides moros
con ellos juntado se han.
Van por la fuente del Pulpi,
por ser secreto lugar,
y por el puerto, los peones
por la orilla de la mar.
En campos de Cartagena
con furor fueron á entrar,
cautivaron mil cristianos,
que era cosa de espantar.
Todo lo corren los moros,
sin nada se les quedar;
el rincon de S. Ginés,
y con ellos el Pinar.
Cuando tuvieron gran presa,
hácia Vera vuelto se han,
y en llegando al Puntarón
consejo tomado han,
Si pasarían por Lorca,
ó si irian por la mar.
Alabéz, como es valiente,
por Lorca quiere pasar,
Por tenerla muy en poco,
y por hacerla pesar;
y asi con toda su gente
comenzaron de marchar.

Lorca y Murcia lo supieron,
luego los van á buscar,
y el comendador de Aledo,
que Lison suelen llamar.
Junto de los Alporchones,
allí los van á alcanzar,
y el comendador de Aledo
no dejaba de marchar.
Cautivaron un cristiano,
caballero principal,
al cual llaman Quiñonero,
que de Lorca es natural.
Alabéz que vió la gente,
comienza de preguntar:
Quiñonero, Quiñonero,
dirasme tú la verdad;
Pues eres buen caballero,
no me la quieras negar:
qué pendones son aquellos
que estan en el olivar?
Quiñonero le responde,
tal respuesta le fue á dar:
Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia son, no mas;
Y el comendador Aledo,
de valor mas singular,
que de la francesa sangre
es su prosapia real:
Los caballos traen gordos,
ganosos de pelear.
Allí respondió Alabéz,
lleno de rabia y pesar:

Pues por gordos que los traigan,
la Rambla no pasarán,
y si ellos la Rambla pasan,
Alá, y qué mala señal!
Estando en estas razones
ha llegado el mariscal,
y el buen alcaide de Lorca
con esfuerzo muy sin par.
Aquel alcaide Fajardo,
valeroso en pelear:
la gente traen valerosa,
no quieren mas aguardar.
A los primeros encuentros
la Rambla pasado han;
y aunque los moros son muchos,
allí lo pasan muy mal:
Mas el valiente Alabéz
hace gran plaza y lugar:
tantos cristianos mataba,
que es dolor de lo mirar.
Los cristianos son valientes,
nada les puede ganar;
tantos matan de los moros,
que era cosa de espantar.
Por la sierra de Aguaderas,
huyendo sale Abidbar
con trescientos de á caballo,
que no pudo mas sacar.
Fajardo prendió á Alabéz
con esfuerzo singular,
quitó la cabalgadura,
que en riqueza no hay su par:

Abidbar llegó á Granada,
y el rey lo mandó matar.

Este fin es el que tuvo esta sangrienta batalla de Alporchones: vamos ahora á la cuenta de los reyes moros de Granada. Ya hemos dicho de Albenozin, que fue el 17, en tiempo del cual pasó la batalla de los Alporchones: este reinó ocho años, y fue despojado del reino año 1453.

El rey 18 de Granada fue Ismaél, y este le quitó el reino á Albenozin, como está dicho. En tiempo de este Ismaél murió Garcilaso de la Vega en una batalla que los moros tuvieron con los cristianos: reinó este Ismaél doce años, y acabó año de 1465.

El 19 rey de Granada se llamó Muley Hazén; otros le llamaron Alborzen: éste fue hijo del susodicho Ismael. En tiempo de este pasaron grandes cosas en Granada y su vega: tuvo un hijo llamado Boabdilin, y tuvo, segun cuenta el Arábigo, otro hijo bastardo, llamado Muza. Este le hubo en una cristiana cautiva: tuvo un hermano llamado Boabdilin, asi como el hijo del rey. Este infante era muy querido de los caballeros de Granada, y muchos por estar mal con el rey su padre le alzaron por rey de Granada; por lo cual le llamaron el rey Chiquito. Otros caballeros siguieron la parte del rey, de manera que en Granada habia dos reyes, padre é hijo, y cada dia habia muy grandes bandos entre los dos reyes, por donde sucedian muchas muertes: unas veces amigos, otras enemigos. De esta suerte se gobernaba el reino, y no por eso se deja-

ba de continuar la guerra contra cristianos. Este rey, padre del rey Chico, estaba siempre en el Alhambra, y el Chico en el Albaizin, y ausente el uno, mandaba y gobernaba el otro; mas el rey viejo fue el que adornó é hizo muy magníficas las cosas de Granada, é hizo grandes y soberbios edificios, por ser muy rico. Mandó labrar de todo punto la famosa Alhambra, fábrica muy costosa: hizo la famosa Torre de Comares; y el cuarto de los Leones llamóse asi, porque enmedio del, que es largo y ancho, hay una fuente de doce leones de alabastro, riquísimamente obrada. Todo el cuarto está solado de muy lucidos azulejos, labrado á lo moro. Asimismo hizo este rey muchos estanques de agua en la misma Alhambra, y los algibes del agua tan nombrados. Hizo la torre de la Campana, de la cual se descubre toda la ciudad de Granada y su vega. Hizo un maravilloso bosque junto del Alhambra, debajo de los miradores de la misma casa real, donde hoy se parecen muchos venados y conejos. Mandó labrar los Alijares de oro azul de mazonería, á lo moro. Era tan costosa esta obra, que el artífice que la labraba, ganaba cada dia cien doblas. Mandó hacer encima del cerro de Santa Elena, que asi se nombra hoy aquel cerro, una casa de placer muy rica. Hizo la casa de las gallinas á propósito de aquel menester. Orilla de Genil tenia este rey, encima del rio Darro, un jardin muy deleitoso, llamado Generalife, en el cual hay diversidad de frutas, fuentes de alabastro, bien obradas plazas, y calles he-

chas de menudos arrayanes. Hay labrada una muy rica casa con muchas salas, aposentos, balcones y ventanas doradas, y en la sala principal retratados por grandes pintores todos los reyes moros de Granada hasta su tiempo, y en otra sala todas las batallas que habia tenido con los cristianos; todo tan al vivo, que era cosa admirable. Por estas obras, y otras tales, que habia hecho en la ciudad de Granada, adornadas de tanta perfeccion, hizo el rey D. Juan el I aquella pregunta al moro Abenamar, el viejo, estando en el rio Genil, que dice asi:

Abenamar, Abenamar,
moro de la Morería,
el dia que tú naciste
grandes señales habia.
Estaba la mar en calma,
la Luna estaba crecida.
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira.
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decia:
No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
Porque soy hijo de un moro,
y una cristiana cautiva.
Siendo yo niño, y muchacho,
mi madre me lo decia,
Que mentira no dijese,
que era grande villania:
por tanto pregunta, rey,
que la verdad te diría.

Yo te agradezco, Abenamar,
aquesta tu cortesía:
qué castillos son aquellos?
Altos son, y relucian.
El Alhambra era, señor,
y la otra la Mezquita:
los otros los Alijares,
labrados á maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al dia:
el dia que no labraba
otras tantas se perdia.
El otro es Generalífe,
huerta que par no tenia;
el otro Torres-Bermejas,
castillo de gran valía.
Allí habló el rey D. Juan,
bien oiréis lo que decia:
Si tú quisieses, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
á Córdoba y á Sevilla.
Casada soy, rey D. Juan,
viuda no lo sería;
el moro que aquí me tiene
muy grande bien me queria.

Mostraban tanta suntuosidad y fortaleza los edificios de Granada y Alhambra, que admiraba, y hoy son fortísimos. Estaba tan rico, próspero y bien afortunado el rey Mulahazén, que en las morismas no habia otro tan poderoso, fuera del Gran Turco, si la fortuna no le derribara del

trono en que estaba, como adelante se dirá. Era servido de caballeros de mucha estima y de sangre real, porque habia en Granada treinta y dos linages de caballeros moros, sin otros muchos poderosos, descendientes de aquellos nobles de Africa que ganaron á España. Y porque será justo nombrarlos á todos, y de qué reinos y provincias eran naturales, se dirá todo por estenso, para que se considere la gran nobleza que á la sazon habia en Granada.

CAPITULO III.

En que se declaran los nombres de los nobles caballeros moros de Granada, de los treinta y dos linages, y otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los lugares que estaban en aquel tiempo debajo de la corona de Granada.

Ya que hemos tratado de algunas de las cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios, diremos de los preciados caballeros que en ella vivian, y de las villas, lugares, castillos y ciudades que estaban sujetos á la Real Corona de Granada; para lo cual comenzaréinos por los caballeros, de esta manera nombrados por sus nombres: Almoradíes, de Marruecos; Alabeces, Alarbes; Bencerrages, id.; Alfaquíes, de Fez; Gazules, Alarbes; Barragis, de Fez; Venegas, de id.; Zegries, de id.; Mazas, de id.; Gomeles, de Velez de la Gomera; Abencerrages,

de Marruecos; Albayaldes, de id.; Abenamares, de id.; Aliatares, de id.; Almadenes, de Fez; Audalas, de Marruecos; Hacenes, de Fez; Laugeres, id.; Azarques, de id.; Alarifas, de Velez de la Gomera; Abenhamines, de Marruecos; Zulemas, de id.; Sarracinos, de id.; Mofarix, de Tremecén; Abedhoares, de id.; Almanzores, de Fez; Abidbares, de id.; Alhamares, de Marruecos; Reduanes, de id.; Aldoradines, de id. Alabezes Maliques, de Marruecos, descendientes del Almohabéz Malique, rey de Cuco.

Los lugares del reino y vega de Granada son estos: Granada, Cogollos, Alfacar, Colomera, Alhedin, los Padules, Gabia la Grande, Iznallóz, Maracena, Albabia, Gavia la Chica, la Zubia, Alhama, Arbolote, Moclin, Illora, Loja y Lora, Monte-frio, Guadahortuna, la Malá, Pinos, Alcalá Real, Cardela, Huelma.

Los lugares de Baza son: Baza, Bezalema, Castilleja, Galera, Velez el Blanco, Tirieza, Zujar, Crastil, Huescar, Cuellar, Velez el Rubio, Freila, Benamanuel, Orzé, Cavillas, Xiquena, Tirieza.

Los del rio Almanzor son: Seron, Almuñecar, Urraca, Bertanga, Eria, Santoperat, Portilla, Cabrera, Sorbas, Alboteas, Serna, Tijola, Purchena, Mojar, Abenchez, Zucuyrin, Guercal, Tera, Teresa, Lobrin, Portaloza, Cuebro, Bayarque, Vicir, Turre, Cantaria, Ovaria, las Cuevas, Zurgena, Antes, Elvez, Uleya del Campo.

Los lugares del Filabres son: Filabres, Gergal, Vacares, el Voloduy, Sierro.

Los lugares del rio de Almería son: Almería, Vicar, Tenix, Guercal, Fenix, Pichona, Alhamalasec, Santa Cruz, Turpe, Rioja, Ragul, Meles, Cucija, Ochovez, Santa Fé, Ilar, Eficion, Marcena, Guenlejas, Almaneata, Abiatar, Lacumque, Catiyar.

Tabla de Andujar y Oxica: Castillo del hierro, Velote el alto, Inoa, Alcundiat, Berja, Veas, la Calahorra, Curiana, Canile aceytu, Lanjaron, Valor el chico, Tabernas, Guadix, la Poza, Fiñana, Dalias, Murral, Cadiar, Potrox, Turon, las Albuñuelas, Guajaras altas, Guajaras bajas.

Estos y otros muchos lugares de las Alpujarras, Sierra-Bermeja y Ronda, que no hay para que nombrarlos, estaban debajo de la Real Corona de Granada. Y pues hemos tratado de los lugares, será bien tratar de los caballeros moros, Maliques Alabezes, el cual linage era muy estimado y tenido de los reyes de Granada y de todos; y es de saber, que como Miramamolin el de Marruecos convocase á todos los reyes de Africa para ir á España, cuando totalmente fue destruida hasta las Asturias, vino un rey llamado Abderiame, y este trajo tres mil hombres de pelea: vino otro llamado Muley Abcali, y en su compañía otros veinte y cinco reyes moros, los cuales trajeron grande poder de gente, y entre estos reyes vino uno llamado Mahomad Malique Almohabez, cuyo era el gran reino de Cuco, y traia consigo tres hijos valerosos, llamados Maliques Almohabeces, todos los cuales reyes y sus vasallos conquistaron á España. Y en

aquella gran batalla en que se perdió el rey D. Rodrigo y la flor de los caballeros de España, á manos del infante D. Sancho murió el rey Malique Almohábez, y sus tres hijos anduvieron en las guerras todos los ocho años que duraron, hasta que se apoderaron los moros de casi toda España. Y acabada la guerra el mayor de los hermanos pasó á Africa, rico de despojos, al reino de su padre, do fue rey, y los hijos de este fueron reyes de Fez y Marruecos, y uno de los reyes de Fez tuvo uno llamado el infante Abomelique, el cual pasó á España en tiempo que los reyes de Castilla tenian guerra con los reyes de Granada. Fue Abomelique rey de las Algeciras, Ronda y Gibraltar, respecto á que fue ayudado de sus parientes, porque habian quedado en la ciudad de Granada descendientes de aquellos hijos del valiente rey Almohabez, que como arriba es dicho, uno se volvió á su tierra y reino, y los otros dos se quedaron en Granada, por parecerles la tierra muy amena y agradable; y quedaron muy ricos de los despojos de la guerra de España. Fuéronles dadas grandes partes y haciendas en Granada: sabiendo cuyos hijos eran, especialmente por el valor de sus personas que era muy grande, emparentaron con otros claros linages de la ciudad, que se decian los Almoradines: sirvieron á sus reyes muy bien en todas las ocasiones que se les ofrecieron. Y asi estos y los Abencerrages eran los mas esclarecidos y tenidos linages, aunque tambien habia otros tan buenos como ellos, como eran los Ze-

gríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Almoradis, Almohades, Marines y Gazules, y otros muchos. Finalmente, con el favor de estos caballeros Maliques Alabeces, que asi fueron llamados, el infante Abomelique de Marruecos alcanzó en el reino de Granada á ser rey de Ronda, de las Algeciras y Gibraltar, como está dicho. Volviendo, pues, al propósito de nuestra historia, como dice el arábigo, el rey de Granada Mulahacen, de quien ahora tratamos, se servia de los caballeros mas principales de la ciudad, con los cuales tenia su corte próspera, y sus tierras pacíficas, y hacia guerra á los cristianos, y era de todos muy temido, hasta que su hijo Aboabdilí fue grande, y entre él y el padre hubo grandes diferencias, y el hijo fue alzado por rey en favor de los caballeros de Granada que estaban mal con su padre, por ver los agravios que de él habian recibido: otros seguian la parte del padre. De aquesta manera andaban las cosas de la ciudad y reino de Granada, y no por eso dejaba de estar en su punto, siendo bien gobernada y regida: y es de saber, que de los treinta y dos linages de caballeros que habia en Granada, los que sustentaban la corte eran los que aqui nombrarémos, porque hace mucho al caso á nuestra historia, asi como lo escribe el moro Abenhamin, historiador de aquellos tiempos, desde la entrada de los moros en España; pero este Abenhamin tuvo cuidado de recoger los papeles y escrituras que trataban de Granada, y su fundacion primera y segunda, y los caballeros que mas se estimaban en

Granada eran los siguientes: Alhamares, Abencerrages, Llegas, Abenamares, Almoradis, Gomeles, Mazas, Gazules, Alabeces, Venegas, Zegries.

Los caballeros Abencerrages eran muy estimados, por ser de esclarecido linage, descendientes de aquel valeroso capitan Abencerrage, que vino con Muza en tiempo de la gran derrota de España: de este, y de dos hermanos suyos descendieron estos caballeros Abencerrages de sangre real. Hallaránse los hechos de estos insignes caballeros en las crónicas de los reyes de Castilla, á las cuales me remito. Los que tenian mayor amistad con estos caballeros eran los Maliques Alabeces, y el valiente Muza, hijo bastardo del rey Mulahazen. Era Muza muy valiente y robusto, y todos le amaban por su nobleza. A la sazon habia en Granada muchas fiestas, á causa de haber recibido la corona el rey Chico, aunque contra la voluntad de su padre, el cual vivia en el Alhambra, y el rey Chico en el Albaizin y Alcazaba, visitándole los caballeros mas principales, por quien habia recibido la corona, así Abencerrages, como Gomeles y Mazas. Pasando estas cosas, el muy valeroso maestre de Calatrava D. Rodrigo Tellez Giron, con mucha gente de á caballo y de á pie, entró á correr la vega de Granada y hizo en ella algunas presas; y no contento con esto, quiso saber si habia en Granada algun caballero que con él quisiese escaramuzear lanza por lanza; y sabiendo como en Granada hacian fiestas por la nueva eleccion del rey Chico, acordó de enviar un escudero con una letra suya al rey,

el cual estaba en Generalife holgándose con muchos caballeros, y en llegando el escudero pidió licencia, y diósela; y siendo en presencia del rey, hizo el acatamiento debido, y dió el recado de su señor el maestre. El rey lo recibió y lo hizo leer alto, que todos lo entendiesen, y decia así:

«Poderoso señor, tu alteza goce la nueva co-
«rona, que por tu valor se te ha dado, con el
«próspero fin que deseas. De mi parte he sentido
«gran contento, aunque diversos en leyes: mas
«confiado en la grande misericordia de Dios, que
«al fin tú y los tuyos vendreis al claro conoci-
«miento de la santa Fé de Jesucristo, y querrás
«amistad con los cristianos. Y pues ahora hay
«tantas fiestas por tu nueva corona, es justo que
«los caballeros de tu corte se alegren y reciban
«placer, probando sus personas con el valor que
«de ellos por el mundo se publica. Y así por este
«respeto yo y mi gente hemos entrado en la ve-
«ga, y la hemos corrido; y si acaso alguno de
«los tuyos quisiere salir al campo á tener escara-
«muza uno á uno, déles tu alteza licencia para
«ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo cer-
«ca de tu ciudad. Y para esto doy seguro que de
«los mios no saldrán mas de aquellos que salie-
«ren de Granada para escaramucear. Ceso besan-
«do tus reales manos.=*El maestre D. Rodrigo*
«*Tellez Girón.*»

Leidà la carta, el rey con alegre semblante miró á todos sus caballeros, y viólos andar alborotados y con deseo de salir á la escaramuza, pretendiendo cada uno de ellos la empresa; y el

rey como los vió así andar, mandó que se sosegasen, y preguntó si era justo salir á la escaramuza que el maestre pedia, y todos respondieron, que era cosa muy justa salir, porque haciendo lo contrario, serian reputados por caballeros de poco valor y muy cobardes, y sobre ello hubo muchos pareceres, sobre quién saldria á la escaramuza, ó cuantos; y fue acordado que no fuese aquel dia mas de uno á uno á la escaramuza, que despues saldrian mas; y sobre quién habia de salir hubo muchas y grandes diferencias entre todos, de modo que fue necesario que entrasen en suerte doce caballeros, y que del que saliese primero de una vasija de plata su nombre escrito, que aquel saliese. Así acordado, los que fueron escritos para las suertes, fueron los caballeros siguientes: Mahomad Abencerráge, el valiente Muza, Malique Alabéz, Mahomad Maza, Mahomad Almoradi, Albayaldos, Venegas Mahomet, Abenamar, Mahomad Gomel, Almadán, Mahomad Zegrí, el valiente Gazul.

Todos estos caballeros fueron señalados, y escritos sus nombres y echados en una vasija, los revolvieron muy bien, y la reina sacó la suerte, y leida decia *Muza*. La alegría que sintió fue grande, y los demas caballeros envidia, porque cada uno de ellos se holgara en estremo ser el de la suerte, por probar el valor y esfuerzo del maestre. Y aunque despues de esto entre todos los caballeros fue conferido y debatido que mejor fuera salir cuatro á cuatro, ó seis á seis, no se pudo aceptar con Muza; y asi luego se escribió al maestre

una carta, y dándosela al escudero en respuesta de la que habia traido, le enviaron; y llegando á la presencia del maestre, le dió la carta del rey Chico, que decia asi.

«Valeroso maestre, muy bien se muestra en «tu virtud la nobleza de tu sangre, y no menos «que de tu bondad pudiera salir el parabien de mi «eleccion y real corona, lo cual me ha puesto «en obligacion de acudir á todo lo que á la amis«tad de un verdadero amigo se debe tener; y «así me obligo á todo aquello que de mí y de «mi reino hubieres menester. Con muy comedi«das razones envias á pedir á mis caballeros es«caramuza en la Vega, por alegrar mi fiesta, lo «cual agradezco grandemente. Entre los princi«pales caballeros de esta corte se echaron suer«tes por quitar diferencias, á causa de que cada «uno quisiera verse contigo; cayóle la suerte á mi «hermano Muza: mañana se verá contigo debajo de «tu palabra, que de ninguno de los tuyos será «ofendido. Conocido tengo, que será muy de ver «la escaramuza por ser entre dos tan buenos ca«balleros. Queda aqui para lo que cumpliere = «*Audalá, rey de Granada.*»

Alegre fue el maestre con la respuesta del rey, y aquella noche se retiró gran trecho la tierra adentro: mandó á su gente que estuviese con cuidado y vigilancia toda la noche, porque los moros no les diesen algun asalto. Venida la mañana se acercó á la ciudad, llevando para su guarda cincuenta caballeros, y dejando el resto gran trecho apartado, avisándoles que estuvie-

sen alistados por si los moros rompian la palabra de seguro que estaba dada: asi estuvo aguardando á Muza para hacer con él batalla.

CAPITULO IV,

que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el Maestre, y de otras cosas que tambien pasaron.

Asi como el mensagero del valeroso maestre partió con la carta aceptando el desafio, el rey y todos los caballeros quedaron tratando de él y de otras cosas. La reina y las damas no holgaron del desafio, porque sabian bien que el valor del maestre era grande, y muy diestro en las armas, y á quien mas pesó de este desafio fue á la hermosa y discreta Fátima, del linage Zegrí, que amaba de secreto mucho á Muza; pero él adoraba á la hermosa Daraja, hija de Mahomet Alabéz, y hacia en su servicio señaladas cosas; mas Daraja no amaba á Muza, porque tenia todo su amor puesto en Abenjamar, caballero Abencerrage de mucho valor: el Abencerrage amaba á la hermosa Daraja, y la servia. Volviendo, pues, á Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la batalla que habia de hacer, y la Fátima le envió con un page suyo un rico pendoncillo para la lanza, el medio morado, y el otro verde, todo recamado con riquísimas labores de oro, y sembradas por él muchas FF, que declaraban el nombre de Fátima. El page le

dió á Muza diciendo: «Valeroso señor, Fátima, mi señora, os besa la mano, y os suplica pongais en vuestra lanza este pendoncillo en su servicio, porque será muy contenta si lo llevais á la batalla.» Muza tomó el pendoncillo mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas cortés, aunque él mas quisiera que fuera de Daraja; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió diciendo al page: «Amigo, dí á la hermosa Fátima que tengo en muy grande merced y favor el pendoncillo que me envia, aunque en mí no haya méritos para prenda de tan hermosa dama, y que Alá me dé gracia para que la pueda servir, y que la prometo de ponerle en mi lanza, y de entrar con él en la batalla, porque sé que con tal prenda, y enviada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte.» El page fue muy contento, y en llegando á Fatima le dijo todo lo que con el valiente Muza habia pasado, que no fue poca alegría para Fátima. Pues el alba no habia bien rompido, cuando Muza ya estaba aderezado de todo punto para salir al campo, y dando de ello aviso al rey, se levantó y mandó que tocasen las trompetas y clarines, al son de los cuales se juntaron muchos caballeros, sabiendo ya la ocasion de ello. El rey se aderezó aquel dia muy galan: llevaba una marlota de tela de oro, tan rica, que no tenia precio, con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos reyes las pudieran tener tales. Mandó el rey que saliesen doscientos caballeros muy bien alistados, para pelear por la seguridad de su hermano Muza. Aun no

eran los rayos del sol bien tendidos, cuando el rey Chico y su caballeria salió por la puerta de Biealmazon, llevando á su lado á Muza, y con él los caballeros: iban tan gallardos que era muy de ver. No menos parecer y gallardía llevaban los demas caballeros de pelea, y parecian tan bien con sus adargas blancas, lanzas y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por capitan de la gente de guerra Mahoma Alabéz, gallardo y valiente caballero, y muy galan y enamorado de una dama llamada Cobayda. Llevaba este valiente moro un liston morado en su adarga, y en él por divisa una corona de oro, y una letra que decia: *De mi sangre*, dando á entender, que venia de aquel valeroso rey Almohabez, que murió á manos del infante D. Sancho; y la misma divisa llevaba el gallardo moro en su pendoncillo. Asi salieron estas dos cuadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso maestre con sus cincuenta caballeros aguardando, no menos aderezados que la contraria parte. Luego como llegó el rey tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del maestre. Despues de haberse mirado los unos á los otros, el valeroso Muza no veia la hora de verse con el maestre, y pidiendo licencia á su hermano el rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que tenia. Llevaba el bravo moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubon de armar una muy fina cota que llaman jazerina, y encima un peto fuerte, aforrado en terciopelo

verde; sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrado con oro, y por ella sembradas muchas DD de oro, hechas en arábigo. Esta letra llevaba el moro por ser principio del nombre de Daraja, á quien él tanto amaba. El bonete era verde con ramos de oro labrado, y lazadas con las mismas DD. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un liston verde, y en el medio una cifra; y era una mano de una doncella, que apretaba con ella un corazon, del que salian gotas de sangre, con una letra que decia: *Mas merece.* Iba tan gallardo el valiente Muza, que cualquiera que le miraba quedaba aficionado á las galas. El maestre echó de ver luego que aquel era con quien habia de escaramucear, y mandó á todos sus caballeros que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesen puesto en necesidad; y fuese poco á poco hácia donde venia el gallardo Muza. Iba el maestre bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una cruz roja, la cual señal tambien llevaba en el pecho. El caballo era bueno, rucio rodado. Llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja, y debajo de ella una letra que decia: *Por ésta y por mi rey.* Parecia tan bien, que en verle daba contento, y cuando el rey le vió dijo á los que con él estaban: «No sin causa este caballero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposicion muestra el valor de su persona.» Llegaron los dos valientes caballeros cerca

el uno del otro, y despues de haberse mirado muy bien, el que primero habló fue Muza: «Por cierto, valeroso caballero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos el que la fama publica; y asi digo, que vuestro rey se puede tener por bien afortunado en tener un tan estimado caballero como vos sois; y por la fama que el mundo tiene de vos, yo me tengo por muy dichoso de entrar con vos en batalla, porque si Alá quisiese que alcanzase victoria de tan buen caballero, todas las glorias de él serian mias, que no poca honra y gloria sería para mí, y para todo mi linage; y si yo quedare vencido, no sentiré tanta pena, por serlo de tan buen caballero.» Con esto feneció el gallardo Muza sus razones, á las cuales respondió el valeroso maestre con mucha cortesia diciendo: «Por un recado que ayer recibí del rey, sé que os llaman Muza, de quien no menos fama se divulga que la que decís de mi, y que sois su hermano, descendiente de aquel esforzado y antiguo capitan Muza, que en tiempos pasados ganó gran parte de nuestra España; y asi estimo tener con vos batalla; y pues cada uno de su parte desea la gloria y honra de ella, vengamos á ponerlas en ejecucion, dejando en manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos á que se nos haga mas tarde.» El gallardo moro, que oyó aquellas razones al maestre, se sintió avergonzado por haber dilatado tanto tiempo la escaramuza, y sin responder palabra alguna, con mucha presteza rodeó su caballo, y apretándose el bonete en la cabe-

za, debajo del cual llevaba un muy fino y acerado casco, se apartó un gran trecho, y lo mismo habia hecho el maestre. A este tiempo la reina y todas sus damas estaban puestas en las torres del Alhambra, para desde allí mirar la fuerte escaramuza. Fátima estaba junto á la reina, juntamente con sus damas, ricamente vestida de damasco verde y morado, y era del propio color del pendoncillo que le habia enviado al valiente Muza: tenia por toda la ropa sembradas muchas MM griegas, por ser la primera letra de su amante Muza. El rey como vió apartados á los caballeros, y que aguardaban la señal de batalla, mandó tocar sus clarines, á los cuales respondieron las trompetas del maestre. Siendo la señal hecha, arremetieron los caballeros el uno para el otro con tan grande furia y braveza, que cada uno sintió el valor de su contrario en los encuentros que tuvieron; mas ninguno perdió la silla, ni hizo mudanza alguna: las lanzas no se quebraron, la adarga de Muza fue falseada, y el hierro de la lanza tocó en la fina coraza, y rompió parte de ella, y pasó en la jacerina, sin hacerle otro mal. El encuentro de Muza pasó el escudo al maestre, y el hierro de la lanza tocó en el peto fuerte, que á no serlo fuera herido. Los caballeros sacaron las lanzas, y con grande destreza comenzaron á escaramucear, rodeándose el uno al otro, procurando herirse; pero aunque era bueno el caballo del maestre, no era ligero como el del moro, á cuya causa no podia dar golpe á gusto, por andar Muza tan ligero; y

asi entraba y salia con velocidad el moro, dándole algunos golpes al maestre, el cual como vió la ligereza del caballo del contrario, acordó, fiando en la fortaleza de su brazo, de tirarle la lanza, y aguardó á que el moro le entrase, y viéndole cerca terció la lanza, y levantóse sobre los estribos, y con fortaleza jamas vista le arrojó la lanza. Muza quiso hurtarle el cuerpo y revolvió la rienda al caballo por huir del golpe; pero no lo hizo tan á su salvo, que llegando primero la lanza del maestre, le pasó el cuerpo al caballo: alborotóse saltando, dando vueltas y empinándose, y dando grandes corcobos; y visto por el moro, temiendo no le viniese algun daño por aquella causa, saltó en tierra, y con osado ánimo se fue al maestre para desjarretar el suyo, y de él entendido, saltó tan ligero como el viento; y embrazando el escudo, la espada desnuda se fue á Muza, el cual venia lleno de cólera y saña contra él, por haberle herido tan mal su caballo; y con una cimitarra fue á herir al maestre, el cual le ofendia bien y le maltrataba: peleando á pie, y cerca el uno del otro, se daban tan recios y desaforados golpes, que no bastaba fuerza de los escudos y de las armas, que con la fortaleza de sus brazos no se deshiciese y rompiese; y como el valeroso maestre era muy diestro y cursado en las armas, y mas fuerte que Muza, puesto que el moro era valiente y de animoso corazon, quiso mostrar donde llegaba su valor, y afirmando su espada sobre la cimitarra de Muza, fue al reparo, y el maestre

con muy gran presteza le hirió en la cabeza sin poderlo remediar el gallardo moro: cortóle con la cuchillada la mitad del bonete, y vino el penacho al suelo; y si el casco no fuera tan fino, fuera la herida mas peligrosa, y quedó Muza casi aturdido del golpe; y viendo cuan á maltratar le traia el maestre, volviendo en sí acudió con su cimitarra con destreza, y descargó un golpe muy recio. El maestre lo recibió en el escudo, el cual fue cortado por medio, por ser fuerte el golpe que en él le dió, y le rompió asimismo la manga de la loriga, y le alcanzó á herir de una pequeña herida en el brazo, de la cual le salia mucha sangre, y fue causa de que el maestre se encendiese en cólera y saña, y queriendo vengarse, acometió con un golpe á Muza en la cabeza, el cual con presteza fue al reparo porque no le hiriera. El maestre viendo que acudió al reparo, bajó la espada, y de revés le dió una herida en el muslo, que no le aprovechó la loriga que llevaba encima, para que no entrase la espada del maestre. De aquella suerte andaban los valerosos caballeros muy encarnizados, dándose muy grandes y fieros golpes. Quien mirara á la hermosa Fátima, conociera claro que amaba á Muza, porque asi como vió el bravo golpe que el maestre dió á su amante y querido Muza, del cual le derribó el bonete y penacho, temió quedaba mal herido; y viendo el caballo muerto, no lo podia sufrir, y asi de todo punto perdió su color con un desmayo cruel que le dió, y cayó sin sentido

en el suelo. La reina mandó que la echasen agua en el rostro, y echándosela volvió en sí, y abriendo los ojos dió un suspiro, diciendo: «¡oh Mahoma! ¿Por qué no te dueles de mí?» Y tornándose á amortecer, la mandó la reina llevar á su aposento, y que la regalasen. Jarifa, Daraja y Cobayda la llevaron con mucha presteza, haciendo muchos remedios, hasta que la bella mora volvió en sí, y les dijo á Daraja y á Jarifa que la dejasen sola, porque queria reposar un poco. Estas lo hicieron asi, y se tornaron adonde estaba la reina mirando la escaramuza, que á la sazon estaba mas encendida, pero manifiesta en la ventaja que el maestre llevaba á Muza, por ser mas diestro en las armas; puesto que Muza era de grande esfuerzo y valor, y no mostró jamás punto de cobardía, y mas en aquella ocasion, antes redoblaba sus golpes, hiriendo al maestre. Al moro le salia mucha sangre de la herida del muslo, y era tanta, que Muza sentia bien la falta de ella, y estaba desfallecido y debil; lo cual visto por el maestre, considerando que aquel moro era hermano del rey de Granada, y que era tambien muy estimado, y deseando tambien con muchas veras que fuese cristiano, y que siéndolo, le podria ganar algo en los negocios de la guerra en provecho del rey D. Fernando, determinó con todo cuidado de no proseguir la sangrienta batalla, y de tener amistad verdadera con el valiente Muza, y asi luego se fue retirando á fuera, diciendo: «Valeroso Muza, paréceme que para negocios de fiestas hacer tan sangrienta batalla co-

mo la que hacemos, no es justo; démosle fin, si te pareciere, que á ello me mueve ser tú tan buen caballero, y hermano del rey, de quien tengo ofrecidas mercedes; y no digo esto porque de mi parte sienta haber perdido nada del campo, ni de mi esfuerzo, sino porque deseo amistad contigo por tu valor.» Muza que vió retirar al maestre, se maravilló, y tambien se retiró, diciendo: «Claramente se deja entender, valeroso maestre, que te retiras, y no quieres fenecer la batalla, por verme en tal estado, que de ella no podia yo sacar sino la muerte; y movido tú de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la cual reconozco me haces merced. Y tambien digo, que si tu voluntad fuere que nuestra lid fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir, con la cual cumpliré á lo que debo á ley de caballero; mas si, como dices, lo haces por respeto de mi amistad, te lo agradezco infinito y lo tengo á grande merced, por tener amistad con un tan singular caballero como tú, y prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no ir contra tu persona ahora ni en tiempo alguno, sino en cuanto fuere mi poder servirte.» Y diciendo esto dejó la cimitarra de la mano, y se fue á abrazar al maestre, y él hizo lo mismo con mucho amor, y entendió de cierto el maestre que de aquella amistad habia de resultar muy gran bien á los cristianos. El rey y los demas que estaban mirando la batalla se maravillaron mucho, y no podian entender qué podia ser; y venido á entender el caso y la amistad, el rey con seis caballeros se

llegó á hablar al maestre, y despues de haber tratado cosas de muy grandes cortesias, sabiendo la amistad del maestre y de su hermano, aunque no se holgó mucho, dió orden de volver á la ciudad, porque Muza fuese curado, que lo habia bien menester. Y asi se partieron los dos caballeros, llevando la amistad en sus corazones muy fija y sellada. Este es el fin que tuvo la batalla.

Vuelto el rey á Granada, no se trataba otra cosa sino de la escaramuza, y de la amistad que de ella procedió, y de la virtud, bondad y valor del maestre; y con razon, porque era adornado de todo, y por él se dijo aquel romance, que dice:

¡Ay Dios, qué buen caballero
es el maestre de Caltrava,
y cuán bien corre los moros
por la vega de Granada!
Desde la fuente del Pino
hasta la Sierra Nevada,
y en esas puertas de Elvira,
mete el puñal, y la lanza;
las puertas eran de hierro,
de parte á parte las pasa.

Siendo fenecida la batalla del maestre y de Muza, desamparando la vega el maestre se fue con las presas que habian hecho él y su gente. Volvamos ahora á lo que pasó en Granada, despues que el rey entró en ella y sanó Muza de las heridas, que pasó mas de un mes.

CAPITULO V,

que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerrage, y de lo que pasó.

Grande fue la reputacion que cobró Muza de valiente caballero, pues no quedó del maestre vencido, como lo habian sido otros valientes caballeros, á quien habia vencido y muerto por sus manos. Entró Muza en Granada al lado del rey su hermano, acompañado de todos los caballeros mas principales de la ciudad. Entraron por la puerta Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las damas le salian á mirar, y otras muchas gentes ocupaban las ventanas, que era cosa de ver. De esta suerte fueron hasta la Alhambra, donde fue Muza curado por un gran maestro, y estuvo casi un mes en sanar: despues de sano fue á besar las manos al rey, el cual tuvo con su vista mucho contento, y asímismo todos los demas caballeros y damas de la corte; y quien mas con su vista se alegró, fue la hermosa Fátima, porque le amaba mucho, aunque él no la pagaba su amor. La reina le hizo sentar junto á sí, y le preguntó, cómo se sentía, y qué le habia parecido el esfuerzo del maestre. Muza le respondió: «Señora, el valor del maestre es en demasía muy grande, y me hizo merced que la batalla no pasase adelante, por escusar el daño notable que es-

taba de mi parte, que era manifiesto; y juro por Mahoma, que en lo que yo pudiere le tengo de servir.» «Mahoma le confunda, respondió Fatima, que en tal sobresalto nos puso á todos, y especialmente á mí, que como ví que de un golpe que os dió os derribó la mitad del bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre, y faltándome de todo punto el aliento me caí amortecida en el suelo.» Fatima dijo esto encendiendo todo su rostro en color, de suerte que todos echaron de ver, que amaba al gallardo y valiente moro, el cual respondió: «Mucho me pesa, que tan hermosa dama viniese á tal estremo por mi causa;» y diciendo esto volvió los ojos á Daraja, mirándola aficionadamente, dándola á entender que la amaba de corazon; pero ella se estuvo con los ojos bajos y sin hacer mudamiento. Llegada la hora de comer, el rey se sentó con sus caballeros á la mesa, porque en comiendo habia de haber gran fiesta y zambra. Las mesas fueron puestas, y comieron con el rey los caballeros mas principales, y eran cuatro caballeros Bencerrages, cuatro Almoradis, dos Alhamares, ocho Gomeles, seis Alabezes, doce Abencerrages, y algunos Almoradines, Abenamar, y Muza. Eran estos caballeros de grande estima, y por su valor les daba el rey su mesa. Asímismo con la reina comian muy hermosas damas, y de buenos linages, las cuales eran Daraja, Jarifa, Cobaida, Zaida, Sarracina y Alboraida; todas eran de la flor de Granada. Tambien estaba la hermosa Galiana, hija del alcaide de Almería, que habia venido á las fiestas,

y era parienta de la reina. Andaba enamorado de la hermosa Galiana el valiente Abenamar, y por ella habia hecho muchos juegos y escaramuzas, y por él se dijo este romance.

En las guerras de Almería
estaba el moro Abenamar,
frontero de los palacios
de la mora Galiana.
Por arrimo un albornoz,
y por alfombra su adarga,
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lanza.
En el arzon puesto el freno,
y con las cuerdas trabada
la yegua entre dos linderos,
porque no se pierda, y paza.

Este romance lo dicen de otra manera, diciendo: *Galiana está en Toledo*, y es falso, porque la Galiana de Toledo fue mucho tiempo antes que los Abenamares, especialmente de este de quien ahora tratamos, y el otro de la pregunta del rey Don Juan, pues en tiempo de aquestos era Toledo de cristianos, y asi queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fue en tiempo de Carlos Martel, y fue robada de Toledo, y llevada á Marsella por Carlos. Esta Galiana de quien ahora tratamos, era de Almería, y por ella se dice el romance y no por la otra; y este Abenamar era nieto del otro Abenamar. Volviendo, pues, á nuestro caso, el rey con sus caballeros, y la reina con todas sus damas, comian con gran contento al son de muchas y di-

versas músicas, asi de ministriles, como dulzainas, harpas y laudes que en la real sala habia. Hablando el rey y los caballeros sobre algunas cosas, en especial de la batalla del maestre y de Muza, y del gran valor del maestre y de su cortesía, que era muy grande, de lo cual le pesaba al moro Albayaldos, que sentia mucho el no haberse acabado la escaramuza, porque le parecia que no era tanto el valor del maestre como la fama publicaba, y que si peleara en lugar de Muza habia de alcanzar victoria del maestre; por lo cual propuso en sí, que la primera vez que entrase en la vega le habia de pedir campo, por ver si lo que se decia era asi. Las damas tambien trataban de la escaramuza pasada, y del grande esfuerzo del valiente Muza, y de su donaire. Abenhamet no quitaba los ojos de Daraja á quien amaba en estremo, y no era mal correspondido en su fé, porque ella le adoraba, por tener partes para ser querido, y porque en estremo era galan y valiente, temido y muy estimado, y alguacil mayor en Granada, que este cargo y oficio no se daba sino á persona de mucha estima, y nunca salia este oficio de los caballeros Abencerrages, como se verá en los compendios de Esteban Garibay, y Camaloa, cronista de los reyes cristianos de Castilla. Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del maestre de Calatrava, no menos lo tenia su primo Aliatar que se preciaba de valiente, y holgára ver si era asi lo que se decia del maestre. El valiente Muza ya no trataba de esto, sino de tener por

amigo al maestre, y mas se entretenia en mirar á Daraja, que en las otras cosas, y tanto se embebecia en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza á Daraja, y pesóle grandemente, porque tambien él la amaba de secreto, y muchas veces le habia descubierto su corazon, aunque no daba ella atento oido á sus querellas ni palabras, ni hacia caudal de lo que decia el rey. Tambien Mahomad Zegrí miraba á Daraja: este era caballero de mucha calidad, y sabia que Muza la servia, pero no por eso desistia de su propósito, de lo cual no se le daba á Daraja nada, por tener puestos los ojos en Abenhamet, caballero Abencerrage, gallardo y estimado. La reina trataba con sus damas cosas de los caballeros y sus bizarrías, y entre todos, lòs Abencerrages y Alabeces, los cuales linages eran deudos. Estando la reina hablando con sus damas, habiendo acabado de comer el rey y los demas caballeros, y habiéndose comenzado algunas danzas entre damas y caballeros, llegó un page de parte de Muza, é hincando las rodillas en el suelo, le dió á Daraja un ramo de flores y rosas, diciendo: «Hermosa Daraja, mi señor Muza os besa las manos, y os suplica recibais este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para que os sirvais de tenerlo en la vuestra, y que no mireis el poco valor del ramillete, sino la voluntad del que os lo envia, que entre estas flores viene estampado su corazon para que lo tomeis en vuestras manos.» Daraja miró á la

reina y se puso muy colorada, sin saber si lo tomaria ó no; y visto que la reina la miró, y no le dijo cosa alguna, tomó el ramillete, por no ser demasiadamente descortés ni ingrata á Muza, por ser buen caballero y hermano del rey, considerando que por tomar el ramo no era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerrage, el cual vió bien como lo tomó, diciéndole al page, que ella le agradecia mucho el presente. Quien mirara á Fátima entendiera bien lo mucho que le pesó, porque nunca él la habia enviado ramillete; pero procuró disimular, y llegándose á Daraja la dijo: «No podeis negar que Muza es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha enviado este ramillete; y pues vos lo recibisteis, es argumento que le quereis bien.» Casi afrentada Daraja de aquello, la respondió: «Amiga Fátima, no os maravilleis si recibí el ramo, que no lo tomé con mi voluntad, sino por no dar nota de ingrata en presencia de todos los caballeros y damas de la sala, que si no pareciera mal, lo hiciera mil pedazos.» Con esto dejaron de hablar sobre aquel caso, porque mandó el rey que danzasen las damas y caballeros, lo cual fue hecho, y Abenamar danzó con Galiana; Malique Alabez con su dama Cobayda, y muy bien, por ser estremada en todo; Abindarraez danzó con la hermosa Xarifa, y Venegas con la bella Fátima: Almoradí, un bizarro caballero pariente del rey, danzó con Alborayda; un caballero Zegrí danzó con la hermosa Sarrazina; Algamun Abencerrage con la linda Daraja,

y en acabando de danzar al tiempo que el caballero Abencerrage le hizo una cortesía, ella haciéndole reverencia le dió el ramillete, y él lo recibió con mucha alegria, y lo estimó en mucho por ser de su mano. El valiente Muza, que habia estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su señora Daraja, visto que le habia dado el ramillete que le habia enviado á su dama, ciego de enojo y pasion que recibió por ello, sin tener respeto al rey ni á los demas caballeros que en la real sala estaban, se fue al Abencerrage con una vista tan horrible, que parecia echar fuego por los ojos, y con voz soberbia le dijo al Abencerrage: «Dí, vil y bajo villano, descendiente de cristianos, mal nacido, sabiendo que aqueste ramo fue hecho por mi mano, y que se lo envié á Daraja, lo osaste recibir, sin considerar que era mio; si no fuera por lo que debo al rey, por estar en su presencia, ya hubiera castigado tu loco atrevimiento.» Visto por el bravo Abencerrage el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo á su antigua amistad, no menos encolerizado que él, le respondió diciendo: «Cualquiera que dijere que soy villano y mal nacido, miente mil veces, que yo soy muy buen caballero é hijodalgo, y despues del rey mi señor, no es ninguno tal como yo.» Diciendo esto, los caballeros pusieron mano á las armas para herirse, lo cual hicieran si el rey no se pusiera enmedio y todos los caballeros. Y muy enojado el rey contra Muza por haber sido el movedor de la causa, le dijo pala-

bras muy sentidas; y por haber tenido tanto atrevimiento en su presencia, mandó saliese desterrado de la corte. Muza dijo que se iria, y que algun dia en escaramuzas de cristianos le echaria menos, y diria, ¿donde está Muza» Diciendo esto volvió las espaldas para salir de palacio; mas todos los caballeros y damas le detuvieron, y suplicaron al rey que se quitase el enojo, y alzase el destierro á Muza; y tanto se lo rogaron los caballeros, la reina y las damas, que le perdonó, é hicieron amigos á Muza y al Abencerrage, y le pesó á Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrages. Pasada esta cuestion se movió otra peor, y fue, que un caballero Zegrí, que era la cabeza de ellos, le dijo á Abenhamet Abencerrage: «El rey mi señor echó culpa á su hermano Muza, y no reparó en una razon que dijisteis, que despues del rey no habia caballeros tales como vos, sabiendo que en palacio los hay tales y tan buenos como vos, y no es de buenos caballeros adelantarse tanto, y si no fuera por alborotar el real palacio, os digo que os habia de costar bien caro lo que hablásteis en presencia de tantos caballeros.» Malique Alabéz, que era muy cercano deudo de los Abencerrages, como valiente y osado, se levantó y respondió al Zegrí muy valerosamente, diciendo: «Mas me maravillo de tí en sentirte tú solo, adonde hay tantos y tan preciados caballeros, y no habia ahora para qué tornar á remover nuevos escándalos y alborotos; porque lo que Abenhamet dijo fue muy bien dicho, porque los ca-

balleros de Granada son bien conocidos quien son y de donde vinieron, y no penseis vosotros los Zegríes, que porque sois de los reyes de Cordoba descendientes, que sois mejores ni tales como los Abencerrages, que son descendientes de los reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramamolin. Pues los Almoradis, ya sabeis que son de aquesta real casa de Granada, tambien de linage de los reyes de Africa. De nosotros los Maliques Alabeces, ya sabeis que somos descendientes del rey Almohabez, señor de aquel famoso reino de Cuco, y deudos de los famosos Malucos: pues donde estan todos estos y habian callado, ¿por qué tu quieres renovar nuevos pleitos y pasiones? Pues sabe que es verdad lo que te digo, que despues del rey nuestro señor, no hay ningunos caballeros que sean tales como los Abencerrages, y quien dijere lo contrario miente, y no le tengo por hidalgo. Como los Zegríes, Gomeles y Mazas, que eran deudos, oyeron lo que Alabéz decia, encendidos en saña se levantaron para darle la muerte. Los Alabeces, Abencerrages, y Almoradies, que era otro bando, viendo su determinacion se levantaron para resistirle y ofenderlos. El rey que tan alboratado vió el palacio, y el peligro de perderse toda Granada, y asi tambien todo el reino, se levantó dando voces, diciendo: «Pena de traidor, cualquiera que mas se moviere y sacare armas;» y diciendo esto asió á Alabéz y al Zegrí, y llamó la gente de la guarda, y los mandó llevar presos. Los demas caballeros se estuvieron quietos por no incurrir en

la pena de traidores. Alabéz fue preso en el Alhambra, y el Zegrí en Torres Bermejas, y puestas guardas los tuvieron á buen recado. Los caballeros de Granada procuraron hacer las amistades, y al fin se hicieron interviniendo en ellas el rey, y fuera mejòr que no se hicieran, como se dirá adelante.

CAPITULO VI.

Como se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron mas las enemistades de los Zegríes, Abencerrages, Alabezes, y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores.

Antes de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zaide y de la bella Zaida, á quien él tanto estimaba, y era tan público en Granada, que ya no se trataba sino de sus finos amores. Sabiendo esto sus padres de ella, determinaron de casarla con otro, y dar fama de ello, porque Zaida se apartase de aquel propósito, y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle su calle y puerta, porque no fuese el honor de Zaida tan rompido. Y con este intento pusieron mucho recato en su hija, no dejándola poner á las ventanas, porque no hablase con Zaide; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dejaba Zaide de pasear la calle, ni ella le dejaba de amar con mas fervor que de antes. Y como se publicaba el ca-

samiento de Zaida por toda la ciudad, y que sus padres la casaban con un moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zaide no podia sosegar de noche, ni de dia, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorbar el casamiento con darle muerte al desposado. Y no cesando un momento de pasear la calle de su dama, por ver si la podia hablar para saber de ella su voluntad, porque espantaba el gallardo moro de que su Zaida consintiese en el casamiento, á causa de la fé y palabra que entre los dos se habian dado, la aguardaba por ver si salia á un balcon, como solia hacer. La bella Zaida no estaba con menos pena y cuidado que su galan, deseosa de hablarle, y darle cuenta de lo que sus padres tenian tratado; y asi salió al balcon, y vió al valeroso Zaide que se andaba paseando solo, con un semblante triste y melancólico, y alzando los ojos al balcon; y viendo á la hermosa Zaida tan gallarda y bizarra, se le quitó luego todo su mal, y llegándose al balcon temeroso habló á su mora de esta manera: «Dime, bella Zaida, ¿es verdad esto que se dice, que tu padre te casa? Si es verdad, dímelo, no me lo encubras, ni me traigas suspenso; porque si es verdad, vive Alá que tengo de matar al moro que te pretende, para que no goce de mi gloria.» La hermosa Zaida le respondió (los ojos muy llenos de lágrimas): «Así me parece, Zaide, que mi padre me casa: Consuélate, y busca otra mora á quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo que nuestros amores tengan fin: el cielo sabe las pe-

sadumbres que por tu causa he tenido con mi padre.—«¡Oh cruel! Respondió el moro, ¿es pues esa la palabra que me tienes dada de ser mia hasta la muerte?» —«Vete, Zaide, dijo la mora, porque viene mi madre buscándome, y así ten paciencia.» Diciendo esto se quitó del balcon llorando, quedando el valeroso moro confuso, sin saber lo que determinar para alivio de su pena; y determinando de no dejar su pretension sin perder la escaramuza de su pensamiento, desocupó el puesto, dejando alli el alma. Por esto que le pasó á Zaide con su mora, se dijo este romance.

Por la calle de su dama
paseándose anda Zaide,
aguardando que sea hora
que se asome para hablarle.
Desesperado anda el moro
en ver que tanto se tarde,
que piensa con solo verla
aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir á un balcon
mas bella que cuando sale
la luna en la oscura noche,
y el sol en sus tempestades.
Llegóse Zaide, diciendo:
bella mora, Alá te guarde,
si es mentira lo que dicen
tus criados á mis pages.
Dicen, que dejarme quieres,
porque pretendes casarte
con un moro que ha venido
de las tierras de tu padre.

Si eso es verdad, Zaida bella,
declárate, no me engañes;
no quieras tener secreto
lo que tan claro se sabe.
Humilde responde al moro:
mi bien, ya es tiempo se acabe
vuestra amistad y la mia,
pues que ya todos lo saben.
Que perderé el ser quien soy
si el negocio va adelante:
Alá sabe si me pesa,
y lo que siento dejarte.
Bien sabes que te he querido
á pesar de mi linage,
y sabes las pesadumbres
que he tenido con mi madre
Sobre aguardarte de noche,
como vienes siempre tarde;
y por quitar ocasiones,
dicen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
hermosa, y de galan talle,
que te quiera, y tú la quieras,
porque lo mereces, Zaide.
Humilde responde el moro,
cargado de mil pesares:
No entendi yo, Zaida bella,
que conmigo tal usases:
No entendi que tal hicieras,
que asi mis prendas trocases
con un moro, feo y torpe,
indigno de un bien tan grande.

Tú eres la que dijiste
en el balcon la otra tarde:
tuya soy, tuya seré,
y tuya es mi vida, Zaide.

Aunque la bella Zaida pasó con su Zaide todo lo que habeis oido, no por eso le dejaba de amar en su corazon, y el gallardo Zaide asímismo la amaba. Aunque la dama le despidió, muchas veces se hablaban, no con tanta libertad, porque sus padres no lo sintiesen; y le hacia todos los favores que solia, aunque el moro, por evitar escándalo, no continuaba en pasear la calle de su dama: mas no era tan en secreto, que no fuese sentido del moro Tarfe, amigo de Zaide, el cual tenia una envidia mortal en su alma, porque amaba de secreto á Zaida; y considerando que jamás Zaide dejaria de amar á la bella Zaida, acordó de revolverlos, poniendo cizaña entre los dos, aunque esto le costó la vida; porque asi acaece á los que no son leales con sus amigos. Pues volviendo al caso de las fiestas atrás referidas, tratarémos primero de un romance, que compuso un poeta en respuesta del pasado, y despues dirémos lo que en las fiestas pasó. Dice asi el romance.

Bella Zaida de mis ojos,
y del alma bella Zaida,
de las moras la mas bella,
y mas que todas ingrata:
De cuyos rubios cabellos
enreda amor mil lazadas,
en que ciegas de tu vista

se rinden mil libres almas:
Qué gusto, fiera, recibes
de ser tan mudable, y varia,
y con saber que te adoro,
tratarme como me tratas;
Y no contenta de aquesto
de quitarme la esperanza,
porque de todo la pierda
de ver mi suerte trocada?
Ay cuán mal, fiera enemiga,
las veras de amor me pagas;
pues en cambio del me ofreces
ingratitud y mudanza!
Cuán presto le diste al viento
tus promesas y palabras!
pero bastaba ser tuyas,
para que tuviesen alas.
Acuérdate, Zaida hermosa,
si aun aquesto no te enfada,
del gusto que recibias
cuando rondaba tu casa.
Si de dia, luego al punto
salias á las ventanas;
si de noche, en el balcon
ó en las rejas te hallaba.
Si tardaba ó no venia,
mostrabas celosa rabia;
mas ahora en qué te ofendo,
que acorte el pasar me mandas?
Mándasme que no te vea,
ni escriba billete ó carta,
que un tiempo tu gusto fueron,

mas ya tu disgusto causan.
Ay, Zaida, que tus favores,
tu amor, tus palabras blandas,
por falsas se han descubierto,
y descubres que eres falsa.
Eres muger, finalmente,
á ser mudable inclinada,
que adoras á quien te olvida,
y á quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces,
por no parecerte en nada,
cuando de yelo tú fueras
mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
con mil amorosas ansias,
que el amor fundado en veras
tarde se rinde á mudanza.

Por ser aqueste romance bueno, y aludir mucho al pasado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tornando á nuestro moro Zaide, valeroso y gallardo Abencerrage, quedó tan apasionado por lo que la bella Zaida le dijo, que le puso en estremo su pensamiento en si era verdad que los padres de Zaida la querian casar. Con este cuidado andaba el gallardo moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su dama; pero ella no salia á las ventanas como otras veces solia, sino era muy de tarde en tarde. Aunque la bella y hermosa mora le amaba tiernamente, no lo manifestaba por no dar enojo á sus padres, y por esto no osaba hablar con su querido y amante moro; lo cual él sen-

tia mucho, y lo mostraba hasta en los trages y vestidos, porque conforme á la pasion que sentia, asi traía el vestido, y por él juzgaban los caballeros y damas de Granada los efectos de su causa y de sus amores. Pues con estas congojas y pesadumbres andaba el valeroso Zaide tan imaginativo, sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron á poner en grande estremo y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto; y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una noche muy oscura, buena á su propósito, bien aderezada la persona, y solo con un laud se fue á la calle de su adorada mora á media noche, y comenzando á tocar el instrumento con mucho pesar, cantó en arábigo esta sentida

CANCION.

Lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré á la mar,
pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
mis lágrimas sentimiento,
tanto, que de su tormento
dieron unas y otras señas;
Y pues ellas no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré á la mar,
pues que de la mar salieron.

No sin falta de lágrimas decia esta cancion el enamorado Zaide al son de su sonoro laud,

acompañado de muy ardientes suspiros que le salian del alma, con que acrecentaba mas las ansias de su pasion. Y asi como el enamorado moro sentia pasion en su alma, como lo mostraba, no la tenia menor la bella Zaida, la cual luego que sintió el laud, y que quien le tocaba era su querido Zaide, porque en eso le conocia, se levantó muy quedito, y se fue á un balcon bajo, donde oia la cancion y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con tristes lágrimas, trayendo á la memoria la sentencia de la cancion, y por la causa que el moro la decia: la cual era de saber, que la primera vez que Zaide vió á su hermosa Zaida, fue en Almería un dia de S. Juan, siendo capitan de una fusta, con la cual hacia el moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar, y acaso llegó Zaide con su bajel á la playa de Almería, á la sazon que la bella Zaida estaba en ella holgándose con sus padres y parientes. Traia el moro gallardo en su navío ricos despojos de cristianos, y con muchas flámulas, gallardetes y banderas tendidas, las cuales adornaban y hermoseaban el navío, y fue causa que su padre de Zaida y ella entrasen á ver el navío y al capitan de él, el cual fue de ellos conocido. El valeroso y gallardo Zaide los recibió con muy grande alegria y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zaida, á la cual presentó muchas y muy riquísimas joyas, con las cuales descubrió su deseo y amor, y quedó amartelado de ella, y ella asimismo se enamoró del bizarro moro. Fi-

nalmente, se trató entre ellos que se fuese Zaide á Granada, y se tuviesen mucha fe y amor. Él aceptó el partido, y determinó dejar la mar é irse á Granada, dejando su navío á un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zaide sirvió á su dama hasta aquel punto; y visto el proceder de los padres de su querida mora, y el gran disfavor que ella le habia dado, lleno de amorosas llamas le cantó la cancion dicha, trayèndo á la memoria sus primeras vistas. Asi como la bella mora consideró la pena que su amante mostraba en sus acentos, hizo el sentimiento que él, y llegóse al balcon enternecida, y llamóle quedo por causa de sus padres. No se tardó el bizarro moro en su ida, y llegándose cuanto pudo al balcon muy gozoso, le dijo su dama: «¿Cómo Zaide, todavia perseveras? ¿No sabes qué me infamas? Advierte la nota que das: considera que mis padres me tienen puesta en vida estrecha solo por tu causa. Vete antes que seas sentido de ellos, porque han jurado que si no hay enmienda, que me han de enviar á Coin á casa de mi tio; no des lugar á esto, porque será mi vida acabada. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Pasen estos nublados, que Alá nos enviará bonanza.» Y llorando se apartó de su amante, dejando á su amado moro en tinieblas faltándole su luz; el cual confuso se apartó de aqueste puesto, no sabiendo el fin que habia de tener su amado deseo. Pues volviendo al pasado sarao, y á las prometidas y concertadas fiestas, las cua-

les fuera mejor que no se concertaran ni hicieran, por las revoluciones y pesadumbres que en ellas hubo, y duraron por mucho tiempo despues, como mas largamente adelante diremos; en este sarao y fiesta se halló el gallardo y valiente Zaide, caballero Abencerrage, el cual amaba á su bella Zaida, y ella á él, y era con tanto estremo el amor que se tenian, que no escedia un punto de su gusto el uno del otro; y entreteniánse ambos sin gozarse, con solo verse y hablarse, hasta que llegase el venturoso dia de su deseado casamiento. Un dia la bella mora hizo una linda trenza de sus hermosos cabellos, pues eran mas que hebras de oro de Arabia, y con sus manos se la puso en el turbante á su querido Zaide; el cual quedó muy ufano, contento y gozoso con el nuevo bien y favor. Audalá Tarfe, su amigo, le pidió le dijese la causa de su demasiado contento; y como quiera que no se gozan tanto los bienes y contentos que no se comunican, fiado en su grande amistad, y debajo de secreto, le declaró la causa, y enseñó la prenda estimada que su dama Zaida le habia dado. El moro Tarfe, lleno de envidia y mortal rabia, viendo cuán favorecido y estimado estaba con Zaida, determinó de revelarle el secreto á la hermosa mora, y buscando ocasion para hablarla un dia, la dijo: «¿Eres tú, señora, la que tanto amas á Zaide? ¿La doncella tan estimada, querida y tenida de todos en Granada y fuera de ella? Pues tu honra anda muy caida, que no ha mucho que en una conversacion, tratando de los galanes fa-

vorecidos de sus damas, se quitó el turbante, y nos enseñó á todos una trenza de cabellos, y dijo ser tuyos, tejida y puesta allí por tu mano: mira si son señas bien conocidas.» Creyóle ser así, y como propiamente la muger es mudable, todo su amor se volvió en rencor y odio, y le dió gran tristeza y pena, considerando como andaba su honor; y luego le envió á llamar, y una criada le dijo, que habia poco que él habia preguntado, qué colores le agradaban, y quien la visitaba. Venido Zaide muy alegre, ella encendida en cólera, le dijo: «Ruégote, que por mi calle ni casa no pases, ni hables con nadie de mi casa, porque está mi honra muy abatida por tu causa; la trenza que te dí enseñaste á Tarfe, y á otros, y así no hay que confiar en tí cosa alguna, y no esperes de hablarme jamás.» Y diciendo esto se entró llorando en un aposento, sin bastar las disculpas del enamorado moro, que la decia, que mentian cuantos lo habian dicho. En vista de que no aprovechaban sus palabras, juró de matar al moro Tarfe, y por esto se hizo este

ROMANCE.

Mira, Zaide, que te aviso,
que no pases por mi calle,
ni hables con mis criadas,
ni con mis cautivos trates.
No preguntes en qué entiendo,
ni quién viene á visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen.

Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
moro, que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que hiendes, rajas y partes,
y que has muerto mas cristianos,
que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete,
que danzas, cantas y tañes,
gentilhombre, bien criado
cuanto puede imaginarse:
Blanco, y rubio por estremo,
esclarecido en linage,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donaires:
Que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo,
fuera posible adorarte:
Y por este inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua,
y amargan tus libertades.
Habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
un alcazar en el pecho,
y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que hiendan, y que desgarren.

Y con esto, Zaide amigo,
si algun banquete las haces,
del plato de tus favores
quieres que coman y callen.
Costoso fue el que me hiciste;
venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras,
como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
de los de jardines de Tarfe,
cuando hiciste de la tuya,
y de mi desdicha alarde.
A un morillo mal nacido,
me dijeron que enseñaste
la trenza de mis cabellos,
que te puse en el turbante.
No pido que me la dés,
ni que tampoco la guardes;
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron,
como le desafiaste
por las verdades que dijo,
que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio;
qué donoso disparate!
no guardas tú tu secreto,
y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez vuelvo á avisarte,
esta será la postrera
que me veas, y te hable.

Dijo la discreta mora
al altivo Abencerrage,
y al despedirse replíca:
quien tal hace, que tal pague.

Este romance se hizo por lo que atrás dejamos dicho, y viene á propósito á la historia. Y volviendo á ella quedó Zaide tan desesperado viendo el cruel desdén de su dama y siendo mentira todo aquello que le increpaba, que saliendo de alli, casi perdió el juicio, y en cólera ardiente fue á buscar á Tarfe para matarle, y le halló en la plaza de Vivarrambla, dando orden de algunas cosas para las venideras fiestas. Llamóle á parte, y díjole: «¿Por qué me has revuelto con mi señora Zaida, no guardando la ley de mi amistad.?» Tarfe le respondió: «Yo no te he revuelto con tu dama, y estoy inocente de lo que dices, y de mí no debes presumir tal.» Zaide se afirmaba en lo dicho; Tarfe lo negaba, y se dijeron palabras muy ofensivas. Cesaron las lenguas, y echando mano á sus alfangés, pelearon muy bien, y Zaide dió á Tarfe una herida mortal, de la cual murió dentro de tres dias. Los Zegríes quisieron matar á Zaide, por ser amigos de Tarfe; acudieron los Abencerrages presto, y si no viniera el rey, aquel dia se perdiera Granada, porque Muzas, Gomeles, Zegríes y los de su bando se armaron para herir á los Abencerrages, Gazules, Venegas y Alabeces; mas el rey Chico acompañado de muy principales caballeros de otros linages, hicieron tanto, que los apaciguaron, y á Zaide le llevaron preso á la Alhambra. Hecha la

averiguacion del caso, se halló que Tarfe era culpado; y porque el honor de la bella Zaida no fuese manchado, hizo el rey, que Zaide se casase con ella, y le perdonó la muerte de Tarfe. Por esto quedaron los Zegríes enojados; pero no por eso cesaron las fiestas concertadas, porque el rey mandó que se hiciesen. No faltando quien á Zaida respondiera á su mandato de esta suerte:

Di, Zaida, de qué me avisas?
quieres que mire, y que calle?
no dés crédito á mugeres,
ni á mal fundadas verdades.

Que si pregunto en qué entiendes,
ó quién viene á visitarte,
fiestas son de mi contento
las colores que te salen.

Si dices son por mi causa,
consuélate con mis males,
que mil veces con mis ojos
tengo regadas tus calles.

Si dices que estás corrida,
de que Zaide poco sabe,
no supe poco, pues supe
conocerte y adorarte.

Conoces que soy valiente,
y tengo otras muchas partes
no las tengo, pues no puedo
de una mentira vengarme.

Mas si ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses,
no pongas inconvenientes
mas de que quieres dejarme.

No entendí, que eras muger
á quien novedad aplace,
mas son tales mis descuidos,
que aun en lo imposible hacen.
Yo soy quien pierdo en perderte,
y gano mucho en amarte;
y aunque hables en mi ofensa,
no dejaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
fuera posible adorarme;
si en mi daño no lo he sido,
enmudezco en disculparme.
Hate ofendido mi vida?
quieres, señora, matarme?
que no te hable me mandas,
para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
de tormentos inmortales,
mi boca la del silencio,
que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
es de hombres principales;
mas el hacer disfavores
solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
que no supe conservarte;
mejor supe yo quererte,
que tú supiste obligarme.
Mienten los moros y moras,
y miente el villano Tarfe,
que si yo le amenazára,
bastára para matarle.

Ese perro mal nacido,
á quien yo mostré el turbante,
no le fio yo secretos,
que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
y he de escribir con su sangre
lo que tú, Zaida, replicas,
quien tal hace, que tal pague.

Esta es la historia del valeroso moro Zaide Abencerrage, por la cual se han hecho dos romances, á mi parecer buenos, donde nos dan á entender, como no es bueno revolver á nadie, porque de ello no se espera, sino el galardon de Tarfe, que murió á manos de su buen amigo Zaide. Y si acaso es mentira que Tarfe no lo habia dicho, tomarémos ejemplo en la liviandad de Zaida, que por creerse de ligero, fue causa de la muerte de Tarfe. Finalmente, por esto, y por las palabras que el Malique Alabéz habia hablado en el sarao, y Zulema Abencerrage, todos los Zegríes, Gomeles, Mazas y los de su bando quedaron muy enojados, y con malos propósitos, y deseos de vengarse del agravio recibido en presencia del Rey, y de los caballeros y las damas; pues estaba en el sarao y en aquella fiesta toda la flor y nobleza de Granada, y aun del reino todo; porque fue mucha desenvoltura la de Malique Alabéz, y se alargó mucho el Abencerrage tambien: mas como se habian hecho las amistades, no trataban de ello ni lo daban á entender; pero el rencor estaba arraigado en sus corazones, y por no mostrar el odio mortal en que ardian, se comunica-

ban con los Abencerrages y Alabeces, disimulando en todo lo que podian, puesto que eficaz y grande deseo tenian de vengarse todos los del linage Zegrí, como pareció despues. Estando un dia todos los Zegríes en el castillo de Vivatambien, morada de Mahomad Zegrí, cabo y cabeza de los Zegríes, tratando de las cosas pasadas, trayendo á la memoria las palabras de Alabéz, y de las fiestas que esperaban de torneo y juego de cañas, Mahomad Zegrí habló á todos los presentes de esta manera: «Bien sabeis, ilustres caballeros Zegríes, como nuestro real y antiguo linage ha sido tenido en tanto en España y en Africa; y como han sido nuestros antecesores reyes de Córdoba, y como ahora ha sido vituperado y ofendido nuestro honor por los Abencerrages; y los Almoradis son nuestros enemigos, porque se han vuelto contra nosotros; con lo cual estoy tan rabioso, que muero de pesar, y lo que me alivia y entretiene es la confianza que tengo de verme vengado. El agravio es de todos, y todos nos hemos de satisfacer; ahora nos ofrece muy buena ocasion la fortuna; aprovechémonos de ella, y es procurar matar en el torneo ó en las cañas á Malique Alabéz, y al soberbio Abencerrage; que muertos estos, irémos dando traza como se acabe de todo punto este pérfido linage de los Abencerrages, que tan estimados y queridos son de todos; y para esto el dia del juego de cañas hemos de ir bien armados con jacos fuertes debajo de las libreas. Y pues el rey me ha hecho cuadrillero, saldrémos treinta Zegríes,

y llevarémos libreas rojas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrages, para que sea por esto instrumento de que se enojen con nosotros, y se revuelva cuestion; y venidos á batalla, cada uno haga como quien es, y pues llevarémos armas, no hay duda, sino que los maltratarémos: no hay que temer, pues tenemos de nuestra parte Muzas y Gomeles; y si no les diere nada á los Abencerrages de la divisa azul, en el juego de cañas les tirarémos agudas lanzas en el lugar de cañas. Este es mi parecer, decidme ahóra el vuestro.» Asi como acabó Mahomad de decir su razonamiento, respondieron todos, que era justo lo que decia, y que era buena la traza, que cada uno haría lo posible por vengarse; y concertado esto, fue cada uno á su casa. A esta sazon ordenaban su cuadrilla Muza y los Abencerrages, siendo cuadrillero el valiente Muza por mandado del rey, en la cual cuadrilla habian de ir Malique Alabéz y los Abencerrages; y de comun acuerdo sacaron las libreas de damasco azul, forradas en tela de plata fina, con penachos azules, blancos y pajizos, conformes á las libreas; los pendoncillos de las lanzas blancos y azules, recamados con mucho oro: en las adargas llevaban por divisas unos salvages; solo Malique llevaba su misma divisa, que era el liston morado, que atraviesa la adarga una corona de oro con su letra, que decia: *De mi sangre.* Muza llevaba la misma divisa que sacó el dia que escaramuzó con el maestre, que era un corazon en la mano de una doncella, apre-

tando el puño, destilando el corazon gotas de sangre, y la letra decia: *Por la gloria tengo mi pena.* Todos los demas caballeros Abencerrages sacaron listones y cifras á su gusto, puestas de suerte que no quitaban la vista de los salvages. Concertada esta cuadrilla del gallardo Muza, acordaron de llevar yeguas blancas, enlazadas las colas con cintas azules de seda y oro muy fino. Llegado ya el celebrado dia de la grandiosa fiesta, mandó el rey traer veinte y cuatro toros de los mejores que habia en la sierra de Ronda, que eran allí muy bravos; y puesta la plaza de Vivarambla como verdaderamente convenia para la tal fiesta, el rey acompañado de muchos caballeros ocupó los miradores reales, que para aquellas fiestas estaban diputados. La reina con muchas damas se puso en otros miradores con la misma orden que el rey. Todos los ventanages de las casas de Vivarrambla estaban ocupados de bellísimas damas. Acudió tanta gente, que no habia sitio donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del reino, como fue, de Toledo y de Sevilla, y la flor de los caballeros de esta ciudad se hallaron en Granada á la fama de tan grandes fiestas. Los caballeros Abencerrages andaban corriendo los toros con tanta gallardía y brio, que daban á todos mucho contento en mirarlos, y en verlos hacer aquellas gentilezas les daban mil alabanzas; y particularmente se llevaban tras de sí los ojos de todas las damas, porque eran tan favorecidos de ellas, que no se tenia por dama quien no amaba Abencerrage; y donde quiera que ha-

bia caballeros de este linage, eran tan tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia á los otros caballeros. Y con mucha razon eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes, y gentiles hombres, hermosos, y dotados de discrecion, y muy bien criados, y de buenos respetos. Ninguno llegaba á cualquiera de ellos con necesidad, que no se la remediase, aunque fuese muy á su costa. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por estremo de la conservacion y obediencia á sus reyes debida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban á las mazmorras á visitar á los cautivos, y los consolaban, daban limosnas, y les enviaban de comer; y por estas y otras muchas causas eran tan queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy árduos. Daban tanto contento con su bizarría y nobleza, que las damas y toda la gente no apartaban su vista de ellos. No menos galas llevaban los gallardos Alabeces. Procuraron mostrar su valor los Zegríes, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningun Zegrí, ni los caballos. A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el rey mandó tocar los clarines y dulzainas, que era señal para que todos los caballeros que habian de jugar, se juntasen en el mirador, y juntos, muy gozoso el rey les hizo dar colacion. Lo mismo hizo la reina á sus damas, las cuales tenian galas y trages nunca vistos, á que daba mas ser la hermosura de quien los te-

nia puestos. Llevó la reina una rica marlota de brocado, con muy ricas labores de oro y pedrería fina. Tenian un tocado muy costoso, y encima de la frente una rosa encarnada, y enmedio de ella un carbunclo precioso. En volviendo el rostro la reina, era tanto el resplandor y claridad que echaba de sí el carbunclo, que quitaba la vista á quien lo miraba. La bella Daraja salió de azul, la marlota de damasco picada, forrada de tela de plata, que descubria por las picaduras la fineza de la tela. En el tocado dos plumas, una azul, y otra blanca, divisa de los Abencerrages; estábale muy bien la gala, por ser hermosa, que ninguna dama podia competir con ella. Galiana de Almería salió con un vestido de damasco blanco con una labor peregrina; la marlota forrada en brocado morado, con unas cuchilladas grandes; su tocado era de artificio. Entendíase bien de esta dama en su trage, cuán libre vivia de amor, aunque sabia que Abenamar la amaba mucho, y deseaba servir. Fátima salió de morado (no imitando á Muza en la librea, porque estaba desengañada de que Muza amaba á Daraja, y se empleaba en servirla): la ropa era costosa, por ser de terciopelo, forrada en tela blanca de brocado; el tocado era muy de ver, puesta en él una garzota verde. Finalmente Cobaida, Sarracina, Alboraida, Jarifa, y todas las demas damas que estaban con la reina, salieron con tanta bizarría, que era cosa notable. En otro balcon estaban todas las damas del linage Abencerrage, que no habia mas que ver en el mundo. Llevaba

la ventaja en todo á las damas, Lindaraja, hija de Mahomet Abencerrage. A esta hermosa dama servia un galan y bizarro moro, llamado Gazul, y en su servicio, y por darla gusto, hizo muchas fiestas en Sanlucar. Volviendo, pues, á nuestro propósito, serian las dos de la tarde, cuando los caballeros y damas acabaron de comer las colaciones, y soltaron un toro de los mas bravos que habia entre todos, que no seguia hombre á quien no volteaba, ni la ligereza de los caballos ni de las yeguas bastaba á escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza y ligereza, que en breve espacio le desocuparon la plaza todos los de á pie, aunque contra su voluntad. Como vió su braveza el rey, dijo á los caballeros: «Bien será lancear ese toro.» Malique Alabéz pidió licencia para hacer algun lance, y el rey se la dió. Muza venia á pedirla para lancearle, y como se la habia dado á Alabéz no la pidió. Bajó de los miradores Alabéz, y subió en un caballo, el cual le habia enviado el alcaide de Velez el Rubio y el Blanco, que era primo-hermano suyo, hijo de un hermano de su padre, al cual mataron á traicion unos caballeros llamados los Alfaquíes, por envidia que le tenian, por ser tan querido del rey; pero no compraron muy barata la muerte del noble alcaide, que el rey la vengó bien. Siete hermanos eran estos Alfaquies, y á todos juntos los mandó degollar por la traicion que hicieron en matar sin ocasion ni culpa á quien no lo merecia. Sus bienes fueron confiscados por la corona real. Dió, pues, vuel-

ta Alabéz á toda la plaza, y llegando al balcon donde estaba su señora Cobaida, hizo que se arrodillase el caballo, y él humilló la cabeza, haciendo cortesía á su dama, y á todas las demas que estaban allí. La dama enamorada de su Alabéz, se levantó y le hizo el acatamiento. Él muy gozoso de haber visto á su querida señora, y tan favorecido, espoleó al caballo, y partió mas veloz que un rayo; tanta era la ligereza del caballo, que apenas se le veía en la carrera. El rey y los caballeros se holgaron de verle; á los Zegríes les pesó, porque era mortal la envidia. Era tanta la gritería de la gente, que ponia grima; y era causa, que el toro habia dado vuelta por toda la plaza, habiendo volteado y derribado mucha gente, y muerto cinco ó seis personas, y venia como el viento adonde estaba Alabéz, y como le vió venir, quiso hacer una gentileza, y fue, que saltó del caballo, y aguardó al toro con ánimo osado, el albornoz en la mano izquierda, y cuando bajó el toro la cabeza para hacer su golpe y darle un bote, le hechó tan bien el albornoz delante de los ojos, que dió gran contento á todos; y asiéndole de ambos cuernos, le hizo estar quedo á su pesar, porque era grande la fuerza que tenia. El toro procuraba desasirse para matarle, y Alabéz se defendia con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciéndole al valiente moro que duraba mucho aquella pelea, enojado, y con cólera que tenia, le torció el pescuezo, y con fuerza increible le derribó en tierra como si fuera muy débil ove-

ja; y como lo vió en el suelo, se fue poco á poco, con semblante apacible, y sin poner el pie en el estribo saltó en su caballo, dejando al toro molido, y tal, que no se pudo levantar de allí, quedando todos muy admirados de su esfuerzo, valor y fortaleza invencible, dándole mil loores. El rey llamó á Alabéz, y fue como si no hubiera hecho cosa alguna; y en llegando le dijo el rey: «Mucho contento me habeis dado, y no se esperaba menos de vuestro valor y nobleza: yo os hago merced de la alcaidía de la fuerza de Cantoria, y de que seais capitan de cien caballeros.» Alabéz le besó las manos por las nuevas mercedes que le hacia. Serian á la sazon las cuatro de la tarde, y mandó el rey que se tocase á cabalgar. Oida la señal, todos los caballeros que eran de juego se adelantaron para hacer la entrada, y entre tanto comenzaron una muy acordada música, con diversidad de instrumentos. Luego vino entrando por la boca del Zacatin el gallardo Muza con su cuadrilla Abencerrage. Entrando de cuatro en cuatro, y dando vuelta por la plaza, haciendo el debido acatamiento al rey, á la reyna y á las damas, dieron algunas carreras con muy grande brio y donaire. Eran Muza, Malique Alabéz, y treinta Abencerrages en la cuadrilla, y parecian muy bien las plumas azules y telas de plata sobre nevadas yeguas, que hermoseaban toda la plaza y amartelaban las damas con su bizarría. No con menos gala y brio entraron los Zegríes por otra puerta, todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azu-

les, yeguas bayas, y en las adargas una misma divisa puesta en listones azules, que era unos leones encadenados por mano de una dama. Decia la letra: *Mas fuerza tiene el amor* De esta manera entraron en la plaza de cuatro en cuatro, y juntos hicieron un caracol y escaramuza con mucho concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrages. Y tomando las dos cuadrillas sus puestos, y apercibidas las cañas, habiendo dejado sus lanzas, al son de las trompetas y dulzainas se comenzó á trabar el juego con mucha gallardía, donaire y brio, de ocho en ocho. Los Abencerrages, que habian reparado en las plumas azules que los Zegríes traian, antigua divisa suya, muy enojados les tiraban á los turbantes, por derribárselos, muy valerosamente; mas no pudieron los Abencerrages salir con su intento, y asi andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver, y daban grande contento á todos los que les miraban. Mahomad Zegrí, como tenia tratado con todos los de su linage, de dar la muerte á Malique Alabéz, ó á alguno de los Abencerrages por las palabras dichas; dió orden que Malique Alabéz saliese de la parte contraria, y cayese en su cuadrilla, teniendo inteligencia para que él y los ocho revolviesen sobre Alabéz y los suyos. Y habiendo corrido seis veces dijo el Zegrí á los de su cuadrilla: «Ahora es tiempo, que está el juego encendido; venguémonos, pues se nos ofrece buena ocasion;» y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabéz vinie-

se con los ocho caballeros de su cuadrilla, revolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso y costumbre en semejantes juegos, y al tiempo que Malique Alabéz volvia cubierto con su adarga contra él y los suyos, salió el Zegrí, y llevando puestos los ojos en Malique Alabéz, mirando por donde mejor le pudiese herir, le arrojó la lanza con tanta fuerza, que pasó la adarga de una parte á otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se lo pasó con mucha brevedad. Muy grande fue el dolor que el valeroso Malique Alabéz sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido; y en habiendo llegado á su puesto puso la mano en la parte que le dolia, y ensangrentósela; y mirando al brazo, viendo la herida, dijo en alta voz á Muza y á los Abencerrages: «Caballeros, grande traicion nos han armado los Zegríes: lanzas con hierros agudos tiran por cañas; veisme aquí herido.» Los valientes Abencerrages al punto tomaron sus lanzas para estar prevenidos á lo que se les ofreciese. A esta sazon volvia el Zegrí con su cuadrilla para irse á su puesto, cuando Malique Alabéz con gran furia se atravesó de por medio viéndose herido, y le tiró la lanza diciéndole: «Traidor, no es de caballero lo que has hecho, sino de villano.» No fue en valde el tiro, pues le pasó el adarga y cota, y le entró en el cuerpo un palmo y mas de lanza, y luego cayó el Zegrí de la yegua casi muerto. De ambas partes habia apercibimiento para lo que se ofrecie-

ra, y empezaron una escaramuza brava y sangrienta; y como los Zegríes iban bien armados, llevaron lo mejor de la batalla; pero como era tanto el valor de Muza y del valiente Alabéz, y el de los Abencerrages, no dejaban de maltratar á los Zegríes, y hacerles daño notable. La vocería y algazara era mucha, y cuando vió el rey encendido el juego, bajó a la plaza, y subió en una yegua y entró entre los lidiadores con un baston diciendo: «A fuera, a fuera» Asímismo todos los caballeros desinteresados ayudaron á poner en paz. Estuvo este dia en peligro de perderse Granada; porque de la parte de los Zegríes fueron Gomeles y Mazas, y de la de los Abencerrages, Almoradis y Venegas. Como los bandos y cismas son tan peligrosos entre los príncipes y magnates, lo temió el rey, y asi hizo todo lo posible para apaciguarlos; quietos y apartados cada uno en su cuadrilla, el valiente Muza y los de la suya se subieron al Alhambra, llevando consigo á los Almoradis y Venegas. Los Zegríes se retiraron al castillo de Vivatambien, llevando muerto á Mahomad Zegrí. La reina y las damas se quitaron de los miradores, dando gritos cuando vieron las veras del juego, porque en los de la lid habia maridos, hermanos, parientes y amantes de las damas, y sus lastimas y lloros movian á compasion á todos los que las oían, y en particular las lamentaciones de la hermosa Fátima, llorando su muerto padre; que eran muchos los estremos que hacia, bastantes á enternecer un corazon diamantino. Este desdichado fin

tuvieron las fiestas, quedando muy revuelta Granada, y por eso se hizo este romance.

A fuera, á fuera, á fuera,
aparta, aparta, aparta,
que entra el valeroso Muza,
cuadrillero de unas cañas.
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrages de fama,
conformes en las libreas
de azul y tela de plata.
De listones y de cifras
travesadas las adargas:
yeguas de color de cisne,
con las colas encintadas,
Atraviesan cual el viento
la plaza de Vivarrambla,
dejando en cada balcon
mil damas amarteladas.
Los caballeros Zegries
tambien entran en la plaza:
sus libreas eran verdes,
y las medias encarnadas.
Al son de los añafiles
traban el juego de cañas,
el cual anda muy revuelto,
parece una gran batalla.
No hay amigo para amigo,
las cañas se vuelven lanzas,
mal herido fue Alabéz,
y un Zegrí muerto quedaba.
El rey Chico reconoce
la ciudad alborotada;

con un baston en la mano
va diciendo: Aparta, aparta.
Muza reconoce al rey,
por el Zacatin se escapa,
con él toda su cuadrilla
no paran hasta el Alhambra.
A Vivatambien Zegríes
tomaron por su posada;
Granada quedó revuelta
por esta cuestion trabada.

Quedó la ciudad de Granada tan llena de escándalo y revuelta, porque la flor de los caballeros estaban metidos en estos bandos. El rey Chico andaba suspenso, y admirado de ver las novedades que cada dia habia en la corte, y con todas veras procuró hacer las amistades, porque no viniese á mas daño del sucedido: mandó que se hiciese informacion del caso para castigar á los culpados; y con esto paró la traicion, concierto y junta que se hizo en el castillo de Vivatambien contra Alabéz y los Abencerrages. El rey quiso proceder contra los Zegríes, mas todos los caballeros le suplicaron los perdonase, y considerase que era ya muerto el caudillo del bando. El rey los perdonó é hizo las amistades, y asi se aquietó la ciudad, como de antes lo estaba, que no fue poco.

CAPITULO VII.

Del triste llanto que hizo la hermosa Fátima por la muerte de su padre, y cómo se iba á Almería la bella Galiana, si su padre no viniera, la cual estaba muy vencida de amores de Sarracino; y de lo que entre él y Abenamar pasó una noche debajo de las ventanas del real palacio.

Muy gran llanto era el que hacia la bella Fátima por la muerte de Mahomad Zegrí, su padre, y era en tanto modo su sentimiento y dolor, que se temia no perdiese el juicio ó la vida, porque no bastaba la reina, ni alguna otra dama á consolarla: era tan grande el dolor que tenia en su afligido corazon, que del sentimiento, llanto y desconsuelo enfermó, y enflaqueció de tal suerte, que parecia otra de la que ser solia. Visto que no admitia consuelo ninguno, y que las medicinas no la daban mejoría, acordaron enviarla á Almería á casa del alcaide de ella, que era su pariente, el cual tenia una hija muy hermosa y discreta, que sería posible aliviarse allí, y quitarse la tristeza que tenia; y allí la llevaron, donde fue bien recibida y regalada. La hermosa Galiana vivia libre de amor, y fue herida de amores de Hamete Sarracino, y con grande esceso; y como se acababa la licencia que de su padre tenia para estar en Granada, envió á llamar al valiente Sarracino con mucho secreto. Dado el recado vino al punto á palacio, y entrando en el

aposento de la bella mora, vió que estaba sola, y ella se levantó á recibirle, mudadas las colores. El bizarro moro la dijo, que le mandase lo que queria que en su servicio hiciese. Galiana le mandó sentar cerca de sí, tratando largamente de las fiestas pasadas, y la muerte del Zegrí, y de los bandos movidos para tan pequeña ocasion, y de otras cosas, con las cuales palabras se enlazaban las almas, y se aficionaban los ojos. Y satisfaciendo el enamorado moro á la dama, no menos aficionada que él, la dijo y propuso lo siguiente: «Grande ha sido, señora, la batalla de los Abencerrages y Zegríes, y desdichada la muerte de Mahomad Zegrí; pero yo os certifico, señora de mi libertad, que es mas la guerra que en mi alma y pensamiento hacen vuestra beldad y hermosura: muerto me han vuestros ojos de amor, mi pecho se abrasa, y arde en amorosa llama; si no acudís al remedio, sin duda moriré: recibidme en vuestro servicio, Señora, y no seais ingrata á mi amorosa voluntad. Galiana estuvo atenta á las discretas razones del aficionado y gallardo moro, y en estremo holgó de ver tantas muestras en su querido Sarracino, porque ya labraba amor dentro de su pecho, y le estimaba y queria tiernamente, y asi con alegría le respondió: «No es de nuevo, galan Sarracino, en los hombres aficionarse á las damas á primeras vistas y de ligero, y los primeros dias tienen algun fervor y fe, y algun cuidado de visitar sus damas, y pasearles las calles. Aquesto hacen por obligar á las damas, y dura en ellos entretanto que ellas se rinden, y

se manifiestan por suyas; y en siendo señores de su libertad, en ese punto cesa el cuidado y la solicitud, y aun vienen á olvidar y aborrecer sin causa; y asi las damas que vivimos libres, no habíamos de dar crédito á vuestras palabras y promesas.» Sarracino respondió: «Juro por Mahoma, y él me falte, si yo faltare jamás en serviros, quereros y adoraros, y á fe de caballero de ser muy fiel y leal mientras viviere.» «Bien entendido, dijo Galiana, que un caballero tan principal como vos cumplireis vuestra palabra, como quien sois, sabed, que me he de ir á Almería, porque se me acaba la licencia que me dió mi padre, y asi habré de partirme de Granada; y antes de irme, holgaré de hablaros mas despacio, y sea esta noche á hora conveniente, y con mucho secreto os poned debajo de este balcon, y podremos hablar con mas quietud que ahora; y con esto os id con Alá, antes que el rey lo entienda.» El favorecido moro se ausentó de los ojos que daban vista á los suyos, y muy ufano y contento, por verse tan favorecido y regalado de la dama mas hermosa y libre de amor que se conocia. Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban hasta la dichosa hora que esperaba. Habiendo acabado Febo su curso, y empezado Tetis á tender la tiniebla oscura, que no lo era para el enamorado moro, se fue á palacio, prevenido de armas defensivas y ofensivas para lo que se ofreciera; y á la una, cuando todos de ordinario reposan, se acercó al balcon de su señora Galiana, y escuchando, oyó tocar un laud

muy acordado, y una tierna y delicada voz, que al son del instrumento cantaba con gran suavidad, y mostraba en sus acentos estar herida y lastimada de amor, segun las pausas que hacia, y suspiros que daba. El gallardo moro estuvo atento á la dulce música y suave voz, y al sentido de la dolorosa cancion, que dice asi:

CANCION.

Divina Galiana,
es tal tu hermosura,
que iguala con aquella que el Troyano
le diera la manzana,
por quien la guerra dura
le vino al fuerte muro de Dardano.
Oh rostro soberano!
pues tienes tal lindeza,
el que podrá gozarte
dirá que nunca Marte
gozó cuando fue preso tal belleza;
ni el que se llevó á Argos
la causa de la guerra de años largos.
Y pues sube de punto
tan alto tu belleza,
que no hay acá tu igual en todo el suelo,
do muestres el asunto,
tan lleno de aspereza,
como Anajarte hizo al sin consuelo
amante, que de vuelo
el cuello puso al lazo,
por salir de tormento,

y quiso que llegase tan mal plazo;
muéstrate piadosa,
pues eres en verdad divina diosa.

Oyendo el bravo Sarracino la enamorada cancion, y no pudiendo sufrir mas que el puesto donde habia de hablar á su querida dama estuviese ocupado, se llegó á reconocer quién era el que cantaba. El cual, como sintió gente, dejó de proseguir su música, y se aprestó de sus armas. Era el músico el fuerte Abenamar, el cual estaba amartelado de la bella Galiana, y por ablandar y mover á quien tan exenta vivia de amor, la cantaba aquella endecha triste. Llegóse Sarracino á él, y le dijo: «Qué gente?»—Respondió: «Un hombre»—Replicó: «Mucha nota veo en lo que habeis hecho, por dormir la reina y sus damas en ese cuarto, y podrá el rey sospechar algo, que por ventura no hay.»—«No se os dé nada á vos, dijo Abenamar, ni os entremetais en lo que no os va nada, sino pasad adelante antes que os envie contra vuestra voluntad.»—«¡Oh villano! yo veré si vuestras obras son como las palabras, dijo Sarracino, embrazando su rodela. Con el alfange en la mano embistió á Abenamar, que no menos apercibido estaba que él venia, y se comenzaron á dar muy grandes golpes. Era tanto el ruido que hacian peleando, que algunos caballeros, mancebos moros, que buscaban sus pretensiones, acudieron á poner en paz, y no fue menester, porque como los valientes guerreros sintieron venir gente, y se apartaron, por no ser conocidos. Abenamar quedó herido en un muslo de una he-

rida pequeña. Los caballeros procuraron conocer los que peleaban, y nunca fue posible, porque huyeron cada uno por su parte. La hermosa Galiana vió todo cuanto pasó, porque ya estaba puesta en un balcon, cuando Abenamar comenzó á tañer y cantar; y como vió trabada la pendencia, se retiró á su aposento, temerosa no sucediese alguna desgracia á su querido Sarracino. No fue tan secreto este negocio, que no lo supiese el rey, y mandó que se hiciese informacion, para que fuese castigado el causador del escándalo. Procuróse hacer, y en ninguna manera se halló quienes fueron los de la pendencia. Pasado todo esto, se dió órden para llevar á Galiana á Almería, y mandó el rey que se aprestasen cincuenta caballeros, para que fuesen en su compañía; y estando todo á punto entró en palacio Mahomad Mostafá, alcaide de Almería, y padre de la hermosa Galiana. Traía consigo una hija menor que Galiana, y tan hermosa como ella, la cual se llamaba Celima: el rey se levantó y abrazó al alcaide, diciendo: «¡Qué buena venida es esta, amigo Mostafá, que con ella me has dado gran contento! Tu hija Galiana estaba ya aprestada para irte á ver con el acompañamiento que tú y ella mereceis. Mostafá le respondió: «Bien tengo entendido, que de tu larga y magnífica mano he de recibir mercedes, como siempre me las has hecho: mil años vivas para que en tranquilidad y sosiego nos gobiernes.» — «Yo os agradezco aquesa voluntad,» dijo el rey, y fue á abrazar á la bella Celima, y ella hu-

millada le besó las manos. La reina y sus damas se levantaron á recibir á Celima, y ella le besó las manos á la reina, y abrazó á su hermana, y las damas se maravillaron de la hermosura de Celima, y ella de la de las damas y su bizarría. El alcaide Mostafá fue recibido con mucho amor de todos los cortesanos, y el rey le mandó sentar en un rico cojin cerca de sí, y le dijo: «Holgádome he de tu venida y de la de tu hija, y querría saber, qué te ha movido á traerla á Granada.» El alcaide le dijo: «Poderoso rey y señor mio, despues de venir á besar tus reales manos, traigo á mi hija para que sirva á mi señora la reina, en compañía de las damas y de su hermana Galiana, porque no se halla en Almería, especialmente por el temor que tiene á los rebatos que nos dan siempre los cristianos; y me pareció que estaba mejor en Granada, que en Almería.»—«Bien has hecho, dijo el rey, porque aquí estará en compañía de su hermana y gozará de las fiestas que cada dia se hacen, aunque las pasadas fueron escandalosas.» A esta sazon entró un moro viejo, y dijo como un caballero cristiano paseaba la vega bien alistado de armas, en un poderoso caballo que ponia espanto su brío y fortaleza, y no podia conocer quién fuese de cierto, por traer puesta la zelada. El rey dijo que le procurasen conocer; y á este tiempo estaba en el Alhambra él, y la reina en la torre de Comares. Deseoso el rey de ver al caballero cristiano, subió á la torre de la Campana, y con él la reina, caballeros y damas. Es la mas alta torre del Alhambra, la cual

señorea toda la vega; y mirando á ella vieron un caballero armado, de muy lucidas y fuertes armas, en el escudo y penacho una cruz roja, sobre un hermoso caballo, que se paseaba como si estuviera en su misma patria. En viendo la cruz roja, dijo el rey: «No es posible sino que aquel caballero es el maestre de Calatrava, así por la insignia, como por la osadia que ha tenido de llegar hasta la ciudad;» y cuando el maestre vió al rey y á las damas, alzó la celada é hizo la reverencia debida; y por todos conocido, le fue fecha cortesia, y en particular por la reina y sus damas. Hecho esto puso el maestre un pendoncillo rojo en la punta de la lanza, que era señal de batalla. Mostafá, alcaide de Almería, pidió licencia al rey para salir á escaramucear con D. Manuel Ponce de Leon, maestre de Santiago, atento que en una escaramuza le habia muerto á un tio suyo, y queria vengar su muerte. «No te metas en eso, le dijo el rey, que caballeros hay en mi corte que saldrán.» Todos los caballeros le pidieron licencia para irse á ver con el maestre, y un page les dijo, que no se cansasen, que ya habia salido de palacio un caballero á escaramucear. El rey preguntó, quién le dió licencia. Respondió el page: «Mi señora la reina se la dió, porque él se la pidió.»—«¿Y quién es el caballero que salió?» —«Malique Alabéz, dijo el page.»—«Pues si es asi yo me huelgo, porque es buen caballero y hará como quien es: siendo ambos tan valientes, será de ver la escaramuza» A muchos caballeros les pesó, porque iba Malique Alabéz á la batalla, y quien

mas lo sintió fue la hermosa y querida Cobaida, porque le amaba muy tiernamente, y no quisiera que se pusiera en tanto peligro, y pidiendo licencia á la reina, se quitó de los miradores, por no ver la batalla, y estuvo con mucha pena hasta saber el suceso de la escaramuza. El rey mandó que saliesen cien caballeros armados, que fuesen en guarda de Malique Alabéz, por si estuviese puesta alguna emboscada de cristianos. Así como el rey lo mandó, se fueron á armar, y vinieron á la puerta de Elvira á aguardar que el valeroso Alabéz viniese para ir en su guarda.

CAPITULO VIII.

De la batalla cruel que Malique Alabéz tuvo con D. Manuel Ponce de Leon en la Vega, y de lo que en ella sucedio.

Así como el caballero cristiano puso el pendoncillo en la punta de la lanza, se quitó de los miradores Malique Alabéz, de donde estaba la reina: hincando la rodilla en tierra, la suplicó le diese licencia para salir á escaramucear con aquel caballero cristiano, porque si se la daba, queria en nombre de todas las damas hacer aquella escaramuza. La reina se holgó de ver el valeroso ánimo del valiente Malique Alabéz, y con rostro alegre le dijo: «Pues es vuestro gusto, caballero gallardo, servirnos hoy, os lo agradecemos mucho: Alá os dé el suceso que deseamos; yo os doy la licencia que pedís, id en dichosa hora.»—

« Y yo confio en Alá, dijo Alabéz, que con estas mercedes alcanzaré la victoria.» Despidióse con esto de la reina, y al partirse miró á su señora Cobaida, y la vió muy triste; y llegando á su casa, mandó ensillar el potro rucio que su primo alcaide de los Velez le habia enviado, y que le diesen una fina adarga de Fez, y una toca jacerina. Pusose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de tejido oro, y encima del casco un bonete morado, y en él un penacho de plumas pagizas y blancos martinetes, y con él unas garzotas pardas, verdes y azules. Apretó bonete y casco en la cabeza con una toca azul de seda entretejida con oro, dando vuelta á la cabeza, haciendo de ella un turbante, de la cual asentó una rica medalla de oro de Arabia, labrada de montería, con dos ramos de laurel que parecian naturales; las hojas eran de una finísima esmeralda, y en medio de la medalla esculpida la efigie de la dama muy al natural. El bizarro y valiente moro tomó una lanza con dos afilados hierros, y bien armado de todo lo necesario, sobre un lozano caballo salió de su casa, y fue para la calle de Elvira, en la cual habia muchas damas, las cuales se holgaban de ver la bizarría y gallardía de Alabéz. En llegando á la puerta de Elvira, halló cien caballeros que iban para su seguridad, todos muy bien armados; y en saliendo al campo arremetieron sus yeguas los moros, escaramuceando unos con otros, que era muy de ver. Pasaron todos juntos por delante de los miradores do estaba el rey, la reina y las damas,

y Alabéz hizo arrodillar el caballo, y el bizarro moro inclinó cuanto pudo la cabeza, haciendo grande acatamiento. Fuéle correspondido por todos, y acercándose á D. Manuel, dijo: «Por cierto, cristiano caballero, que dá tanto contento vuestro buen talle, que se echa de ver bien ser vuestro valor mucho, y tengo gran gozo en que mi ventura me haya traido á verme con vos; y si la fortuna me fuese tan favorable que alcanzase de vos la deseada victoria, me tendré por el caballero mas dichoso del mundo; y si el hado triste y mi mala suerte me tiene determinado que quede cautivo ó muerto á vuestras manos, lo tendré á feliz dicha; y si es voluntad vuestra decirme el nombre que teneis, lo tendré en merced, porque sepa de quien alcanzo gloria ó muerte.» El valiente maestre escuchó las comedidas razones del valeroso moro, y por satisfacerle le dijo: «Noble moro, cualquiera que vos seais, vuestro cortesano y discreto término merece mucho, y yo por complaceros os lo diré. A mí me llaman D. Manuel Ponce de Leon, profesor de mi divisa; y pues ya sabeis mi nombre, si gustais de decirme el vuestro me holgaré de saberlo.»— «No sería término de caballero, dijo el moro, negar una peticion tan justa: yo me llamo Malique Alabéz, soy de linage de reyes, y no será menosprecio vuestro el escaramucear conmigo; y pues sabeis quien soy, y yo quien vos, empecemos nuestra escaramuza.» En diciendo esto revolviendo los caballos, se acometieron con tanta furia, que parecia haberse juntado dos peñascos:

Juntos, pues, los dos caballeros, se daban tan recios y desaforados golpes, y botes de lanza, que causaban admiracion. No fueron bastantes los finos escudos á resistir la gran violencia de la fuerza con que se acometieron, porque ambos fueron falseados; y tornando á revolver los veloces caballos, con vueltas gallardas proseguian su escaramuza el uno contra el otro. Grande era el contento que recibian todos los que miraban la cruel batalla, por ver los ardides de guerra, y las gentilezas que cada uno hacia por rendir á su contrario. Dos horas y mas habia que batallaban los dos valientes guerreros, sin que se pudiesen herir con las lanzas, porque aunque cada uno hacia sus diligencias para herir con ellas, era en valde, respecto que se adargaban muy bien. El moro vió que el caballo del valiente D. Manuel no tenia ya la velocidad que de antes, porque le pareció que debia de estar cansado; y era asi, que lo estaba, pues muy gran rato habia que el maestre lo habia sentido; pero su esfuerzo suplia la flojedad del caballo, y hacia todo lo que podia. No quiso mejor ocasion que aquella el astuto Malique Alabéz, y aprovechándose de ella, empezó á dar vueltas y acometimientos, y á revolver el caballo tan á menudo y con tanta ligereza, que á D. Manuel le causaba gran admiracion. Todo esto hacia el valiente moro con intento de acabarle de cansar el caballo, y desalentarle, para en viendo ocasion ejecutarla. Fue asi, que teniendo ya muy acosado el caballo del maestre, acometió á herirle por el brazo derecho, y

D. Manuel fue al remedio, y revolviendo con grande presteza al lado izquierdo, le hirió de una lanzada, sin hacer resistencia la fina cota, porque el temple de los hierros de la lanza de Alabéz eran estremados. La herida fue peligrosa, y de ella salia mucha sangre. El valiente D. Manuel sintiéndose herido, mas bravo que su apellido, enristró la lanza al tiempo de revolver para salirse por el lado descubierto, y el hierro le entró en la carne, y abrió una muy peligrosa herida. No hay serpiente ni áspid tan ponzoñoso como estaba el valiente moro viéndose mal herido, y con una cólera frenética embistió á D. Manuel con la lanza, y pasándole el escudo fue herido otra vez. Casi corrido D. Manuel arremetió al moro con tal furia, que le dió otra herida peor que la primera. Andaban tan embriagados de cólera por verse heridos, que mientras mas batallaban, mucho mas se cegaban en su pelea, y no se conocia ventaja en ninguno. Y con esto muy enojado D. Manuel por tanta dilacion, que habia cuatro horas que escaramuceaban, y no se conseguia la victoria; entendiendo que estaba la falta en la flojedad de su caballo, por estar tan sudado y cansado, se apeó de él con una ligereza estraña, y cubierto con su escudo, puso mano á la espada, y con ánimo belicoso se fue al valiente moro, el cual, como le vió á pie, se maravilló mucho, y confirmó el ser de animoso corazon: mas por no ser reputado de villano se apeó y se fue á D. Manuel, fiado en su gran fuerza y valor, cubierto con su adarga, y

un alfange de Marruecos en la mano, y comenzó á dar tan grandes golpes, que el maestre sentia bien la fuerza de su brazo. No se descuidaba el maestre en herir á su contrario y en defenderse de él; y era de tal suerte, que no se juntaba vez que el moro no saliese herido, por ser mucha la destreza y fortaleza del maestre, y por la mucha esperiencia que tenia en la escaramuza, como quien cada dia se veía en ellas. Y aunque el valiente y fuerte moro procuraba herir al maestre, no podia por hallarse siempre muy bien adargado, y en lugar de herir, salia herido en cada entrada que hacia. A esta causa estaba maltratado y con muchas heridas, muy cansado y desangrado, pero no por eso dejaba el animoso moro de batallar y mostrar tanto esfuerzo, como si empezara en aquel momento. Fue muy de ver en esta hora ir el caballo de Alabéz al del maestre, y las crines erizadas, y con una furia estraña empezó á morder y tirar coces, donde se trabó una escaramuza entre los dos caballos que causaba risa al rey y á las damas, que se admiraban de ver la fortaleza de los caballos, aunque el del moro llevaba lo mejor, porque estaba enseñado en aquello. Los dos valientes guerreros continuaban su batalla, aunque con notable daño de Malique Alabéz, porque estuvo á pique de rendirse, y favorecióle la fortuna en este modo. El maestre habia dejado gran trecho de donde peleaban á ochenta caballeros que traia para su guarda: viendo que duraba tanto la escaramuza, se acercaron los guerreros para ver

el estado de la batalla. Los cien moros que eran en guarda de Alabéz, como vieron venir aquel lucido escuadron de cristianos, y tan bien alistados, se recelaron, y mas cuando los vieron acercarse tanto: entonces espolearon las yeguas, y arremetieron contra los cristianos con gran algazara. Los cristianos entendiendo que era traicion, por guardar á su señor, les salieron al encuentro, y entre todos se trabó una sangrienta escaramuza. Peleaban valientemente, dándose terribles heridas, tanto, que habia por el suelo muchos cuerpos sin almas. Vista por los caballeros la sangrienta batalla de sus soldados, sin causa, se apartaron para aquietarlos. Ambos caballeros se fueron á coger sus caballos, y no habia quien se llegase á ellos segun estaban en la pelea. Los moros acudieron á favorecer á Alabéz y á cogerle el caballo, y los cristianos á su señor, y cogiendo el caballo de Malique Alabéz subió en él el maestre con la lanza en la mano, y se metió entre los enemigos, hiriéndolos y maltratándolos. Alabéz subió en el caballo de D. Manuel, y no se holgó del trueque, aunque en bondad no debia nada al suyo, salvo que era mas ligero, y con la lanza en la mano se entró por los cristianos, haciendo mucho daño. El rey que vió la batalla tan sangrienta, mandó tocar al arma, y que saliesen mil caballeros en socorro de los suyos. El valiente Alabéz andaba buscando con mucha diligencia á D. Manuel Ponce de Leon, y viéndole que enfoscado andaba en medio de la batalla, le hizo señas que saliese fuera. El maes-

tre salió muy gozoso por concluir la escaramuza empezada entre ambos. Llegándose cerca Alabéz le dijo al maestre: «Caballero esforzado y virtuoso, tu nobleza me obliga á que te avise de un venido peligro, y es: atiende el oido, que pues eres tan buen soldado, entenderás el son y ruido de las cajas que se hace: sabe, noble caballero, que tocan al arma, y cuando menos saldrán mil moros en mi socorro, y no ganarán nada los tuyos con la multitud que vendrá, aunque traes buenos soldados: toma mi consejo, y desampara la Vega tú y los tuyos, que á fe de caballero, que te importa mucho, y como tal te juro que cada vez, y cuando que quieras, concluiremos nuestra escaramuza, y se acabará; y te lo aviso como moro hijodalgo; ahora haz tu gusto.»—«Yo te agradezco, valiente moro, el aviso que me das, y quiero admitir tu consejo, y porque la primera vez que nos veamos hemos de concluir nuestra escaramuza, no te doy tu caballo: no es el mio peor que el tuyo, trátalo como yo trataré este.» Diciendo esto el maestre, tocó una corneta, que era señal de recoger; y asi como los cristianos oyeron la seña dejaron la batalla y se juntaron con el maestre. Lo mismo hicieron los moros, y entrando Malique Alabéz con sus cien caballeros por la puerta de Elvira, salia el socorro, y Alabéz los hizo volver. El rey y los caballeros salieron á recibir á Alabéz, y le fueron acompañando hasta su casa, y fue curado de sus heridas. D. Manuel iba tan enojado por no haber acabado la escaramuza, que no

hablaba á nadie, ni respondia á lo que le preguntaban. Echaba la culpa á los suyos, porque habian ido á verlos lidiar, que si no fueran, él consiguiera el fin deseado de la victoria; y era verdad, porque los moros no se movieran si no vieran venir á los cristianos. Y por esta batalla se dijo el romance siguiente:

Ensíllenme el potro rucio
del alcaide de los Velez,
denme la adarga de Fez
y la jacerina fuerte,

Y una lanza con dos hierros,
entrambos de agudo temple,
y aquel acerado casco,
con el dorado bonete,

Que tiene plumas pajizas
entre verdes martinetes;
garzotas verdes y pardas,
antes que me vista, denme.

Tráiganme la cota azul,
que me dió para ponerme
la muy hermosa Cobaida,
hija de Celin Hamete:

Y decidle á mi señora,
que salga, si verme quiere
hacer muy cruel batalla
con D. Manuel el valiente;
que si ella me está mirando,
mal no puede sucederme.

CAPITULO IX.

En que se da cuenta de unas fiestas solemnes, y juego de sortija, que se hicieron en Granada, y como se iban encendiendo los bandos de los Zegríes y Abencerrages.

Ya sabia el valeroso y gallardo moro Abenamar, como el valiente Sarracino era aquel con quien habia tenido la pendencia aquella noche en la plaza de palacio, y estaba muy enojado contra él, porque le habia herido, é impidió su música; y mirando á los balcones, vió que hacia Galiana á Sarracino muchos favores, de lo cual sintió mucho dolor y pena, y procuró olvidar á la ingrata, visto que no admitia, ni se acordaba de lo que habia hecho en Almería y Granada en su servicio. Y para ejecutar su propósito con todas veras, puso los ojos en la bella Fátima, que ya la habian traido á Granada, y estaba tan hermosa como de antes, y con tanta salud; y tenia mucha esperanza el moro galán, que no le sería ingrata Fátima, respecto de tener olvidado á Muza, por la certidumbre que tuvo de los amores que trataba con Daraja. El moro enamorado empezó á servirla con grandes demostraciones de amor. Fátima que vió las veras con que Abenamar la amaba, comenzó á favorecerle y amarle con grande amor, por ser muy galan, discreto y valiente. En este tiempo Daraja y Abenhamin Abencerrage estaban ya para casar, por lo cual el valeroso Muza habia puesto los ojos en la her-

mosísima Zelima, hermana de la bella Galiana; y no habia caballero de estima que no tuviese puesto todo su amor en alguna dama de palacio, y asi cada dia habia fiestas y regocijos en la corte. El valiente Audalá amaba á la hermosa Aja, y como era caballero Abencerrage, y muy preso de amor, por dar gusto á su dama, ordenaba y hacia muchas fiestas. El valiente Abenamar por vengarse de la linda Galiana y de Sarracino, suplicó al rey que se hiciese una fiesta el dia de S. Juan de juego de cañas y de sortija, y que él queria ser mantenedor della. El rey era muy amigo de fiestas, y porque se regocijase toda la corte y se ejercitasen los caballeros, ordenó que se hiciesen, por el contento que todos tenian de que se hubiese escapado Malique Alabéz de las manos de D. Manuel Ponce de Leon, que fue mucha ventura, y por la salud que ya tenia. Habida la licencia del rey, mandóse pregonar por toda la ciudad el juego de cañas y sortija: que cualquiera caballero que quisiese correr tres lanzas con el mantenedor, que era Abenamar, que saliese á él, y trajese el retrato de su dama; que si fuese vencido el aventurero, habia de perder el retrato que trajese; y si el mantenedor fuese rendido, llevase el vencedor el retrato de la dama del mantenedor, y una cadena de mil doblas. Todos los caballeros enamorados se holgaron del pregon en estremo, lo uno por mostrar el valor de sus personas, lo otro porque fuesen vistas las hermosuras de sus damas, con esperanza de ganar al mantenedor su dama y cadena. El valero-

so Sarracino entendió el motivo de Abenamar, y holgóse de ello, porque por aquella via entendia dar á conocer á su señora Galiana el valor de su persona; y él y los caballeros amantes que pretendian correr sortija, hicieron retratar á sus damas, como mejor y mas al natural pudieron, y con aquellos vestidos y ropas que mas de ordinario acostumbraban traer, porque fuesen conocidas. Venido el dia de S. Juan, fiesta tan celebrada de todas las naciones del mundo, todos los caballeros granadinos se adornaron de las mejores galas y joyas que pudieron, asi los que eran de juego, como los que no eran, salvo que los del juego se señalaban en las libreas. Saliéronse á la ribera del fresco Genil, hechas dos cuadrillas para el juego, la una de Zegríes, y la contraria de Abencerrages: hízose otra cuadrilla de Almoradis y Venegas, y otra contraria de esta de Gomeles y Mazas, y al son de muchos instrumentos comenzaron el juego de cañas. La cuadrilla de los Abencerrages iba de tela de oro y leonado, con labores muy costosas y diferentes, unos soles por divisas, y penachos encarnados. Los Zegríes salieron de verde, con tejidos de oro y estrellas sembradas por las vestiduras, y por divisas medias lunas. Los Almoradies salieron de encarnado y morado, y muy ricamente aderezados. Los Mazas y Gomeles salieron de morado y pajizo. Era un caso de grande admiracion el ver estas cuadrillas corriendo por la vega de dos en dos, y cuatro en cuatro, porque mas parecia campo de batalla, que caballeros

de juego. El rey Chico estaba entre los caballeros con unas vestiduras de inestimable valor; andaba con ellos solo por evitar las ocasiones de pesadumbres, que se podian ofrecer. La reina y todas las damas estaban mirando el juego desde las torres del Alhambra, admiradas de ver el gran concierto que tenian, y la destreza de los jugadores. Los caballeros Abencerrages y Almoradis fueron los que mas se señalaron aquel dia. El valeroso Muza, Abenamar y Sarrazino hicieron cosas notables en el juego. Cuando el rey vió que andaba muy trabado el juego, y que se iban encendiendo los Abencerrages y los Zegríes, temiendo no hubiese otra desgracia como la pasada, mandó cesase el juego; y luego fue obedecido, y empezaron un concertado caracol, y luego dieron muchas carreras, con lo cual concluyeron el juego de cañas. El gallardo y fuerte Abindarraez se señaló aquel dia mas que ninguno de los jugadores, porque estaba mirándole la hermosa Jarifa, su dama. La reina dijo á Jarifa: «Por dichosa te puedes tener, por ser tu galán tan bizarro y valiente.» Jarifa disimuló, encendiéndose el rostro de vergüenza que la dió de oir aquello. Fátima no apartaba los ojos de su Abenamar, por estar muy cautiva de su voluntad: Jarifa, entendiendo que miraba á su amado Abindarraez, porque se paseaban juntos los dos enamorados moros, le dijo á Fátima muy celosa: «Muy grandes son las maravillas de amor, Fátima, hermana y amiga, que donde quiera que da, no puede estar encubierto, porque brota por los ojos, cuan-

do la lengua calla: no me podrás negar, amiga, que tú estás tocada de pasion amorosa, pues realmente tu hermoso rostro da de ello clara señal, que solías estar como la rosa en su zarza, y ahora te veo triste y melancólica, y son todas las mudanzas evidentes señales que causa el incendio de la llama amorosa que en tu pecho labra: y si no me lo niegas, el causador de todo es el valeroso y gallardo Abindarraez, y asi no me debes negar ni encubrir tu secreto, pues sabes cuán leal y verdadera amiga te soy.» Fátima, que era muy astuta, sagaz y discreta, luego entendió el blanco donde tiraba el pensamiento de la hermosa Jarifa, porque ya sabia que trataba amores con Abindarraez, y no se lo quiso dar á entender, y disimulando, la respondió: «Si las maravillas de amor son grandes, no han llegado á mi noticia sus efectos, ni de ellos esperiencia tengo. El no tener mis colores como de antes, y estar melancólica, bien sabes que es la causa muy urgente, pues estas presentes fiestas me renuevan mi dolorosa llaga de las tristes pasadas, en las cuales fue muerto mi amado padre, como duran los comenzados bandos entre Zegríes y Abencerrages; y en caso que de amor procedieran las causas que dices, te certifico que nunca por Abindarraez fuera, porque en el juego de cañas hay caballeros que son de tanto valor, esfuerzo y bondad como él, y en comprobacion de mi verdad el dia de la sortija se verán los retratos de las damas servidas, que los caballeros sus amantes sacan, y entonces echarás de ver si te he negado el pun-

to de verdad.» Con esto cesó la celosa conversacion de las dos enamoradas damas, y levantando Fátima los ojos para ver la trabada escaramuza, vió entre los caballeros á su querido Abenamar, que hacia notables destrezas; conocióle la rendida mora en un pendoncillo morado con una F de plata, encima una media luna de oro, armas y divisa de la bellisima Fátima. Habiendo escaramuceado el rey y los caballeros desde antes que el sol saliera, hasta las once del dia, se tornaron á la ciudad por aprestar lo que cada uno habia de sacar en el juego de sortija. Por este dia de S. Juan, y fiesta que en él se hizo, que fue muy señalada y notable, se hizo aquel antiguo romance, que dice asi:

La mañana de S. Juan,
al tiempo que alboreaba,
grande fiesta hacen los moros
por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos,
jugando van de las lanzas,
ricos pendones en ellas,
labrados por sus amadas.
Ricas aljubas vestidas,
de oro y seda labradas:
el moro que amores tiene,
allí bien se señalaba;
Y el moro que no los tiene,
de tenerlos procuraba:
míranlos las damas moras
desde torres del Alhambra,
Entre las cuales habia

dos de amor muy lastimadas:
la una se llama Jarifa,
la otra Fátima se llama.
Solian ser muy amigas,
aunque ahora no se hablan.
Jarifa llena de celos
á Fátima le hablaba:
Ay, Fátima, hermana mia,
cómo estás de amor tocada!
solías tener colores,
veo que ahora te faltan.
Solías hablar de amores,
ahora obras y callas;
pero si lo quieres ver,
asómate á esta ventana,
Y verás á Abindarraez,
y su gentileza y gala.
Fátima como discreta,
de esta manera le habla:
No estoy tocada de amores,
ni en mi vida los tratara;
si se perdió mi color,
tengo de ello justa causa
Por la muerte de mi padre,
que aquel Alabéz matara;
y si amores yo quisiera,
está, hermana, confiada,
Que allí veo caballeros
en aquella vega llana,
de quien pudiera servirme,
y de ellos ser muy amada.

Habiendo el rey y los demas caballeros ocu-

pado los miradores de la plaza nueva, donde se habia de hacer el juego de la sortija, vieron junto á la fuente de los Leones una rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto á la tienda un alto aparador con un dosél de terciopelo verde, y en él puestas ricas joyas de oro, y en medio de ellas estaba asida una riquísima cadena, que valia mil doblas de oro, y aquesta era la cadena del premio, sin el retrato de la dama que con ella se ganaba. No quedaba en toda la ciudad hombre ni muger que no viniese á ver aquella fiesta; y no faltaron tampoco en ella los moradores de los lugares vecinos. No tardó mucho espacio de tiempo, cuando se oyó muy dulce son de ministriles que salian por la calle del Zacatin; y la causa era que el valeroso Abenamar, mantenedor de aquella sortija, venia á tomar su puesto, y su entrada fue de esta manera: primeramente cuatro hermosas acémilas de recámara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus reposteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de oro, y pretales de cascabeles de plata, y cuerdas de seda verde. Estos fueron con hombres de á pie y de á caballo, sin detenerse hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y allí junto fue armada otra muy ricamente aderezada de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas: venian quince de una parte, y quince de otra, y al fin de todos ellos, y enmedio, venia el animoso y valiente Abenamar con un vestido de brocado verde, labrado á muchísima cos-

ta, y marlota y capellar de inestimable valor y aprecio, y traia una yegua rodada; los paramentos y guarniciones de ella eran del mismo brocado verde, testera y penacho muy rico de verde y encarnado. Llevaba el gallardo mantenedor sembradas muchas estrellas de oro finísimo por todas las ropas y vestiduras, y en el lado izquierdo sobre el rico capellar un sol muy resplandeciente, con una letra que decia:

Solo yo, sola mi dama;
ella sola en hermosura,
yo solo en tener ventura
mas que ninguno de fama.

Esta misma letra se divulgaba por la plaza. Despues del valiente Abenamar venia un rico carro triunfal, adornado de muchas señas; traia hechas en él seis gradas muy bien aderezadas, y por encima de la mas alta grada habia un arco triunfal de estraña hechura, y debajo de él una rica silla, y en ella sentado y puesto el retrato de la hermosa Fátima. Estaba tan perfecta, que si su original no estuviera con la reina, dijeran que era ella. Causaba espanto ver el adorno y gala del retrato, que no habia dama que no la envidiase, ni caballero que no la pretendiese. Era el vestido turquesco, de muy estraña y vistosa hechura, la mitad pagizo y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro, y con muchos tejidos y recamados de oro. El tocado artificioso y galán, sus cabellos sueltos, como una madeja de oro de Arabia; sobre ellos una hermosa guirnalda de rosas blancas, y tejidas muy

al natural; sobre su cabeza parecia el dios de Amor, niño y desnudo, con sus alas abiertas y plumas de mil colores, poniendo la guirnalda á la bella imagen; y á los pies de ella estaba el arco y aljaba de Cupido, como por despojos del rendido. De esta suerte iba el bello retrato de la hermosa Fátima, que agradaba mucho su vista á todos. El carro en que iba tiraban cuatro yeguas, mas albas que la nevada sierra. Despues del carro iban treinta caballeros de libreas verdes y encarnadas, con penachos de las mismas colores. De la forma dicha entró el bravo y valiente Abenamar, mantenedor de la justa, y al son de los ministriles y otros instrumentos músicos que llevaba, dió vuelta por la plaza nueva, pasando por debajo de los miradores del rey, quedando admirado él y los caballeros de la gallardía, invencion y traza. Asi como llegó el carro á los miradores de la reina, ella y las damas se admiraron de ver la belleza, adorno y galas de la efigie de la hermosísima Fátima, y cuán natural era á su señora. Fátima estuvo junto á la reina, y con ella Daraja, Sarracina, Galiana, Zelima, Cobaida, y otras damas, cifra de la hermosura, y alegrándose de ver la invencion que Abenamar traia, la dijeron: «Por cierto, hermosa Fátima, que si como lleva la ventaja vuestro galan y defensor caballero á todos los demas en industria, cifra y galas, la lleva en defenderos, y alcanzar el premio de la victoria, que os podeis tener por la mas dichosa y bien afortunada dama del mundo.» Fátima, disimulando lo posible, respon-

dió á las damas: «No sé yo con qué intento ha hecho Abenamar lo presente; pero si bien advertís, son novelas de caballeros, y por esta via querrian obligarme: no me da cuidado ninguno, ni es cosa que me toca; y poco se me da que me defienda, ó no.» — «No sin misterio, dijo Jarifa, el caballero Abenamar se ha puesto á hacer tal desafio á todos los caballeros enamorados, y á sacar tu retrato.» — «Este motivo de Abenamar, respondió la hermosa Fátima, él solo lo entiende, y cada uno hace y deshace á su gusto: si no, mira á Abindarraez, que por tí, y por lo que á él le está bien, tiene hechas cosas muy dignas de memoria.» — «Lo de Abindarraez para conmigo, dijo Jarifa, es cosa muy publica, y saben tódos los de la corte que es mi amante; pero ahora lo de Abenamar nos parece á todas cosa muy nueva; y cierto que me pesaría si Abindarraez y Abenamar fueran competidores.» Dijo Fatima: «Y que lo sean, ó no, ¿qué se te da á tí?» «Dame pena, respondió Jarifa, que tu retrato, que hoy ha entrado con tanto adorno viniese á mis manos.» — «Pues por tan cierta tienes la victoria de parte de Abindarraez, dijo Fatima, que ya me tienes por tuya? Pues no tengas tanta confianza en tu amante caballero, que el que hizo un desafio general, ha hecho tantos gastos, y se ha esmerado tanto en la efigie, sabrá muy bien defender su partido, y al fin son casos de la fortuna, sujetos á ella.» La reina que estaba oyendo las disputas de las damas, les dijo: «¿De qué importancia es tratar cosas de que se saca poco fruto? Ambas sois iguales en hermo-

sura, hoy veremos quién lleva la palma, y gloria: cese esa plática, y atiéndase al fin de la aventura.» Con esto dieron fin á sus razones, y mirando á la plaza, vieron como Abenamar habiendo dado vuelta á toda ella, llegó á la tienda, y habiendo puesto su precioso carro junto del aparador, donde estaban muchas y muy ricas joyas, mandó poner el retrato de la hermosa Fátima al son de muchas dulzainas y ministriles, con que recibieron todos mucho gusto. Luego se apeó del caballo, y dándoselo á sus criados, se sentó á la puerta de su tienda en una muy rica silla, aguardando que entrase algun caballero aventurero. Todos los caballeros que habian acompañado al esforzado Abenamar, se pusieron á una parte, haciendo todos una larga y vistosa carrera. Estando ya los jueces puestos en un tablado, en lugar y en parte que pudiesen muy bien ver correr las lanzas, aguardaban todos que entrase algun aventurero. Los jueces eran dos caballeros Zegries muy honrados, dos Gomeles y un Abencerrage llamado Abenamar. Este era alguacil mayor de Granada, oficio y cargo que no se daba sino á caballeros de gran cuenta y valor. No tardó mucho de oirse un grande ruido de música de añafiles y trompetas, y mirando hácia la calle de los Gomeles, vieron desembocar por ella una bizarra cuadrilla de caballeros, con librea de damasco encarnado y blanco. Los penachos y plumas eran blancas y encarnadas. Pasada la cuadrilla, iba un caballero en un caballo tordillo, vestido á lo turquesco, paramentos y cimeras de

brocado encarnado, con todas las bordaduras de oro, y penacho de las mismas colores. La marlota y capellar sembrada toda de mucha pedrería de inestimable valor. Asi como lo vieron, fue de todos conocido que era el fuerte y bravo Sarracino. Tras él venia un carro labrado á mucha costa, encima del cual se hacian arcos triunfales de estraño artificio, en los cuales estaban pintados los asaltos y escaramuzas, que habian pasado entre moros y cristianos en la vega de Granada, entre las cuales estaba la batalla tan reñida que pasó entre el valiente y valeroso mancebo Garcilaso de la Vega, y Audalá, moro de gran fama, sobre el AVE MARIA, que llevaba escrita en la cola del caballo: tan naturales parecian en la pintura, que era cosa muy peregrina. Debajo de los cuatro arcos triunfales le hacía un trono en redondo, que por todas partes se podia bien ver, era de blanco y finísimo alabastro, y en él entretalladas muchas y diferentes labores. Iba puesta encima del trono una imagen muy hermosa, vestida de brocado azul, con muchos recamados de oro; todo ello de mucho precio y estima. A los pies de la bella imagen muchos militares despojos y trofeos, y el Niño Amor vencido y arrodillado ante ella, quebrando su arco, y rota su aljaba, tirando la imagen á todas partes las saetas, y denotando que á todos heria de amores. El bravo Sarracino llevaba una divisa de un mar, y en ella un peñasco combatido de muchas ondas, y una letra que decia:

Tan firme está mi fé como la roca,
Aunque el viento y el mar siempre la toca.

Esta letra se estendia por toda la plaza, para que á todos fuese manifiesta. Así entró el valeroso Sarracino con su carro, no menos rico y costoso que el del mantenedor Abenamar, al cual carro tiraban cuatro caballos bayos, muy briosos y ricamente enjaezados: y así con solemne música dió vuelta el bravo Sarracino á la plaza, dando á todos los que le miraban muy gran contento. Luego conocieron todos el retrato, que era de la bellísima Galiana: Decia todo el vulgo; bravo competidor tiene el Mantenedor. La reina admirada de la singular destreza del artífice, que retrató aquel bello trasunto, y cuán natural estaba con su original, se volvió á Galiana, y la dijo admirada: «Secreto estaba este negocio para conmigo, no me podrás negar ahora de tus amores: bizarro y galan caballero has escogido. No le faltaba nada de esto á Abenamar, pero en este caso no hay que disputar por ser de tu gusto.» Galiana disimulando calló. El rey dijo á los caballeros: «No es posible sino que hoy hemos de ver cosas dignas de memoria, porque el mantenedor es muy esforzado y los aventureros valerosos, que cada uno ha de procurar alcanzar la victoria, por defender su dama, y por ganar el premio del contrario; y mirando hácia Sarracino, vieron como despues de haber dado la vuelta por la plaza, mandó arrimar su carro á un lado de ella, y paseándose se fue á la tienda del mantenedor, y le dijo: «Caballero, ya sabrás á qué es

mi venida, y te prometo, que cada instante se me hace un siglo hasta correr las tres lanzas puestas; porque entiendo por muy cierto, que ha de gozar mi adorada dama el retrato de la tuya, y la estimada cadena. Si mi desgraciada suerte tuviere ordenado que pierda el retrato de mi señora, llevarás junto con él esta preciosa manga, labrada por mi dama, la cual tiene de valor cuatro mil doblas. Era así que tenia aquel valor, porque estaban bordados todos los estremos de aljofar, perlas y pedrería, y por ella se dijo este

ROMANCE.

En el cuarto de Comares
está la hermosa Galiana,
con estudio y gran destreza,
labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
que por ella juega cañas:
la manga es de gran valor,
que precio no se le halla.
De aljofar y perlas finas
la manga iba esmaltada,
con muchos recamos de oro,
y lazos finos de plata;
De esmeraldas, y rubíes
por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro,
con el favor de tal dama;
La tiene en el corazon,
y la adora con el alma:

si el moro mucho la quiere,
ella mucho mas le ama;
Pues si el moro es de tal suerte,
bien merece Galiana,
que era la mora mas bella,
que en muchas partes se hallaba.
Muchos moros la sirvieron,
nadie pudo conquistarla,
sino el fuerte Sarracino,
que ella de él se enamoraba,
Y por sus tiernos amores
dejára los de Abenamar:
contentos viven los dos
con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
con regocijo y con zambra;
porque entiende el rey en ello;
y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
que es padre de Galiana;
y así en Granada se dice,
que se casarán sin falta.

Finalmente, la manga no tenia precio su valor, y el fuerte Sarracino confiado en su gallardía y destreza, quiso poner la manga en ventura de perderla, no considerando el bravo competidor que tenia delante. El cual así como oyó hablar á Sarracino, dijo: que aquel era el premio del vencedor, corriendo tres lanzas mejores que el contrario; y si lo vencian perdia su fama y joyas. Y diciendo esto, pidió que le diesen un caballo de ocho que tenia enjaezados, como se ha dicho, y

tomando una gruesa lanza de sortija, se fue paseando por la carrera con tal donaire y brio, que á todos los que le miraban les daba gran contento. Y viendo la bizarría que tenia, dijo el rey á los caballeros: «No se niegue el buen parecer y postura que tiene Abenamar á caballo: Sarracino tambien es buen caballero, y hoy veremos quién lleva la palma del vencimiento.» A la sazon llegó al cabo de la carrera Abenamar, y haciéndole dar á su caballo una vuelta en el aire, dió un brinco muy alto, y luego salió como un rayo, y en medio de la carrera tendió su lanza con un donaire gracioso, y llegando á la sortija, dió por el estremo de arriba, y por muy poco no se llevó la sortija en la punta de la lanza; y no valia nada la que no se llevaba la sortija dentro del hierro, ni se podia ganar el premio si no era de esta manera. Y deteniéndose miró á ver la suerte que haria el venturoso Sarracino, el cual estaba muy confuso y descontento, habiendo visto el golpe que habia hecho el valeroso Abenamar, y mostrando buen ánimo, confiado en su mucha destreza, tomó una lanza, y poniéndose en la carrera arrancó con tanta velocidad, como si fuera una bala despedida de una culebrina por la gran violencia de la encendida pólvora, y tendiendo la lanza la llevó tan seguida, que la metió por medio de la sortija, y se la llevó dentro de la lanza. Toda la gente que estaba mirando la justa, dieron muy grandes voces, diciendo: «Abenamar ha perdido; su retrato y cadena la ha ganado el vencedor Sarracino,

porque la fortuna le ha sido muy favorable, y está de su parte la victoria.» Cuán ufano quedó Sarracino con la algazara que levantaron todos, no se puede encarecer, porque ya se consideraba poseedor de los premios del vencido; y asi dijo, que le entregára el retrato y la cadena, pues la habia ganado. Mas el valeroso Muza, que era padrino del mantenedor Abenamar, replicó, que no habia ganado, porque eran tres lanzas las que habian de correr, y faltaban las dos. El padrino de Sarracino, que era un caballero Azarque, dijo, que era ganado el premio con aquella lanza; y todos daban voces, cada uno alegando su derecho. Los jueces mandaron que callasen, que ellos lo determinarian, y fue determinado que no habia ganado Sarracino, atento que le faltaban dos lanzas que correr. Sarracino estaba ardiendo en viva cólera, porque no le daban los premios ya ganados por la voz del pueblo, y mas se encolerizó cuando sentenciaron que aun no habia ganado. No estaba con menos cólera Abenamar que Sarracino, por haber perdido la primera lanza, y porque el vulgo le habia dado el lauro á Sarracino. Quien en estos debates mirára á Galiana, viera en su rostro una mudanza estrañísima de alegría que tenia por la desgraciada suerte que habia tenido en la primera lanza el valiente Abenamar; y lo contrario se viera en Fátima por la buena suerte de Sarracino, aunque con discrecion disimulaba su pena, pero no tanto que no se sintiese. Y Jarifa, como dama en quien habia tanta discrecion, le dijo á Fáti-

ma: «Amiga, mal le vá á vuestro caballero y galan Abenamar: si asi es hasta el fin, no le arriendo la ganancia.»—«No tengo cuenta con eso, respondió Fátima; pero si ahora le ha ido mal, podrá ser que le vaya bien despues, y tanto, que te pese, lo cual veremos al fin.»—«Bien dices, dijo la hermosa Jarifa, y eso aguardo; pero cree que los buenos principios siempre traen buenos fines.»—«Eso niego, dijo Fátima, y espero que me dirás que tengo razon, por este simil. Bien has visto y oido que un enamorado galan en las primicias de sus amores, sirve á su dama con gran cuidado, siendo puntual en darla gusto, en regalarla, en darla músicas, en rondarle la casa, y en idolatrarla. Hácele mil promesas, que mientras mas fuere, mas la servirá y querrá, y que tan imposible será el dejar de quererla, como dejar el sol de calentar en el Estío, y querer arrebatar con la mano la luciente Luna de su lugar, y otros muchos imposibles que dicen, y sobre todo, el casarse con ella, todo con motivo y fundamento de gozar la dama á quien desea. La inocente, obligada con obras y promesas, entrégale su libertad, y viene en su deseo y gózala. ¿Aquestos son buenos principios, Jarifa?» —Ella respondió: «Sí.»—Dijo Fátima: «Pues apenas ha gozado la rendida dama el fraudulento amante, cuando, porque pasando un caballero por su casa le quitó el bonete por cortesía, dicen luego que es su galan, y que no se admiran, que quién entregó su honor á él, lo entregará á muchos; no queriendo admitir el perverso y fe-

mentido amante, que debajo de sus promesas y juramentos se le rindió la desdichada dama. Mira, Jarifa, cuanta es la malicia de los que esto usan, y traen por flor, que por solo que le dió algun rayo del sol en su balcon, desisten de la amistad de la recogida dama, y la dejan burlada, presa de amor, y deshonrada, por cuya causa viene á tener desastrado fin. ¿Son estos buenos fines?»—«No por cierto, dijo Jarifa, y confieso ser asi lo que dices, y asi pasa hoy en el mundo, y yo conozco algunas señoras pobres, cuya hermosura han gozado algunos caballeros, y solo por ser pobres las han dejado, y estan arrinconadas y perdidas para siempre; por lo que debemos las doncellas escarmentar en cabeza agena, y no creer á nadie de ligero, sino ir con el gusto de nuestros padres. Y si te parece miremos á los competidores;» y mirándolos, vieron como Abenamar tomó otro caballo y lanza, y aunque disimuló, ardiendo en cólera por la mala suerte pasada, arrancó á toda furia, y tendiendo la lanza la llevó derecha como una bala, y pasando por la sortija como un pensamiento, se la llevó dentro de la lanza. La gente dió gran gritería diciendo: el mantenedor vá victorioso. Sarracino dió la carrera con muy gran desenfado y gallardía, y enristrando su lanza con cuidado, tocó un lado de la sortija, y no hizo efecto ninguno. Abenamar dijo á Sarracino: «Caballero, otra carrera nos queda para que concluyamos nuestro pleito; concluyámoslo luego.» Y diciendo esto pidió una lanza, y en dándosela se fue po-

co á poco, y puesto en la carrera, la dió con la lanza tan bien puesta, que embocándola por la sortija, se la llevó dentro. Entonces fueron las voces de toda la gente mas levantadas de punto, diciendo: «Ganado ha el mantenedor sin duda; suyo es el retrato hermoso de Galiana y la rica manga.» Bien se aparecia en Galiana el sentimiento que en su alma habia, por la poca esperanza que tenia de que su enamorado Sarracino ganase. El cual se puso en la carrera, y al llegar á la sortija dió con la punta de la lanza en un estremo, que con el gran movimiento cayó en el suelo. En parando el caballo del animoso Sarracino, fue llamado por los jueces, y le dijeron que habia perdido el retrato de su dama y la rica manga. El moro respondió: «Si ahora en juego he perdido, en escaramuzas sangrientas ganaré.» Abenamar que con él estaba picado por lo que ya hemos dicho, respondió: «Que si por via de escaramuza entendia cobrar algo de lo perdido, que le avisase si queria luego cobrarlo, ó que se quedase para cuando hubiese ocasion, que él le cumpliria de justicia á medida de su deseo.» Los jueces y padrinos los apaciguaron, y no consintieron que se tratase mas en aquel caso. Sarracino salió de la plaza junto con los caballeros que le acompañaron. Abenamar mandó poner los ricos despojos á los pies de Fátima, su señora, sonando al ponerlos muchos instrumentos músicos. El gozo y alegria que sintió la discreta y hermosa Fátima fue grande, por la alcanzada victoria; y mas cuando vió á los pies de

su retrato trofeos tan ricos y estimados. Mas todo este regocijo lo celebraba entre sí, por disimular el mucho amor que tenia á su querido Abenamar, porque ella no queria que con demasiada certidumbre supiesen lo que sospechaban; en lo cual era muy diferente en el gusto que las otras damas de palacio, que se holgaban siempre de que sus negocios se supieran.

CAPITULO X,

que declara el fin que tuvo el juego de la sortija, y el desafío que hubo entre el moro Albayaldos y el maestre de Calatrava.

Ya se ha dicho como Sarracino salió de la plaza lleno de corage por haber tenido tan mal suceso en el juego de la sortija; y lo que mas sentia, era haber perdido el hermoso retrato de su señora. Entrando en su casa se despidieron de él todos los caballeros que le habian acompañado, y él muy airoso se despidió de todos, y se apeó del caballo, se quitó la cimera y plumas, y toda la librea, y con iracunda cólera dió con todo en el suelo; y se subió á un aposento, y recostándose en su cama empezó á quejarse de su corta ventura, y contra sí decia: «¿Dí, bajo caballero, ruin y de poco valor, qué cuenta darás á tu señora Galiana de su hermoso retrato y rica manga, perdido todo por tu poco esfuerzo y destreza? ¿Con qué rostro, dí, osarás parecer en su presencia? ¡Oh Mahoma traidor, porfiado

y engañador! En el tiempo que habias de favorecer mis esperanzas me faltaste. Dí, enemigo falso, ¿no te acuerdas que te prometí hacer toda tu efigie de oro, y de quemar en tu mezquita gran cantidad de incienso si me dabas victoria este dia? ¿Pues por qué me la negaste? Pero bien entiendo de cierto que no tienes ningun poder. Mas, vive Alá, que por vengarme de tí me tengo de tornar cristiano, y he de seguir aquella santa ley, y dejar tu falsa secta, que por aqui se salvará mi alma perdida.» Estas y otras muchas cosas decia Sarracino, consolándose con su buen propósito. Galiana sintió mucho la desgraciada suerte de su querido amante, y se le echaba bien de ver, pero con su discrecion lo disimulaba, hablando con la reina y las damas, las cuales la consolaban diciendo: «Que no porque su amante hubiese perdido su retrato, quedaba cautiva; que se riyese de todo.» — «Ninguna pena tengo de eso, dijo Galiana, porque son aventuras de caballeros.» Y aunque decia esto, tenia en su alma una mortal envidia, y entre sí decia: ¡Ay, Abenamar victorioso, y cómo ahora te vengarás á gusto en mi retrato de la ingratitud que contigo usé, y cuán vana y gozosa estará tu dama con los vencidos despojos! Celima la consolaba de secreto, diciéndola, que no diese nota de sí con estremos, porque no fuese sentida de la reina y de sus damas. Galiana disimuló cuanto pudo su dolor y pena, y procuró desecharla. Estando en esto, se oyó un ruido por toda la plaza, y mirándola toda, vieron que entraba por la calle de

Elvira una gran serpiente, echando de sí mucho fuego; tras ella venian treinta caballeros ricamente vestidos de una librea blanca y morada, con penachos de la misma color ellos y sus caballos. En medio de todos venia un caballo sin ginete, con cubiertas y guarniciones de brocado morado y blanco; tambien venia una sonorosa música de ministriles y dulzainas. La serpiente dió una vuelta á toda la plaza, y enfrente de los miradores del rey y de la reina, y de los caballeros y damas, se paró, echando por la boca y oidos muchísimo fuego. Era grande el estrépito que hacian los cohetes y ruedas con invenciones de fuego, que por la boca salian; y con el artificio que tenia la sierpe mediante el fuego que la quemó toda, se abrió por medio, y pareció un caballero vestido de brocado morado y blanco, con muchos recamados de oro; el penacho era de plumas blancas y moradas. Con él estaban cuatro salvages muy al natural, los cuales tenian una rica silla guarnecida de terciopelo morado, y la clavazon de oro, en la cual estaba el retrato de la hermosa Jarifa, que fue luego conocido, y el caballero ser Abindarraez. El retrato estaba vestido de brocado blanco y morado, de luceros de oro, las orlas bordadas de oro y plata, con un tocado vistoso. Estaba tan natural el retrato, que era muy semejante al original. El rey y la reina, y todas las damas miraron á Jarifa, que con una honesta vergüenza se encendió el rostro, lo que aumentó su hermosura, y la reina la dijo: «Llegado ha, Jarifa, la hora en que

se ha de ver el esfuerzo de vuestro amante, y si alcanza victoria del vencedor Abenamar.»— «Haga la fortuna lo que quisiere, dijo Jarifa, que tan buen rostro haré á lo uno, como á lo otro.» Y con esto cesaron, por ver lo que haria el valiente Abencerrage. El caballero pidió luego su caballo, y traido subió en él, y fue dando vuelta á la plaza, acompañado de sus caballeros, llevando en medio á los salvages que llevaban la silla, y en ella el retrato de la hermosa Jarifa, que á todos admiraba su hermosura y maravilloso adorno; y en llegando adonde estaba el invencible Abenamar, se arrimaron los cuatro salvages á los dos carros triunfantes que estaban junto al aparador de las joyas preciosas y ricas, y levantando estos la rica silla en una parte muy alta, la pusieron sobre sus hombros, porque el hermoso y bello retrato fuese bien visto de todas. El valiente y esforzado Abindarraez se llegó al fuerte mantenedor, y le dijo: «Vencedor caballero, ¿sois servido que corramos tres lanzas con las condiciones que estan dichas?» El valiente y esforzado Abenamar le dijo: «Para eso estoy aquí.» Y tomando al instante una lanza, lozaneando su caballo se puso enfrente de la carrera, y corrió tan bien, que llevó la sortija dentro de la lanza, y volviéndose, la mandó poner en su mismo lugar. No se espantó ni admiró Abindarraez de aquello, antes cobró un nuevo ánimo, y puesto en la carrera, fue tal y tan seguida su lanza, que en el hierro de ella quedó metida la sortija. La gente toda movió gran ruido y vocería; mas lue-

go se puso en silencio por ver el fin de las otras dos lanzas. El mantenedor muy enojado por el buen suceso de su contrario, tornó á la carrera, y fue con tal brio y tan buen pulso en la mano, que se llevó segunda vez la sortija en la lanza. El bravo Abindarraez hizo lo mismo en la segunda carrera. Levantóse gran gritería, y todos decian: «No hay ventaja de el mantenedor al aventurero; iguales son en todo.» Grandes eran los temores de las hermosas moras Fatima y Jarifa, por no saber quién habia de ser el vencido, estando su buena ó mala suerte en la lanza que faltaba, aunque ambas estaban confiadas en el esfuerzo y valor de sus amantes. El animoso Abenamar tomó otra lanza, y con mucho donaire se volvió á llevar la sortija con no poco contento suyo y de su señora Fátima, la cual habiendo visto el buen suceso y ventura de su amante, no cabia de contento; y mirando á Jarifa, la vió robado el color hermoso de su rostro, y viéndola asi, dijo Fátima: «Hermana Jarifa, mal has cumplido la palabra que dijiste á la reina mi señora, pues si te acuerdas, diciéndote que era llegado el tiempo en que se habia de ver el esfuerzo de tu caballero en alcanzar victoria, respondiste que tan buen rostro harías á lo uno, como á lo otro: ¿cómo tan presto te se mudan los colores? Consuélate, que será posible le suceda bien en la lanza venidera.»—«En duda pongo eso, dijo la reina, y á maravilla tendré que Abindarraez lleve la sortija.» Y mirando, vieron como partió, y dió al soslayo la lanza en la sortija. Luego se oyó

acordada música del mantenedor en señal del vencimiento. Llamaron á Abindarraez los jueces, y le dijeron que ya sabia como habia perdido, que entregase el retrato al vencedor. Él dijo: «Pues si es asi, entréguese en él, que bien sé que hoy le favorece la fortuna, y á mí me ha sido adversa; y lo que me consuela es, que ha sido mi pérdida en juego, no en escaramuza ni pelea.» Mas aunque decia esto Abindarraez, le quedaba otra cosa en su pecho, que no quisiera haber perdido el retrato de Jarifa por cuanto habia en el mundo. Luego se puso el retrato de Jarifa á los pies de Fátima, sonando la música del mantenedor. La reina, viendo poner el retrato, dijo á la hermosa Jarifa: «¿Estás satisfecha que el retrato de Fátima no vendria á tus manos? ¿No te decia yo, que no hablases de confianza? Pues mira tu retrato á los pies de Fátima. ¿No sabes que Abenamar es uno de los buenos caballeros de la corte, y que Abindarraez ni algun otro caballero no le llevarán ventaja? Y si no atiende, y verás como no han de ser solos los retratos que ahora estan rendidos.»—«Basta, dijo Jarifa, que la ventura de Abindarraez ha sido corta en esto, y consuélome con que en otras ocasiones ha sido muchas veces victorioso.» Abindarraez se salió de la plaza, llevando consigo todos los de su guarda, y á los cuatro salvages; y antes que saliese le mandaron llamar los jueces para darle joya por galan y buena invencion, y vuelto, uno de los jueces, que fue Abencerrage, descolgó dos ajorcas de oro, de precio de doscientos ducados, y

se las dió. Abindarraez las tomó con mucha alegría, y las puso en la punta de la lanza al son de sus músicos, y fue bien acompañado á los miradores de la reina, y haciendo la debida reverencia, rindió la lanza hasta donde estaba su señora Jarifa, y la dijo: «Dama hermosa, teniendo presente el original, no me da mucha pena la ausencia del referido retrato: yo hice lo posible, la fortuna me fue contraria, y esto no porque en vuestra hermosura haya defecto, sino en ser juego, no en fuerzas. De invencion y de galan se me dió esta joya; sed servida de recibirla, aunque no sirva sino de memoria de que no os defendí como debiera.» Jarifa, riéndose tomó las ajorcas, y le dijo: «Con esto me consuelo, porque lo habeis ganado por galan, y por invencion mejor; y pues se perdió el retrato, me alegro de que cayó en tales manos, que le tratarán como quien son.» Fátima quisiera responder, y no pudo, porque entró en la plaza una grande peña, tan natural como si fuera quitada de una sierra, cubierta de muchas y diversas yerbas y flores, y dentro sonaba gran suavidad de música. Al derredor de la peña venian doce caballeros de librea de brocado pardo, con grandes cuchilladas, y por ellas se aparecia un forro de brocado verde, que lucia y campeaba mucho por la ropa parda y oscura. Los estremos de las cuchilladas estaban tomados con lazadas de oro con unos ramillos á modo de caracol. Las sobreseñales, penachos y testera eran de plumas verdes y pardas. Atentos estuvieron todos en la peña, por ver el

fin de la aventura, la cual en confrontando con los miradores del rey y de la reina, se detuvo, y vieron como se apeó del caballo uno de los doce caballeros, y era el mas galan, y mas bien dispuesto de todos; y luego fue conocido que era el valeroso Reduan, y se holgaron mucho los que le miraban, viendo su buen talle, gracia y disposicion; y mirando lo que haría, vieron que echó mano á un alfange damasquino, y embistiendo con la peña, la daba grandes golpes; y en la parte que daba abrió una terrible y espantosa boca, y por ella salian muchas bombas de fuego, y tanto, que le convino retirar á su caballo, porque era el incendio mucho. Y siendo ya consumido el fuego, por la boca donde salia brotó cuatro demonios muy ferocísimos, cada uno con una honda de fuego en la mano, y todos con mucho ánimo embistieron con el esforzado Reduan; pero el buen caballero peleó con ellos con mucho valor, de suerte que los encerró en la peña. No bien hubieron entrado, cuando salieron cuatro salvages con unas mazas en sus manos, y comenzaron á pelear con Reduan, y él con ellos, y en un instante fueron vencidos los salvages, y entrólos por fuerza en la peña, y Reduan con ellos. En entrando dentro fue cerrada la boca de la peña; luego se oyó mucho ruido y estruendo de pelea; y en cesando oyeron una música tan agradable y suave, que se suspendieron los sentidos de los oyentes á la dulce armonía. No tardó mucho en abrirse la boca de la peña, y por ella salió el vencedor

Reduan con los cuatro salvages, los cuales traian un arco de oro, tan industrioso, que admiraba, y talladas muchas historias antiguas y modernas, y debajo del arco puesta una silla de marfil, y en ella sentado un retrato de una bellísima dama, vestida de brocado azul, forrado todo de tela naranjada. El tocado era curioso, puesto á lo greciano. Fue muy notado el artificio de todos, y mas la suma belleza del retrato; y fue conocido que era Lindaraja, dama Abencerrage, cuya hermosura pudiera competir con la de las tres diosas de la discordia de la manzana, y sin duda que Paris sentenciara en su favor. Tras del retrato venian todos los músicos tañendo y cantando dulcemente, y luego venian los demonios atados en una cadena. Fue una cosa que á todos puso grande admiracion. Habiendo salido toda esta compañía de la peña, comenzó á disparar de sí mucho fuego, con el cual fue toda consumida: luego se le dió un fuerte caballo á Reduan, y con ligereza subió en él; y dando vuelta á la plaza, hizo su acatamiento al rey, á la reina y á las damas, y en llegando á la tienda del mantenedor le dijo: «Aunque la condicion puesta es de correr tres lanzas, si sois servido corramos solo una, y en esa se concluya el premio de las tres.»—«Si es ese vuestro gusto, dijo Abenamar, yo soy contento de dároslo.» Y dicho esto tomó una buena lanza, y paseándose se puso en la carrera, y partiendo como una saeta, dió un bote de lanza en el estremo de la sortija, por la parte de arriba en derecho, que aunque no

se la llevó, fue muy buena suerte, y dificultosa de ganar. Volvió paseándose á su tienda, para desde allí ver la suerte que hacia su contrario, el cual tenia ya una muy gruesa lanza, y estaba en la carrera, y dióla con gallardo aire y brio, y al dar el golpe fue mas galan que venturoso, porque erró la sortija y fue por alto la lanza; y pesándole mucho por haberle salido su pensamiento tan incierto, volvió diciendo: «Tan desgraciado soy en lo uno como en lo otro.» Los jueces le dijeron: «Perdido habeis, caballero, mas por vuestra estremada invencion y mucha gala, llevaréis premio.» Fuéronle dadas unas arracadas turquescas de oro de Arabia, de valor de doscientas doblas por la mucha hechura que tenian. El arco triunfal de cuatro partes hecho, y la silla con el retrato de Lindaraja, fue puesto á los pies del triunfante y victorioso retrato de la hermosa Fátima, que no poco alegre y contenta estaba con la buena ventura que su caballero habia tenido, y muy envidiosas Jarifa y Galiana en ver tantos trofeos á los pies de la efigie de Fátima. El gallardo y animoso Reduan tomó las arracadas con disimulacion de su tristeza, y poniéndolas en la punta de la lanza, siendo acompañado de muchos caballeros y música, las llevaron á los miradores de las damas donde estaba la hermosa Lindaraja, y alargando la lanza le dijo: «Servíos, señora, de recibir este pequeño don, aunque me cuesta caro; pero no mirando mi poca suerte en lo que toca al juego de sortija, sino al grande deseo que tuve de haceros

triunfadora de todos los despojos: mas la fortuna está hoy de parte de Abenamar, y asi no soy culpado. Recibid, bella señora, las joyas por oprobio mio, para que cada vez que yo las vea en vuestro poder, traiga á la memoria cuan mal os defendí.»—«Uso es de damas, respondió la discreta Lindaraja, por cortesia recibir lo que se les dá, y por ser costumbre por eso las recibo; pero sabe, caballero, que me ha pesado que sin mi consentimiento hayais sacado mi retrato; y pues que no hubo voluntad mia, no tengo por pérdida la vuestra, ni reconozco ventaja á la Zegrí Fátima, porque soy Lindaraja Abencerrage.» Y diciendo esto tomó las joyas de la punta de la lanza, haciendo la debida cortesia á su galan. Bien quisiera replicar Reduan, y poder responder á su señora; pero hubo mucho alboroto, porque vieron entrar una galera, que parecia ir navegando con el trinquete. La chusma iba bogando, y parecian dividirse en cuatro cuarteles, vestidos de colores, uno de damasco verde, otro de morado y otro de azul. La palamenta, árboles y entenas iban doradas, la proa hecha de plata con sus barandillas torneadas, muy curiosamente obradas. Traia tres fanales de oro, el espolon era de plata, las velas de brocado blanco con fleco de oro y seda, y muchos gallardetes, flámulas y barandillas de diferentes colores. La divisa de la galera era un salvage desquijarando un leon, divisa antigua de los valientes Abencerrages. Los marineros y proeles venian vestidos de rico damasco, tejidos y guarniciones de finísi-

mo oro. Las jarcias eran de seda morada. Traian curiosamente hecho en el espolon un mundo de cristal, y en circulo una faja de oro y unas letras que decian: *Todo es poco;* bravo blason, y solo digno del grande Alejandro ó de Cesar, aunque les vino notable daño al linage de los Abencerrages, del cual venian treinta caballeros mancebos dentro de la galera con libreas de brocado encarnado y blanco, con recamos y tejidos de oro. El capitan era un caballero llamado Abin-Hamete, vestido de trages muy ricos. Venia arrimado al estanterol, el cual era de oro de martillo. De esta manera entró la bizarra galera en la plaza, y llegando enfrente de los miradores reales disparó el cañon de la crujía y todas las demas piezas con tal violencia, que parecia estar batiendo los miradores. Acabadas de disparar las piezas, comenzaron cien arcabuceros á escaramucear unos con otros, que parecia ser batalla formal. Al disparar la galera su artillería, respondió con la suya la Alhambra y Torres-Bermejas. Era tanta la artillería y arcabucería, que parecia batirse la ciudad; y admirados todos de la brava y costosa invencion, decian que no se habia hecho tal entrada como aquella. De mortal rabia y envidia ardian los Zegríes y Gomeles en ver que los Abencerrages hubiesen hecho semejante grandeza como la de la galera, y con insaciable envidia dijo un Zegrí al rey: «No puedo entender donde han de llegar los pensamientos de estos Abencerrages y sus pretensiones, que tan encumbradas van, que en cierta

manera oscurecen las obras y hechos de vuestra alteza y de sus antecesores.»—«No teneis razon, dijo el rey, que mas temido y estimado es un rey teniendo caballeros de esfuerzo y valor en su corte y en su servicio, que no teniendo caballeros de poca cuenta. Los caballeros Abencerrages, como son descendientes de reyes, son valerosos, y procuran estremarse en todas las cosas que hacen, y á mí me parece bien.»—«Bueno fuera, dijo un caballero de los Gomeles, si sus cosas fueran enderezadas á un llano y buen fin, pero pasan por muy alto sus altivos pensamientos.»—«Hasta ahora no han hecho cosa, dijo el rey, que no corresponda á nobles, ni de ellos se puede presumir que la harán, porque todos sus fines se inclinan á virtud.» Con aquesto cesó la plática, porque la galera dió vuelta por toda la plaza, y fueron conocidos todos los caballeros Abencerrages, cuyas proezas y grandes hazañas á todos eran notorias. Llegada la galera junto al mantenedor, saltaron en tierra todos los treinta caballeros, y fueron servidos de feroces y briosos caballos, encobertados del mismo brocado encarnado, y adornados de penachos y testeras riquísimas. No hubieron los bizarros Abencerrages saltado en tierra cuando la galera volviendo al son de los músicos instrumentos, y disparando toda la artillería, se salió de la plaza, y á ella respondió el Alhambra. Ahora será bien volver al falso Reduan y á Abindarraez que todavia estaban en la plaza por ver lo que pasaría. Reduan estaba muy triste y muy descontento por lo que Lindaraja le habia dicho,

y se llegó á Abindarraez y le dijo: «Oh mil veces afortunado Abindarraez, cuán contento vives por saber que tu señora Jarifa te ama, que es la mayor felicidad que puede dar fortuna. Y yo cien mil veces desdichado, pues que sé claramente que no me ama aquella mi dulce y bella ingrata, que hoy me ha despedido con rigor.»—«Sepamos, dijo Abindarraez, quién es esa dama á quien estás tan rendido, que tan mal te corresponde»—«Es tu prima Lindaraja, respondió Reduan.»—«¿Pues no sabes como quiere y ama á Hamete Gazul, porque aquese es su gusto, y lo sé yo mucho ha? Dá orden de apartarla de tu imaginacion, porque sé de muy cierto que siembras en tierra estéril, y no has de sacar de ella nada, dijo Abindarraez, no porque no llevas buena insignia de tu pasion, y muy bien lo has publicado; mas no hay que hacer caso de mugeres, porque brevemente se vuelven como la veleta á todos vientos.» Decia esto Abindarraez sonriéndose, y de verdad, porque Reduan sacó aquel dia una avisada insignia de su pena, que era un mongibelo ardiendo en vivas llamas, con una letra que decia así: *Mas está mi alma.* Y viendo Reduan que Abindarraez se sonreía, le dijo: «Bien parece que vives contento; quédate en paz, que yo ya no puedo sufrir la pena que atormenta mi corazon afligido.» Y dicho esto picó apriesa, y se salió de la plaza con sus caballeros: Abindarraez hizo lo mismo despidiéndose de su Jarifa. Los treinta Abencerrages de la galera estaban puestos en orden para la sortija, y el capitan

de ellos se llegó al mantenedor diciéndole: «Caballero, nosotros no tenemos retratos de damas para ponerlos en competencia; queremos solamente correr cada uno con vos una sortija, como es fuero entre gente hidalga.« Abenamar respondió que era contento de ello, y empezando á correr su lanza con cada uno, los Abencerrages lo hicieron tan bien, que el mantenedor perdió muchas joyas, las cuales dieron ellos á las damas á quien servian: comenzaron despues una escaramuza muy agradable á la vista y dando carrera se salieron de la plaza, quedando todos muy contentos. En saliendo ellos entró un castillo disparando su artillería, llevando muchas banderas y pendones, y dejándose de adentro sentir una música agradable y deleitosa. En la cumbre de la torre del homenage estaba el fiero Marte, armado con preciosas armas, un estoque en la mano derecha, y en la izquierda un pendon de brocado verde con una inscripcion formada de letras muy ricas de oro, que contenian el elogio mas pomposo de la carrera militar. Los pendoncillos del castillo eran de brocado de diversos colores; los de una parte verdes con flecos y cordones morados, y todos con una misma letra, que decia así:

No es muerte la que por ella
se alcanza gloria crecida,
sino vida esclarecida.

Los de otra parte eran de damasco azul con flocaduras y cordones de oro fino, teniendo una letra que decia de esta manera:

Cante la fama las glorias
de Granada, pues son tales,
que se hacen inmortales.

En el otro lienzo del hermoso castillo habia tremolando otros ocho pendones de brocado encarnado, con cordones y flocaduras de oro. Eran de muchísimo precio y estima, y muy agradables á la vista, porque adornaban con su hermosura el castillo, y con una letra todos, que decia de esta suerte:

La verdadera nobleza
está en seguir la virtud:
si acompaña rectitud,
gana renombre de alteza.

En el cuarto y último lienzo del castillo habia otros ocho pendones de brocado, cordones y flecos de oro, sembrados de medias lunas de plata, que parecian espejos mirándolas de léjos, segun relumbraban, y cada uno tenia esta letra:

Toque la famosa trompa,
y todo silencio rompa,
publicando la grandeza
de esta nuestra fortaleza,
que sale con tanta pompa.

Si entró la galera suntuosa, no con menos aparato entró el castillo. Ninguno podia entender de qué fuese fabricado, sino que parecia de oro, con muchas labores y follages, y muchas batallas, y con artificio sonaba dentro mucha música, y muy acordadas dulzainas, ministriles y trompetas bastardas é italianas, que era cosa de oir. Anduvo el castillo hasta ponerse enmedio

de la plaza, y allí paró. Venian trás de él muchos caballeros vestidos de libreas costosas, los cuales traían del diestro treinta y dos caballos, con muy ricos jaeces y paramentos de brocado de diversos colores, como adelante se dirá. Pues mirando al castillo, vieron que por la parte de los pendones de brocado verde se abrió una grande puerta, y sin aquesta habia otras tres ocultas por las partes de los pendones. Abierta, pues, la primera, salieron por ella ocho caballeros con libreas de brocado verde, con penachos y plumas verdes. En saliendo, les dieron ocho poderosos caballos encobertados de brocado verde, los penachos de la testera eran tambien verdes; y los caballeros sin poner pie en los estribos subieron en los caballos, y luego conocieron ser Zegríes. Llegáronse al mantenedor, y le dijeron: «Mantenedor victorioso, aquí venimos ocho caballeros á probar vuestro valor en el juego de la sortija; ¿sois contento que corramos una lanza cada uno?»—«Si ese es vuestro gusto, tambien lo es el mio, respondió Abenamar, aunque venís contra lo dispuesto por el pregon, por no traer retratos de vuestras damas.» Y diciendo esto tomó una lanza, y se paseó muy bien; y finalmente de los ocho Zegríes ganaron los cinco joya, y los tres no; y los ganančiosos sirvieron á sus damas con ellas, al son de diversa y mucha música. Luego se fueron á entrar todos ocho Zegríes en el castillo por la puerta por donde habian salido, siendo recibidos con la música, y disparando artillería: luego se abrió la puerta de los pendones azules, y salieron ocho

caballeros vestidos de damasco azul, sembrados con estrellas de oro, y los penachos azules, llenos de argentería de oro fino. Fueron conocidos estos ocho caballeros, que eran Gomeles. Diéronseles luego caballos encobertados de librea azul, las telas y penachos azules con adorno. Fuéronse los ocho Gomeles á la tienda del mantenedor, y corrieron con él una lanza, como los pasados, y de los ocho ganaron joya los tres, y dadas á sus damas, se volvieron al castillo. Entrados estos, salieron otros ocho caballeros por la puerta de los pendones de brocado, y ellos vestidos de la misma librea, y con penachos morados, y les fueron dados caballos, cubiertos de lo mismo, é igualmente tambien corrió cada uno su lanza con el mantenedor, y ganaron los siete joya; y dándolas á sus damas, se volvieron al castillo con la autoridad que los demas. Eran estos bravos caballeros Venegas, y muy estimados en Granada. Por la última puerta de los pendoncillos encarnados, salieron ocho caballeros con libreas encarnadas del mismo brocado, y con riquísimos penachos encarnados, cuajados de toda argentería. Los caballos que les dieron estaban encobertados del mismo brocado. Estos caballeros eran Mazas, y cada uno de ellos corrió una lanza, y todos ganaron joya: todos se holgaron de que salieran con ganancia y en particular el rey, porque estaba muy bien con aquel linage. Repartidas las joyas á sus damas con gran contento, y al son de la música, y recibiéndolos con la artillería, se entraron en el castillo. Luego se oyó mucho rui-

do de músicas diferentes y parando todas sonaron chirimias, trompetas y cajas, que apriesa tocaban un rebato; y oyendolo, salieron los treinta y dos caballeros en sus caballos, con lanzas y adargas, y juntos trabaron una vistosa y agradable escaramuza, y siendo acabada, tomaron cañas, y repartidos en cuatro cuadrillas comenzaron á jugar con mucha destreza; el cual juego siendo acabado, hicieron un caracol estremadamente, y con una carrera en pareja que dió cada cuadrilla, se salieron de la plaza. Tambien se salió el castillo disparando mucha artillería, y diferente música. Y todos decian, que si la galera habia entrado vistosa y costosa, que el castillo no era de menos estima y gusto. Los que estaban con el rey alababan la galera, y otros el castillo, y uno de los Zegríes dijo: «Juro por Mahoma, que tengo gran contento, porque los Zegríes y Gomeles han sacado tal invencion, que puede competir con la de los Abencerrages; y á no haber salido tal el castillo, estuvieran muy desvanecidos: pero bien entenderán que los Zegríes y Gomeles son buenos caballeros, y tienen partes tan subidas de punto como ellos.» Un caballero de los Abencerrages, que allí junto del rey estaba, respondió: «Por cierto, caballero Zegrí, que en lo que habeis hablado, no teneis ninguna razon, porque los Abencerrages son caballeros tan modestos, que por próspera fortuna que tengan, no alcanzan mas ni menos, ni por adversa que les venga se bajan; continuamente se están en un ser, y siempre viven en una manera con to-

dos, siendo afables con los pobres, y socorriéndolos; magnánimos con los ricos, y amigos sin doblez ni maña ninguna, y asi no hallaréis que en Granada ni en todo su reino haya caballero Abencerrage mal quisto, ni de nadie mal querido, sino es de vosotros los Zegríes y Gomeles, y sin razon los teneis odiados.»—«¿Sin razon os parece? dijo el caballero Zegrí. ¿Luego no es causa suficiente para aborrecerlos el haber muerto violentamente en el juego de cañas al Zegrí Mahomad, cabeza de todo nuestro linage?»—«¿Y no os parece, dijo el Abencerrage, que se movieron los de mi linage con suficiente causa, pues todos los Zegríes se juntaron, é hicieron traicion contra los Abencerrages para matarlos, y fueron armados con jacos y cotas debajo de las armas, y en lugar de cañas tiraban lanzas con hierros agudos, lo cual esperimentó bien Malique Alabéz, pues le pasó el brazo de una parte á otra? Asi que manifiestamente ha parecido estar en los Zegríes la culpa, y con saberlo muy de cierto que fuísteis culpados, teneis un rencor mortal contra nosotros, y nos buscais mil calumnias.»—«Pues asi culpais á los Zegríes, dijo el Zegrí, y decís que ellos fueron agresores y cabeza de bando, ¿por qué causa iba Alabéz armado?»—«Yo os lo diré, dijo el Abencerrage. Habeis de saber que uno de los convocados le dió aviso de la traicion, y asi se previno él, y por entender que semejante villania no harian tales caballeros, no dió aviso á los Abencerrages; y creedme, que si lo diera, no habia de ser solo Mahomad, sino que fue-

ron como de juego, y no como de pelea. Pero con todo eso recibid lo que ganásteis, pues Malique Alabéz vengó bien su herida.»—«Si la vengó, dijo el Zegrí, espero en Alá Santo que lo ha de pagar algun dia.» El rey y muchos caballeros estuvieron escuchando el coloquio que habia pasado entre el Abencerrage y el Zegrí, y quisieron responder algunos Zegríes; y visto por el rey que se iba encendiendo el fuego, les mandó callar, pena de la vida, porque no se revolviera alguna pendencia. Oido el mandato callaron, quedando de nuevo encontrados, y con intento de vengarse unos de otros. Estando en esto entró en la plaza un carro triunfante dorado de fino, en las esquinas y cuadrángulos talladas todas las cosas que habian sucedido desde la fundacion de Granada hasta el dia presente, y dibujados los reyes y califas que la habian gobernado. Oíase dentro del carro una acordada música de muchos instrumentos. Encima del carro venia una gran nube, puesta con tanto artificio, que causaba admiracion. Echaba de sí infinidad de truenos y relámpagos, que su braveza ponia espanto á quien lo miraba. Tras esto llovia una menuda gragea de anís con tal concierto, que á todos ponia espanto; toda la plaza anduvo desta manera, y como fue junto de los reales miradores, con gran sutileza fue abierta en ocho partes, descubriendo dentro un cielo azul hermosísimo, adornado de muchas estrellas de oro muy relucientes. Estaba puesto por su arte un Mahoma de oro, sentado en una silla, y en las manos una corona de

oro, que la ponia sobre la cabeza del retrato de una mora en estremo hermosa, la cual traia sus cabellos sueltos como hebras de oro: venia vestida de brocado morado, toda la ropa acuchillada, y todos los golpes venian tomados con broches de diamantes y esmeraldas. La dama fue conocida de todos, que era la hermosa Cobaida. A su lado estaba sentado un caballero, vestido de la misma librea de la dama, y plumas moradas y blancas, con argentería de oro, y el remate de ello lo tenia el retrato, que parecia estar preso. El caballero fue conocido que era Malique Alabéz, que habiendo sanado de las heridas que le habia dado el maestre, quiso hallarse en las fiestas, y por la confianza que tenia de su destreza. El caballo era del maestre, y salió encobertado del mismo brocado, testera y penachos de la misma color. Grande fue el contento que todos recibieron en verle, porque le querian mucho, y mayor el gozo de su señora Cobaida, por ver el artificio y autoridad con que venia su retrato. Todos esperaban que empezase Alabéz las suertes, por la satisfaccion que de él tenian, el cual se fue paseando poco á poco delante de su carro, por ser bien visto de todos; y en llegando adonde estaba la tienda del mantenedor, se detuvo y le dijo: «Caballero, conforme á las condiciones, ¿gustais de que corramos tres lanzas, que aqui traigo el retrato de mi señora?»—«Soy contento,» respondió Abenamar, y diciendo esto, tomó una lanza, y corrió con tan buen aire, que se llevó la sortija dentro de la lanza. Alabéz corrió é hizo

lo mismo. En todas las tres lanzas se llevó siempre la sortija. Levantaron vocería, diciendo. «Bravo caballero es Alabéz, pues no ha perdido lanza; buena joya merece.» Los jueces habian tratado que pusiesen juntos los retratos de Abenamar y Alabéz, pues ambos eran buenos caballeros, y que por su valor se le diese á Alabéz una buena joya por la sutil y vistosa invencion que trajo. Llamáronle, y venido luego pidió su retrato, y junto con él le dieron una navecilla de oro, con todos su aderezos, y él la tomó, y al son de muchos instrumentos dió la vuelta á la plaza, y en llegando al mirador de la reina, en cuya compañía estaba la hermosa Cobaida, y poniendo la navecilla en la punta de la lanza y dándosela, la dijo: «Servíos, dama hermosa, de esta nave, que va viento en popa, como mi deseo.» Cobaida la tomó con rostro vergonzoso, que hermoseó mas su belleza. La reina miró la nave, y dijo: «Por cierto que si navegais con tan buen piloto, como el que la ganó, que os podeis tener por dichosa, aunque mereceis un rey.» Cobaida besó las manos á la reina por tanto favor. Alabéz se fue á su carro, y sentado como de antes, le pusieron la cadena al cuello al son de muchos instrumentos, y puesta se cerró la nube, comenzando á echar truenos y relámpagos con gran temeridad, que parecia querer quemar la plaza, y con esto se salió de ella. El rey dijo á los caballeros: «Alabéz ha llevado el lauro de todas las invenciones, porque la suya ha sido la mejor que he visto jamás.» Los caballeros respondieron, que no se ha-

bia visto tal sutileza. En saliendo la nube, entraron cuatro cuadrillas de caballeros muy galanes. La una cuadrilla, que era de seis caballeros, traia libreas de brocado rosado y amarillo, los caballos encobertados con la misma librea, con plumas y penachos de la misma color. La otra cuadrilla venia de brocado verde y rojo con la misma color, y penachos de la librea. La tercera cuadrilla venia de brocado azul y blanco, recamado de oro y plata, adornados los caballos con la misma librea. La última cuadrilla venia de brocado amarillo y naranjado, con lazos y recamos de oro y plata, cubiertos los caballos de la misma librea. Entraron estos veinte y cuatro caballeros con adargas y lanzas, y en ellas pendoncillos de sus libreas, y entre todos hicieron un estremado caracol. Acabado, empezaron una brava escaramuza doce á doce, que parecia batalla entre enemigos; y acabada la escaramuza tomaron cañas, y divididos en cuatro cuadrillas, jugaron muy bien las cañas, y acabado el juego, fuéronse gallardeando al mantenedor, y le dijeron si queria correr una lanza con cada uno de ellos. Abenamar respondió que sí la correria. Finalmente con todos veinte y cuatro corrió una lanza, y los quince ganaron joya, y al son de los instrumentos las dieron á sus damas, y se salieron de la plaza, dejando á la gente de ella contenta por haber visto su gentileza y galas. La una cuadrilla eran Azarques, y en otra Sarracinos, y la tercera Alarifes, y la cuarta Aliatares, toda gente noble y principal, y estimada de todos. Los

antepasados de estos caballeros fueron vecinos de Toledo, de los pobladores, gente principal y estimada. Florecieron estos linages en tiempo del rey Calafin, que reinó en Toledo: este tenia un hermano, que era rey en un lugar que se llamaba Belchiz, en Aragon; se decia Zaide, y tenia grandes competencias y guerras con un bravo moro llamado Atarfe, deudo muy cercano del rey de Granada; y habiendo hecho partes con Zaide y el moro Atarfe, el rey de Toledo, por manifestar la alegría que tenia de que su hermano y Atarfe fuesen ya amigos, hizo una fiesta solemne, en la cual se corrieron toros, y hubo un vistoso juego de cañas, y los jugadores de ellas fueron estos cuatro linages de caballeros, Sarracinos, Alarifes, Azarques y Aliatares, abuelos de los caballeros nombrados en el juego de sortija. Otros dicen que las fiestas que el rey de Toledo hizo no fueron sino por dar contento á una dama llamada Celindaja, á quien el rey queria mucho, y tomó por achaque las paces de su hermano Zaide con el granadino Atarfe. Sea por una de las dos causas, ellas se hicieron, como está dicho; y estos caballeros eran de aquella prosápia y sangre de aquellos cuatro linages. La causa de vivir en Granada fue, que como se perdió Toledo, se retiraron á Granada; y de aquellas fiestas ya dichas y del juego de cañas que se hizo en Toledo, quedó grande memoria, por ser las fiestas notables de buenas, y por ellas se dijo este

ROMANCE.

Ocho á ocho, diez á diez
Sarracinos y Aliatares,
juegan cañas en Toledo
contra Alarifes y Azarques.
Publicó fiestas el rey
por las ya juradas paces
de Zaide, rey de Belchite,
y del granadino Atarfe.
Otros dicen que estas fiestas
sirvieron al rey de achaque,
y que Zelindaja ordena
sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
en caballos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas traian
por empresas sus alfanges
hechos arcos de Cupido,
y por letras fuego y sangre.
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares,
con encarnadas libreas
llenas de blancos follages.
Llevan por divisa un cielo
sobre los hombros de Atlante,
y un mote que dice asi:
Tendrélo hasta que me canse.
Los Alarifes siguieron
muy costosos y galanes,

de encarnado y amarillo,
y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
que le deshace un salvage,
y un mote sobre un baston
en que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron,
mas que todos arrogantes,
de azul, morado y pajizo,
y unas hojas por plumages.
Sacaron adargas verdes,
y un cielo azul en que asen
dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
No pudo sufrir el rey
que á los ojos le mostrasen
burladas sus diligencias,
y su pensamiento en balde;
Y mirando á la cuadrilla
le dijo á Zelin su alcaide:
«aquel sol yo le pondré,
pues contra mis ojos sale.»
Azarque tira bordones
que se pierden por el aire,
sin que conozca la vista
á do suben ni á do caen.
Si se adarga ó se retira,
de mitad del vulgo sale
un gritar: *Alá te guie,*
y del rey un *muera, dadle.*
Zelindaja sin respeto
al pasar, por rociarle,

un pomo de agua vertia,
y el rey gritó: *paren, paren.*
Creyeron todos que el juego
paraba, por ser ya tarde,
y repite el rey celoso:
«prendan el traidor Azarque.»
Las dos primeras cuadrillas,
dejando cañas á parte,
piden lanzas, y ligeros
á prender al moro salen,
que no hay quien baste
contra la voluntad de un rey amante.
Las otras dos resistian,
si no les dijera Azarque:
«Aunque amor no guarda leyes
hoy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
mis contrarios lanzas alcen,
y con lástima y victoria
lloren unos, y otros canten;
que no hay quien baste
contra la voluntad de un rey amante.»
Prendieron, en fin, al moro,
y el vulgo para librarle,
en corrillos diferentes
se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
que los incite y los llame,
se deshacen los corrillos
y su motin se deshace:
que no hay quien baste
contra la voluntad de un rey amante.

Sola Zelindaja grita:
«Libradle, moros, libradle;»
y de su balcon queria
arrojarse por librarle.
Su madre se abraza de ella
diciendo: «Loca, ¿qué haces?
muere sin darlo á entender,
pues por tu desdicha sabes,
que no hay quien baste
contra la voluntad de un rey amante.»
Llegó un recado del rey
en que mandó que señale
una casa de sus deudos,
y que la tenga por cárcel.
Dijo Zelindaja: «Digan
al rey que por no trocarme,
escojo para prision
la memoria de mi Azarque;
y habrá quien baste
contra la voluntad de un rey amante.»

Asi estas mismas divisas, motes y cifras sacaron las cuatro cuadrillas de los caballeros ya nombrados, como quien las habia heredado de sus antepasados, y siempre se preciaron de ellas. Pues habiendo salido de la plaza con bizarría, y alegres por haber visto su gala y buen parecer, entró un alcaide de las puertas de Elvira á gran priesa, y llegando á la presencia del rey hizo el acatamiento debido y le dijo: «Un caballero cristiano ha llegado, y pide licencia á vuestra alteza para entrar á correr tres lanzas con el mantenedor.»—«Yo la doy: entre, permitido es.» Lue-

go volvió el alcaide y abrió la puerta. En entrando por la plaza pusieron al punto los ojos en él y en su buen talle; y en solo su aspecto le consideraban victorioso y triunfante de los despojos ganados por Abenamar, y aun del retrato de su dama y de la estimada cadena. No hubo caballero ni dama á quien su vista no causara alegría. En la parte izquierda del capellar traia una cruz colorada, la cual daba ser y adorno á su persona. El cristiano caballero poniendo los ojos en todas partes, dió vuelta á la plaza, y llegando á los miradores reales hizo gran reverencia al rey, á la reina y á las damas: á él le hicieron mucha cortesía, y las damas se levantaron en pie. Fue conocido de todos el caballero cristiano, que era el maestre de Calatrava, de cuya fama y hechos tenia el mundo entera noticia. El rey se alegró en saber quién era, y que hubiese venido á honrarle su fiesta. Habiendo, pues, dado vuelta á toda la plaza, llegó al mantenedor y le dijo: «En tantos despojos y joyas como veo á los pies de ese hermoso retrato, cuya hermosura, noble caballero, dicen que defendeis, echo de ver el valor de vuestra persona; y asi sois digno de que todos os honren y tengan en lo que se debe estimar tal caballero como vos. ¿Sereis servido de correr conmigo un par de lanzas, á ley de buenos caballeros, sin que haya interés de retrato?» Abenamar miró bien al caballero, y se volvió á Muza y le dijo: «Este caballero me parece que es el maestre de Calatrava con quien trabaste tanta amistad; paréceme

que en la cruz roja le quiero conocer.» Muza puso los ojos en el maestre, y luego le conoció, y le fué á abrazar diciendo: «Seais bien venido, flor de toda la cristiandad, y aun tambien de la morisma, pues aqui os conocen por las obras contra su voluntad; y en Castilla y todo el mundo sois conocido solo por oidas.» El maestre le abrazó, agradeciendo lo que en su alabanza habia dicho. Abenamar se llegó á él, y le dijo que él se holgaria de correr dos ó tres lanzas con tal caballero. Y diciendo esto corrió una lanza estremadamente, pero el maestre corrió la suya con mas ventaja. Finalmente, corrieron tres lanzas y todas las ganó el maestre. Todos entendieron que trajera retrato, pero no era miliciano de Cupido sino de Marte; porque en verdad, no puede ningun caudillo que pretende alcanzar honra por sus hazañas, entretenerse en amores; y si lo hiciere, su nombre será borrado de las memorias de todos. Los jueces llamaron al maestre y le dieron por premio la cadena de dos mil doblas de valor, pues no habia traido retrato, que si lo trajera llevara el retrato y los despojos. El maestre recibió la cadena, y al son de la música que habia en la plaza, fue dando vuelta á toda ella, acompañado de todos los caballeros; y en llegando á los miradores de la reina, hizo una muy grande reverencia, y alzándose en los estribos, besó la cadena, y se la dió, diciendo: «Vuestra alteza reciba esa niñería, que no hallo otra persona digna de ella. No estrañe vuestra alteza mi atrevimiento, que lícito es en tales actos recibir cual-

quiera joya.» Levantóse la reina y recibióla, y besándola se la puso al cuello, y haciéndole una mesura se volvió á asentar. El maestre inclinó la cabeza al rey, y se volvió con Muza y otros caballeros que le querian bien, por tener tanta fama en todo aquel reino, por las muchas entradas que hacia entre año, y de todas conseguia victoria. A esta sazon el muy valiente y esforzado Albayaldos, que tenia muy grande deseo de verse en batalla con el maestre para probar sus fuerzas, y porque el maestre habia muerto á un deudo suyo con quien él tenia mucha amistad, se quitó del lado del rey con disimulacion, y subió sobre una yegua bien aderezada, y acompañado de sus amigos se fue paseando adonde estaba el maestre y el valiente Muza; y contemplando el buen talle del maestre y su donaire, le dijo: «Grande ha sido y es el gozo que todos hemos recibido, esforzado é invicto maestre, de verte tan galan y de fiesta, y fuera muy mayor mi contento si te viera con tus fuertes y lucientes armas, como otras veces te he visto en la vega, y en ella tuviéramos los dos escaramuza, que ha dias que lo deseo, y son dos causas las que me mueven. La una por el gran valor que la fama ha derramado por el mundo de tu persona, y el deseo que tengo de vencerte para ser el interesado en todo. La otra por vengar la muerte que le diste á mi primo el rey Mahomad. Aunque te conozco, y sé que se la diste en trabada y muy reñida escaramuza, con todo eso me llama y provoca á venganza el amor de mi querido primo:

y por tanto tente desde hoy por desafiado, para que cuando fuere tu voluntad se ponga en ejecucion mi deseo; y saldré con armas y caballo, y conmigo irá Malique Alabéz. Atentamente escuchó el maestre todo lo que le dijo el valeroso Albayaldos, y con rostro risueño le respondió así: «Si te ha sidó alegría el verme con trage galan, y gustáras mas de verme con armas, yo me holgaría infinito saber que esa era tu voluntad para venir prevenido, y que en aqueste dia pusieramos por obra lo que deseas: tu valor publican los cristianos que corren la vega; y ahora lo confirmo en que me has desafiado. Dices tener deseo de verte conmigo por mi valor: otros muchos caballeros cristianos hay que honran mis hazañas, y con quien ganaras mas fama; y si te incita á tener escaramuza la vertida sangre de tu primo el rey Mahomad, como dices, sé decirte, que no ví, ni sentí en él punto de cobardía, sino que murió como caballero peleando; y pues tu gusto es de probar tus fuerzas con las mias, yo soy contento de ello, y así mañana te aguardo en la fuente del Pino, donde estaré con solo un cristiano, padrino mio, que se llama D. Manuel Ponce de Leon; y para que estés cierto de que no habrá otra cosa, recibe este guante en señal de la escaramuza aplazada.» Diciendo esto, le dió un guante derecho; y el moro lo recibió, y le dió al maestre un anillo de oro, que era su sello. Muza y los caballeros quisieron que no se hiciera la escaramuza, mas no quiso ninguno desistir de su palabra dada; y así quedó hecho el

desafio entre los dos para el dia siguiente.

CAPITULO XII.

De la batalla que Albayaldos tuvo con el maestre de Calatrava, y como el maestre le venció y dió muerte.

El desafio de los dos valerosos caballeros aceptado, por ser ya tarde se fue el maestre, habiéndose despedido de todos: dejémosle ir, y volvamos al fin del juego de sortija. Pues como ya se habia puesto el sol, y no venia ningun caballero, los jueces mandaron á Abenamar, que dejase la tienda, pues no venia ningun caballero; que él lo habia hecho, como todos tenian la confianza, y que habia ganado mucho nombre, y ricos despojos y retratos muy hermosos; pero que al fin el de su Fátima escedia á todos. El vencedor Abenamar mandó quitar el aparador de las joyas, que aun quedaban muchas y muy ricas. Los jueces se bajaron del tablado y subieron á caballo, y pusieron enmedio al fuerte Abenamar y su padrino Muza, y con toda la caballería en su compañía, y al son de música dieron vuelta á la plaza, dándole mil parabienes de su victoria; y en llegando á los miradores reales de la reina, tocaron chirimias, dulzainas y atabales, y otros instrumentos, y dió á Fatima todos los despojos ganados en la sortija, diciendo: «Toma, señora, lo que de derecho te toca, porque tu hermosura lo ha conquistado; y asi es bien que

lo goces y dispongas de ello á tu gusto como tuyo. Fátima lo recibió todo sin responder; porque la vergüenza la ocupó; aunque con los ojos le dió mil gracias, cifra con que en tal caso los amantes se entienden. No fue poca la envidia que causaron á Galiana y á Jarifa ver los ricos trofeos en poder de Fátima, y mas les causó ver entre ellos sus retratos. Estaba Galiana muy triste y imaginando cien mil cosas: consideraba que Abenamar habia ordenado aquellas fiestas por vengarse de su ingratitud; y mas lo sentia por ver ausente á Sarracino, que no volvió mas á la plaza. El rey, visto era tarde, se quitó de los miradores, y la reina, y se fueron al Alhambra. Aquella noche cenaron con el rey todos los del juego de sortija, menos Sarracino que fingió estar indispuesto. Con la reina cenaron las mas principales damas de la corte, en la cual cena hubo muy alegres fiestas y un sarao público. Danzaron todas las damas y caballeros con las libreas que habian jugado la sortija. Sola Galiana no danzó, porque estaba triste por la ausencia de su moro, aunque fingió estar indispuesta. Bien conoció la reina su pena, aunque lo disimulaba. Celima su hermana la consolaba lo posible, pero no admitia ningun consuelo, porque tenia el corazon muy lastimado. El que se aventajó á todos fue el fuerte Gazul con la hermosa Lindaraja, á quien él tanto amaba, y ella á él; lo cual sintió mucho el fuerte Reduan de verse aborrecido de quien él tanto amaba; y ardiendo en rabiosos celos, propuso en su corazon el matar á Gazul; pero no le sucedió

como pensó, segun adelante diremos, en una escaramuza que ambos tuvieron sobre la hermosa dama Abencerrage. De esta dama se hace mencion en otras partes, y mas en una recopilacion del Bachiller Pedro de Moncayo, adonde la llama Celima. Llamáronla asi por su lindeza, y porque era estremada en hermosura; pero su propio nombre era Lindaraja, por ser Abencerrage. Adelante se tratará de ella, y de Gazul despues de la violenta y cruda muerte que se dió á los Abencerrages por la traicion que les levantaron. Y tornando á la historia, siendo la mayor parte de la noche pasada en danzas, bailes y otros regocijos, y habiéndoles hecho el rey mucha honra á Abenamar y á los justadores, les mandó ir á reposar. La noble y hermosa Fátima dió todos los retratos á las damas cuyos eran, pasando entre ellas muchos donaires y gracias, quedando muy obligadas á la triunfadora por la magnificencia que con ellas habia usado. Despedidos del rey los caballeros, se fue cada uno á su casa, y asimismo las damas que no eran de palacio. Albayaldos no pudo reposar el resto de la noche, y tomando la mañana salió del Alhambra á aguardar á Malique Alabéz, y en llegando le dijo: «Tarde habemos salido de la fiesta.»—«Asi me parece, dijo Alabéz, pero hoy podrémos reposar del trabajo pasado.»—«Antes será al revés, dijo Albayaldos, porque ayer vestísteis gala de brocado y seda, y hoy conviene vestiros de pelea con las duras armas.»—«¿Pues por qué causa, dijo Alabéz?»—«Porque tengo desafiado para hoy

al maestre de Calatrava, y hemos de escaramucear en la vega, y os he señalado por mi padrino.»—«Pues con tal caballero teneis aplazada escaramuza, plegue al santo Alá que os vaya bien con él, aunque yo lo pongo en duda, porque es muy diestro y esperimentado en las armas; y puesto que me habeis recibido por padrino, vamos en buen hora, y por la real corona de mis antepasados, que me holgaría que viniésemos con victoria del desafio. ¿Y el rey sabe esto?»—«Yo entiendo que no, respondió Albayaldos, sino es que se lo haya dicho Muza, porque estuvo presente en nuestro desafio.»—«Sea como fuere, sépalo ó no, vamos temprano, dijo Alabéz, y sin que el rey ni nadie lo entienda, salgamos á la vega á vernos con el maestre. ¿Y el maestre señaló padrino?»—«Sí, dijo Albayaldos, á D. Manuel Ponce de Leon.»—«Si asi es, vive Alá que no podrémos dejar de venir él y yo á las manos, porque ya sabeis la escaramuza que tuvimos, dijo Alabéz, y él tiene mi caballo y yo el suyo, y quedó concertado que cuando nos viéramos otra vez dariamos fin á la escaramuza.»—«No os dé pena eso, dijo Albayaldos, que confianza tengo de que vengamos victoriosos.»—Alabéz dijo: «Vamos á alistar nuestras armas, y á ponernos como conviene, que importa partirnos luego.» Con esto se partieron los dos valientes guerreros, y aderezaron lo que les convenia para la pelea, y una hora antes del dia se partieron de la ciudad muy secretamente, por no ser de nadie conocidos, y se fueron por el campo de Arbolote, lugar que

es dos leguas de Granada, para de allí ir á la fuente del Pino, donde quedó tratado entre el maestre y Albayaldos que se habian de juntar. El sol empezaba ya á alumbrar el mundo, y con la hermosura de sus rayos á dar ser á las inclinadas rosas y yerbas con el peso del rocío de la noche, cuando los dos valerosos moros llegaron á la villa de Arbolote, y pasando sin parar, se fueron á la fuente del Pino, tan nombrada y celebrada de todos los moros de Granada y su tierra; y seria una hora salido el sol, cuando llegaron á la fresca fuente, la cual cubre una hermosa sombra de un pino, que por eso tenia la fuente aquel nombre. Llegados allí, no vieron á nadie, y apeándose de los caballos colgaron las adargas en los arzones, y arrimaron sus lanzas, y sentándose junto á la fuente se refrescaron en la cristalina agua, y empezaron á tratar de como no venia el maestre, y por qué seria su tardanza. Dijo Albayaldos: «¿Mas si nos hiciese burla el maestre y no viniese?»—«No digais eso, dijo Alabéz, que el maestre es buen caballero, y no dejará de venir, que aun es muy de mañana;» y diciendo esto vieron venir dos cristianos, muy bien puestos, con lanzas y adargas, en dos feroces caballos, y ambos de pardo y verde, y plumas de dos colores; conociéronlos luego en que se divisaba en medio de la adarga una cruz roja que campeaba en blanco. El otro caballero tambien tenia en su adarga otra cruz diferente, porque era de Santiago. «¿No os decia yo, dijo Alabéz, que el maestre no tardaría?—Mirad si es

cierto.» Estando en esto llegaron los dos valerosos guerreros, flor de la cristiandad, y saludaron á los moros, y dijo el maestre: «A lo menos hasta ahora somos perdidosos, pues no habemos venido primero.»—«Poco importa, respondió Albayaldos, que no consiste en eso la victoria.» Estando en esto relinchó el caballo del maestre, y mirando los cuatro caballeros al camino de Granada, vieron venir por él un moro á todo correr de su caballo: venia vestido de marlota y capellar naranjado, y en una adarga azul un sol en negras nubes que parecia oscurecerlo, y en torno de la adarga unas letras rojas que decian: *Dame luz, ó escóndete.* Atentamente fue de todos mirado, y de Albayaldos y Alabéz conocido, que era el valeroso Muza; el cual como supo que Alabéz y Albayaldos habian salido de Granada al cumplimiento del desafio, partió á la costa de la ciudad por si pudiera evitar la escaramuza, ó cuando no hallarse en ella. Y en llegando les dijo: «Bien entendiades, caballeros, que habiais de hacer aquesta escaramuza solos; pues por Alá santo que le he dado la priesa posible á mi caballo por hallarme en ella, y mi principal intento ha sido venir á suplicaros, caballeros esforzados y valientes, que os sirvais de no ir en la prosecucion del desafio, por hacerme merced, pues no hay urgente causa. ¿Qué provecho sacaréis en matar uno al otro, ó por desgracia que mueran ambos? Ea, caballeros, no permitais que falte del mundo ninguno de vosotros. Ambos sois mis amigos, y cualquiera des-

gracia que suceda á uno de vosotros ó á los dos, me lastimará en el alma. No consintais que mi venida y ruego sea en vano. Esto pido muy encarecidamente á los dos, y en particular al maestre.» Y dando fin á sus razones Muza, le respondió el maestre: «Por cierto, noble Muza, que por daros gusto y pedírmelo con tanto encarecimiento, y por la mucha amistad que os tengo, haré de mi parte todo lo que me pedís, y yo alzo la palabra puesta del desafio, y no trataré mas de él, como quiera Albayaldos y sea su gusto, porque á no serlo, no soy el todo, sino parte, y esa rindo á vuestra voluntad.»—«A gran merced tengo la que me haceis, y no esperaba yo menos de un caballero tan principal como vos sois, señor maestre. ¿Y vos, señor Abayaldos, no me hareis merced que cese ese rencor?» —Albayaldos respondió: «Señor Muza, tengo tan presente la sangre vertida de mi primo hermano, por la violencia del penetrante hierro de la lanza del maestre, que no me dá lugar á que haga lo que me mandais, aunque de cierto supiera morir á sus manos. Y si muriere yo en esta escaramuza será honrosa mi muerte; y si yo venciere y matáre al maestre, todas sus glorias serán mias, y en lo que he dicho estoy resuelto.» El fuerte D. Manuel Ponce de Leon no gustaba de tantas arengas, y asi dijo: «Caballeros, gusto es del señor Albayaldos vengar la muerte de su primo: no es menester sino que se ponga en ejecucion. El señor Alabéz y yo quedamos concertados de dar fin á una escaramuza que te-

nemos empezada, y pues hoy viene á coyuntura pelearémos todos, y Muza será padrino de los cuatro.»—Alabéz dijo: «Bien concertado está; no aguardemos á mas conversacion, no se nos vaya el tiempo en valde, y sean las obras mas que las palabras; junto, si hay lugar, y gustais de ello, señor D. Manuel, querria que me diéseis mi caballo y recibiéseis el vuestro, y empecemos la escaramuza.»—«No quede por eso, dijo D. Manuel, dadme ese, y aqui teneis el vuestro, que bien os sé decir que antes de mucho serán ambos de uno de los dos.» Y diciendo esto destrocaron los caballos, y cada uno quedó contento con su prenda. El bravo Muza, visto que no habia podido alcanzar lo que pretendia, se previno para el oficio que le habian señalado. El maestre llevaba en torno de su adarga unas letras rojas, asi como la cruz, que decian: *Por esta morir pretendo*. D. Manuel llevaba por la orla de su adarga otra letra que decia: *Por esta y por la Fé*. Malique Alabéz y Albayaldos iban de una librea de damasco azul, marlota y capellar con muchos frisos de oro. Alabéz llevaba en su adarga su acostumbrado blason y divisa, en campo rojo una banda morada, y en ella una media luna, las puntas arriba, y encima de ellas una hermosa corona de oro con una letra que decia: *De mi sangre*. Albayaldos llevaba por divisa en su adarga, en campo verde un dragon de oro con una letra que decia en arábigo: *Nadie me toque*. Estaban tan galanes con sus libreas y divisas, que parecia no ir á pelear, y debajo de ellas llevaban

fuertes armas. Albayaldos encolerizado y muy brioso empezó á menear su caballo, y aprestarse para la escaramuza, y á llamar al maestre que viniera; el cual haciendo primero la señal de la cruz, movió su caballo á media rienda, poniendo los ojos en su enemigo con gran diligencia. Alabéz como se vió con su estimado caballo, como si fuera un Marte arremetió por el campo, y lo mismo hizo D. Manuel con el suyo, que en bondad ninguno le escedia: asi se trabó entre todos cuatro una escaramuza de las mas bravas y sangrientas que hasta entonces se habian visto. Y no hay que espantarse de la exageracion, pues eran los dos cristianos la mapa de la corte del rey de Castilla, y los dos moros del de Granada. Albayaldos viendo muy cerca de sí al maestre, arremetió á él abalanzándose con intento de herirle, de suerte que feneciera presto la escaramuza; pero fue diferente de lo imaginado, porque asi como le vió venir tan de rebato, reconoció su intento: hizo que le aguardaba, pero al tiempo de embestir, con mucha destreza picó al caballo haciéndole dar un gran salto en el aire, y retiróse poco trecho por un lado; de modo que el encuentro del moro no hizo efecto, y el maestre revolvió como un pensamiento, y en lo descubierto de la adarga le dió un bote de lanza tan duro, que la fuerte cota que el moro llevaba fue rompida, y la carne abierta con el duro hierro. No hubo áspid ni víbora pisada al descuido del rústico villano, que tan presto fuese á la venganza de su daño,

ni embravecido leon con onza que le hubiese herido, como el bravo Albayaldos revolvió á herir al maestre, bramando como un toro, lleno de ponzoñosa cólera; y como le vió tan cerca de sí, arremetió con tanta presteza, que el maestre no tuvo tiempo de usar la primera maña ni destreza; y asi el moro le hirió tan poderosamente, que le atropelló la adarga, rompió el fuerte escudo, é hirió mal al maestre. El moro rompió la lanza del golpe, y arrojando el trozo revolvió su caballo para tener lugar de echar mano al alfange; mas no pudo revolver tan presto como lo imaginó, de manera que el maestre tuvo lugar de arrojarle la lanza porque no se fuese. La lanza fue arrojada antes de tiempo, porque pasó por delante de los pechos del caballo de Albayaldos con tanta furia, como si fuera una saeta despedida del corbo arco; de modo que gran parte de la dura asta fue clavada en tierra, y eso á tiempo que el caballo del moro llegaba, el cual andando tropezó en el asta que quedaba retemblando, de suerte que sin poderse valer dió en el suelo. El bravo moro como vió en tal aprieto su vida, le espoleó para que de todo punto cayese; mas no lo pudo hacer el moro tan presto, que el valiente D. Rodrigo no fuese á él con la espada desnuda, y antes que se levantase el caballo le dió de punta una brava herida. Malique Alabéz volvió el rostro hácia donde lidiaban el maestre y Albayaldos, y como le vió en tan notorio peligro, volvió las riendas á su caballo por favorecerle, y dejó á D. Manuel,

que muy trabada escaramuza tenia con él, y como un águila llegó adonde estaba el maestre, á tiempo que traia el brazo levantado para tornar á herir á Albayaldos, y de través le hirió de un bote de lanza, tan á sobre seguro y á su salvo, que no embargante ser muy mal herido, si no se asiera á las crines del caballo, cayera en tierra sin duda. El moro rompió su lanza con aquella herida que dió, y habia puesto mano á su cimitarra para volver al maestre, cuando D. Manuel llegó á todo correr de su caballo por socorrer al maestre que estaba en mucho peligro, y sin duda que allí acabara su vida, y con una emponzoñosa cólera le dió á Alabéz un golpe con la espada, que le quitó el sentido; y aunque fue la herida pequeña, porque le dió casi de llano, con todo eso fue dado con tanta fuerza, que le aturdió, y sin ningun remedio cayó del caballo, y con la caida casi volvió en sí, y reconociendo su peligro, como era de animoso corazon, se quiso levantar; mas D. Manuel no le dió lugar, porque habiendo saltado de su caballo, fue á él, y con gran furia le dió otro golpe por encima de un hombro, que le hizo una mala herida. De aquel golpe tornó Alabéz á caer en el suelo, y D. Manuel fue á cortarle la cabeza; pero como Alabéz se vió en tal estremo, habiendo recobrado todo su natural acuerdo, puso mano á un puñal que tenia, y con la mayor fuerza que pudo le dió á D. Manuel dos grandes heridas, una en pos de otra. D. Manuel, viéndose tan mal herido, puso mano á una daga que tenia, y le-

vantando el invencible brazo, le fue á cortar la garganta para dividirle la cabeza del pescuezo; mas impidiólo el bravo Muza, que habia estado mirando la escaramuza; y como vió á Alabéz en tal aprieto, fué corriendo, y arrojándose de su caballo, detuvo el invicto y fuerte brazo á D. Manuel, diciendo: «Señor D. Manuel, suplícoos me hagais merced de la vida de este vencido caballero.» D. Manuel, que hasta entonces no le habia visto ni sentido, volvió la cabeza, por ver quién se lo pedia; y conociendo ser Muza, hombre de tanto valor, y viéndose tan mal herido, y recelándose si no otorgaba la vida de tener escaramuza con él en tan mala ocasion, dijo que le placia de hacer lo que le pedia; y levantándose de encima de Malique, aunque con trabajo por estar desangrado, y tener penetrantes heridas, le dejó libre. Malique estaba muy de peligro, y sin fuerza para levantarse del suelo, porque se desangraba muy apriesa. Muza condolido de él, le alzó de la tierra, y le llevó á la fuente, dando muchas gracias á D. Manuel; el cual mirando el estado de la escaramuza del maestre y de Albayaldos, vió como el moro andaba desmayado y para caer, porque tenia tres heridas mortales, una de lanza, y dos de espada. El maestre, viendo que D. Manuel habia quedado vencedor de un tan buen caballero como Alabéz, cobró ánimo de nuevo, y con una honrosa vergüenza, porque tanto se dilataba su victoria, arremetió con toda furia para Albayaldos, y dándole un golpe muy pesado sobre la cabeza, no pudiéndose ya

el moro apartar, malamente herido, dió con él en el suelo sin ningun sentido, quedando el maestre con tres heridas. El fuerte Muza que vió caido á Albayaldos, fue al maestre, y le pidió de merced que no pasase mas adelante la escaramuza, pues Albayaldos mas estaba muerto que vivo. El maestre se lo concedió, y asignando la mano para levantarle, no se la dió, porque estaba casi privado de su sentido; y llamándole por su nombre, Albayaldos abrió los ojos, y con voz débil y flaca, como quien iba rindiendo el alma, le dijo que queria ser cristiano. Mucho fue el gozo de los dos cristianos; y cogiéndole entre ambos, le llevaron á la fuente, y el maestre le bautizó en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y le puso por nombre D. Juan, y muy tiernamente se despidieron de los dos moros, y le encargaron á Muza cuidase de aquel caballero, porque ellos se iban á curar, que estaban muy mal heridos. Alá santo os guarde, dijo el afligido Muza, y él querrá que algun dia os pague las mercedes que me habeis hecho. Los fuertes cristianos se fueron adonde su gente los aguardaba, que era en el Soto de Roma que dicen, por donde pasa el rio Genil, y allí fueron con toda diligencia curados. Volvamos al fuerte Muza, que habia quedado en la fuente del Pino con los dos moros heridos. Malique Alabéz ya puesto en todo su acuerdo, y no tan mal herido como se entendia, le dijo á Muza, qué era lo que habia de hacer. Muza respondió, que queria aguardar á ver en qué para-

ba el buen Albayaldos que estaba acabando, y que si él traia ungüento, que le curaria de modo que fuese á Arbolote, y que allí se podria curar despacio. Alabéz dijo que mirase en su mochila, que allí habia lo necesario. Muza fue al caballo de Alabéz, y trajo paños y ciertos ungüentos para curar heridas, y poniéndole sobre ellas de los ungüentos, se las apretó con unos paños; y curado Malique subió en su caballo, y se fue á Granada, yendo considerando el valor de D. Manuel y del maestre; y tenia pensamiento de ser cristiano, entendiendo que la Fe de Jesucristo era mejor y de mas escelencias, y por gozar de la amistad de tan valerosos caballeros como aquellos, y de otros de cuya fama estaba el mundo lleno. Con estos pensamientos llegó á Arbolote, y en casa de un amigo suyo se apeó, donde fue curado de manos de un cirujano esperimentado, donde lo dejarémos por volver á Muza, que quedó con Albayaldos, al cual aunque se volvió cristiano no le desamparó, antes procuró de curarle; y desnudándole le halló tres heridas penetrantes, sin otra que tenia en la cabeza, y viendo que eran de muerte, no quiso curarlo, por no darle pena, y le dijo: «¡Cuánto me pesa de verte asi! Si admitieras mi consejo, no vinieras á este estado.» El nuevo cristiano D. Juan abrió las ojos, y mirando al cielo, con las ansias de la muerte decia: «¡Oh, buen Jesus! ten misericordia de mí, y no mires que siendo moro te ofendí, persiguiendo tus cristianos. Mira tu grandísima misericordia, que es mayor que mis

pecados; y mira, Señor, que tú dijiste por tu boca, que en cualquier tiempo que el pecador se volviese á tí, sería perdonado.» Adelante queria pasar D. Juan, mas no pudo, porque se le trabó la lengua, y comenzó á revolcarse á un lado y á otro por un lago de sangre que de sus heridas salia, y de la cual estaba todo bañado, que era compasion; y por esto se hizo este romance, que dice asi:

De tres heridas mortales,
de que mucha sangre vierte,
el valeroso Albayaldos
herido estaba de muerte:
El maestre le hiriera
en batalla dura y fuerte.
Revolcándose en su sangre
con el dolor que se advierte,
Los ojos mirando al cielo,
decia de aquesta suerte:
«Sírvete, dulce Jesus,
que en este tránsito acierte
á acusarme de mis culpas
para que yo pueda verte.
Y tu Madre piadosa
mi lengua rija y gobierne,
porque Satanás maldito
mi alma no desconcierte.
Oh, hado duro y acerbo,
si yo quisiera creerte,
no viniera á tal estado,
ni viniera asi á perderme!

El cuerpo doy por perdido,
que el alma no se me pierde,
porque confio en las manos
de aquel que pudo hacerme.
Lo que te ruego, buen Muza,
si en algo has de socorrerme,
que aqui me des sepultura
debajo del pino verde;
Y encima pon un letrero,
que declare esta mi muerte;
y le dirás al rey Chico
como yo quise volverme
Cristiano en aqueste trance,
porque no pueda ofenderme
el fementido Alcorán,
que pretende oscurecerme.»

Muy atento habia estado el fuerte Muza á las razones del nuevo cristiano, y tanto sentia su mal, que no podia dejar con lágrimas en sus ojos de hacer un tierno sentimiento, considerando el estado en que estaba tan bravo caballero, y las grandes victorias por él alcanzadas contra los cristianos; las riquezas que dejaba, el brio, la valentía y fortaleza de su persona, y la grande estima y reputacion en que estaba puesto; y verle tendido en el duro suelo, revolcándose en su sangre, y sin poder restañar la poca que le quedaba; y acercándose á él para consolarle, viendo como el nuevo convertido hizo señal de la Santa Cruz y la besó, y diciendo JESUS rindió el alma á su Criador. Lastimóse tanto de ver al

nuevo cristiano muerto, que derramó muchas lágrimas sobre el difunto con el dolor que tenia de la muerte de su amigo; mas visto que el llorar y hacer sentimiento doloroso no hacia al caso, se consoló dejando el llanto, y procuró cómo le podria dar sepultura en aquel lugar tan desierto; y estando asi con este cuidado, Dios le socorrió en tal necesidad, para que el cristiano fuese enterrado, y no quedase su cuerpo á las aves en aquel campo; y fue, que cuatro rústicos iban por leña á la sierra Elvira con todo recado y azadones para sacar las cepas. Muza se alegró cuando los vió y los llamó; los cuales vinieron, y Muza les dijo: «Amigos, por amor de mí, que me ayudeis á enterrar el cuerpo de este caballero que está aquí, que Alá os lo pagará.» Los leñadores respondieron que de buena gana lo harian; y habiendo señalado Muza el lugar de la sepultura, la abrieron con diligencia al mismo pie del pino; y alzando el cuerpo del caballero le quitaron la marlota y capellar, y desarmándole de las armas que tenia, de tan poco provecho á los agudos filos y temples de la espada y lanza del maestre, y tornándole á poner su marlota y capellar, le enterraron con hartas lágrimas, que derramó Muza; y habiéndole enterrado, los leñadores se despidieron, espantados de las mortales heridas del difunto. Muza escribió en el mismo tronco del pino un epitafio con letra que de todos fuese bien entendida, que decia de esta manera:

Epitafio de la sepultura de Albayaldos.

Aquí yace Albayaldos,
de cuya fama el suelo estaba lleno,
mas fuerte que Reynaldos,
ni el Conde Palatino, aunque fue bueno.
Matóle el hado ageno
de su famosa vida,
envidia conocida
de aquel famoso Marte,
que pudo tan sin arte
ponerle el hierro duro,
por vivir en su cielo mas seguro.

Este epitafio puso Muza en el pino sobre la sepultura del convertido Albayaldos, y derramando lágrimas tomó la fuerte jacerina, casco, bonete y plumas, todas llenas de argentería, y la fina adarga hecha en Fez, y haciendo en todo con el alfange y trozo de lanza enmedio un trofeo, le colgó en una rama del pino, y encima este letrero:

Es el trofeo pendiente
del ramo de aqueste pino,
de Albayaldos Sarracino,
de moros el mas valiente
del estado granadino.
Si aquí Alejandro llegára
á este sepulcro, lloróra
con mas envidia y mas fuego,
que lloró en aquel del Griego,
que el gran Homero cantara.

Así como Muza acabó de poner el trofeo con las letras que tengo dichas, y viendo que no habia mas que hacer, subió en su caballo y asió de la rienda al de Albayaldos maldiciéndole muchas veces, porque por la gran caida que dió, fue herido tan mal Albayaldos; aunque despues dijo, que bien sabia que aquella causa, ni otra alguna no fueran bastante, sino que estaba ya ordenado del cielo que pasara asi, y no podia dejar de suceder. Yendo diciendo estas cosas y otras, aun no habia andado tres millas cuando vió venir dos caballeros de buen talle: el uno venia vestido con marlota amarilla, capellar, bonete y plumas de la misma color; la adarga era la mitad amarilla y la otra azul, y en el lado azul pintado un sol metido entre nubes negras, y debajo del sol una luna que le eclipsaba, con una letra que decia de esta suerte:

Ya se eclipsó mi esperanza,
y se aclaró mi tormento:
ageno soy de contento,
pues no hay rastro de mudanza.

La lanza de este caballero era toda amarilla, el jaez y adorno del caballo, amarillo, y la banderilla de la lanza amarilla. Bien mostraba este caballero vivir desesperado. La letra decia: *Sin remedio de esperanza.* El otro caballero venia con una marlota, la mitad roja y la otra mitad verde, capellar, bonete y plumas de lo mismo, la lanza y la banderilla verde y roja, la adarga,

la mitad roja y la otra mitad verde, y en la parte roja unas letras de oro, cortadas con mucho artificio, porque campearan desde lejos, que decian asi:

Mi luz no se oscurece,
antes esclarece el dia,
y este me causa alegría,
porque mi gloria mas crece.

Debajo de estas letras habia un gran lucero tambien de oro, con los rayos muy grandes; y cuando le daba el sol resplandecia de manera, que privaba de la vista á quien lo miraba. Muy bien mostraba este caballero vivir contento y alegre, segun lo daban á entender las colores de su librea y blason, y señal de su adarga. Venian ambos platicando, y caminando de priesa. Muza los estuvo mirando por si acaso los pudiera conocer; mas no pudo conocerlos hasta que estuvieron cerca: entonces fueron conocidos, que el de color amarillo era Reduan, y vestía de aquesta suerte, porque Lindaraja, Abencerrage, le desamaba: el otro caballero de lo rojo y verde era el animoso Gazul, y vestía de aquesta manera, porque Lindaraja le amaba; y los dos venian desafiados sobre quién habia de quedar con la hermosa dama. Maravillóse Muza de verlos, y ellos de ver á él con aquel caballo de las riendas y sin ningun escudero que le acompañase; y en llegando los unos á los otros se saludaron, segun su costumbre, y despues el que primero habló fue Muza, diciendo: «Por Mahoma juro, que me espanto en

veros ir á los dos por este apartado camino, y sospecho que vuestra venida no es sin causa, y recibiré gran placer si me dais cuenta de ella.»—Reduan respondió: «Mas razon hay de admirarnos nosotros en veros venir asi solo, y con ese caballo del diestro; y debe de ser la causa que habeis tenido escaramuza con algun caballero cristiano y le habeis muerto, y le quitásteis el caballo.»—«Yo me holgara que fuera asi, respondió el afligido Muza; mas decidme, señor Reduan, ¿es posible que no conoceis este caballo?» —Reduan mirándole dijo: «Si no me engaño es de Albayaldos: suyo es de cierto. Su señor ¿dónde queda?»—«Pues lo preguntais, respondió Muza, yo os lo diré. Sabed que ayer en el juego de sortija, habiendo corrido el maestre de Calatrava sus tres lanzas, y ganado al mantenedor, Albayaldos entró en la plaza, y porque el maestre mató al rey Mahomad, primo de Albayaldos, desafió al maestre estando yo presente, y quedó que se habian de ver hoy en la fuente del Pino, llevando Albayaldos por su padrino á Alabéz, y el maestre por el suyo á D. Manuel Ponce de Leon; y esta mañana fuí á palacio y no ví á Albayaldos ni á Alabéz, y acordándome del desafio, sin dar cuenta á nadie fuí por la posta á la fuente del Pino, y allí ví á los cuatro caballeros; hice todo lo posible porque no pasase adelante el desafio, y ya lo habia alcanzado del maestre; pero Albayaldos estaba tan pertinaz, que no quiso sino proseguir la escaramuza. Alabéz y D. Manuel tenian antes de ahora comen-

zada una escaramuza, y por cierta ocasion no fue fenecida, y hoy la quisieron fenecer, de suerte, que padrinos y ahijados riñeron cruelmente, y al fin por caer de su caballo fue muy mal herido Albayaldos, el cual vencido, al punto de su muerte dijo que queria ser cristiano. Alabéz tambien fue muy mal herido y vencido por D. Manuel Ponce de Leon; y si no fuera por mí, allí muriera. Pedíle de merced otorgase la vida á Alabéz, y fue tan noble que dejó de matarle y me lo entregó. Yo le apreté las heridas y se vino, y entiendo que está curándose en Arbolote. El maestre bautizó á Albayaldos, y le puso por nombre D. Juan, y á poco rato murió llamando á Jesucristo: antes que muriera me rogó muy encarecidamente que le diese sepultura debajo de aquel pino, y asi lo hice, y de sus armas hice un honroso trofeo, y lo colgué encima de su sepultura. Todo esto pasa como lo he contado: ahora hacedme placer de decirme adonde vais, por si os puedo servir en algo.» — «Obligacion hay, dijo Gazul, de daros cuenta de nuestra venida, pues nos la habeis dado de este suceso, y respondiendo á estas cosas, digo que siento en el alma la muerte de Albayaldos y las heridas de Alabéz, por ser dos caballeros en quien el rey tenia puestos los ojos por su valor. La causa de nuestra venida es, que el señor Reduan me trae desafiado, solo porque Lindaraja me ama y á él le aborrece, y para esto vamos á la fuente del Pino por ser lugar apartado.» Admiróse el fuerte Muza del caso, miró á Reduan y le

dijo: «¿Pues es posible que querais que os ame por fuerza la dama? Nunca forzoso amor es perfecto. De suerte que si ella quiere á otro, ¿quereis tener escaramuza con quien no os debe nada, y dejais la culpa sin castigo, y poneis la vida en contingencia de perderla? Si ella no os quiere, buscad otra, que ábundancia hay de damas, siendo vos como sois un caballero tan estimado en el reino, asi en valor de la persona, como en bienes y linage. Por cierto bien pareceria que saliesen á reñir cada dia los caballeros mas estimados por esos negocios, y se matasen; y al tiempo de la necesidad, como cada dia vemos que la hay, por tener los cristianos á la puerta, ¿quién saldria á los rebatos y escaramuzas? Mirad en que paró Albayaldos por no tomar mi consejo. No paseis adelante, sino volvamos á Granada. Bien sabeis, señor Reduan, que yo amaba á Daraja, y á los principios me hizo favores, cuantos á hombre se le podian hacer; y sin causa, solo por su gusto me aborreció, y puso los ojos en Zulema Abencerrage. Cuando ví de cierto que no me queria, aunque luego lo sentí mucho, procuré olvidarla, y me consolé considerando que no hay veletas de torres tan mudables como ellas. ¿Fuera bueno que la ingratitud que Daraja usó conmigo me lo pagara Zulema y le matara, no teniendo culpa? Disparate fuera muy grande. En lo que me vengo de Daraja es en no mirarla, y en hacer á mi dama mil ofrendas en presencia de ella, y esta es mucho mayor venganza que si la matara. Por vuestra vida, muy esforzado Re-

duan, que cesen todos vuestros rencores, y no volvamos á Granada.» Con esto cesó el valiente Muza, y Reduan respondió diciendo: «Es tan grave mi tormento, y tan grande el infierno que arde en mis entrañas, que no me deja reposar porque de noche arde en mi pecho un mongibelo, y de dia me enciende un volcan, sin cesar de abrasarme, de modo que para mitigar el fuego en que me abraso, no aguardo sino la acerba y cruda muerte.»—«Quiero preguntar, señor Reduan, dijo Muza, qué remedio pensais sacar despues de muerto de todos vuestros males.»—«Descanso, respondió Reduan.»—«Y sepamos, dijo Muza, si acaso en la escaramuza que pretendeis hacer, matais á Gazul, y averiguadamente la dama os aborrece mas; y si por haberla privado de su gusto, y por vengarse de vos, pone los ojos en otro, ¿le habeis de matar tambien?»—«Ahora querria acabar esta escaramuza, respondió, que despues el tiempo me dará orden á lo demas.» Visto Muza que se iban, y que no habia podido reducir á la razon á Reduan, se fue con ambos, con esperanza de aplacar la escaramuza; y tan buena priesa se dieron á caminar, que en breve tiempo llegaron á la fuente del Pino; y en parando, Muza ató al pino el caballo de Albayaldos, y les enseñó el sepulcro, y de nuevo volvió á rogar á Reduan que no prosiguiese en su intento, y que dejase aquella empresa que no importaba. Reduan sin responder palabra dijo á Gazul: «Ea, robador de mi gloria, ahora estamos en parte donde se ha de acabar d

perder mi esperanza.» En diciendo esto empezó á escaramucear por lo llano, y á llamar á Gazul que viniera á la escaramuza. Gazul enfadado del arrogante contrario, como quien pretendia privarle de todo punto de su bien, y frustrarle la esperanza que tenia de gozar á Lindaraja, sin hacer flores de escaramucear, en un momento se juntó con Reduan con una ardiente cólera, y se comenzaron á dar tan terribles golpes de lanza, que era admiracion. Reduan rompió á su contrario la adarga y jaco, y le dió una pequeña herida, de la cual salia mucha sangre. Gazul viéndose asi herido á los primeros golpes, para vengarse aguardó que Reduan se ladease con el caballo para herirle en el descubierto; y sucedió como lo imaginó, porque Reduan quiso volver con otro golpe, y fue rodeando para ejecutarle, y se le acercó cuanto pudo. Luego que Gazul le vió tan cerca arremetió su caballo con tanta presteza, que cuando Reduan entendió escaparse del encuentro, ya lo tenia recibido, y no tuvo lugar sino de adargarse por reparar el golpe; pero no le valió ser fina la adarga ni la jacerina, que el hierro de la lanza lo falseó todo, y quedó Reduan mal herido, y retirándose Gazul volvió á herir á Reduan: y él venia con su lanza enristrada, y se encontraron tan fuertemente, que se quebraron las lanzas, y ambos se hirieron en los pechos; y como se vieron tan cerca uno de otro, se abrazaron, haciendo mucha fuerza para sacarse de la silla, y asi pelearon gran rato sin poder efectuar su pretension. Los caballos, como

se vieron tan juntos, alborotándose y dando relinchos, empezaron á morderse, y empinándose, á pesar de sus señores, volvieron de ancas para hacerse mal con las herraduras; y al tiempo de revolverse, como estaban apretados los caballeros el uno con el otro, de necesidad hubieron de venir ambos al suelo; pero Reduan como mas fuerte se trajo tras sí á Gazul y quedó debajo. Reduan que se vió en tanto peligro, hizo mucha fuerza con los brazos y pechos, y afirmando los pies en el suelo, dió tales embiones, que desechó á Gazul de encima, y se levantó luego en pie, y lo mismo hizo Gazul, y muy presto se adargaron; y poniendo mano á sus alfanges se comenzaron á herir terriblemente dándose récios golpes, de suerte que las adargas se hicieron pedazos, y quedaron muy mal heridos. El que estaba mas herido era Reduan, porque tenia dos heridas de lanza. Ambos andaban mal heridos, sin reconocerse ventaja en ninguno. Las libreas estaban rotas por el suelo y las armas descubiertas, de suerte que cada uno procuraba herir en las partes mas flacas de las armas, para que el golpe no fuese en balde. Los alfanges eran damasquinos y de muy finos temples, y no tiraban golpe que las armas no fuesen rotas y ellos heridos, y asi en dos horas que habia que lidiaban, estaban tales, que no se podia esperar sino la muerte de ambos. Reduan llevaba lo peor de la escaramuza, porque aunque es verdad que era de mas fuerza que Gazul, era mas seguro, y entraba y saltaba mas á su salvo, y heria como queria Ga-

zul, lo cual no hacia Reduan, á cuya causa andaba tan mal herido: mas los golpes que Reduan acertaba, eran muy desaforados. Muy mal heridos andaban los dos, y mucha sangre vertian; lo cual visto por Muza, atendiendo que si la escaramuza pasase adelante, aquellos dos tan buenos caballeros habian de morir, de compasion que de ellos tuvo, se apeó de su caballo, y se fue á poner enmedio de ambos, diciendo: «Señores caballeros, hacedme merced que no pase adelante la escaramuza, porque si proseguís, me parece que ambos morireis.» Gazul se apartó luego, y el valeroso Reduan, aunque contra su voluntad se hubo de apartar, considerando que Muza era hermano del rey; y apartados los curó Muza, y apretó las heridas, y subiendo en sus caballos, tomó Muza del diestro el de Albayaldos, y se fueron á Arbolote; y serian las cinco de la tarde cuando llegaron, y preguntando por Alabéz, le hallaron mal herido en una cama, curado con gran diligencia por un buen maestro que allí estaba. Luego los dos caballeros Reduan y Gazul tambien fueron puestos cada uno en su cama, y curados por aquel cirujano, y los regalaron y proveyeron de todo lo necesario. Mucho se admiró Malique Alabéz viendo á Gazul y á Reduan tan mal heridos, porque ambos eran muy grandes amigos suyos. Ahora los dejarémos curando, y ya hechos amigos, y volveremos á contar de Granada, y de algunas cosas que en ella sucedieron el dia siguiente que pasaron estas dos escaramuzas.

CAPITULO XIII.

En que se da cuenta de una pendencia que los Zegríes tuvieron con los Abencerrages, y cómo estuvo Granada á punto de perderse.

Puestos los caballeros en cura partió Muza á Granada, llevando el caballo de Albayaldos consigo, y puesto el sol llegó á la ciudad; y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar por no ser conocido, y asi llegó al Alhambra á hora que el Rey su hermano se sentaba á cenar; y apeándose, dió los caballos á uno de la guardia, y se entró en el real aposento. El rey se maravilló de verle venir de camino, y le preguntó dónde habia estado aquel dia. Muza le dijo: «Señor, cenemos, y despues os diré cosas de que os admireis.» Cenaron, que bien lo habia menester Muza, y acabada la cena contó por estenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabéz, y la escaramuza de Gazul y Reduan, con lo cual fue el rey muy suspenso, y sintió la muerte de Albayaldos; y el dia siguiente se publicó por la ciudad, y todos hicieron mucho sentimiento, y en particular su primo Aliatar, que juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida. Todos los caballeros fueron á darle el pésame á Aliatar; los primeros fueron los Zegríes, Gomeles, Venegas, Mazas, Gazules, y Bencerrages, y otros muy principales caballeros de la corte, y á la postre fueron Alabeces y Abencerrages; y puestos todos en sus asientos, como en

casa de un principal caballero, despues de haberle dado el pésame, se trató si sería bueno hacer por él el debido sentimiento, como por semejantes hombres se suele hacer. Para esto hubo grandes pareceres, porque unos decian que no, por cuanto siendo Albayaldos moro, al tiempo de su muerte se volvió cristiano. Los Venegas decian que no importaba eso; que sería bien que sus deudos y amigos hiciesen sentimiento, asi por los unos, como por los otros. Los Zegríes decian que pues Albayaldos se habia vuelto cristiano, que no se holgaría Mahoma de que ellos hiciesen sentimiento, porque se habia apartado de su secta, y esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrages decian que el bien que se habia de hacer fuera por amor de Alá, y que si Albayaldos se habia vuelto cristiano á la hora de su muerte, que aquel secreto solo Dios lo sabia, y que no por esa causa se dejase de hacer el debido sentimiento. Un Zegrí llamado Abenamar dijo: «O el moro moro, ó el cristiano cristiano: dígolo, porque en esta ciudad hay caballeros que cada dia envian limosnas á los cautivos cristianos que estan en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer, y son los caballeros que digo los Abencerrages.» — «Decís verdad, dijo Abinhamad, Abencerrage, que todos nos preciamos de hacer bien á los cristianos y á cualquier necesitado, porque los bienes los da el santo Alá para hacer bien por su amor; pues los cristianos dan limosnas á los moros en nombre de Dios, y por su amor lo hacen, y yo que he estado cau-

tivo lo sé, porque las he visto dar, y á mí me han hecho bien; y en reconocimiento de esto yo y mis parientes hacemos la limosna que podemos á los cautivos cristianos, que por ventura lo estarémos nosotros algun dia. Y á cualquier caballero que le pareciere mal, es muy ruin, y siente poco de caridad; y tóquele á quien le tocare: cualquiera que dijere que hacer limosna á quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré.» El valeroso Zegrí, ardiendo en saña, por verse desmentido, sin responder alzó la mano para herirle en el rostro al Abencerrage, el cual reparó el golpe en el brazo izquierdo; pero no fue tan bueno el reparo, que por eso dejase el Zegrí de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, de lo cual se sintió el Abencerrage, y rabioso como un leon hircano, en viva cólera ardiendo, puso mano á la daga, y antes que se moviera un paso el Zegrí, le dió dos puñaladas, ambas penetrantes: al momento cayó muerto á los pies del Abencerrage. Otro caballero Zegrí embistió al Abencerrage para herirle con un puñal; pero no pudo, porque con gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerrage, de modo que el Zegrí no pudo hacer lo que pretendia, y el animoso y esforzado Abencerrage le dió una herida en el estómago, con la cual cayó muerto. Los Zegríes que allí habia, que eran mas de veinte, pusieron mano á las armas, diciendo: «Mueran los traidores Abencerrages.» Los Abencerrages se pusieron en defensa. Los Gomeles fueron en favor de los Zegríes, y serian mas de veinte,

y con ellos otros tantos Mazas. Lo cual visto por los Alabeces y Venegas, fueron en favor de los Abencerrages, y entre estos seis linages de caballeros se comenzó una revuelta brava y reñida, que en muy poco tiempo fueron otros cinco Zegríes muertos y tres Gomeles, y dos de los Mazas, y en estos tres linages hubo catorce heridos. De los Abencerrages no hubo muerto, mas hubo diez y siete heridos: á uno le cortaron un brazo á cercén. De los Alabeces murieron tres, y hubo ocho muy mal heridos. Algunos Venegas salieron heridos, y dos muertos. Mucho mayor fuera la desgracia, si Aliatar y otros caballeros no se pusieran enmedio; y algunos de los que ponian paz salieron heridos. Con esta riña, que parecia hundirse Granada, salieron todos á la calle continuando su pendencia; pero como los moros que ponian paz eran muchos, y de mucho valor, que eran Sarracinos, Bencerrages, Gazules, Almohades y Almoradis, tanto hicieron que los pusieron en paz, aunque con dificultad, porque los de la pendencia eran muchos, y habia muertos de por medio. El rey Chico fue avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fue adonde era la cuestion, y aun no estaba de todo punto el negocio acabado. Los caballeros de la pendencia, asi como reconocieron al Rey, se apartaron, y se fue cada uno por su parte. Hecha la averiguacion del caso, mandó prender á los caballeros Abencerrages, les dió por carcel la Torre de Comares, y á los Zegríes mandó poner en las Torres-Bermejas, á los Gomeles en la Alcaza-

ba, á los Mazas en el castillo de Vivatambien, á los Alabeces en la casa y palacio de Generalife, y los Venegas en una torre fuerte de los Alijares; y el rey muy enojado se subió al Alhambra, diciendo: «Por Mahoma juro, y por mi corona, que he de apaciguar estos bandos, con quitar seis cabezas á cada linage.» Los caballeros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados; y si hacia cualquier castigo, se alborotaria la ciudad, y aun todo el reino, y habria un escándalo, que quisiese luego remediarlo, y no pudiese; que lo mejor sería hacerlos amigos, á cuyo trabajo y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algun tanto el rey con lo que dijeron los caballeros, les encargó que hiciesen con brevedad las amistades. Hicieron tanta diligencia los Aliatares, Bencerrages y Almoradis, que en espacio de cuatro dias todos los caballeros que riñeron, fueron amigos, y las muertes perdonadas, llevando las justicias gran cantidad de dinero para la Cámara real. Esto pasado soltaron á los presos, cuando los Zegríes muy lastimados apellidaron entre ellos venganza de tanto daño y deshonra, y para contrastarla, se juntaron un dia todos los Zegríes y Gomeles en un jardin muy deleitoso de una huerta junto á Darro, y despues de haber comido todos á una mesa, estando sentados por su órden, un caballero Zegrí, á quien los demas respetaban por mayor y cabeza de ellos, hermano de aquel Zegrí que mató Alabéz en el juego de cañas, comenzó á hablar, mostrando

grande tristeza, y á decir asi: «Valerósos caballeros Zegríes, deudos y amigos mios, y vosotros los Gomelés, advertid lo que quiero deciros con lágrimas de sangre. Ya sabeis en cuánto se debe estimar la honra; cuánto cuesta conservarla, y que en un instante se pierde; y una vez perdida, no se cobra jamás: dígolo, porque en Granada nosotros los Zegríes, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el trono y alteza que podemos desear: el rey nos estima, la ciudad nos ama, riquezas tenemos abundantemente, y estos caballeros mestizos Abencerrages procuran quitarnos el honor y abatirnos, y nos han muerto á mi hermano, y otros tres ó cuatro deudos, y asímismo de los caballeros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio. Todo esto pide entera venganza; porque si no la procuramos presto, harán los Abencerrages que no seamos nada, y que nadie nos estime; y para el reparo es menester, por todas las vias y modos que se pudiere, que busquemos cómo seamos vengados, y nuestros enemigos aniquilados y destruidos, porque nos quedemos en nuestra honra permanecientes. No se puede hacer por fuerza de armas, respecto que el rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es á ley de caballeros, sino para vengarnos de nuestros enemigos.» — Un caballero de los Gomeles respondió: «Señor Zegrí Mahomad, ordenad lo que conviene, que aquí os seguiremos.» — «Pues sabed, dijo el Zegrí, que he determinado poner mal á los Abencerrages con el

rey, de modo que ninguno viva, diciendo que Albid Hamete, cabeza de ellos, cometió adulterio con la reina; y he de atestiguar con vosotros, y habeis de decir que es verdad lo que yo digo, y que á quien nos contradijere, se lo daremos á entender; y que los Abencerrages le pretenden matar y quitar el reino, y con esto sin duda que el rey los mandará degollar á todos; y dejadme el cargo, que yo daré la orden para ello. Este es mi pensamiento, amigos y parientes, ahora dadme vuestro parecer, y sea con secreto, porque ya veis lo que importa.» Acabando el Zegrí su diabólica y mal pensada razon, todos dijeron á una que estaba bien acordado, y que se hiciese asi, que todos favorecerian su intencion. Luego fueron señalados dos caballeros de los Gomeles para que el Zegrí y ellos propusiesen el caso delante del rey. Acabada de tratar esta tan insolente traicion, fueron á la ciudad, donde estuvieron con su dañado pensamiento aguardando tiempo y lugar para ponerlo en ejecucion; y asi los dejarémos á ellos, y volveremos al moro Aliatar, que estaba enojado por lo que en su casa habia sucedido, y triste por la muerte de su primo Albayaldos, y juró de vengar su muerte, y propuso de ir á buscar al maestre para matarle, si pudiese; y para esto no quiso dilatar mas su deseo, sino luego se puso un jaco acerado sobre un estofado jubon, y una marlota leonada sin guarnicion, y púsose un acerado casco, sobre él un bonete leonado, y en él un penacho negro. Trajéronle un caballo enjaezado de negro, lanza

y adarga negra, sin otra señal ni divisa; salió tan gallardo y brioso, que pocos le igualaron en la ciudad, y llegando á la plaza nueva, vino bajando el camino de Antequera para buscar al maestre, ó á otros cristianos en quien vengar la muerte de su primo Albayaldos. Habiendo pasado de Loja vïó un escuadron de cristianos, que venia para entrar en la vega, los cuales traian un pendon blanco y una señal roja, la cual era la cruz de Santiago, y por capitan de esta gente venia el maestre de Calatrava, que ya estaba sano de sus heridas por haberlas curado con precioso bálsamo. Aliatar conoció ser aquesta señal del maestre, porque él le habia visto muchas veces en la vega; y arrimándose al escuadron, dijo en voz alta: «Por ventura viene aquí el maestre de Calatrava?» El maestre que esto oyó, se adelantó de su gente, y le dijo al moro: «Para qué preguntas por él?»—«Quería hablarle, dijo el moro.»—«Si no es para mas, yo soy, decid lo que quereis.» Aliatar mirando al maestre le conoció luego en la cruz, y arrimándose á él sin ningun temor y sin saludarle, le dijo: «Maestre esforzado, con razon os podeis llamar el caballero mas dichoso del mundo, pues habeis alcanzado victoria de tantos y tan buenos caballeros, y mas con la que alcanzásteis de mi primo Albayaldos, gloria y espejo de todos los caballeros de Granada, que es tanto el sentimiento mio, que muero en pensarlo. Mi venida es en busca vuestra para vengar la muerte de mi primo, acudiendo á la obligacion que tengo; y pues os he

topado, holgaré cumplais mi deseo; y si muriere en la escaramuza, partiré consolado, por morir á manos de tan principal caballero, y por hacer compañía á mi amado primo.» A lo cual respondió el maestre: «Holgárame, Aliatar, que ya que me habeis topado habiéndome buscado, que fuera para cosa que yo os pudiera servir, que juro como caballero, que en mí tendreis eterna amistad, y me holgaría que no hiciésemos escaramuza, porque vuestro primo hizo el deber como caballero; quiso Dios llevárselo al cielo, porque al tiempo de su muerte le conoció, y pidió el agua del bautismo, y se volvió cristiano: ¡ Dichoso él, pues goza de Dios! Por eso no querria que tuviésemos escaramuza sin haber para qué, sino ved si os puedo servir en algo, que lo haré por vos.» — «En mucho estimo la merced que me haceis, señor maestre, respondió Aliatar: por ahora no se me ofrece cosa en que me la hagais, sino que me clama la sangre de mi primo Albayaldos, y querria que no dilatásemos la escaramuza; asímismo quisiera me asegureis que de los vuestros no seré ofendido, sino que solo con vos he de lidiar.» — «Mucho me holgára, dijo el maestre, que no pasarais adelante con vuestro intento; pero pues esta es vuestra voluntad, hágase lo que quereis. En lo que pedís, que no seais ofendido de los mios, yo os doy seguro de ello.» Diciendo esto alzó las manos á su gente, haciendo señal que se retirasen de allí, y esta era bastante señal de seguro. La gente luego se retiró; lo cual visto por el moro, dijo al maestre

«Ea, caballero, ya es tiempo de comenzar nuestra escaramuza, y diciendo esto movió su caballo á media rienda, escaramuceando con gracia.» El maestre, hecha la señal de la cruz, alzó los ojos al cielo diciendo: «Por vuestra Santísima Pasion, Señor mio Jesucristo, que me deis victoria contra este pagano;» y diciendo esto, con bravo ánimo arremetió su caballo por el campo, escaramuceando contra el moro; y aunque no estaba sano de las heridas que le dió Albayaldos, y le impedian para pelear, su gallardo ánimo suplia los defectos de sus heridas, y notando la braveza de Aliatar, su denuedo y ligereza de escaramucear, dijo entre sí: «Conviene andar cuidadoso porque este moro no alcance victoria, lo cual no permita Dios;» y diciendo esto sosegó su caballo, viniéndose despacio, y los ojos puestos siempre en su enemigo para ver lo que haria. El moro que vió andar asi al maestre, no sabiendo la causa, se le fue acercando para hacerle algun daño; y estando cerca de él, confiado en el valor de su brazo, enderezó para dar el golpe, entendiendo que el maestre no estaria en el caso advertido; y levantándose sobre los estribos le arrojó la lanza con tanto ímpetu, que el hierro y banderilla iban rechinando por el aire. El maestre que vió desembrazar la lanza con tan gran violencia, y que el asta venia crugiendo por el aire, con gran presteza arremetió su caballo y se apartó hácia un lado, hurtándole el cuerpo, de modo que pasó por delante, y se clavó en la tierra sin hacer efecto. Habiéndose

el maestre apartado con tal presteza, y cual halcon suele asaltar á los astutos gorriones, arremetió al moro para herirle; el cual no osó aguardar, porque le vió venir con violencia, y revolviendo el caballo fue adonde estaba clavada la lanza; y llegando tiró de ella y la sacó del suelo con una presteza admirable; y revolviendo para herir al maestre, le vió tan cerca de sí, que le venia á los alcances, que no se pudo hacer otra cosa sino embestirse el uno al otro, y diéronse dos grandes encuéntros. El moro dió á su contrario en el escudo y se lo falseó, y le hirió en el pecho de una mala herida. El golpe que el maestre dió fue muy bravo, porque rompió la adarga del moro, aunque era muy fuerte, y el jaco acerado, y le hizo una mala herida por la cual salia mucha sangre. Bien sintió el moro que estaba mal herido, pero no por eso mostró punto de desmayo, antes con mas ánimo arremetió al maestre, blandeando la lanza como si fuera un junco. El maestre usó de maña con él, que al tiempo que se hubieron de encontrar los dos, ladeó un poco su caballo, de suerte que le dió Aliatar en la adarga al soslayo, y aunque la rompió no entró el hierro en la carne. El maestre le dió de través en lo descubierto, y le hizo una mala herida. El moro, encendido en ira rabiosa, casi desesperado, arremetió al maestre para herirle, pero guardábase de los golpes con gran ligereza. Y visto por el moro la grande destreza del maestre, maravillado detuvo su caballo y le dijo: «Cristiano caballero, si quereis, y es vues-

tro gusto, fenezcamos nuestra escaramuza á pie pues ha gran tiempo que combatimos á caballo.» El maestre dijo que le placía, y se alegró, porque era grande la destreza que tenia á pie; y asi se apearon los dos fuertes guerreros, y embrazando sus escudos, con las armas en las manos se acometieron con tanta fortaleza, como dos bravos leones; pero poco le valió al moro su braveza, que tenia poderoso enemigo. Heríanse por todas partes, procurando cada uno dar la muerte á su contrario, y asi andaban los dos muy encarnizados: llevaba el moro lo peor, aunque no lo sentia, porque de dos heridas destilaba mucha sangre, y tanta, que donde Aliatar ponia los pies quedaba rastro; mas como era el moro valiente, y de tan animoso corazon, no lo sentia, y asi se mantenia en su escaramuza. A esta sazon tiró el maestre un revés á su enemigo, y le cortó la adarga como si fuera de seda; lo cual visto por el moro lo sintió, y muy sañudo dió un golpe al maestre por encima de su escudo, que parte de él vino al suelo; y como el maestre lo alzó por defender la cabeza, la punta del alfange alcanzó con tal valor, que el acerado casco del maestre fue roto, y quedó herido en la cabeza: la herida no fue grande, respecto que el alfange le tocó por los estremos, pero salíale tanta sangre que le bañaba los ojos, de modo que le turbaba; y si á la sazon el moro no anduviera tan debilitado por la falta de sangre, el maestre corria peligro, porque como el moro vió tanta sangre por el rostro del maestre, co-

bró ánimo, y comenzó á herirle bravamente; mas como estaba desangrado, no pudo acometer al maestre como quisiera ni mostrar su valor: con todo eso ponia en aprieto al maestre, el cual como se vió tan perseguido del moro, y que tanta sangre le salia de la herida de la cabeza, de todo punto enojado, poniendo la vida en mucho riesgo, cubierto lo mejor que pudo con la parte de escudo que le quedaba, acometió á Aliatar, llevando su espada de punta. El moro que le vió venir no le rehusó que tambien le embistió, pensando con aquel golpe fenecer la escaramuza. El maestre le hirió de punta al moro con gran furia, de suerte que la espada entró hasta lo mas escondido de sus entrañas; mas no pudo hacer tan á su salvo el maestre esta herida, que él no quedase mal herido de otra en la cabeza; de tal suerte, que aturdido vino al suelo, derramando mucha sangre. El moro que vió al maestre en tierra y cubierto de sangre, entendió que era muerto, y fue para cortarle la cabeza; pero cuando se movió para ello cayó en tierra muerto, á causa de haberle pasado las entrañas. A esta sazon el maestre volvió en sí, y viéndose puesto en tal estado, receloso que el moro viniese sobre él, con presteza se levantó, y mirando á Aliatar le vió tendido en el suelo que no se movia: entonces se hincó de rodillas, y dió muchas gracias á Dios por la victoria, y levantándose se fue al moro y le cortó la cabeza y la arrojó en el campo; luego tocó la corneta, y al sonido vino su gente, y vista la victoria se holgaron; y como

le hallaron tan mal herido les pesó mucho, y cogiendo los caballos le dieron el suyo al maestre, y el del moro cogieron de la rienda, y la cabeza de Aliatar puesta en el pretal, despojado el cuerpo de ropas y armas, se fueron para curar al maestre, el cual quedó de esta escaramuza con mucha honra; y por ella se hizo aquel antiguo romance que dice asi:

De Granada sale el moro
que Aliatar era llamado,
primo hermano del valiente
y esforzado Albayaldos;
Aquel que mató el maestre
en el campo peleando.
Sale á caballo este moro
de finas armas armado,
Sobre ellas una marlota
de damasco leonado;
leonado era el bonete,
negro el plumage azulado.
La lanza tambien es negra,
adarga negra ha tomado;
tambien el caballo es negro,
de valor muy estimado.
No es potro de pocos dias,
de diez años ha pasado;
tres cristianos se lo cuidan,
y él mismo les dá recado.
Sobre tal caballo el moro
se sale muy enojado;
llegando á la plaza nueva
hácia Darro no ha mirado,

Aunque pasó por la puerta,
segun vá encolerizado;
sale por la puerta Elvira
y por la vega se ha entrado.
Camino vá de Antequera
en Albayaldos pensando,
topar desea al maestre
para vengarse á su salvo;
Y en llegando junto á Loja
un escuadron ha encontrado;
todo es de lucida gente,
por señas un pendon blanco,
En medio una cruz roja
del Apostol Santiago.
Llegándose al escuadron
sin temor ha preguntado,
«Si venia allí el maestre
que D. Rodrigo es llamado.»
El maestre allí venia,
de su gente se ha apartado,
Y dijo: «¿Qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.»
Conócele luego el moro
por la cruz que trae al lado,
Y tambien en el escudo
que lo tiene acostumbrado:
«Dios te guarde, buen maestre,
buen caballero estimado:
Sabrás que soy Aliatar,
de Albayaldos primo hermáno,
á quien tú diste la muerte,
y le volviste cristiano;

Y ahora soy yo venido
solamente por vengarlo:
apercíbete á batalla,
que aquí te aguardo en el campo.
El maestre que esto oyó,
no quiso mas dilatarlo:
váse el uno para el otro,
muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas
réciamente peleando:
el maestre es valeroso,
el moro no le ha durado.
Finalmente le mató
como varon esforzado;
cortárale la cabeza,
y en el pretal la ha colgado.
Volvióse para su gente
muy malamente llagado,
y su gente le llevó
donde fue muy bien curado.

A cuatro dias que pasó esta escaramuza, se supo en Granada como Aliatar murió á manos del maestre, lo cual sintió mucho el rey, viendo que en tan poco tiempo le habia muerto dos tan buenos caballeros, como eran Aliatar y Albayaldos. Tambien lo sentian todos los caballeros, y la alegría de los dias pasados se volvió en tristeza y pesar por la muerte de estos dos tan principales; lo cual visto por el rey, acordó con su consejo, que se volviesen á alegrar, y ordenóse que todos los caballeros que jugaron en la sortija pasada, se casasen con las damas; que se hiciese sarao pú-

blico, y se cantase y danzase la zambra, que es fiesta entre moros muy estimada, y que se corriesen toros, y hubiese juego de cañas. Y para esto dió el rey orden al valeroso y valiente Muza, el cual se encargó de hacer las cuadrillas del juego, y de hacer traer los toros. Grande contento sintieron los caballeros mancebos que tenian damas; y asi toda la ciudad tuvo tanta alegría como de antes, y aun mas, porque luego los caballeros comenzaron á ordenar juegos y máscaras de noche por las calles, mandando poner grandes hogueras y luminarias por toda la ciudad, de suerte que la noche parecia dia. Será bueno decir quiénes fueron los caballeros y damas que se casaron. El fuerte Sarracino con la linda Galiana; Abindarraez con la hermosa Jarifa; Abenamar con Fátima; Malique Alabéz con la linda Cobaida, que ya le habian traido de Arbolote, y estaba de todo punto sano de sus penetrantes heridas; Azarque con Arbolaya; un caballero Almoradí con la bella Sarracina; un caballero Abencerrage con Zelima: todos estos caballeros y damas nombradas fueron casados en la misma sala real, en la cual hubo dos meses de fiesta y zambra. Como los caballeros y damas ya nombradas era toda gente principal, y la flor de la ciudad de Granada, se hicieron grandísimos gastos, asi en comidas, como en ricas ropas, oros y sedas; de manera que la ciudad estaba en esta sazon la mas rica y opulenta, y mas alegre y regocijada que habia estado en ningun tiempo. Fuera gran bien para los moradores de la ciudad y para to-

do el reino, que siempre estuvieran en tranquilidad y concordia; pero como la rueda de la fortuna es mudable, presto volvió lo de arriba á bajo, y dió con todo en el suelo, convirtiendo tantos placeres y regocijos en tristes llantos, como adelante diremos. Muza, como hombre á quien habian hecho cargo de las fiestas, presto concertó las cuadrillas del juego, tomándose él un puesto con treinta caballeros Abencerrages, y dando el otro puesto á un caballero Zegrí, hermano de Fátima, mancebo de valor; y este señaló otros treinta Zegríes, deudos suyos, para el juego, el cual habia de ser en la plaza de Vivarrambla, donde se habian de correr los toros; y traidos un dia señalado, los corrieron con mucha alegría de toda la ciudad, en presencia del rey y la reina, y de toda la corte. Congregáronse de la ciudad y forasteros mucha gente á la fama de las fiestas reales. Ya se habian corrido cuatro toros muy bravos, y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero en un lucido caballo; la marlota y capellar eran verdes, como quien vivia con esperanza, las plumas verdes con argentería de oro. Con él salieron seis con la misma divisa de su librea, y cada uno con un rejon negro en la mano, y unas listas de plata. Grande contento dió el caballero á todos los que estaban mirando las fiestas, y mas á la hermosa Lindaraja, porque luego conoció á Gazul, que ya estaba sano de las heridas que le dió Reduan en la escaramuza que tuvieron los dos. Reduan no quiso estar en las fiestas aquel dia, por los desde-

nes que le hacia Lindaraja; y por no verla, y por no traer á la memoria sus penas, se salió aquel dia armado, por si encontraba algun cristiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, se puso enmedio de la plaza, y aguardó que el toro viniese por aquella parte; el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres, y atropellado mas de cincuenta, llegó, y asi como vió el caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel por medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra, y no hirió al caballo. Sentia tanto dolor el lastimado toro, que puestos los pies y manos hácia arriba, se revolcaba en su sangre, dando unos bramidos espantables. Admirado quedó el rey y toda la corte de ver la venturosa suerte de Gazul, y qué brevemente habia quitado la fuerza y brio á un animal tan feroz. Con mucho contento estaba Gazul, lidiando los toros que se corrian, aguardándolos hasta llegar muy cerca, y despues los lastimaba con el rejon de tal suerte, que no volvian mas á él; y porque aquel dia lo hizo tan bien el invencible Gazul, se dijo este

ROMANCE.

Estando toda la corte
de Abdalí, rey de Granada,
haciendo una rica fiesta,
habiendo hecho la zambra,

Por respeto de unas bodas
de gran nombradía y fama,
por las cuales corren toros
en la plaza Vivarrambla.
Estando corriendo un toro,
que su braveza espantaba,
se presentó un caballero
sobre un caballo en la plaza,
Con una marlota verde,
de damasco bandeada,
y el capellar de lo mismo,
muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
parece de una esmeralda;
seis criados van con él,
que le sirven y acompañan,
Vestidos tambien de verde,
porque su señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo
cada criado llevaba;
de color negro eran todos,
y bandeados de plata.
Conocen al caballero
por su presencia bizarra,
que era el muy fuerte Gazul,
caballero de gran fama,
El cual con gentil donaire
se puso enmedio la plaza
con un rejon en la mano,
que al gran Marte semejaba,

Y con ánimo invencible
al fuerte toro aguardaba.
El toro cuando le vió,
al cielo tierra arrojaba
Con las manos y los pies,
cosa que gran temor daba;
y despues con gran furor
hácia el caballo arrancaba
Por herirle con sus cuernos,
que como alesnas llevaba;
mas el valiente Gazul
su caballo bien guardaba,
porque con el rejon duro
con presteza no pensada
Al bravo toro hiriera
por entre espalda y espalda:
el toro muy mal herido
con sangre la tierra baña,
Quedando en ella tendido
su braveza aniquilada.
La corte toda se admira
en ver aquella hazaña,
Y dicen que el caballero
es de fuerza aventajada;
el cual corridos los toros,
el Coso desembaraza.
Haciendo mesura al rey,
y á Lindaraja su dama;
lo mismo hizo á la reina,
y á las damas que allí estaban.

Volviendo al propósito, el fuerte Gazul corrió los demas toros que quedaban, en compañía

de otros caballeros que los corrian; y no quedando ya ningun toro, hecho el acatamiento debido al rey y á la reina, y á las damas, y en particular á Lindaraja, se salió de la plaza, quedando todos muy contentos en haber visto su hazaña. Luego se tornó á montar para que entrase el juego de cañas. Los caballeros del juego se fueron á aderezar, y no tardó mucho que al son de militares trompetas entró el valeroso Muza con su cuadrilla, con tanta bizarría, gala y gentileza, que no habia mas que ver. Toda la librea era blanca y azul con griones y bandas pajizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvage, que con un baston deshacia un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrages muy usada, con una letra á los pies del salvage, que decia así:

Abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el cielo,
pues las famas en el suelo
con la fortuna combaten.

De esta forma entró el granadino Muza muy gallardo y bizarro con toda su cuadrilla, que eran treinta Abencerrages, todos caballeros de mucho valor. En entrando hicieron todos un concertado caracol, escaramuceando unos con otros, y al cabo se pusieron cada uno en su puesto. Luego el bando de los Zegríes entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrages: su librea era verde y morada, cuarteada de color de hojaldre muy vistosa. Venian en yeguas bayas muy ligeras: los pendones de las lanzas eran

verdes y morados; y si los Abencerrages hicieron buena entrada y caracol vistoso, no la hicieron menos los bravos Zegríes. Traían por divisa en las adargas unos alfanges sangrientos con una letra que decia asi:

Alá no quiere que al cielo
hoy suba ninguna pluma,
sino que se hunda y suma
con el acero en el suelo.

Habiendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto los dos bandos se apercibieron de cañas para el juego. El rey, que ya tenia vistas las letras y divisas de los caballeros, entendió por ellas el rencor que tenian; y porque no resultase algun escándalo en tiempo de tantos regocijos y fiestas, luego se quitó de los miradores, y acompañado de todos los grandes de su corte bajó á la plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fue poco importante su asistencia. Puesto á un lado mandó que jugasen, y al son de los añafiles y chirimías se comenzaron á jugar las cañas, hechas cuatro cuadrillas. Las cañas se jugaron sin haber desconcierto alguno, aunque lo hubiera muy grande, si el rey no descendiera á la plaza, porque los Zegríes venian de mano armada contra los Abencerrages, los cuales, escarmentados de la pasada, estaban apercibidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del rey que estaba con ellos, no ejecutaron su intento los Zegríes. Habiendo visto los moros de los bandos contrarios al rey, estuvieron con mucha concordia, y se acabaron

las fiestas de aquel dia sin pesadumbre y con mucho gusto, que no fue pequeño misterio. Y por estas fiestas de toros y juego de cañas se hizo el siguiente

ROMANCE.

Con mas de treinta en cuadrilla,
hijosdalgo Abencerrages,
sale el valeroso Muza
á Vivarrambla una tarde;
Por mandado de su rey
á jugar cañas se sale,
de blanco, azul y pajizo,
con encarnados plumages;
Y para que se conozcan
en cada adarga un salvage,
acostumbrada divisa
de moros Abencerrages,
Con un letrero que dice:
Abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el cielo;
pues de ellas visten las aves.
Y en otra cuadrilla vienen
atravesando una calle
los valerosos Zegríes,
con libreas muy galanes.
Todos de morado y verde,
marlotas y capellares,
en mil jaqueles gualdados
de plata los acicates.
Sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes;

por divisa en las adargas
unos sangrientos alfanges,
Con una letra que dice:
no quiere Alá se levanten,
sino que caigan en tierra
con el acero pujante.
Apercíbense de cañas,
el juego va muy pujante;
mas por industria del rey
no se revuelven, ni salen,
Porque los Zegríes tienen
contra los Abencerrages
un concierto de traidores,
y no pudieron lograrle.

Acabado el juego de las cañas el rey y los demas caballeros principales de la corte, y la reina y las damas con sus novios se retiraron al Alhambra, donde el rey los regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no habia sucedido ninguna desgracia. Hubo sarao real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el rey con la reina, Muza con Celima, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraja. Tanto danzaron y bailaron aquella noche, que era ya casi de dia cuando se fueron á dormir los desposados. La hermosa Galiana, gozosa de verse en aquel punto con su Sarracino, á quien con tan escesivo amor amaba, despues de haberle dicho muchas amorosas razones, le dijo: «Dime, querido señor mio, ¿qué fue la causa que el dia de S. Juan habiendo corrido con Abenamar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de

la plaza, y no pareciste mas en aquellos cuatro ó seis dias? ¿Fue porque perdiste la joya, ó por qué? Que te prometo que lo deseo saber.»—«Querida esposa y señora mia, la causa fue porque perdí tu retrato bello y la rica manga labrada de tu mano, y por la vergüenza que me ocupaba de parecer en tu presencia, y por saber que Abenamar ordenó aquel juego por vengarse de los dos: de tí, porque le desdeñaste; y de mí, porque una noche le herí debajo de tu balcon estándote dando una música, que bien creo que tendrás noticia de ello; y viendo que fortuna le favoreció tan á medida de su deseo, y que á mí me habia sido contraria, me dió tan gran tristeza y desesperacion, que enfermé de melancolía y maldecí mi poca ventura; renegué del falso Mahoma, y prometí y juré á fe de caballero, de ser cristiano, y lo tengo de cumplir, aunque sobre ello muera, porque tengo por mejor la fé de los cristianos, que no la burlária de la secta de Mahoma; y si tú me quieres bien, como dices, has de ser cristiana, que yo sé que el rey D. Fernando nos hará grandes mercedes por ello.» Con esto cesó, aguardando la respuesta que le daría Galiana, la cual luego le respondió: «Señor y esposo, no puedo yo huir en ninguna manera de tu voluntad; antes seguiréla en todo y por todo; tú eres mi señor y marido, á quien yo dí y entregué mi corazon; y asi digo, que no iré contra tu gusto en cosa ni en parte; y mas, que yo sé que la Fé de los cristianos es mucho mejor que el Alcoran, y asi prometo de ser cristiana.»—

«Acrecentádome habeis las mercedes de todo punto, dijo Sarracino, y no esperaba menos de tan leal y firme pecho.» Y diciendo esto la abrazó entre mil ternezas, y asi pasaron toda aquella noche. Venida la mañana, los grandes de la corte se juntaron y ordenaron que Abenamar, pues era tan buen caballero, se casase con Fátima, ya que en su servicio habia hecho tan grandes cosas. Los Zegríes no quisieron que aquel casamiento se hiciese, por cuanto Abenamar tenia amistad con los Abencerrages; las cuales contradiciones no aprovecharon, porque el rey gustó de que se casaran, y todos los caballeros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento, las fiestas se aumentaron, haciendo cada dia zambra y muchas danzas y juegos; de modo que no habia otra cosa en la corte sino galas, invenciones, máscaras y regocijos; y los dejarémos en ellas por contar lo que le sucedió á Reduan en la Vega, yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraja que amaba á Gazul. Pues es de saber que como salió de la ciudad se fue por el rio Genil abajo, y llegó al Soto de Roma, que es un soto muy agradable, de mucha espesura de árboles; y hoy dia quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él: hay dentro infinidad de caza volátil y terrestre, y estará de Granada el principio del soto legua y media, teniendo de ancho y largo mas de cuatro leguas. Allí vió una escaramuza muy reñida entre cuatro moros y cuatro cristianos, por causa de que les querian quitar una mora muy hermosa, y la defendian, aunque

con pérdida y trabajo, por ser los cristianos de mucho valor. La mora miraba su escaramuza derramando abundancia de lágrimas. Reduan espoleó su caballo para favorecer á los moros; pero por priesa que se dió ya habian muerto á los dos, y los otros andaban á mal traer; y temerosos de la muerte desampararon á la dama, y volvieron las espaldas á todo correr de sus yeguas. A esta sazon llegó Reduan, y mirando á la hermosa mora la vió vertiendo perlas por los ojos, y que acrecentaba mas su triste llanto viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habian ido huyendo. Movido de compasion el valiente Reduan, por librarla del poder de los cristianos, y sin hablarles palabra, los acometió, y del primer encuentro hirió al uno muy mal en un descubierto de la adarga, de modo que vino á tierra; y revolviendo su caballo con gran ligereza y velocidad, se apartó de los tres cristianos escaramuceando un gran trecho, y luego tornando como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó á otro caballero del caballo, mal herido. Los dos cristianos que quedaban embistieron á Reduan, y le uno de ellos le dió una gran lanzada, de suerte que quedó herido de una mala herida; el otro caballero, aunque le entró, no le hirió y rompió su lanza. Reduan viéndose herido, se apartó de ellos, y con muy bravo animo les volvió á embestir, de suerte que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El cristiano que estaba solo hirió á Reduan segunda vez, y él encolerizado acometió al cristiano

para herirle, mas no se atrevió á esperarle por verse solo, pues los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el campo. Los dos moros que habian ido huyendo se detuvieron por ver el fin de la batalla; y visto cuán en breve habia desbaratado aquel moro á los cuatro cristianos, volvieron espantados adonde habia dejado á la mora, la cual estaba admirada del valor del moro.

Reduan estaba hablando con ella maravillado de su hermosura, que le parecia ser mayor que la de Lindaraja y la de todas las damas de Granada; y asi era verdad, que era la mas hermosa de todo el reino. Estaba Reduan tan rendido á la mora, que no se acordaba de Lindaraja, y solo se ocupaba en mirarla, y la preguntó quién era. En esto llegaron los dos moros, y dándole las gracias del socorro le dijeron asi: «Señor caballero, Mahoma os trajo aqui á tal tiempo, que si vos no viniérais, nosotros del todo fuéramos perdidos y muertos á manos de aquellos caballeros cristianos; y lo que mas nos pesara es perder esta dama que traemos á nuestro cargo, y porque parece que estais herido, segun demuestra esa sangre, vamos la vuelta de Granada, y en el camino diremos lo que habeis preguntado; y mirad si de estos caballeros cristianos se ha de hacer alguna cosa.»—«No, dijo Reduan, básteles estar heridos; cogedles los caballos, dádselos, y váyanse.» De esto se maravillaron los moros, y cogieron los caballos y se los dieron á los cristianos, y ellos tomaron la via de Granada. Yendo

Reduan juntó á la hermosa mora, la cual no menos pagada iba de Reduan que él iba de ella, el uno de los dos moros comenzó á hablar de esta manera: «Habeis de saber, señor caballero, que éramos cuatro hermanos y una hermana, que es la que presente veis: de los cuatro, por nuestra desdicha, ya habeis visto cómo quedan allí los dos muertos á manos de los cristianos, y aun habemos sido para tan poco los dos que quedamos, que aun no les dimos sepultura; pero querrá el santo Alá que hallemos algunos villanos que pagándoselo quieran dársela. Nuestro padre es alcaide de la fuerza de Ronda; y como supimos que en Granada se hacian tan grandes fiestas, pedimos á nuestro padre, Zaide Hamete, licencia para venir á verlas. Pluguiera al santo Alá que no hubiéramos venido, que nos ha costado dos hermanos, y afrentosamente huimos y dejamos en tan notable peligro á nuestra hemana Haja, si vos, señor, no lo remediárades. Esta es, señor caballero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya, señor, habeis sabido nuestro viage, y tambien quién somos, recibiremos merced, si sois servido, que nos digais de dónde sois y cómo os llamais, para que sepamos á quién somos tan obligados.» Reduan les respondió: «Holgado me he, caballeros, de saber quién sois; bien conozco á vuestro padre, y conocí á vuestro abuelo Almadan, á quien mató D. Pedro Sotomayor. Pésame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto vuestros hermanos, y huélgome mucho de haberos servi-

do en algo, y lo haré cada y cuando que se ofrezca; y por si os quereis servir de mí, y daros gusto, os diré quién soy: llámanme Reduan, y soy de Granada; vamos allá á mi casa, y será vuestra, donde os haré regalar y servir conforme mereceis.»—«Gran merced, señor Reduan, respondieron ellos, por el ofrecimiento que nos haceis; deudos tenemos en Granada donde podemos ir á posar, cuanto mas que por la desgracia sucedida nos detendremos muy poco en la ciudad, especialmente siendo ya pasadas las fiestas.» En esto iban hablando los dos hermanos de Haja, y Reduan, cuando vieron venir dos leñadores que con sus bagages iban por leña al dicho soto, y en llegando á ellos dijeron los dos hermanos á Reduan; «A buen tiempo han venido estos villanos, que podria ser quisiesen dar sepultura á nuestros hermanos, pagándoselo.»—«Yo se lo rogaré, dijo Reduan, y habló á los villanos diciendo: Hermanos, por amor del santo Ala, que deis sepultura á dos caballeros que están allí bajo muertos, que os será bien pagado.» Los villanos dijeron, que de buena gana lo harian, sin interés alguno. Los hermanos suplicaron á Reduan esperase allí en compañía de su hermana, en tanto que iban á ayudar á enterrar los muertos, que seguros iban, quedando ella con él, y á traer los caballos, siquiera porque no se aprovechasen de ellos los cristianos. «Mucho me holgára de acompañaros, dijo Reduan; pero pues es vuestro gusto que yo quede con vuestra hermana, soy contento.» Los moros se lo agra-

decieron mucho, y se fueron con los villanos para dar sepultura á sus hermanos, y cobrar los caballos perdidos. El valiente Reduan ardiendo en llamas de amor por la hermosa Haja, y viendo la oportuna ocasion por estar solos, la dijo de esta suerte: «O fue ventura, ó desdicha mia haberos hallado en esta parte; en un punto ví muerte, vida, cielo, suelo, tempestad, bonanza, paz y guerra; y lo que mas siento, es no saber el fin de una tan estraña aventura, como es la que la fortuna me ha ofrecido: de suerte estoy suspenso, Haja hermosa y bella, que no estoy en mí, sino en tí. No sé donde vaya sino á tí; temo declarar mi mal, muero si no lo declaro, ardo en vivas llamas, estoy mas helado que los Alpes de Alemania. No sé si hable, ó calle, oh bellísima señora: por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, para que dés vida á quien le va faltando, pues tú eres la verdadera medicina, y salutífera á mi enfermedad. Sabrás, vida de esta mia, que en la dichosa hora que ví tus soles llorosos por la escaramuza de que tú eras la causa, luego comencé á pelear con cinco contrarios, cuatro los cristianos, y otro tú; vencilos, y te libré; y tú me venciste y cautivaste: ¿con qué armas peleaste, que tan presto me venciste? Pero ¿para qué lo pregunto, pues eres semejanza y cifra de la hermosura, dotada en discrecion, bravo donaire, brio y gentileza? Estas son las armas con que peleaste conmigo. No hallaste en mí resistencia, porque de mis potencias estabas apoderada: tu siervo soy, y tú mi se-

ñora y mi bien. Adórote, no me aborrezcas; estímote, no me menosprecies, no seas ingrata á mi pecho fiel, amoroso y verdadero: corresponde á mi casto amor, pues te admito por mi esposa, y dame respuesta piadosa.» Y diciendo esto enmudeció. Haja le respondió, diciendo: «Noble, brioso y esforzado caballero, aunque sin esperiencia de causas de amor, por ser doncella de catorce años, recogida y noble, que presto sabrás quien soy, luego reconocí ser tu accidente de amorosas llamas, y á lo que me has dicho, digo que sea asi por no contradecirte; pero bien sé que los hombres, por conseguir su lascivo deseo, dicen mil lisonjas vanas, y otras cosas ó cuitas en daño de las tristes mugeres, que de ligero se creen. Quiero resolverme y responder, porque veo venir á mis hermanos, que si tú me amas, soy tu rendida; si con facilidad me quisiste, con fuerza te adoro; si te parezco bien, me parece que no hay otro en la tierra como tú. Y si como dices, me quieres por esposa, pide á mis hermanos que alcanzen el sí de mi padre, que el mio en tu boca está; y te prometo que será tan imposible faltar esta ferviente fé que tengo, como pedir á la nieve que caliente, al sol que resfrie y que no alumbre, y como ver en el suelo el firmamento estrellado. Tanto es lo que te quiero, moro, que en mi alma moras; y porque llegan mis hermanos, mudemos plática, no apartándome de tu pensamiento, como yo no te aparto del mio; y cuando caminemos, como que no me has dicho nada, puedes tratar con mis her-

manos el casamiento: y de no querer mi padre, ni mis hermanos que me case contigo, que no me persuado á que dén tan mal pago á una obligacion tan grande como te tenemos, y mas siendo tan principal caballero, que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa, yo quiero, si tú me quieres; tuya soy, pues me libraste de poder de los cristianos, que es cierto que había de ser su cautiva. Pues tanto mas me ha valido el trueque, dichosa suerte ha sido la mia, aunque he perdido dos hermanos, en haber venido por aquí, resultándome tanto bien de querer ser tú mi esposo; y en señal de que seré tuya, para que estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazon, y ponla en el tuyo, pues el mio tienes en él. Y diciendo esto sacó una sortija de oro, con una esmeralda trasparente y fina, y se la dió á Reduan, el cual la tomó con mucha alegría, y besándola mil veces la puso en su dedo, quedando el mas contento y favorecido amante del mundo. Quisiera el enamorado moro dar respuesta á su querida mora; pero no hubo lugar, porque llegaron sus dos hermanos, bañados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos, á quien venian de enterrar y traían sus caballos del diestro. La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduan los consolaba lo que podia, diciéndoles palabras muy eficaces para ello; y con estas y otras pláticas entraron en Granada. Era ya de noche, y dijeron los hermanos á Reduan, que les diese

licencia para ir á posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadenes, y vivia en la calle de Elvira. Reduan les dijo, que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada; y despidiéndose de ellos se volvió á su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduan, por quedársele con su señora; y Haja asímismo, por llevársela Reduan. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tio, quien recibió mucha pena por la muerte de sus dos sobrinos. A otro dia por la mañana se vistió Reduan, y fue al real palacio por besar las manos al rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir á la Mezquita mayor, á ver el zalá que se hacia por un moro de su secta llamado Gidemahojo; y viendo á Reduan vestido de marlota y capellar verde, y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque habia muchos dias que no le habia visto; y le preguntó dónde habia estado, y cómo le habia ido en la escaramuza con Gazul. Reduan le satisfizo, diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza los habia hecho amigos. Con esto el rey y los demas caballeros que le salian á acompañar, que por la mayor parte eran Zegríes y Gomeles, se fueron á la mezquita, y con muy grande aplauso se hizo el zalá y alcoranas ceremonias, y se volvieron al Alhambra; y en entrando en su palacio real hallaron á la reina y sus damas en la sala, porque era costumbre del rey Chico; y asi lo tenia mandado, que en cualquier

tiempo que saliese, á la vuelta habia de estar la reina y sus damas en la sala por solo su gusto, y porque se holgaba de verlas; y mas á Zelima, que la amaba en supremo grado, por lo cual él y el capitan Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá. Entraron en palacio con todos los caballeros de su corte, y todas las damas pusieron la vista en la bizarría de Reduan, espantadas de la mudanza de librea. Lindaraja le miraba de propósito, y admirada de que no la miraba, dijo entre sí: «Disimula Reduan su pasion: bien hace, que no ofenderé á mi Gazul.» La reina dijo á Lindaraja: «Todavia tiene esperanza Reduan de gozarte.» Respondió Lindaraja: «Bien puede desistir de ese pensamiento, porque estoy muy fuera de él.» Dijo la reina: «Pues en verdad que tiene buen talle, y es galan y discreto Reduan, y que cualquiera dama se puede tener por dichosa en ser suya.»—«Asi es, señora, Reduan merece mucho, y de no haber puesto mi aficion en Gazul, es sin duda que ninguno sino él fuera señor de mí.» Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras damas en lo que hablaban. A esta sazon le dijo el rey á Reduan: «Bien te acordarás que me diste palabra de ganar á Jaen en una noche: si lo cumples, como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de capitan; y si no lo cumplieres, me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu dama. Por tanto apercíbete á la empresa, que yo iré en persona á la conquista, que estoy muy sentido de estos cristianos de Jaen, porque cada dia nos corren la

tierra, y talan la vega; y pues ellos me vienen á buscar tantas veces, será bien que vaya yo á buscarles una, y que de esta se concluya con todos.» Reduan le respondió con rostro alegre, diciendo: «Si algun tiempo dí palabra de darte á Jaen ganada en una noche, de nuevo lo confirmo, con que me des mil soldados de los que yo señalare, que yo os cumpliré lo dicho.» El rey dijo: «No digo mil soldados, sino cinco mil te daré, y aunque yo vaya, tú has de ser capitan de todos.» — «Estimo mucho la honra que me haceis, dijo Reduan, y yo me holgaría de acertar á servirte como deseo. Tu Magestad señale la gente y dia que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente á tu gusto.» — «No espero menos de tí, y no perderás el servicio que me hicieres: los caballeros que irán contigo serán Abencerrages, Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin éstos irán los demas caballeros é hidalgos, pues yo voy á la jornada.» Diciendo esto entró un portero, y dijo al rey que pedian licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguies y zapatos negros; enmedio de ambos venia una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabo del almaizar que no descubria mas que dos luceros, y bien se echaba de ver por la hermosura de ellos, que debia de ser perfecto en todo. Maravillado el rey de sus funestos trages, les dijo: «¿Qué es

lo que quereis?» Haciendo gran reverencia al rey y á la reina, y á las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente: «Nuestro principal intento ha sido venir á besar tus reales manos y las de mi señora la reina, y á que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos nietos de Almadan, alcaide que fue de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacian, por celebrar los casamientos que tu Magestad ha hecho en ella, acordamos de venir á verlas. La fortuna no quiso que las gozásemos, y fue la causa que el dia de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos, muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos, y si no fuera por el valor de este caballero que está junto á vuestra Magestad, todos nos perdiéramos: y diciendo esto, señaló con el dedo al fuerte Reduan, que venció con su valentía él solo á tres cristianos, y el otro huyó. Venimos á darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando á nuestra afligida hermana, y dió licencia á los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningun despojo; benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor, que si todos los caballeros de vuestra corte son co-

mo Reduan, podeis conquistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres cristianos mal heridos, y el otro huyó. Acordamos de venir á besar las manos de vuestra Magestad, y á pedir licencia para ir á contar á nuestros padres esta desdicha.» Con esto no dijo mas el moro, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la doncella. Mucha admiracion causó al rey la tragedia, y la ventura de ir Reduan por aquel sitio para remediar la dama; y volviéndose á Reduan le dijo: «Grande era el amor que te tenia, y con esta hazaña le has acrisolado mas, y desde hoy te encargo la alcaidía del castillo de Tijola, que está junto á Pulchena.» Todos los caballeros tuvieron á heróico hecho el que hizo Reduan, y le alababan mucho; lo cual lastimaba á Lindaraja, que estaba casi arrepentida por haber despreciado á Reduan. El rey les dijo á los dos hermanos: «Pues es vuestra voluntad de iros, id en buen hora, que licencia teneis; pero antes que os vais querria ver el rostro de esa dama por mi gusto y de la reina; decidle se quite el rebozo, porque no será bien que dejemos de gozar de su vista, que yo bien entiendo que es peregrina á lo que se infiere por los hermosos ojos que tiene. Los hermanos la dijeron que se descubriese; ella lo hizo asi, y quitándose un prendero del almaizar, descubrió su rostro, que no menos que el de Diana era. Asi pareció á todos los de la sala real, como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos; esto mismo hacia la hermosa Haja, pues

los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, matando con su vista á los caballeros de amor, y á las damas de envidia. A todos admiró la hermosura de la bizarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La reina que asimismo estaba espantada de la beldad de Haja, le dijo al rey: «Sírvase vuestra Alteza de que goze yo de esta dama.» — «Vaya en buen hora, dijo el rey, que bien sé que ha de haber mas de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.» Llamaron á Haja, y haciendo mesura al rey y á los caballeros, pasó á besar la mano á la reina, y de rodillas en el suelo se la pidió. No quiso la reina dársela, antes la levantó, y la hizo sentar junto á sí. A todas las damas causó admiracion la perfeccion con que en todo dotó naturaleza á Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina, Galiana, Fátima, Celima, Cobaida y otras muchas damas de escelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja. Reduan que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase, y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando á su amante Reduan, y si con lanza y adarga le habia parecido bien, mucho mejor le parecia vestido con el trage de corte, y mas tan galan como estaba; y estendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno la pareció llegar á poder competir con su querido Reduan. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fue poco contento para el moro. El rey dijo á Re-

duan: «Mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvísteis con Gazul, porque sería de ver, siendo ambos tan valientes.»—«Yo soy testigo de ella, dijo Muza, porque no pudiéndolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza que entre un leon y una onza no podia ser mas violenta; y movido á compasion de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse enmedio, y cesó la escaramuza, quedando los dos con igual victoria.»—«¿Qué les movió al desafio, dijo el rey?»—«Son cuentos largos, contestó Muza; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo.»—«Ya entiendo lo que puede ser, dijo el rey: bien sé yo que Reduan no volverá á hacer escaramuza con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera.»—«Vuestra Magestad está en lo cierto, dijo Reduan, porque estoy ya olvidado de todo aquello; pero á la sazon perdiera mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera á perder una.»—«Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos, dijo el rey.» Diciendo esto, los dos caballeros, hermanos de Haja, se habian sentado junto á Mahandin Hamete, principal caballero y rico, del linage de los Zegríes, el cual habiendo visto la hermosura de Haja estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos de ella: afligíale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir les dió parte á sus hermanos, diciéndoles: «Señores caballeros, ¿conoceisme?»—«No, señor, sino para serviros, respondieron

ellos, que como forasteros no conocemos particularmente á los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto rey y en su real palacio, bien inferimos que debeis de ser de estirpe clara.»—«Pues sabed, caballeros, que soy Zegrí, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mencion de mí y de los de mi linage, y querria, si lo tuviéseis por bien, emparentáseis conmigo, dándome por muger á vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y á ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama que era de lo mas principal de Granada; mas no me he querido casar hasta ahora que he visto á vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.» Con esto cesó el Zegrí, aguardando su bien ó su mal. Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenia ó no aquel casamiento, y al fin considerando el valor de los Zegríes, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendria por bien lo que ambos hiciesen. El Zegrí muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, é hincándose de rodillas habló de esta suerte: «Alto y poderoso rey, suplico á vuestra real magestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mio para que goce de ellas, porque sabrá vuestra magestad que vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los cuales sabiendo quién soy, lo han tenido por bien, y me la han prometido por

muger; por lo que suplico á vuestra magestad sea servido de que nos desposen conforme á nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasion en tan buen tiempo.» El rey mirando á la dama y á sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo dijo: «Que si era gusto de ellos, y la dama queria, que él era contento.» Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduan ardiendo en enojo é ira, se levantó en pie y dijo: «Señor, á este casamiento que pide el Zegrí no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay tambien prendas que son confirmacion de esto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agraviarme ninguno, porque me lo pagará.» El Zegrí respondió alborotado que Haja no se podia casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defenderia hasta la muerte. Reduan que oyó la arrogancia del Zegrí, arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegríes acudieron á favorecer á su pariente, y los de Reduan Muza y los Abencerrages fueron á socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba mandó pena de muerte á quien mas hablase en el caso, que él determinaria lo que habia de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinacion; y visto que ya estaban sosegados fue al estrado de la reina, y tomó de la mano á Haja, y puesto en medio de la sala la dijo que escogiese á Reduan ó el Zegrí, ó aquel que mas gus

to le diese. La dama viendo que no podia dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa á considerar la palabra que habian dado sus hermanos al Zegrí, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenia á su Reduan y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habian pasado, y á la fé y palabra que habia dado de ser su esposa. Considerándolo todo muy bien, se fue con el rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dió la mano á Reduan diciendo: «Señor, este quiero por esposo.» El Zegrí quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor se salió de palacio con intento de vengarse de Reduan, del cual se celebraron aquel dia las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrian y talaban la Vega, y asi fue necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos. El valeroso Muza, como capitan general, salió luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones, y en topando el escuadron de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces mas gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos; aunque les costó cara esta victoria, porque murie-

ron mas de seiscientos moros. En este dia hicieron los caballeros Abencerrages y Alabeces grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el rey. Tambien se señaló en este dia Reduan, á quien el rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho dias, y por los casamientos; las cuales pasadas determinó el rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaen que era quien mas daño le hacia; y dándole el cargo de capitan general al valiente Reduan, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

CAPITULO XIV,

en que se dá cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaen, y la gran traicion que los Zegríes y Gomeles levantaron á la reina mora y á los caballeros Abencerrages, y muerte de ellos.

El último y postrero dia de las fiestas el rey comió con todos los principales caballeros de su corte, y alzando las mesas habló á todos de aquesta manera: «Bien sé, leales vasallos y amigos mios, que ya os será odiosa la vida pasada de tantas fiestas como habemos tenido, y que á voces os llama el fiero Marte, en lo que os habeis ocupado siempre. Ahora, pues, que Mahoma n

ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insigne ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos á la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen á buscar hasta nuestros muros; y para esto ya sabeis, mis buenos amigos, que los dias pasados traje á la memoria á Reduan una palabra que me dió de ganarme á Jaen en una noche, y ahora lo confirmó de nuevo. Pidióme mil soldados, pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla; y para esto doy á mi hermano Muza cargo de juntar la gente del número que he dicho, que son dos mil hombres de á caballo y tres mil peones, y que sean todos espertos en armas, y que Reduan vaya por general, y demos vista á Jaen, de quien tan grandes daños hemos recibido y cada dia recibimos; y si ganásemos la ciudad de Jaen, no estan seguras Ubeda, Baeza ni su redondez; y para esto quiero que me digais vuestro parecer.» Con esto cesó el rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduan se levantó y dijo, que él cumpliria su palabra. Muza dijo que él daria en tres dias puesta su gente en la Vega. Todos los demas caballeros que allí estaban dijeron que hasta la muerte le servirian con sus personas y hacienda. El rey agradeció mucho á todos su ofrecimiento. Los hermanos de Haja, con licencia de su rey, se fueron á Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus padres, contentos con el casamiento de su hija con Reduan, y por otra parte con mucho pesar y tristeza por la muerte de sus dos

hijos. En este tiempo mandó el rey á Zulema Abencerrage que fuese á ser alcaide de la fuerza de Moelin, el cual se fue luego con su esposa y querida Daraja. El padre de Galiana se volvió á la ciudad de Almería, dejando á la hermosa Celima en compañía de su hermana Galiana. Otros muchos caballeros se fueron á sus alcaidías por mandado del rey, encargándoseles la guarda y custodia de ellas. Muza levantó cinco mil hombres de á pie y de á caballo, toda gente muy belicosa, y en cuatro dias los puso en la Vega; el rey mandó á Muza que se hiciese reseña de la gente dentro de la ciudad, y asi se hizo. Y visto por el rey la braveza y bizarría de la gente que habia levantado Muza en tan breve tiempo, sin aguardar mas quiso luego partirse, dando á Reduan el cargo de capitan general de su ejército; de lo cual se alegró Muza por la satisfaccion que de Reduan tenia, é hizo cuenta que él iba por capitan en el ejército; y asi salieron por la puerta Elvira con mucho concierto. La gente de á caballo iba partida en cuatro partes con mucho orden, y cada una tenia su estandarte diferente. La una parte tenia Muza, y en su compañía iban ciento y cincuenta caballeros Abencerrages, y otros tantos Alabeces y Venegas; todos caballeros de mucho esfuerzo. Su estandarte era de damasco rojo y blanco, por divisa un salvage en campo rojo, que desquijaraba un leon, y en el campo blanco otro salvage que con un baston deshacia un mundo, y por letra: *Todo es poco*. Este bando de caballeros iba bien alistado de ar-

mas y caballos, y todos vestian marlotas de escarlata y grana. La segunda cuadrilla era de Zegríes, Gomeles y Mazas: esta iba de batalla, no menos rica y pujante que la de Muza, la cual llevaba vanguardia. El estandarte de los Zegríes era de damasco verde y morado, y tenia por divisa una media luna de plata con esta letra: *Muy presto se verá llena, sin que el sol pueda eclipsarla*. Era esta cuadrilla de doscientos y ochenta caballeros, todos gallardos y bizarros, con aljubas y marlotas de paño tuneci, la mitad verde, y la otra mitad de grana. La tercera cuadrilla llevaban los Aldoradines, caballeros muy principales; con estos iban Gazules y Azarques; su estandarte leonado y amarillo. Llevaban por divisa un dragon en campo verde, que con las uñas despedazaba una corona de oro, con una letra que decia: *Jamás hubo resistencia*. Esta cuadrilla iba muy gallarda, y aprestada de armas y caballos; serian todos ciento y cuarenta. La cuarta cuadrilla era de Almoradis, Marines y Almohades, caballeros estimados: estos llevaban el real pendon de Granada, que era de damasco pajizo y encarnado, con muchas bordaduras de oro por un lado abiertas, y por la abertura parecian los granos rojos, que eran hechos de finos rubíes; del pezon de la granada salian dos ramos bordados de seda verde, con sus hojas, y una letra al pie que decia: *Con la corona nací*. En esta cuadrilla iba el rey Chico con mucha compañía de caballeros. Eran muy de ver las galas, riquezas, penachos, adargas, lanzas, caballos, yeguas y pen-

doncillos de colores en las lanzas. Pues si la caballería salió tan bizarra y vistosa, no menos gallarda y briosa salió la infantería, y muy bien armada, todos con arcos y ballestas. Con esta pujanza salió el rey Chico de Granada, y tomó la via de Jaen, mirándole todas las damas de Granada, y mas la reina su madre, y su muger la reina con todas las damas que estaban en su compañía, desde las Torres de Alhambra. Por esta jornada que hizo el rey Chico á Jaen se compuso aquel antiguo romance, que dice como se sigue:

«Reduan, bien te acuerdas,
que me diste la palabra,
que me darías á Jaen
en una noche ganada.
Reduan, si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres,
desterrarte he de Granada:
Echarte he en una frontera,
donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
sin demudarse la cara:
«Si lo dije, no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres,
el rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada:
cuánto del hidalgo moro,
cuánto de la yegua baya.
Cuánta de la lanza en puño,

cuánta de la adarga blanca,
cuánta de marlota verde,
cuánta aljuba de escarlata,
Cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto bayo borceguí,
cuánto raso que se esmalta,
Cuánto de espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa,
y esperta para batalla.
En medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada,
mirando las damas moras
de las torres del Alhambra.
La reina mora su madre
de esta manera le habla:
«Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y te vuelva de Jaen
libre, sano y con ventaja,
y te dé paz con tu tio,
señor de Guadix y Baza.»

No fue tan secreta esta salida de Granada, que en Jaen no tuviesen aviso de ella por las espías que tenia en aquella ciudad. Otros decian, que fueron avisados por unos cautivos cristianos que se huyeron de Granada. Otros dicen, que la dieron los Abencerrages ó Alabeces, y esto entiendo que es lo mas cierto, porque estos caballeros eran muy amigos de los cristianos. Sea como fuere, los de Jaen fueron avisados de la entrada de los

moros en su tierra, y asi ellos dieron aviso á Baeza, Ubeda, Cazorla y Quesada, y á los pueblos circunvecinos, los cuales se alistaron y apercibieron para resistir á los enemigos de Gránada. Estos llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que defendia la entrada al enemigo; pero poco aprovechó la defensa, porque habiendo corrido los moros todo el campo de Arenas, entraron por su puerta á pesar de los que la guardaban, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara, hasta Jordan y Belmar. Los caballeros de Jaen salieron á los enemigos, porque fueron avisados que en la Puerta andaba el rebato. Salieron de Jaen cuatrocientos hijosdalgo bien armados; de Ubeda y Baeza otros tantos, y hechos todos un cuerpo de batalla, fueron en busca del enemigo que les corria la tierra, llevando por caudillo y capitan al obispo D. Gonzalo, varon de gran valor. Juntáronse los dos campos de la otra parte del Rio frio, y aqui se acometieron, haciendo una brava escaramuza: mas era el valor de los cristianos tal y tan bueno, que les convino á los moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la cual habian roto una cadena que la atravesaba; y aquí fueran los moros vencidos, si no fuera por el valor de los caballeros Abencerrages y Alabeces, que pelearon valerosamente; mas al fin hubo de quedar por los cristianos el campo. Con todo eso los moros llevaron gran presa de ganados, asi vacunos, como cabríos, de modo que no se señaló de ninguna parte haber demasiada ventaja.

El rey quedó admirado de ver la repentina prevencion de los cristianos; y preguntando á unos cautivos que allí traian, cuál habia sido la causa de haber juntado tanta gente en Jaen, le respondieron que habian sido avisados dias habia, y asi estaba toda la tierra en arma; lo que fue bastante disculpa para Reduan sobre no cumplir la palabra dada al rey, que procuró inquirir y saber quién habia dado el aviso. Reduan muy bien sabia que Jaen no se podia ganar tan facilmente; mas como era belicoso, tenia determinado de llegar á la ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometieran. El rey y su ejército se volvieron á Granada, donde fueron recibidos con grande alegría y gozo, y se hizo en toda la ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaen quedaron con grande triunfo por haber resistido á tanta morisma, y muerto á muchos de ellos. El rey Chico venia fatigado del camino, y para aliviarse, ordenó de irse á una casa de placer, llamada los Alijares, y con él fueron los Zegríes y Gomeles: ningun caballero Abencerrage ni Gazul fueron con él, porque Muza los habia llevado á un rebato causado de los cristianos que habian entrado en la Vega. Estando un dia el rey en los Alijares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó á hablar de la jornada de Jaen y de los Abencerrages; y cómo por ellos y por los Alabeces habian ganado grandes despojos. Un caballero Zegrí, que era el que tenia el cargo de armar traicion á la reina y á los Aben-

cerrages, dijo al Rey: «Si buenos son, señor, los caballeros Abencerrages, mejores son los caballeros de Jaen, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas.» Y era mucha verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaen fue muy grande, y aquel dia quedó con nombre perpétuo, y fama para siempre; y en memoria de esta escaramuza se hizo el siguiente

ROMANCE.

Muy revuelto anda Jaen,
rebato tocan apriesa,
porque moros de Granada
les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijosdalgo
se salen á la pelea;
otros tantos han salido
de Ubeda y de Baeza.
De Cazorla, y de Quesada,
tambien salen dos banderas;
todos son hidalgos de honra,
y enamorados de veras.
Todos van juramentados
de manos de sus doncellas,
de no volver á Jaen
sin dar moro por empresa;
Y el que linda dama tiene,
cuatro le promete en cuenta.
A la Guardia han llegado,
adonde el rebato suena,

Y junto del Rio frio
gran batalla se comienza;
mas los moros eran muchos,
y hacen grande resistencia,
Porque los Abencerrages
llevaban la delantera;
con ellos los Alabeces,
gente muy brava y fiera.
Mas los valientes cristianos
furiosamente pelean,
de modo que ya los moros
de la batalla se alejan;
Mas llevaron cabalgada,
que vale mucha moneda.
Con gloria quedó Jaen
de la pasada pelea.

Aqueste romance se compuso en memoria de esta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte: de la una ó de la otra, la historia es la que se ha contado. El otro romance dice así:

Ya repican en Andujar,
en la Guardia dan rebato;
ya se salen de Jaen
cuatrocientos hijosdalgo:
Y de Ubeda y Baeza
se salian otros tantos;
todos son mancebos de honra,
y los mas enamorados.
De manos de sus amigas
todos van juramentados
de no volver á Jaen

sin dar moro en aguilando;
y el que linda amiga tiene,
la promete tres, ó cuatro.
Por capitan solo llevan
al obispo D. Gonzalo.
D. Pedro de Carvajal
de aquesta manera ha hablado.
«Adelante, caballeros,
que me llevan el ganado;
si de algun villano fuera,
ya le hubiérades quitado.
Alguno va entre nosotros
que se huelga de mi daño;
yo lo digo por aquel,
que lleva el roquete blanco.»

De esta suerte va este romance diciendo; pero este y el pasado contienen una cosa en sustancia; y aunque son viejos, es bien traerlos á la memoria, para que quien ignora el fundamento de la historia lo sepa. Sucedió esta escaramuza en tiempo del rey Chico de Granada, el año de mil cuatrocientos noventa y uno. Volvamos al rey Chico de Granada, que estaba holgándose y descansando en los Alijares, como atrás queda ya dicho, cuando le dijo el caballero Zegrí, que los Caballeros de Jaen eran de mas valor que los Abencerrages, pues á su pesar los habian hecho retirar. A lo cual respondió el rey: «Bien estoy con eso; pero si no fuera por el valor y resistencia de los valientes Abencerrages y Alabezes, no tengo duda, sino que fuéramos desbaratados; mas ellos pelearon de tal suerte, que salimos á

nuestro salvo, sin que nos quitasen la cabalgada del ganado que tragimos y de algunos cautivos.«—«O cuán ciego está vuestra magestad, dijo el Zegrí, y cómo vuelve por los que son traidores á la real corona; y es causa la mucha bondad y confianza que vuestra magestad tiene de este linage de los Abencerrages, sin saber la traicion en que andan. Muchos caballeros hay que la han querido decir, y no se atreven ni han osado respecto del buen crédito y posesion en que vuestra magestad tiene á este linage; mas aunque no quiera yo lastimar vuestro real pecho con tan afrentosa infamia, no puedo dejar de hacer lo que debo á leal vasallo, y dar aviso de la traicion y alevosia que se comete contra mi rey y señor; y asi digo, que no se fie vuestra magestad de ningun Abencerrage, si no quiere verse desposeido del reino, y muerto violentamente.»—El rey dijo: «Dí, amigo, lo que sabes; no me tengas confuso, ni me lo celes ni encubras, que tu lealtad será bien pagada.»—«No dejaré de obedecer á vuestra magestad, y para que se entienda la publicidad que hay en el delito, y cuán á rienda suelta se van en él, y qué poco temor tienen los Abencerrages de vuestra real persona, y cuán seguros y de asiento, por el buen predicamento en que los teneis, se están en su traicion con la demasiada confianza que tienen de las mercedes que cada dia se les hacen, y que en la tierra no ha de haber justicia contra ellos; asímismo para que se entienda que odio, rencor ni envidia, no me mueve á revelar á vuestra magestad lo que ignora

para que lo remedie, sino que soy compelido de obligacion y celo de la honra de mi rey, haga vuestra magestad llamar á Mahandin Gomel, y á mis sobrinos Mahomad y Alhamut, que saben bien la verdad de todo, y otros cuatro primos de Mahomad Gomel, del mismo linage, que ellos presentes contaré el caso.» El rey los mandó llamar, y venidos hizo que saliesen de la sala real todos los caballeros, salvo el acusador y los testigos falsos. Y estando todos juntos, empezó el Zegrí, mostrando en lo esterior gran pena, á decir estas palabras: «Sabrá vuestra magestad, que todos los Abencerrages están conjurados contra vos para quitaros vuestro reino y la vida; y este atrevimiento ha salido de ellos, porque trata lascivos y adúlteros amores con... ¡ó cielos, quién dirá esto, que el dolor no le acabe!, mi señora la reina el Abencerrage Albin Hamete, que es el mas poderoso y rico de todos los caballeros de Granada. ¿Qué quiere vuestra magestad que diga, sino que gastan sus haciendas con todos, por tenerlos propicios para su intento? Y así generalmente el caballero, el pechero, el rico, el pobre, quieren bien á este linage, porque los tienen embaucados. Bien se acordará vuestra magestad cuando en Generalife se hacia una zambra, que entró el maestre á pedir desafio, y salió Muza en la suerte; pues aquel dia paseándonos por la huerta, yo y este caballero Gomel vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites á la reina y al adúltero de Albin Hamete; y estaban tan embe-

becidos en sus actos libidinosos, que no nos sintieron con estar tan cerca. Yo se lo enseñé á Mahandin Gomel, y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el fin; y á poco espacio salió la reina, y se fue hácia la fuente de los Laureles, y de alli adonde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso de Albin Hamete cogiendo rosas blancas y rojas, y de ellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza: nosotros nos llegamos con disimulacion á él, y le preguntamos en qué se entretenia; á lo cual nos dijo: En ver esta deleitosa huerta, que tiene en qué se esparza la vista; y diónos dos rosas á cada uno, y nos venimos todos paseando hasta donde estaba vuestra magestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces, y no osamos, por no alborotar la corte en caso de tanto peso. Esto pasa, no debo mas á ley de caballero de decir lo que he visto, y sabido: lo que siento es, que estoy con pena y recelo, no se vea privar de la vida alevosamente á vuestra magestad. ¿Es posible que no se acuerda de aquel blason que en el espolon de la galera traía el bando Abencerrage en el dia del juego de sortija? Era un mundo hecho de cristal, y por letrero: *Todo es poco*; de suerte que todo el mundo es poco para ellos; y en el alfange de la popa un salvage desquijarando un leon: este sois, señor, y ellos quienes os quitan la vida. Mirad por vuestra persona: muera el adúltero aleve, y con ellos la deshonesta reina, pues asi ha afrentado vuestra real corona. Sintió tanta pena en oir lo que el falso, aleve y

traidor del Zegrí le decia, que creyéndole, se cayó amortecido en tierra por muy gran espacio de tiempo; y volviendo en sí, dió un doloroso suspiro diciendo: ¡O Mahoma, ¿en qué te ofendí? ¿Este es el pago que me dás por los bienes y servicios que te he hecho; por los sacrificios que te tengo ofrecidos; por las mezquitas que te tengo hechas; por la copia de incienso que he quemado en tus altares? ¡O traidor, cómo me has engañado! No mas traidores, vive Alá, que han de morir los Abencerrages, y la adúltera reina ha de morir en el fuego. Vamos á la ciudad, préndase luego á la reina, que yo haré tal castigo, que sea sabido por todo el mundo.» Uno de los traidores, que era Gomel, dijo: «No será acertado prender á la reina, mi señora, porque se pone vuestra real persona en contingencias de perder la vida y alborotar la ciudad, y que tome las armas Albin Hamete con todos los de su linage y bando, so color de defender á la reina; y esto les servirá de instrumento para conseguir el efecto de su intencion, mas siendo parciales de los Abencerrages los Alabeces, Venegas y Gazules, que son toda la flor Granada. Pero lo que se puede hacer para ser vengado, sin alborotar la ciudad, es mandar que vengan á palacio uno á uno, y tener allí veinte caballeros de confianza que los vayan degollando; y siendo así hecho uno á uno, cuando el caso se venga á entender, ya no quedará ninguno de todos ellos; y cuando se venga á saber por todos sus amigos, y ellos quisieren hacer algo contra vuestra ma-

gestad, escarmentarán en cabeza agena, siendo en vuestro favor los Zegríes Gomeles y Mazas, que no son tan pocos, ni valen tan poco, que no os saquen á paz y á salvo de todo peligro; y esto hecho, mandar prender á la reina, acusándola de adúltera, y poner en tela de juicio el caso, siendo cuatro caballeros los acusadores de vuestra parte, y que la reina señale otros cuatro caballeros que la defiendan; y si estos por su buena suerte vencieren á los acusadores, que se libre la reina; y si los defensores de la reina fueren vencidos, que muera la reina conforme á la ley; y de esta forma todos los del linage de la reina, que son los Almoradis, y Almohades y Marines, no se alterarán, viendo que va por via de justicia, y sin altercar. Esto es lo que siento para que sea vuestra magestad vengado, y no se altere la ciudad.»—«Buen consejo es, dijo el rey, y de tan leales caballaros. Y decid, ¿quién serán los cuatro caballeros que pongan la acusacion, y la sustenten en batalla contra los defensores que pusiere la reina?»—«No cuide de eso vuestra magestad, dijo el Zegrí, que yo seré el uno, y mi primo Mahandón el otro, y Mahandin el tercero, y su hermano Abenhamete el cuarto.»—«Pues vámonos á la ciudad, dijo el facil rey, y se dará la orden que pide mi venganza.» ¡O desdichada ciudad, y qué revuelta y cisma se te ordena por dar crédito el mal aconsejado rey á las sirenas que le cantaban al oido! Con esto se partieron á Granada, y en entrando en el Alhambra se fueron al palacio real, adonde la reina

con sus damas le salieron á recibir; pero el rey no miró hácia la reina, sino pasó adelante sin detenerse, de que no poco se espantó la reina; y confusa se retiró á su aposento con sus damas, sin saber la causa del no usado desdén del rey, el cual pasó lo que restaba del dia con sus caballeros hasta la noche, y luego cenó, y se fue á recoger, fingiendo estar indispuesto; y asi todos los caballeros se fueron á sus casas. Toda aquella noche estuvo vacilando en cien mil pensamientos el desventurado rey, y sin poder reposar, y entre la máquina de confusiones, decia: «¡Oh sin ventura Abdalí, rey de Granada, cuán cercana veo tu perdicion y la de tu reino! Si matas á estos caballeros, gran mal se te ordena; y si no castigas estos yerros, quedas afrentado, y te valdria mas la muerte. ¿Mataréloss? Sí, que fue grande su atrevimiento en cometer tal adulterio en ofensa mia, y tratar de matarme por alzarse con el reino. Pero dí, rey mal aconsejado, ¿no sabes cuán recatada y honesta muger tienes? ¿No conoces la bondad y lealtad de los nobles Abencerrages, y cuán sus mortales enemigos son los Zegríes, y que puede ser que por esta via pretendan venganza de este virtuoso linage? Verifica mejor la causa, ya que determinas la venganza; pero ¿qué mas verificacion que quien lo vió? No se atreverian á levantar tal testimonio, y mas ponerse á sustentar en batalla lo que dicen: no hay duda, sino que es verdad.» En estas variedades pasó toda la noche, y venida la mañana se levantó; y saliendo de su dormitorio, vió en la

sala muchos Zegríes, Gomeles y Mazas. Y á esta sazon entró un escudero, y le dijo al rey como habia venido Muza de pelear con los cristianos, y traia ganadas dos banderas, y mas treinta cabezas, con lo cual se holgó; y apartando al Zegrí le dijo que tuviese en aquel cuarto de los Leones treinta caballeros armados, y un verdugo prevenido de lo necesario para lo que estaba tratado. Luego el traidor del Zegrí salió del real palacio y puso por obra lo que el rey le habia mandado; y estando todos muy á punto, el rey fue avisado de ello, y se fue al cuarto de los Leones donde estaba el falso Zegrí con treinta caballeros Zegríes y Gomeles, muy bien aderezados, y con ellos un verdugo; y al punto mandó llamar al Abencerrage, su alguacil mayor. Fue un page, y le dijo que el rey lo llamaba. El Abencerrage fue á su real llamado; y asi como entró en la cuadra de los Leones, le asieron, y sin que pudiese hacer resistencia, en una taza de alabastro muy grande en un instante fue degollado. Asimismo llamaron á Albin Hamete, el cual decian haber adulterado; y de esta suerte fueron degollados treinta y seis caballeros Abencerrages de los mas principales de Granada, sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios nuestro Señor no favoreciese la causa, para que no murieran tan abatidamente, por dar crédito á un falso traidor, y sin haber mas averiguacion; y es muy cierto que sus obras no lo merecian, porque eran muy caritativos, y amigos de los pobres, y de la verdad, y de los cristianos; y aun dije-

ron los que miraban degollar á los Abencerrages, que llamaban á Cristo crucificado que les socorriese en aquel lance, para que no se condenasen, y que morian cristianos. Pues para que este linage no pereciese, ordenó Dios que un page de un Abencerrage entró con su señor, y vió como le degollaron, y miró á todos los muertos que él conocia, y luego se retiró hácia la puerta con mucha disimulacion; y al tiempo que abrieron para ir á llamar á otro, salió el page muy temeroso, y llorando la muerte de su señor. Se salió del Alhambra, y junto á la fuente vió á Malique Alabéz con Abenamar y Sarracino, que iban á hablar al Rey; y como los vió, se llegó lloroso, y temblando y encogido, les dijo: «Ay, señores caballeros, por Alá santo que no paseis mas adelante, si no quereis morir de mala muerte.» Alabéz dijo: «¿Cómo asi?» Respondió el page: «Sabed, señor, que en el cuarto de los Leones hay muchos caballeros degollados, y todos de los Abencerrages, y mi señor con ellos, que le ví degollar, porque entré con mi señor, que allá no fuéramos, y lo ví todo, y no repararon en mí, porque asi lo permitió el santo Alá, y cuando tornaron á abrir la puerta falsa, me salí, y vengo sin mi señor, y aun sin mí, por lo que mis ojos han visto: por Mahoma que pongais remedio en aquesto.» Muy admirados quedaron los tres caballeros, y mirándose unos á otros, no sabian si darian crédito ó no á lo que el page decia, y dijo Abenamar: «Gran traicion hay, si esto es verdad.» Dijo Sarracino: «Pues ¿cómo sabrémos

si es cierto?»—«Yo os lo diré, dijo Alabéz: quedaos, señores, aquí, y si viéreis salir algun caballero Abencerrage, ó de otro linage, no le dejeis pasar adelante, sino entretenedle en tanto que voy á la casa real, y sabré lo que pasa, y volveré con brevedad.»—«Alá os guarde, dijo Abenamar, aquí aguardarémos.» Malique subió al Alhambra, y al entrar por la puerta vió venir un page del rey muy apriesa, y díjole: «Adonde con tal priesa.» Respondió el page: «A buscar un Abencerrage.»—«¿Quién le llama?, dijo Malique.»—«El rey mi señor, respondió el page. Y si quereis hacer una buena obra, bajad á la ciudad, y avisad á todos los Abencerrages que salgan de Granada, porque les conviene, si no quieren verse en el trance cruel que se ejecuta en el cuarto de los Leones, y quedaos en paz.» Estando cierto y satisfecho de lo que deseaba saber, se volvió Malique adonde habia dejado á Sarracino y Abenamar, y les dijo: «Amigos y señores, verdad es lo que ha dicho el page; cierta es la traicion y muerte que se ejecuta en los Abencerrages: todo el suceso me ha contado un page del rey, y me dijo, que diese aviso á los Abencerrages.»—«¡Válgame Alá! dijo Sarracino: que me maten, si los Zegríes no andan en esta traicion: vamos á la ciudad, y demos aviso para que se ponga algun remedio.»—«Vamos, dijo Abenamar, que en esto no quiere haber descuidos;» y diciendo asi, se bajaron todos tres á la ciudad, y antes de llegar á la calle de los Gomeles, vieron al capitan Muza, y mas de veinte caballeros

Abencerrages de los que habian ido á la Vega á pelear con los cristianos, que iban á dar cuenta al rey de aquella jornada. Y Malique Alabéz les dijo: «Caballeros, poneos en cobro, si no quereis morir por traicion; mas de treinta de vuestro linage ha mandado el rey matar.» Los Abencerrages espantados no respondieron, pero el valeroso Muza dijo: «Por la fe de caballero, que si hay traicion, que andan en ella los Zegríes y Gomeles, porque ninguno salió al rebato, ni parecen por toda la ciudad; y sin duda que estan en el Alhambra con el rey, y son culpantes en las inocentes muertes de estos nobles caballeros: vénganse todos conmigo, que yo pondré remedio conveniente.» Asi se volvieron con el valiente Muza á la ciudad; y en llegando á la plaza nueva, como era capitan general, llamó á un añafil, le mandó que tocase á recoger á priesa, y él lo hizo; y oido el añafil, en un punto se juntaron muchos caballeros y soldados en casa de sus capitanes, y de allí vinieron á la plaza nueva, y se juntaron mucha gente de á pie, y tambien de á caballo; y aunque hubo muchos caballeros principales y de los mejores de Granada, no habian entrado entre ellos ningunos Zegríes, Gomeles ni Mazas, por donde se acabaron de satisfacer sobre que los Zegríes andaban en aquella traicion. Cuando Alabéz vió esta gente junta, halló buena ocasion para saber la traicion que se ejecutaba en los inocentes caballeros; y asi puesto enmedio de todos, comenzó á decir en alta voz de aquesta manera: «Caballeros, señores

y amigos mios, y todos los que me oís, sabed que hay gran traicion: el rey Chico ha mandado degollar á muchos de los caballeros Abencerrages, y si no fuera la traicion descubierta por orden del santo Alá, ya estuviéramos todos degollados. Alto á la venganza, no queramos rey tirano, que asi mata á los caballeros que defienden su tierra.» No habia acabado Alabéz de decir estas palabras, cuando toda la gente plebeya comenzó á dar grandes voces y alaridos, apellidando toda la ciudad, y diciendo: «Traicion, traicion, que el rey ha muerto á los Abencerrages: muera el tirano, muera el tirano: no queremos rey traidor.» Esta voz comenzó á divulgarse por toda la ciudad con un furor diabólico; todos tomaron armas á muy gran priesa, y comenzaron á subir al Alhambra, y en breve espacio se juntaron mas de catorce mil hombres de todas suertes y otros muchos caballeros; y mas de doscientos Abencerrages que habian quedado, y con ellos Gazules, Venegas, Almoradís, Almohades y Azarques, y todos los demas caballeros de Granada, los cuales decian á voces: «Si esto se consiente, otro dia matará otro linage de los que quedan.» Era grande la vocería y rumor que habia; gritos de los hombres, alaridos de las mugeres y llorar de niños. Finalmente, estaba todo tan alborotado, que parecia quererse asolar la ciudad con armas, y anegarla en lágrimas, y todo se oia en el Alhambra; y recelando lo que era, el rey muy temeroso mandó cerrar las puertas, teniéndose por mal aconsejado en lo que habia

hecho, y espantado de que se hubiese descubierto tan presto aquel secreto. Llegó, pues, el tropel y confusion de gente al Alhambra, dando alaridos y voces, diciendo: «Muera el tirano, muera;» y como vieron cerradas las puertas del Alhambra mandaron traer fuego para quemarlas, lo cual luego fue hecho, y por cuatro ó seis partes fue puesto fuego con tanto ímpetu, que ya se empezaba á arder. Y el rey Mulahazén, padre del rey Chico, como sintió tan grandísima revuelta y ruido, siendo ya bastantemente informado de lo que era, muy enojado contra el rey su hijo, y deseando le matasen, mandó abrir una puerta falsa del Alhambra, diciendo que él queria salir á apaciguar aquel alboroto; pero no bien fue abierta, cuando estaban mas de mil hombres para entrar por ella; y como vieron al rey viejo le alzaron en peso y dijeron: «Este es nuestro rey, y no otro: viva el rey Mulahazén;» y dejándole con buena guardia, entraron por la puerta muchos caballeros Abencerrages, Alabezes y Gazules con mas de cien peones. El rey mandó cerrasen la puerta falsa, y que defendiesen la entrada, porque no hubiese dentro del Alhambra mas mal del que se esperaba ver; pero poco aprovechó esta diligencia, porque la gente que habia entrado era bastante á destruir cien Alhambras, y andaba por las calles diciendo: «Muera el rey Chico y los demas traidores,» y con este ímpetu entraron en la casa real, donde vieron solo á la reina y á sus damas casi muertas, no sabiendo la causa de tan grande al-

boroto; y preguntando dónde estaba el mal rey, no faltó quien les dijo que en el cuarto de los Leones. Luego el tropel de la gente fue allá, y vieron las puertas con fuertes cerraduras; pero muy poco les servió su fortaleza, porque las hicieron pedazos, y entraron dentro á pesar de los Zegríes que allí habia, que defendian la entrada; y entrando los caballeros Abencerrages, Gazules y Alabeces, viendo la mortandad de los Abencerrages que habia en aquel patio, á quien el rey habia mandado degollar, se ensañaron de tal suerte, que si cogieran al rey y á los traidores, no se satisfacieran con que murieran degollados, sino que les buscaran mil géneros de penas para mitigar la mucha que ellos tenian; y acometieron todos á mas de quinientos Zegríes, Gomeles y Mazas que estaban allí en defensa del rey diciendo: «Mueran los traidores que tal traicion han hecho y aconsejado;» y con ánimo furibundo dieron en ellos á cuchilladas. Los Zegríes y los de su parte se defendian poderosamente, porque estaban bien alistados de armas, y apercibidos para aquel caso; mas poco les valió todo esto, que allí los hacian pedazos, porque en menos de una hora ya tenian muertos mas de doscientos caballeros Zegríes, Gomeles y Mazas, y siguiendo su porfia iban matando é hiriendo mas de ellos. Allí era el ruido y vocería, allí acudia toda la gente que subia de la ciudad, y siempre diciendo: «Muera el tirano y los traidores.» Fue tal la destruccion que los Abencerrages, Alabeces y Gazules hicieron, y tal la venganza, que de to-

dos los Zegríes, Gomeles y Mazas que allí estaban, no se escapó ninguno con vida. El desdichado rey se escondió, que no pudo ser descubierto. Esto hecho, los caballeros muertos los bajaron á la ciudad y los pusieron sobre paños negros en la plaza Nueva, para que toda la ciudad los viese, y se moviese á compasion viendo un tan doloroso y triste espectáculo, y la crueldad que con ellos se usó. Toda la gente andaba por la Alhambra buscando al rey con tal alboroto, que parecia hundirse todas las casas y torres; y si tempestad y ruido habia allí, no menos alboroto y llanto habia en la ciudad. Todo el pueblo en comun lloraba á los muertos Abencerrages. En particulares casas lloraban á los muertos Zegríes, Gomeles y Mazas, y á otros que murieron en esta refriega. Por este conflicto y alboroto desventurado se dijo este

ROMANCE.

En las torres del Alhambra
sonaba gran vocería,
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hacía;
Porque sin razon el rey
hizo degollar un dia
treinta y seis Abencerrages,
nobles de grande valía,
A quien Zegríes y Gomeles
acusan de alevosia.
Granada los llora mas,

con gran dolor que sentia,
Que en perder tales varones
es mucho lo que perdia:
hombres, mugeres y niños
lloran tan grande perdída.
Lloraban todas las damas,
cuantas en Granada habia;
por las calles y ventanas
mucho luto parecia.
No habia dama principal
que luto no se ponia,
ni caballero ninguno
que de negro no vestia;
Si no fueron los Gomeles
donde la traicion salia,
y con estos los Zegríes
que les hacen compañía.
Y si algun luto llevaban,
es por los que muerto habian
los Gazules y Alabeces
con gran valor y osadía
en el cuarto de los Leones,
por vengar la villanía.
Y si hallaran al rey Chico,
le privaran de la vida,
por consentir la maldad
que allí cometido habian.

Volviendo ahora al sangriento y pertinaz motin de la granadina gente contra el rey y sus valedores, es de saber, que el valeroso Muza como vió poner fuego al Alhambra, con gran presteza acudió á aplacar las furiosas llamas; y sa-

biendo que el rey Mulahazén su padre habia mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fue hácia ella acompañado de gran tropa de gente, y en llegando vió al rey Mulahazén acompañado de mas de mil hombres que le guardaban, y á grandes voces decian: «Viva el rey Mulahazén, al cual reconocemos por señor, y no al rey Chico, que á tan gran traicion ha muerto la flor de los caballeros de Granada.» Muza dijo: «Viva el rey Mulahazén, mi padre, que asi lo quiere toda Granada.» Lo mismo dijeron todos los que iban con él; y diciendo esto entraron en el Alhambra y fueron á la casa real, y andándola toda no toparon al rey. De aquí fueron al cuarto de los Leones, y vieron el estrago que habian hecho los Abencerrages, Gazules y Alabeces en los Zegríes, Gomeles y Mazas; y Muza dijo: «Si traicion se hizo á los Abencerrages, bien se han vengado, aunque la traicion no tiene satisfaccion;» y pesándole de lo que habia, salió de allí y se fue á la cámara de la reina, á la cual vió llorosa, acompañada de sus damas y de la hermosa Celima á quien Muza amaba tiernamente. La temerosa reina le preguntó á Muza: «qué vocería era aquella que sonaba en la ciudad y en el Alhambra.»—«Cosas son del rey, dijo Muza, que sin mirar mas de su gusto, dió lugar, y consintió una traicion notable, ejecutada en los caballeros Abencerrages, de quien siempre ha recibido muy grandes servicios, y en pago de ellos hoy ha muerto á treinta y seis dentro del cuarto de los Leones. Esto es lo que el rey mi her-

mano, vuestro marido, ha hecho, ó permitido que se hiciese; por lo cual el reino tiene perdido, y él está, si parece, á punto de perderse, porque ya toda la gente de Granada, asi caballeros como todos los demas estados, han recibido á mi padre el rey Mulahazén por rey y señor, y á esta causa anda el alboroto y motin que hay.»—«Santo Alá, dijo la triste y afligida reina, ¿qué eso pasa? ¡Ay de mí!» Y diciendo esto se cayó amortecida en los brazos de Galiana. Todas las damas lloraban amargamente el caso doloroso que habia sucedido, y lloraban á su triste reina puesta en tal calamidad. La linda Haja y la hermosa Celima se hincaron á los pies de Muza, y como quien tanto le amaba le dijo de esta manera: «Señor mio, no me levantaré de vuestros pies hasta que me deis palabra de hacer en este negocio tanto que quede apaciguado, y el rey vuestro hermano en su posesion como de antes; que aunque ha procurado mi amistad, no teniendo respeto á la vuestra, no se ha de formar venganza estando el enemigo caido, ni se ha de dar mal por mal, sino porque de hoy mas tengo cuidado de no ofenderos en esto ni en otra cosa alguna; en lo que os pido recibiré de vos muy grande merced.» Fátima que sabia el grande amor que los dos se tenian, le pidió á Muza que le concediese á Celima lo que le pedia, y que no tuviese á sus pies á la que merecia la corona del mundo. Muza que estaba transformado en mirar el adorno y nobleza que naturaleza dió á Celima, no advirtiendo que la te-

nia á sus pies con la hermosa Haja, las levantó del suelo, dándolas palabra de apaciguar el vulgo, y de poner al rey su hermano en la posesion del reino; con lo cual obligó á su dama á que le amase con mas estremo. Las damas echaron agua en el rostro de la reina, y de este modo volvió en sí llorando, y Muza la consoló dándola buenas esperanzas; y se despidió de ella y sus damas, y fue adonde estaba su padre y le dijo: «Mande vuestra alteza pena de muerte al que no dejare las armas, y no se sosegare.» Luego mandó el rey que se pregonase asi en el Alhambra y por toda la ciudad, y Muza mandó á la gente de guerra que se aquietasen, y á todos los demas se lo rogó. Mediante esto se apaciguó el pertinaz motin y rebelion, teniendo unos intento de obedecer á Mulahazén, y otros al rey Chico. Para esto ayudaban á Muza todos los mas principales de Granada, y los linages desapasionados, que eran Alabeces, Bencerrages, Laugetes, Azarques, Alarifes, Alporadines, Almoradis, Almohades y otros muchos caballeros de Granada. De esta suerte fue todo apaciguado, y Muza rogó á todos que no quitasen á su hermano la obediencia, sino que Granada volviese al estado en que antes estaba; que si malos consejos no dieran al rey, nunca él mandara hacer lo que se hizo. Todos los caballeros dieron palabra á Muza de no quitar la obediencia á su hermano el rey; solo los Abencerrages, Gazules, Alabeces y Almoradines, estos cuatro linages poderosos, no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, por la que hizo

contra los Abencerrages en admitir el mal consejo del traidor Zegrí; y era asi verdad, que por dar crédito de ligero el facil rey aceleró el negocio; y si lo llevara por justicia, no se le siguiera la perdicion que le vino á él y á la ciudad. Por esta traicion se hizo el romance siguiente:

Caballeros granadinos,
aunque moros hijosdalgo,
con envidiosos intentos
al rey Chico van hablando;
gran traicion se va ordenando.
Diz que los Abencerrages,
linage noble afamado,
pretenden matar al rey,
y quitarle su reinado;
gran traicion se va ordenando.
Y para emprender tal hecho,
tienen favor muy sobrado
de hombres, niños y mugeres,
todo el granadino estado;
gran traicion se va ordenando.
Y á su reina tan querida
de traicion la han acusado,
que en Albin Abencerrage
tienen puesto su cuidado;
gran traicion se va ordenando.

De esta suerte va declarando el romance la historia que se ha contado, y la traicion; mas porque me aguardan otras cosas importantes no se acaba. Volviendo á Muza, que con gran diligencia procuraba aplacar los airados pechos de los mas principales caballeros y demas gente para

que volviesen á dár la obediencia al rey Chico, como antes estaba, atrajo muchos á su voluntad, salvo los cuatro linages que hemos dicho, y algunos mas caballeros que nó quisieron estar en la obediencia del rey Chico, sinó á la del rey Mulahazén; y así siempre hubo allí muchas diferencias entre los dos reyes, padre é hijo, hasta que se perdió Granada. Y la causa porque los Gazules, Alabeces, y Aldoradines no quisieron ser de la parte del rey Chico, aunque Muza hizo las diligencias posibles, fue el que ya tenian tratado entre ellos de volverse cristianos, y pasarse con el rey D. Feanando, como adelante se dirá. Pues como viese Muza la mayor parte de la ciudad reducida á su voluntad para que volviese su hermano á ser obedecido, y al gobierno de su reino, procuró saber adonde estaba; y supo como se habia retirado al cerro del Sol, que hoy llaman de Santa Elena, en una mezquita que estaba allí, huyendo de la voz que oyó cuando decian todos: *Muera el tirano y los traidores*; y visto este estrago, que hacian los Abencerrages, Gazules y Alabeces en los Zegríes y Gomeles, se salió por una puerta falsa maldiciendo su ventura y el dia de su nacimiento, quejándose del Zegrí que le habia aconsejado cometer tal traicion contra tan leales caballeros. Los Zegríes y Gomeles le consolaban, diciéndole que no se fatigase, que mil Zegríes y Gomeles tenia de su parte, los cuales moririan en su defensa, y que el consejo no habia sido malo, sino importante, si no se descubriera tan presto. Y en esto vieron veni

á Muza en un caballo, y fueron á dar aviso al rey; el cual temeroso preguntó, si venia de paz, ó de guerra. «De paz viene, respondió un Zegrí, y sólo, y debe de querer hablarte.»—«Alá se sirva que sea por bien, dijo el rey; porque se temia de Muza, á causa de Celima.» En esto llegó Muza, y preguntando si estaba allí el rey su hermano, le fue dicho que sí; y apeándose del caballo entró en la mezquita, donde vió al rey acompañado de Zegríes y Gomeles; y haciéndole el acatamiento que de antes solia, le dijo así: «No careces de culpa, permitiendo una maldad y traicion tan grande como la que se há usado con el mas noble y leal linage de todo el reino. Y mirad lo que se ha seguido de su muerte; alboroto de toda la ciudad, muerte de muchos, pérdida de tu reino; y lo fuera de tu vida, si no te hubieras retirado aqui. Los reyes que han de gobernar en paz, sosiego y tranquilidad á sus vasallos, ¿son esos los alborotadores, y privadores de la paz? Merecido y justo castigo es, que sean desposeidos de sus reinos, y aun de las vidas. Si á caballeros leales que sirven bien dás tal pago, ¿quién esperas que te sirva? Si se te habia ofendido, que no creo tal, siguieras la causa por justicia, y no con violencia. ¡Qué demónio te insistió á hacer tal matanza? ¡Qué causa te movió?»—«Hermano, dijo el rey, ya que me has preguntado la causa de mi determinada ira, yo te la diré en presencia de los oyentes: Sabrás, que los caballeros Abencerrages tenian determinado matarme, y alzarse con el reino; y sin esto Albin Hamete Abencerrage adulteraba

con la reina mi muger, pues de todo tengo bastante y probada verificacion: parécele que aceleré en el caso?» Admirado Muza, le respondió: «No tengo yo á la reina en tal opinion, ni lo creo, ni tengo á los Abencerrages por caballeros que tal traicion ordenaran, porque son ejemplo de lealtad.» — «Pues si no lo crees, dijo el rey, pregúntalo á Hamete Zegrí, y á Mahandin y á Mahandón que estan presentes, que ellos te dirán como testigos de vista.» Y los falsos refirieron á Muza lo que al rey habian dicho, lo cual no creyó, porque conocia que la reina era muy honesta y virtuosa, y asi les dijo: «Yo no puedo persuadirme á que eso sea asi, ni creo que habrá caballero que lo sustente, porque es cierto que ha de quedar por infame y fementido.» — «Pues nosotros, dijo Mahandon, lo sustentarémos contra cualesquier caballeros que lo quisieren contradecir.» Y enojado Muza, dijo: «Pues aunque no sea sino por honra de mi hermano el rey, se ha de seguir por justicia esta causa y la de los Abencerrages, pues os preferís á sustentar con las armas la acusacion que poneis; y mirad cuán seguro estoy de la casta reina, que sé que habeis de morir, ó quedar desmentidos; y si me fuera lícito, yo solo habia de defender la inocente reina y á los nobles Abencerrages, porque clara y manifiestamente se parece ser mentira causada de envidia; pero impídelo la paz que ando buscando. Los Zegríes comenzaron á alborotarse, diciendo: que ellos eran caballeros, y lo que habian dicho lo sustentarian en campo armados :

los cuatro caballeros. «Eso se verá presto», dijo Muza; y díjole al rey: «Vamos al Alhambra, que ya todo está apaciguado: solo quedan cuatro linages de caballeros que no os quieren dar obediencia, sino á nuestro padre: pasen algunos dias, que yo los compondré. Y vosotros, Zegríes y Gomeles, advertid, que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis caballeros Abencerrages, de vuestros linages hay mas de cuatrocientos caballeros muertos; mirad si ha sido grangería la que habeis hecho. Id al Alhambra, y mandad que los saquen del cuarto de los Leones, y dadles sepultura, que asi han hecho los Abencerrages á todos sus deudos, muertos sin culpa.» Con esto salió Muza de la mezquita, y el rey Chico con él, fiado de su palabra, y le dijo: «Muza, ¿quién te dió aviso de que estaba yo aquí?»—«Quien te vió venir, dijo Muza.» Diciendo esto, se bajaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegríes llevaron los cuerpos muertos á sus casas, y los fueron acompañando, y Muza con ellos, por evitar algun escándalo; y en todo aquel dia no se oia en toda Granada otra cosa sino llantos y gemidos muy tristes. El rey se retiró á su cuarto con muy buena guarda, y mandó que no dejasen entrar á nadie en todo aquel dia; lo cual se cumplió todo asi, que ni aun á la misma reina dejaron entrar, y muy confusa se volvió á su retrete, no sabiendo la causa de tan grande encerramiento, pues le habia enviado á decir Muza que no tuviese pena, que el rey volvería á su silla.

CAPITULO XV,

en que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusacion á la reina y á los Abencerrages, y cómo la reina fue presa por ellos, y dió cuatro caballeros que la defendiesen, y de lo demas que sucedió.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y habiendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la parte mayor de los caballeros de Granada á la obediencia del rey Chico, por orden del valeroso capitan Muza, habiéndose pasado aquel dia tan memorable para Granada, luego el dia siguiente dió orden que fuesen á hablar al rey; y asi se juntaron todos los mas principales, y le fueron á ver, aunque contra su voluntad, solo por hacer placer al valiente Muza; y en entrando en su real sala, se fueron sentando por su orden, como antes solian, aguardando que el rey saliese de su aposento: el cual como supo que estaba alli Muza y los demas caballeros, salió vestido de negro mostrando tristeza en el rostro, y sentado en la silla real, mirando á todos, les dijo: «Muy leales y verdaderos vasallos, amigos mios, bien sé que habeis estado muy enojados conmigo, y con deliberacion de quitarme el reino y la vida por lo que hubo en el cuarto de los Leones, no sabiendo vosotros el fundamento y justa causa que á ello me movia, y sin escandalizaros; pero

á veces la cólera ciega la razon de modo, que no da lugar á la consideracion con el deseo de la venganza. Alá os guarde de rey injuriado, que no aguarda dilacion su agravio. Y para satisfaccion de mi poca culpa, y muy sobrada justicia, pedida y demandada de mi crecido agravio, habeis de saber, oh nobles granadinos, que los famosos Abencerrages, de cuya fama el mundo está lleno, habian conspirado y hecho conjuracion para privarme del reino y de la vida, y de todo esto tengo fulminado proceso con informacion bastante, por donde son dignos de muerte, y mas. Albin Hamete, Abencerrage, violó mi honra con mancha de adúltero, tratando con la reina Sultana, mi muger, de deshonestos y secretos amores, aunque no lo fueron tanto, que con facilidad fueron descubiertos; y en esta sala hay caballeros testigos de vista que lo dirán y sustentarán, y á esta causa se ejecutó ayer lo que visteis, queriendo por mi mano tomar venganza de tan enorme injuria y deshonra; y si no se descubriera tan presto mi intento, no hay duda, sino que no fuera ya vivo ningun Abencerrage; mas mi mala suerte ordenó que se descubriera. De lo pasado me pesa solo por el alboroto de la ciudad, y por haber muertes de nobles y leales caballeros á manos de los Abencerrages vivos y de los Gazules, y la sangre de los Zegríes y Gomeles vertida por mi causa pide justísima venganza, la cual prometo hacer por Mahoma. Y ahora doy por sentencia que los Abencerrages que son culpados en esto, por tener atrevimien-

to de entrar con mano armada en mi casa real, sean desterrados de Granada, y dados por traidores, y sus bienes confiscados á mi real Cámara, para que de ellos haga mi voluntad; y los que no son tan culpados y los ausentes, asi alcaides, como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio. Y si tuvieren hijos varones, los envien á criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino; y esto mando que se publique por toda Granada. Y en lo que toca á la reina Sultána, mi muger, mando que los caballeros que han de poner la acusacion la pongan luego; y puesta, sea presa, hasta que se vea su justicia conforme á derecho, que no es justo que un rey como yo viva afrentado. Estas dos cosas fueron la causa, buenos caballeros y leales vasallos, del alboroto de ayer: ahora considere cada uno la causa por suya, y juzgue lo que haría, y verá cómo no se satisface mi agravio, y respóndame.» Dichas estas palabras por el rey todos los caballeros que estaban allí juntos se miraban los unos á los otros, y admirados de todo aquello que el rey les habia dicho, no sabian qué responderle, porque ninguno de los que vinieron con Muza á dar la obediencia al rey, no dió crédito á cosa ni parte de lo que tocaba á los Abencerrages, como ni á lo de la reina, y luego entendieron ser traicion; y asi los caballeros Almoradis, Almohades, y otros que eran parientes de la reina Sultana, hicieron entre ellos gran movimiento y comunicacion, y al cabo de una pieza que el rey aguardaba res-

puesta, se levantó un caballero Almoradí, tio de la reina, y respondió, diciendo: «Atentos hemos estado, rey Abdalí, á tus razones, con las cuales no menos pesadumbre y alboroto que ayer se espera; porque en lo que has hablado manifiestamente parece ser averiguada traicion, así en lo que toca á los caballeros Abencerrages, como en lo de la reina; porque los Abencerrages son nobles, y en ellos no puede caber traicion, ni tal de ellos se puede presumir; porque de su bondad y nobleza siempre han dado verdadero testimonio sus obras, por las cuales tú y tu reino habeis resplandecido; y si ahora los mandas desterrar, tu reino de hoy en mas lo puedes dar por ninguno, y al tiempo pongo por testigo; cuanto y mas, que aunque tú los destierres, si ellos con su gusto y voluntad no se quieren salir de Granada, no los puedes tú hacer fuerza, atento que no eres rey supremo por ser vivo tu padre, el cual estima mucho á este linage. Si no me crees, mira tu palacio, y verás como en faltando todos los Alabeces, Gazules, Aldoradines y Venegas, parece estar solo y sin acompañamiento ninguno, y te has de ver sin todos estos y otros muchos, por ser amigos de los Abencerrages, pues la plebe ya bien sabes el amor que les tiene; y sé de cierto, que si el amor de ellos levantara bandera contra tí, te echaran del reino en que estás; pero son leales, y antes morirán que tal hagan. Repórtate, rey mal aconsejado, y no te ciegue la cólera; y en lo que dices de la reina que ha sido adúltera, es falso; es matrona ilustre y honesta, y se

debe tener y estimar en mucho; y si contra ella te mueves ó alteras, los Almoradis, Almohades y sus parciales te hemos de quitar la obediencia, y hemos de darla á tu padre; y cualquiera que pusiere falta ó dolo en la reina Sultana, miente y es un villano, y yo lo probaré donde quisiere.» El traidor Zegrí, Mahandin Gomél, Mahandon y Alhamete con saña se levantaron y dijeron, que lo que ellos decian era verdad, y quien lo contradecia, mentiria. Los Almoradis se alzaron poniendo mano á las armas; todos los Zegríes y Gomeles hicieron lo mismo, y con gran enojo se fueron los unos á los otros, moviendo mucho escándalo y alboroto en el palacio real; mas los caballeros Azarques y Alarifes, Muza, Sarracino, Reduan y el mismo rey, obraron tanto, que no los dejaron juntar, antes los aquietaron é hicieron sentar; y estando sosegados dijo estas razones Muza: «Señores caballeros, yo querria que se pusiese la acusacion á la reina, y que por ella sea presa, pues confio en Alá que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos, y han de morir ó retractarse de lo dicho, de donde se seguirá mayor lauro y corona de honor á la inocente reina y á todos los de su linage; para lo cual salga aquí la reina, responda por sí, y dé y señale caballeros que la defiendan.» A todos pareció bien lo que Muza dijo, y asi fue llamada la reina Sultana, la cual fue acompañada de sus damas, y los caballeros se levantaron y la hicieron grande acatamiento, salvo los traidores; y antes que la reina se sentase en su estrado le di-

jo Muza: «Hermosa Sultana, hija del famoso Moraizél, y de nacion Almoradi por descendencia del padre, y Almohades por la madre, descendientes de los reyes de Marruecos: sabrás, reina de Granada, por tu daño, como en esta sala hay caballeros que pongan dolo en tu castidad, diciendo que no has guardado las leyes conyugales, como era razon, á tu marido el rey; antes dicen que has adulterado y hecho traicion con Albin Hamete, Abencerrage; por lo cual ayer fue degollado con los demas Abencerrages que murieron. Si esto es asi, lo cual todos nosotros no creemos, porque tenemos entera satisfaccion de tu bondad, virtud y castidad, has incurrido en pena de muerte de fuego; por tanto dá razon de tí, para que no haya mas escándalo del que por tu causa ha habido; y si no le dás cual conviene á tu honor y al de tu marido, morirás quemada conforme á nuestras leyes: yo te lo he dicho, no por ofenderte, sino para que repares con tiempo la defensa y lo que te conviene, que por mi parte seré en tu favor y en todo lo que pudiere, como lo verás.» Con esto calló Muza, y se sentó, aguardando que la reina respondiese. La cual como oyó lo que Muza le habia dicho, miró á todos los caballeros de la sala; y como los vió callar, tuvo por verdad lo que al pronto habia escuchado por donaire y juego; y reparándose un poco, sin mudarse la color de su hermoso rostro, ni hacer mudanza mugeril, respondió de esta suerte: «Cualquiera que en mi honestidad pura, limpia y casta pusiere alguna

falta, miente, y no es caballero, sino villano, vil y de bajos pensamientos, mestizo, infame y mal nacido, indigno de entrar en el real palacio; y sea quien fuere, póngase aquí en mi misma presencia la acusacion que contra mí se ha hecho, que no temo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hacen libre: jamás con pensamiento ni obra hice ofensa al rey mi marido, ni la pienso hacer en tanto que mi marido fuere, ni despues; ora sea por separacion de muerte, ó por repudiacion de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de moros, de quien no salen sino maldades y novedades, como de hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los cristianos reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y la causa es estar fundados en buena ley. Pero una cosa sé decir, que confio en el santísimo Alá que ha de volver por mi casta limpieza, y descubrir la verdad; y hago promesa de que si Alá se sirve de dar victoria á mis defensores, como lo espero en él que se la dará, viéndome libre de este testimonio, de no volverme á juntar con el rey en poblado ni fuera.» Diciendo esto comenzó á llorar, y con ella todas sus damas; de tal manera, que á todos los caballeros que la oian movia á muy grande compasion y lástima. Lindaraja se hincó de rodillas delante de la reina, y pidió licencia para partirse á Sanlucar á casa de un hermano de su padre, pues por mandado del rey habian muerto sin culpa á su querido padre, y

pues desterraron á los Abencerrages, que ella se queria desterrar, por no ver las tiranías y crueldades que cada dia se hacian, y mas el testimonio que á su alteza se levantaba; que no diese lugar que ella presenciara á aquellos dolores tan acerbos; y que cuando la honra de la reina padecia, no estaba segura la de sus damas, dueñas y doncellas. La reina la abrazó llorando, y quitándose del cuello la cadena que el maestre la dió el dia de la sortija, dijo: «Toma, amiga, yo quisiera galardonar tus servicios fieles y leales, pero ya, por mi desdicha, no soy señora de bienes, sino de males: dichosa tú, y yo sin ventura. Vete en paz, y vive en ella, que ausente de la corte yo sé que la tendrás.» Y diciendo esto la apretó entre sus brazos, regándola su hermoso rostro con lágrimas, las cuales Lindaraja derramaba de sus ojos en abundancia. Aquí se aumentó el llanto de todas las damas, porque las iba abrazando y despidiéndose de todas. Estaban los circunstantes tan lastimados de la dolorosa despedida de la reina y de Lindaraja, que no dejaban de ayudar con lágrimas; y no pudiendo sufrir aquel dolor, todos los Almoradis y Almohades, y otros de su parcialidad, se salieron llorando de la sala diciendo: «Abdali rey, abre los ojos, y mira lo que haces, y tennos por tus enemigos de aquí adelante.» Lindaraja despidiéndose del rey se salió de palacio, y acompañada de su madre y de algunos caballeros se bajó á la ciudad, y al otro dia se partió para Sanlucar, y Gazul en su compañia, que era el que la servia, como ya se ha dicho,

y adelante se tratará de ellos mas largamente. Ahora vayan su camino, y volvamos á tratar del rey, y de la acusacion de la triste reina Sultana, la cual lloraba muy dolorosamente su deshonra, y con ella sus doncellas. El rey mandó al traidor Zegrí que pusiese la acusacion, y él se levantó y dijo: «Por la honra de mi rey, y volviendo por ella, como debo, digo que la reina Sultana es adúltera, y que yo y Mahandin la vimos en Generalife, debajo de un rosal, que está junto á la fuente grande, estar en lascivas concupiscencias con Albin Hamete, Abencerrage; lo cual sustentarémos los cuatro á otros cuatro que señale la reina en su defensa.» A esto respondió la reina: «Mientes, como traidor infame, falso, tú y todos vosotros; yo fio en el poderoso Alá que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro.» El rey dijo: «Sultana, dentro de treinta dias habeis de dar caballeros que os defiendan; donde no, se procederá contra vos conforme á la ley.» Sarracino no pudiendo sufrir mas aquella lástima, dijo: «Yo me ofrezco á la defensa de la reina, aunque no haya mas caballeros que quieran volver por su honor.» Reduan dijo: «Yo seré el segundo, y serviré de tercero y cuarto.» Muza dijo: «Pues yo ayudaré tambien, y no faltará otro caballero que ayude, porque se haga la batalla cuatro á cuatro; y mire la reina si nos quiere admitir, que como caballeros juramos de hacer el deber.» La reina respondió: «Muchas mercedes, señores caballeros, por la que me haceis tan señalada; yo

veré lo que me importa, pues tengo término suficiente, aunque sé que en hacer tales caballeros la batalla, mis enemigos serian vencidos, y mi honra satisfecha.» El rey mandó que estuviese presa en la torre de Comares, y en su compañía Galiana y Celima para que la sirviesen. Luego Muza y otros caballeros llevaron á la desdichada é infelice reina presa, y la pusierou en un aposento, y á la puerta doce caballeros de guarda, con orden que sino es á Muza, otro no pudiese entrar á hablar con ella. Esto hecho se despidieron del rey todos los caballeros, por lo que habia pasado. Las dámas de la reina se fueron todas: las doncellas en casa de sus padres, y las casadas á sus casas con sus maridos. Reduan se llevó á su querida Haja: Abenamar á Fátima, que estaba muy triste por lo que sus parientes habian hecho. Todas las demas damas se fueron quedando desierto el cuarto de la reina. Quedaron con el rey Zegríes, Gomeles y Mazas, por acompañarle, y á muchos pesaba de lo que habian empezado á hacer, porque imaginaban que no podian tener buen fin todas aquellas traiciones. Luego se pregonó, que dentro de tres dias saliesen los Abencerrages desterrados, so pena de las vidas. Los Abencerrages pidieron dos meses de término, porque querian salir del reino; y fueles concedido á instancias de Muza, porque entre él y ellos se trató lo que adelante se dirá. Este pregon se divulgó por toda la ciudad, y sintieron tanto los moradores de ella el agravio que á los Abencerrages se hacia, que si quisieran

ellos levantar bandera contra el rey Chico, los ayudaran con sus personas y haciendas, porque en estremo eran amados de toda la ciudad, y tenidos en lugar de padres y amparadores de todos. Este pregon lo oyó una hermana del rey Chico, llamada Moraina, la cual era muger de Albin Hamete, Abencerrage; y llena de enojo por haberle muerto á su marido sin culpa, y de temor por haberle quedado dos niños, uno de cinco años y otro de tres, vestidos ambos de luto y ella tambien, fueron al Alhambra y en su compañía cuatro caballeros Venegas, y entraron en la sala del rey para hablarle. Los guardas conociendo á Moraina, la dejaron entrar en el aposento del rey, su hermano, al cual halló solo; y haciéndole mesura, le dijo: «¿Qué es esto, rey? Rey te digo, y no hermano, aunque es nombre de mas piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra tí, como tú mismo dices, te llamo rey. Pues dime, ¿qué clima es esta que nos sigue tan cruel? ¿Qué hado tan rigoroso y sangriento es este? ¿Qué estrella tan caliginosa y mortífera corre predominando y causando tantas desventuras? ¿Qué cometa llena de fuego es esta, que asi abrasa y eclipsa el claro linage de los Abencerrages? ¿En qué te han ofendido, que asi totalmente los quieres destruir? ¿No te ha mitigado haber degollado la mitad del linage, sino que ahora mandes desterrar á los que han quedado? Y ya que asi es, ¿qué razon hay para que los hijos inocentes de los padres se hayan de dar á criar fuera de la ciudad, y á las hijas casarlas fuera del reino?

¡Pregon duro! ¡Sentencia cruel! ¡Mandato acerbo! ¿Dime de qué sirven estas tiranías, rey inclemente? Y yo triste, desconsolada y viuda, hermana tuya por mi mal, ¿qué haré con estos dos niños, retrato de aquel caballero Albin Hamete, mandado por tí degollar sin culpa? ¿No bastó la muerte inocente de su inculpable padre, sino desterrar los huérfanos hijos? ¿A quién los encomendaré fuera del reino que los crie? Si á ellos destierras, yo he de ir tambien por su madre. ¡A tu sangre maltratas! Por Alá santo te ruego, que te reportes; mira que estás mal aconsejado; no pase adelante tu crueldad injusta, que es en los reyes grande imperfeccion ser crueles, y mas donde no hay culpa, sino interes y envidia. Con esto cesó la bella Moraina, no dejando de llorar, y dando dolorosos suspiros de lo mas íntimo de su alma. Todo lo cual no fue bastante á ablandar el diamantino corazon del rey, antes encendido en infernal cólera, los ojos encarnizados contra su hermana, la dijo: «Dí, Moraina infame, sin conocimiento de la real sangre, ¿tan poco valor en tí se encierra? ¿Eso me dices? ¿Dí, no consideras la mancha que puso en mi honra tu desleal marido? Si tú tuvieras una gota de mi real sangre, sintieras mi agravio, y esa gota dando el pecho á tus hijos, les fuera veneno mortífero; y si este efecto hiciera, diría que eras mi hermana; pero no creo que lo eres, pues no sientes lo que yo. Mejor hubieras hecho en haber quemado esas dos ramas infames, salidas de aquel aleve tronco, causador de mi afrenta; y pues tan

poco miramiento has tenido, y no has hecho oficio de hermana, yo haré lo que tú no hiciste. «Y diciendo esto asió al niño mayor, y alzándole en peso, le puso debajo del brazo izquierdo, y echando mano á la daga se la metió por la garganta, que no pudo defenderle la desdichada madre; y dejando muerto al inocente niño, á pesar de su triste madre, tomó al otro, y le degolló, dejando segadas las manos á la sin ventura Moraina por quitarle á su tierno niño. Y habiéndolos muerto, dijo el sanguinolento rey: «Acábese de raiz esta traidora casta de Albin Hamete.» Vista la crueldad del tirano rey, la lastimada madre, bramando como leona, acometió á su hermano por quitarle la daga para matarle; pero el rey se defendió, y visto que no podia defenderse de ella, porque le pedia sus hijos, con diabólica furia la dió dos puñaladas en el delicado pecho, de las cuales cayó muerta con sus hijos; y dijo el rey: «Allá irás con tu marido, pues tanto le amas, que tan traidora eres como él»; y luego mandó que enterrasen aquellos cuerpos en la sepultura de los reyes, lo cual se hizo admirándose de aquel acaecimiento. Los caballeros Venegas, sabiendo el caso atroz que el rey habia cometido, salieron del Alhambra, y se fueron á la ciudad, y contaron el caso á otros caballeros; y asi se supo por toda Granada aquella gran crueldad del rey. Muchos determinaron de matarle, y mas sabiendo la injusta prision de la reina; mas vivia el rey con tal cuidado y guarda, que no tuvieron lugar de ejecutar su deseo; por-

que la puerta del Alhambra la guardaban mil caballeros, y de noche se cerraba bien, y por los muros y baluartes habia puestas muchas postas y centinelas, guardando todas las entradas. La gente del rey Mulahazén guardaba lo que le tocaba, que era la plaza de los Algibes, y la torre de la Campana, y las torres cercanas á ella, y sus baluartes y barbacanas. Finalmente, lo mejor del Alhambra tenia Mulahazén: el rey Chico tenia la casa real antigua, y cuarto de los Leones y Torres de Comares, y miradores del bosque á la parte del Darro y Albaicin. Aunque las guardas y gente de ambas partes estaban separadas y apartadas, y cada cual seguia la parte de su rey, jamás entre ellos habia discordias por mandado de los reyes y ruegos de Muza. Y aunque habia dos reyes, la gente mas principal seguia al rey viejo, como eran Alabeces, Abencerrages, Gazules, Almoradis, Langetes, Atarfes, Azarques, Alarifes y todo el comun ciudadano, respecto de estar bien con los caballeros Abencerrages y sus valedores. Al rey Chico seguian Zegríes, Gomeles, Mazas, Alabeces, Bencerrages, Almoràdis, Almohades, y otros muchos linages y caballeros de Granada, aunque despues de la prision de la reina se habian pasado al rey viejo los Almoradis, Almohades y Venegas. Estaba Granada divisa y llena de bandos y escándalos cada dia, y mas se acrecentaron cuando los caballeros Venegas dieron noticia de la crueldad que el rey Chico habia usado con su hermana y con sus sobrinos; la cual fue de todo punto causa de que los

Almoradis, Almohades, y Marines, y otros muchos caballeros de gran valor le desampararon; de tal manera, que casi toda Granada estaba apercibida en su daño. Solo tenia de su parte á los Zegríes, Gomeles y Mazas; y como estos tres linages eran tan poderosos, le sustentaron en su estado hasta que se perdió, como adelante se dirá. Volviendo á la muerte de los hijos de Moraina y de la suya, hubo en Granada grande sentimiento del doloroso caso. Todos decian que era el rey muy cruel, tirano, enemigo de su sangre, é indigno del reino y de la vida. Quien mas sintió esta muerte fue el capitan Muza, hermano de Moraina, y firmó con juramento, que habia de ser vengada aquella traicion antes de muchos dias; y si Muza sintió el desaforado caso, cruel y grave, no menos lo sintió el rey Mulahazén, que al fin era su padre. Y despues de haber hecho gran llanto por su amada hija y por los nietos tan queridos, con ferviente enojo se fue á armar, y se puso un fino jaco y un acerado casco, y sobre el jaco una aljuba de escarlata, y tomó una tablachina en el brazo izquierdo; y llamando á su alcaide, le dijo, que muy presto juntase la gente de su guardia, que eran mas de cuatrocientos caballeros. El alcaide los juntó, y les dijo, que el rey Mulahazén los mandaba juntar; que estuviesen apercibidos para lo que les mandase. Ellos dijeron, que allí estaban á su mandado. Y visto por el rey que los de su guardia estaban juntos y alistados, salió á la plaza de su palacio, donde estaba toda la gente, y les di-

jo asi: «Valerosos vasallos y amigos mios, grande deshonra es que mi hijo me usurpe cetro y corona contra toda mi voluntad, y que siendo yo vivo haya otro rey; y bien sabeis como se hizo llamar rey por el favor y ayuda que le dieron los Zegríes, Gomelés y Mazas, diciendo que yo era viejo y sin provecho para la guerra y gobierno del reino; y por este engaño y color de ambicion muchos caballeros le han seguido, y me han dejado contra toda razon. Que bien se sabe que ningun hijo puede ser heredero del reino, ni de hacienda hasta la muerte de su padre; y asi lo mandan espresamente las leyes, las cuales ha quebrantado mi hijo, me ha usurpado el reino, y procede mal en la gobernacion; pues en lugar de conservar la paz y sosiego en que yo tenia el reino, es perturbador é inquietador de ella, y alborotador del pueblo; y en lugar de guardar á todos recta justicia, hace los mayores absurdos que en el mundo se pueden imaginar. Mirad cómo mandó degollar á los nobles Abencerrages sin culpa suya, y cómo sin ella tiene presa á su muger, imputándola de adúltera; y lo que mas me lastima es, que haya muerto á mis nietos y á mi hija. Pues si siendo vivo yo hace esto, ¿qué hará en viéndose solo? Bien podeis desamparar vuestra patria y tierra, y buscar la agena. Ya no quiere Alá que tal tirano viva en el mundo, y asi estoy dispuesto y determinado á la venganza de mi amada hija y de mis queridos nietos, dando muerte acerba á este enemigo de su sangre y reino: por tanto, amigos y leales vasallos, vues-

tra ayuda pido para tal venganza, que mas vale perder un vil príncipe, que no que se pierda por sus tiranías un reino como el de Granada. Seguidme todos luego, y mostrad vuestro valor acostumbrado.» Diciendo esto, mandó á su alcaide que guardase muy bien su fortaleza, y se partió para la casa real donde estaba el rey Chico su hijo, diciendo él y todos los suyos: *Libertad, libertad: mueran los traidores tiranos, y quien los sirve: no quede ninguno.* Y con esta voz dieron tan de improviso en la guardia del rey Chico, que casi no la dieron lugar á tomar las armas, y entre ellos se movió una batalla muy cruel y sangrienta, cayendo muchos muertos de ambas partes. ¿Quién viera al buen rey Mulahazén dar golpes con su cimitarra á un cabo y á otro, que no daba golpe que no derribase caballero muerto ó mal herido? Porque Mulahazén siempre fue hombre de mucha fuerza en su mocedad, y de grande ánimo; y no era tan viejo que no pudiese pelear, pues aun no tenia sesenta años. Finalmente andaba entre sus enemigos como leon carnicero, y sus soldados hicieron lo mismo, matando á sus contrarios. Aunque eran doblados los del rey Chico, perdieron la plaza, y á su pesar se retiraron á la casa real, adonde era tanta la gritería y voces, que no se oian los unos á los otros, salvo la voz de la libertad. El rey Chico, que oyó el tropel y ruido, muy espantado y atemorizado salió á ver lo que era, y vió á su padre entre la gente de su guardia con un rigor estraño: sospechando lo que podia ser, entró á

armarse, y salió á fuera para que los suyos cobrasen ánimo con su vista. A esta sazon llegó muy mal herido el capitan de su guardia, diciéndole: «Señor, vé á favorecer tu gente, que es grande el estrago que en ellos hacen tu padre y los suyos.» El rey Chico salió dando voces, diciendo: «A ellos, amigos, á ellos, que aquí está vuestro rey; mueran todos.» Y diciendo esto, comenzó á herir en la gente del rey su padre con tanto ánimo, que puso en los suyos tal brio, que hicieron retirar gran trecho á la gente de Mulahazén; lo cual visto por el viejo, dando voces, decia: «No os retireis de esta vil y traidora canalla.» Con el ánimo que les daba cada rey á los suyos peleaban todos con mucho esfuerzo y valor; pero poco les aprovechó á los del rey Chico su ardimiento, porque eran mas valerosos los del rey viejo; y perdida la esperanza de cobrar lo perdido, se retiraron hasta los mismos aposentos del rey Chico, y allí comenzaron á pelear los unos con los otros cruelmente; de suerte que todo el palacio estaba poblado de cuerpos muertos, y bañado en sangre de los heridos. En esta refriega se encontraron padre é hijo; y viendo el viejo el estrago tan grande que en su gente hacia su hijo, sin mirar el paternal amor que debia tenerle, acometió á él con una furia de hircana sierpe, diciendo: «Aquí pagarás, aleve, la muerte de mi hija y nietos.» Y diciendo esto, le dió un tan gran golpe con la cimitarra en la rodela, con que le reparó, que se la hendió en dos partes, y el reyecillo fue herido en el brazo; y si no se

reparara bien, allí acabara la vida; y fuera gran bien para Granada, porque se evitaran tantos males como por su causa hubo. Pues como el rey Chico se vió herido, y sin rodela, con indecible corage, no respetando las canas de su padre, ni teniéndole aquella reverencia y obediencia que los buenos hijos deben tener á sus padres, alzó el brazo para herirle con el alfange; mas no tuvo efecto su mal propósito, porque á la sazon acudieron muchos caballeros asi de una parte como de otra, cada uno por favorecer á su rey. Aqui se aumentó la gritería y se renovó la civil y sangrienta batalla; de manera que era gran compasion ver la mortandad de aquella mal considerada gente. Tan sin piedad se mataban y herian, como si en ellos de antigüedad viniera algun mortal odio y civil guerra. Allí eran hermanos contra hermanos, padres contra hijos, parientes contra parientes, sin guardar el decoro al parentesco y amistad, no mas guiados que por pasion y aficion de sus reyes; cada uno favoreciendo donde mas aficion tenia, y asi con estos motivos de cada parte andaba tan sangrienta la refriega, como si fuera batalla hecha entre dos enemigos ejércitos. Mas como la gente y guardia del rey Chico eran mas que los de Mulahazén, sacaban ventaja; lo cual conocido por un moro de la parte de Mulahazén, hombre de ardid y buen soldado, por salir con la victoria que pretendian, comenzó á decir en altas voces que todos lo oian: «*A ellos, á ellos*, rey Mulahazén, que en tu socorro vienen los caballeros Alabe-

ces, Gazules y Abencerrages: mueran los traidores, pues de nuestra parte está la victoria.» Oida esta voz por el rey Chico y por los suyos, desmayaron de suerte que parecia verse en manos de la muerte, y por evitar el notorio peligro que les amenazaba determinaron desamparar la casa real para no verse despedazados á manos de los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrages; y con un esfuerzo muy crecido acometió al rey Chico con una tropa de ellos por no dejarle en poder de sus enemigos, y se salieron del real palacio, dejando á sus espaldas otra gran parte de caballeros que le defendian de sus contrarios. Los del rey Mulahazén los seguian con grande osadia, entendiendo que asi era verdad, que tenian socorro. De manera que los unos retirándose y los otros siguiéndolos, unos defendiendo, otros ofendiendo, llegaron á las puertas del Alhambra, las cuales hallaron abiertas, porque las guardias las desampararon visto el alboroto y bajaron á la ciudad á dar aviso á los Zegríes y Gomeles de lo que pasaba, y en la plaza Nueva hallaron algunos de ellos, y les dieron relacion de todo lo que pasaba en el Alhambra. Y como supieron el caso, á gran priesa subieron á ella; pero llegaron tarde, porque ya estaba el rey fuera de las puertas y toda su gente, y estas muy bien cerradas y puestas las guardias necesarias. Los Zegríes, Gomeles, Mazas y otros caballeros de su parcialidad, como vieron al rey Chico herido en el brazo, y la mayor parte de su guardia destruida, muerta y herida, se escan-

dalizaron y se llevaron al rey Chico al Alcazaba, antigua casa de los reyes, la cual era muy fuerte, y tenia su alcaide y gente de guardia. En esta se aposentó el rey, donde fue curado con gran diligencia, y con la guardia necesaria para su seguridad. Estaba con mucha pena porque habia perdido el Alhambra, y con no menos saña procuraba la venganza de ella contra el rey Mulahazén, el cual estaba muy alegre por ver su Alhambra libre de sus enemigos; y por limpiarla de todo punto, mandó que á todos los cuerpos muertos de los contrarios los echasen por las murallas abajo, y á los de su bando les diesen honrosas sepulturas. En las torres pusieron banderas y estandartes, mostrando mucho contento y alegría, y tocando añafiles y dulzainas. En toda la ciudad se supo como el rey Mulahazén quedaba señor del Alhambra, y habia desbaratado y herido al rey Chico; con lo cual todos fueron muy regocijados, porque le aborrecian como á la muerte. Quien mas celebró el contento fueron los Abencerrages, Alabeces, Gazules, Venegas y Aldoradines, y fueron muchos de ellos con el valiente Muza á darle el parabien de la victoria, y le ofrecieron de nuevo su ayuda, lo cual les agradeció el rey Mulahazén. Muza procuró paces entre su padre y su hermano, y no era posible, porque era tan grande el odio del rey viejo contra su hijo, que no quiso hacer lo que le pidió Muza, antes dijo que no habia de tener contento hasta verle destruido. No quiso porfiar Muza á su padre, por conocer en él que

tenia muy presente la muerte de Moraina su hija. Dejemos á Mulahazén en su Alhambra, y al rey Chico en su Alcazaba siguiendo sus intereses, y tratemos de los Almoradis, Almohades y Marines, linages muy poderosos y ricos, parientes de la reina Sultana, tan sin culpa presa. Ya se acordará el lector que estos caballeros Almoradis y Almohades se salieron de palacio amenazando al rey Chico por lo que hacia con su muger la reina. Pues asi como salieron del real palacio, todos se conjuraron contra el rey Chico para matarle, ó á lo menos privarle del reino, porque tan sin causa tenia presa á su muger. Y asimismo se juntaron contra los Zegríes por el testimonio que habian levantado á la reina. Para conseguir mejor su fin, acordaron de trabar estrecha amistad con los Abencerrages y sus parciales, sabiendo que por esta via tenian á toda Granada de su bando. Con esta resolucion se fueron á casa de un hermano del rey Mulahazén, llamado Abdalí, y le hallaron en un aposento, solo, y muy triste en ver que no podia remediar aquellas maldades y traiciones que se habian hecho contra los Abencerrages, y prision de la reina, y la muerte de Moraina y sus niños; y como entraron en su aposento aquellos caballeros Almoradis, que eran doce, y llevaban comision de todos, se maravilló Abdali y les preguntó qué buscaban. Los caballeros le dijeron que no se recelase, que mas venian en su provecho que no en su daño, que le querian hablar despacio. Abdalí los mandó sentar en un

estrado muy rico, á su usanza; y estando sentados, uno de los Almoradis le dijo: «Bien sabes, príncipe valeroso, las grandes insolencias que se hacen en Granada, y las civiles y sangrientas guerras, como aquellas tan memorables de Sila y Mario; y si has mirado, no hay calle que no brote sangre de nobles caballeros; de todo lo cual es la causa tu sobrino el rey Chico, por admitir los malos consejos, pues sin culpa mandó degollar á los Abencerrages, y por esta causa murieron muchos Zegríes, Mazas y Gomeles; y no contento con esto mató á su hermana Moraina y á sus tiernos hijos: que estas cosas no son de rey sino de un bárbaro, cruel y tirano, sediento de sangre humana, y derramador de ella. Ahora ha tenido una refriega y trabada pelea con su padre, que ya la sabrás, en la cual han muerto muchos caballeros, y al fin Mahoma fue de la parte de tu hermano; de suerte que ya tu sobrino está desterrado del Alhambra, y se ha apoderado del Alcazaba con favor y calor de los Zegríes, Mazas y Gomeles; y nosotros los Almoradis y Almohades le hemos quitado la obediencia, porque sin culpa tiene presa á su muger la reina Sultana, dejando su honra puesta en manos de la fortuna; mira si no lo hemos de sentir, siendo tan cercana parienta nuestra, y mas viendo cuán tiranamente procede él en la gobernacion del reino, y las estorsiones que cada dia nos hace á todos; y visto esto nos hemos apartado de su obediencia junto con Marines, Abencerrages, Gazules, Aldoradines, Venegas y

todos los ciudadanos, que morirán porque vivan los Abencerrages, y pase su valor adelante; y considerando que tu hermano es ya viejo, y cansado de las guerras que contra los cristianos ha tenido, no puede gobernar como conviene, y que segun su naturaleza vivirá poco, y ha de quedar por rey Abdalí, nuestro capital enemigo, el cual no hay duda sino que perseverará en lo que ha comenzado, y con mayor violencia por verse solo en el reino, todos hemos determinado que tú seas rey de Granada, pues tu valor lo merece, para que gobiernes el reino en la paz y quietud que todos deseamos, y seamos los caballeros tratados con amigable benevolencia, como de tu bondad se espera. A esto solo habemos venido los doce Almoradis que ves, por comision dada de todos los caballeros que os hemos referido. Danos respuesta luego, y de no querer admitir el reino la daremos á Muza, que aunque es hijo de cristiana, lo es de tu hermano, y merece por su valor y esfuerzo ser príncipe del mundo.» Con esto dió fin el Almoradi á sus razones, aguardando que Abdalí respondiese, el cual parando un poco en el caso les dijo: «Mucho agradezco, señores caballeros, la voluntad y la oferta que me haceis: la carga que un rey se echa sobre sus hombros es muy grande, las obligaciones son muchas y mis fuerzas son pocas: mi hermano está vivo y con dos hijos; yo no hallo razon concluyente por donde pueda aceptar el favor que me prometeis; ademas de que cuando no mirase á las circunstancias dichas, será mover

nuevas disensiones, guerras civiles y alboroto. Los mas principales caballeros y toda la ciudad son de parte de mi hermano: no alborotemos mas la tierra; pero sea de esta manera: yo sé que mi hermano está mal con su hijo, y al fin de sus dias no le dejará el reino, sino á mí ó á uno de mis hijos: hablémosle mañana, diciéndole que ya es viejo, y que me dé la gobernacion del estado, para que le alivie de tanta carga; y si me dá este oficio, con facilidad se podrá hacer lo que me pedís, y al fin dirán que por consentimiento de mi hermano habrá sido. Á todos les pareció muy bien lo que Abdalí respondió, y tuvieron por buen consejo aquel; y asi quedó determinado, que el siguiente dia se tratase aquel caso con el rey Mulahazén; lo cual se trató con él, yendo para ello muchos caballeros Abencerrages, Alabeces, Venegas y Gazules; y estando todos con el rey, un caballero de los Venegas le habló, diciendo: «Noticia tenemos, rey Mulahazén, de todos nuestros pasados, de que los reyes de Granada han sido para con los vasallos benévolos y apacibles, y siempre les han tenido muy crecido amor; lo cual ahora es al contrario, pues tu hijo en vez de hacer mercedes á sus súbditos, sin ocasion les quita las vidas. Ya sabrás lo que ha pasado estos dias, y el escándalo y alboroto de la ciudad por la muerte de los nobles Abencerrages, de lo cual han redundado aquestas guerras civiles, muertes, y desastrados fines entre los ciudadanos; y sé cierto, que si no se pone remedio, en poco verás tu ciudad despoblada, porque todos irán á bus-

car la paz á las agenas tierras, pues en la suya no la tienen: nadie se queja de tí, ni hay por qué; pero nos recelamos de tu hijo, que tan mal procede en el gobierno de tu estado; que si ahora que eres viejo nos faltas, y por tu edad la muerte llama, y tu hijo queda por ley, será gran daño de todos; y asi querriamos que pusieses un gobernador para que te aliviase la carga de la gobernacion, y que en faltando tú, diesen el reino al gobernador, siendo cual conviene. Por al elegimos á tu hermano Abdalí, y será posible que tuviese enmienda tu hijo, visto que has puesto gobernador; y puesta su enmienda, merecerá tener el reino. Á esto solo hemos venilo á darte cuenta de nuestra pretension, lo cual e suplicamos nos otorgues, y en cambio de esta merced que te pedimos, si nos lo concedes, te lamos palabra, á fé de caballeros hijosdalgo, de quererte servir, y obedecer en todo y por todo mientras vivieres.» Atento estuvo el rey Mulahaén á las palabras del caballero Venega; y reparando en que las leyes disponen que herede el hijo al padre, en particular siendo reino; y cuanlo se acordó de la gran desobediencia que su hijo habia tenido con él, y los grandes daños que pór su causa habian sucedido, y recelándose de otros mayores, acordó de dar contento á estos caballeros, viendo ser justa la peticion, y que era n provecho de todos, y asi dijo: «Que era contento en que su hermano gobernase el reino junto con él; y despues de muerto, su hijo Abdalí uera rey, porque debia dársele el reino. Los ca-

balleros le dieron las gracias por la merced que les habia concedido, y dieron á Abdalí el parabien de gobernador; y habiendo jurado de hacer lo que se debia en el oficio de la gobernacion, y de guardar la lealtad debida á su hermano, al son de muchos instrumentos se le dió el cargo. Con esto se despidieron del rey todos los caballeros, y acompañaron al gobernador hasta su casa: y luego aquel dia mandó pregonar por toda la ciudad, que cualquiera que recibiese algun agravio de otro, que fuese á su casa, y que él satisfaría á cada uno conforme á derecho, guardando á todos justicia. Toda la ciudad se holgó mucho por la eleccion hecha, porque mediante esto iban quitando las fuerzas al rey Chico. Asi se entendió apaciguar la ciudad, y fue echar leña al fuego y alquitrán á la pólvora; porque luego que el rey Chico llegó á saber lo que su padre habia hecho, en lugar de enmendarse, hacia mil agravios y desafueros, y cosas indecentes, todo confiado en los Zegríes, Gomeles y Mazas; y estos linages se comunicaron á cerca de lo que harian, pues habia creado Mulahazén coadjutor para el gobierno. Resolviéronse en que siguiesen al rey Chico, y persiguiesen á los Abencerrages, pues tenia poder para uno y otro; y que no desamparasen al rey hasta la muerte; y asi le dijeron al rey, que él solo lo sería, ó moririan en la demanda; y entendida por el rey Chico esta voluntad de sus valederos, les mandó, que cualquiera persona noble ó plebeya que fuese de la parte del rey su padre, ó del gobernador, se la llevara

allí, y al momento fuera degollada; y si se defendiese por no ser presa, que la matasen al punto. Por esta causa fueron degollados y presos muchos que hacian la parte del rey Mulahazén; y sabido por él, y por Abdalí, gobernador, mandaron lo mismo á todos los de su parte. De aquesta suerte habia mas matanza cada dia, que en Roma en tiempo de las guerras civiles. La ciudad se dividió en tres opiniones y partes: la una seguia á Mulahazén, y eran los Abencerrages, Gazules, Alabeces, Aldoradines, Venegas, Azarques, Alarifes, y la mayor parte del comun, por el amor que á los Abencerrages tenian. Al rey Chico seguian Zegríes, Gomeles, Mazas, Laugetes, Bencerrages, Alabeces y otros caballeros. Al gobernador Abdalí seguian Almoradis, Almohades, Marines, y otros muchos caballeros, por ser estos dos linages de los reyes de Granada. De esta suerte estaba la desventurada ciudad repartida, y cada dia habia mil escándalos y muertes. La gente ciudadana, mercaderes, oficiales, ni labradores, no se atrevian á salir de sus casas. Los caballeros y gente principal no salian menos de veinte juntos, porque si les acometiesen sus contrarios, pudiesen resistirlos; y si salian seis, ó diez, luego los acometian, prendian y degollaban; y si se defendian, los mataban allí. Con estas violencias y crueldades habia cada dia llantos, tristeza y pesadumbres. Habia tres mezquitas en Granada, y á cada una acudia su bando. En lo llano de la ciudad habia una, donde ahora es el Sagrario, á la cual acudian el rey Chico y sus

apasionados. Otra habia en el Albaicin, que ahora se llama S. Salvador, y á esta acudia el gobernador y su gente. En el Alhambra habia otra, que ahora se dice Santa María, donde estaba Mulahazén y los de su bando. Cada uno conocia su distrito y jurisdiccion. ¡Oh Granada, qué desventura fue esta que vino sobre tí! ¿Qué se hizo tu nobleza? ¿Donde está tu riqueza? ¿Qué se hicieron tus pasatiempos, tus galas, justas y torneos, juegos de sortija, fiestas de S. Juan, músicas adornadas y zambras? ¿Adónde estan tus admirables juegos de cañas? ¿Qué se hicieron las vistosas libreas de los gallardos Abencerrages; las delicadas invenciones de los Gazules; las altas pruebas y ligerezas de los Alabeces; los costosos trages de los Zegríes, Mazas y Gomeles? ¿Donde está todo tu bien y contento? Paréceme que se ha convertido en lágrimas, tristezas, traiciones, muertes, lagos de sangre vertida con crueldad y tiranía. Muchos caballeros ciudadanos desamparaban la ciudad, temerosos de lo que veian. Otros caballeros se iban á sus cármenes y heredades, y de allí los traían á degollar, cosa no vista sino en Roma. Muza estaba muy enojado viendo aquellas maldades que se hacian por momentos, y procuraba medios para quitar y atajar tal daño; y asi él y un linage de caballeros llamados los Alfaquíes, y Sarracino, Reduan y Abenamar andaban de un rey en otro, suplicándoles que viniesen en concierto las enemistades; y como estos caballeros Alfaquíes eran muchos, muy ricos y de esclarecida sangre, y

no estaban sujetos á ninguna parte apasionadamente, siempre á la obediencia del rey Mulahazén, cada uno de los otros dos bandos deseaba tenerlos por amigos; y asi les quisieron dar gusto en dar asiento en aquellos bandos, viendo cada dia se menoscababan los caballeros y moradores de la ciudad, asi en muertes como en ausencias; y porque Muza habia jurado que habia de dar muerte á quien no dejase las comunidades, tanto hizo con ayuda de los Alfaquíes, Sarracino, Reduán y Abenámar, que vinieron á poner paces entre los caballeros de los bandos, prometiendo que no habria mas crueldades ni muertes, sino que hasta la muerte de Mulahazén cada uno siguiese á su rey sin ser forzado, sino que á su gusto siguiesen al que quisiesen de los dos, y que cada rey conociese y determinase las causas de su jurisdiccion, sin entrometerse el un rey con lo que al otro tocase. El rey Chico pidió que los Abencerrages cumpliesen el tenor de su sentencia, cumplidos los dos meses que les dió de término. Mulahazén decia que no habian de salir los Abencerrages de Granada hasta que él fuese muerto. En esto estuvieron discordes algunos dias, y era la causa que los Zegríes se lo pedian al rey Chico, y todos los demas caballeros contrarios lo defendian. Finalmente, quedó asentado que habian de salir del reino, pues que asi lo pidieron los Abencerrages al rey Mulahazén, porque querian ser cristianos y servir al rey D. Fernando, que si no fuera por esta causa, jamas salieran de Granada, porque tenian de su

parte al rey viejo y á los mas principales caballeros, y á todo el comun de la ciudad. Mediante las diligencias dichas quedó la ciudad en paz, aunque duró poco, como adelante se dirá. Por estas diferencias se hizo este

ROMANCE.

Muy revuelta anda Granada
en armas y fuego ardiendo,
y los ciudadanos de ella
duras muertes padeciendo;
Por tres reyes que hay esquivos,
cada uno pretendiendo
el mando, cetro y corona
de Granada y su gobierno.
El uno es Mulahazén,
que le viene de derecho;
el otro es un hijo suyo,
que le quiere á su despecho.
El otro un gobernador
que Mulahazén habia puesto:
Almoradis y Almohades
á este le dan el cetro.
Al rey Chico los Zegríes,
diciendo que es heredero:
Venegas y Abencerrages
se lo van contradiciendo.
Dicen que no há de reinar
ninguno, hasta que sea muerto
el viejo Mulahazén,
pues es vivo, y tiene el reino.

Sobre estas guerras civiles
el reino van consumiendo,
hasta que el valiente Muza
en ello puso remedio.

Al fin por Muza, los Alfaquíes, y por Reduan, Sarracino y Abenamar se apaciguaron las guerras, de suerte que con seguridad se podia andar por la ciudad. Asi parece que será bien tratar de la determinacion de los Abencerrages; y fue que un dia se salieron á pasear, y con ellos los Alabeces y Aldoradines, y habiéndose consultado entre todos, acordaron de irse á volver cristianos, y servir al rey D. Fernando en las guerras que tenia contra Granada; y asi para saber el gusto del rey D. Fernando, le avisaron del suyo por esta carta.

«A tí, invictísimo Fernando, rey de Castilla, «ensalzador y observador de la fé de Jesucristo, «salud, para que con ella defiendas y aumentes «tus estados, y tu fe vaya adelante. Nosotros los «caballeros Abencerrages, Alabeces y Aldoradi-«nes, besamos tus reales manos, y decimos y ha-«cemos saber, que siendo informados de tu gran «bondad, deseamos de irte á servir, pues por tu «valor mereces que todos los hombres te sirvan; «y asimismo queremos ser cristianos, y vivir y «morir en la Fé Católica que tú y los tuyos pro-«fesais y teneis. Para esto queremos saber si es «tu voluntad de admitirnos debajo de tu ampa-«ro, y que estemos en tu servicio; y haciendo-«lo asi te damos fé y palabra de servirte bien y «lealmente, como fieles vasallos, en esta guerra

«que tienes contra Granada y su reinado; y te «serviremos de suerte, que prometemos darte á «Granada en tus manos, y la mayor parte de su «reino. En esto haremos dos cosas: la una ser«virte á tí como á señor y rey nuestro, y por la «otra tratarémos de vengar la muerte de nues«tros deudos, degollados tan sin razon por el «rey Chico, á quien profesamos ya y reconoce«mos por odioso y mortal enemigo, y deseamos «verle debajo de tu obediencia, y verte enseño«reado de este reino, como afirmamos que lo «serás poniéndote á ello. Y con esto cesamos be«sando tus reales pies. = *Los Abencerrages.*»

Escrita esta carta se la dieron á un cautivo cristiano y con ella libertad, encargándole el secreto; y una noche salieron de Granada con él, y le acompañaron hasta ponerle en seguridad, y le enviaron en paz; el cual con diligencia caminó sin detenerse hasta Talavera, donde estaba el rey D. Fernando, y en llegando á su real presencia hincó las rodillas en tierra, y habló, presentes todos los grandes, de esta manera: «Muy poderoso y católico rey, columna y defensor de la Religion cristiana: sabrás, señor, que he estado seis años cautivo en Granada, donde he padecido muchos trabajos, aunque me los alivió Dios nuestro Señor por las limosnas que un caballero Abencerrage me ha hecho, por el cual y la voluntad de Dios, soy vivo y libre: este caballero fue una noche á la mazmorra donde yo estaba, y me trajo á su casa, y me quitó las prisiones y vistióme este trage moro. Salimos

aquella noche de Granada él y yo, y otros dos caballeros, y me acompañaron hasta ponerme en tierra de cristianos, y dándome dineros para el camino, me dieron esta carta y me encargaron el secreto, y que la pusiese en tus reales manos. Dios ha sido servido de que llegase á tu real presencia; esta es, cumplo con mi obligacion y promesa. Y en besándola se la dió al rey D. Fernando, el cual la tomó y leyó para sí, y la dió despues á Hernando del Pulgar, su secretario, para que la leyese públicamente; y siendo leida todos los grandes se alegraron grandemente en saber que aquellos caballeros querian ser cristianos, y servir al rey en las ocasiones de la guerra contra Granada, porque serían de mucha importancia para la conquista de aquel reino; y habiendo consultado el rey con los suyos, se acordó que respondiesen á la carta; y asi que la escribió Hernando del Pulgar, se buscó mensagero conveniente para aquel secreto, y partió de Talavera; y llegando á la ciudad de Granada dió la carta al Abencerrage que dió libertad al cautivo, que se llamaba Ali Mahomat Barrax, el cual recibió la carta, y de secreto hizo juntar á todos los Abencerrages, Aldoradines y Alabeces, y siendo juntos abrió la carta que decia asi:

«Abencerrages nobles, famosos Aldoradines, «y fuertes Alabeces, recibimos vuestra carta, con «la cual se alegró toda nuestra corte, entendien«do que de vuestra venida no puede resultar co«sa dañosa, sino mucha virtud, porque sois de «calificada sangre; y en particular nos hemos

«alegrado y dado infinitas gracias á nuestro Re«dentor Jesucristo, porque os ha traido al cono«cimiento de nuestra Santa Fé Católica, en la «cual sereis del todo mejorados por la virtud de «ella. Decís que nos servireis en las guerras que «tenemos contra infieles de nuestra religion: por «ello os prometo doblados sueldos, y esta nues«tra real casa tendreis por vuestra; porque en«tendemos que vuestro proceder lo merece. De «Talavera donde al presente quedamos, = *El «rey D. Fernando.*»

Grande fue el contento qne recibieron todos los caballeros circunstantes, sabiendo la atencion y merced que el rey D. Fernando se ofrecia á hacerles; y asi acordaron dc salir de Granada; y para hacer mejor su negocio, determinaron que luego fuesen los Abencerrages á servir á D. Fernando, y que los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas quedasen en Granada dando orden á fin de que se le diese la ciudad y el reino; para lo cual los Alabeces escribieron á sesenta y seis alcaides, parientes suyos, que estaban en fuerzas importantes guardando el reino en el rio de Almería y Almanzor, y Sierra de Filabres, haciéndoles saber lo que tenian acordádó, y lo que le escribieron al rey D. Fernando, y lo que les fue respondido. Todos los alcaides estuvieron bien en ello, y no hubo ninguno que lo contradijese, considerando las pesadumbres de Granada, y que en ella habia tres reyes, y que cada uno queria mandar; de donde no podia resultar bien ninguno. Tambien escribieron los Al-

moradis, Venegas, y Gazules á parientes suyos, que eran alcaides en el reino, todos guardando el secreto, y alistados para cuando fuese tiempo. Los Abencerrages se despidieron de sus amigos y de toda la ciudad, y salieron de ella á medio dia, llevando todo el oro, plata y joyas que tenian. ¿Quién podrá contar la lástima y el dolor con que todos los de la ciudad quedaron, viendo salir desterrados sin culpa á mas de cien Abencerrages? De antes lloraban á los degollados, ahora lloran á los que desamparan la ciudad; maldecian al rey Chico, y que no se lograse en el reino, maldiciendo á los Zegríes, causadores de tantas sediciones, muertes y destierros. Solo se alegraron de la ausencia y destierro de los Abencerrages, los Zegríes, Mazas y Gomeles, y celebraban su contento con el rey Chico, al cual decian mil lisonjas halagueñas, dándole las gracias por lo que habia hecho por darles gusto; y no faltó entre ellos quien dijo: «¿Qué es esto Abdalí? ¿Asi dejas salir á la flor de los caballeros de Granada? ¿No sabes que todo el comun, y lo mas granado de la ciudad estaba pendiente de la voluntad de estos nobles caballeros? No entiendas que á solos ellos pierdes, sino á otros muchos caballeros de prosápia, nobles y principales, guardadores y defensores de tu reino. Pues yo te certifico, que te ha de pesar muchas veces de los agravios que les has hecho, y los has de echar menos antes de mucho tiempo.» Bien conocia el rey ser notable el agravio que habia hecho y hacia á los Abencerrages; pero tenían-

le tapados los oidos las sirenas de los Zegríes, y no le despertaron los gritos, llantos, alaridos y voces que todos los de la ciudad daban por la ausencia y destierro de este virtuoso linage. Asi salieron de Granada los Abencerrages con gran dolor, por ver el sentimiento que aquella ciudad hacia de su ida. Salieron con ellos muchos ciudadanos, diciendo que adonde iban los Abencerrages habian de ir ellos. Quedó la ciudad tan sola, ausentes estos caballeros, que se parecia muy bien su falta. Echaban menos los caballeros la noble y hermosa compañía; los galánes el dechado de sus galas, los cautivos pobres su remedio; los huérfanos y viudas su amparo. Idos los Abencerrages tomó el rey posesion de todos sus bienes, y los mandaba pregonar por traidores, á lo que no dió lugar Muzá ni otros caballeros, so pena de volver á la guerra pasada. Y cesando en el Rey este propósito, cesó el de los caballeros amigos de los Abencerrages. Dieron aviso al rey Mulahazén como habian salido los Abencerrages á cumplir su destierro; lo cual sintió mucho, y dijo que él los volveria á Granada á pesar de su hijo y de sus consejeros. Los Abencerrages fueron adonde el rey D. Fernando estaba, y en su compañía iban Sarracino y Galiana, Reduan y Haja, Abenamar y Fatima, Zulema y Daraja: todos con muy firme propósito de recibir el bautismo, como lo hicieron. Y llegados á la real presencia del rey D. Fernando, fueron de él y de su corte muy bien recibidos, y á otro dia fueron bautizados,

siendo el rey padrino y la reina madrina, y los casaron segun orden de nuestra Santa madre Iglesia á los que eran casados cuando moros: á todas las cuales ceremonias asistió el rey y la reina y todos los grandes, honrándolos; y fueron hechas fiestas y regocijos por todos, y pasadas les fueron asentadas plazas de muy ventajosos sueldos. A las nuevamente bautizadas hizo la reina Doña Isabel damas de su estrado. Los caballeros fueron sentados en compañía de D. Juan Chacon, señor de Cartagena, y capitan de caballos. Hizo teniente á un caballero Abencerrage, llamado cuando moro Ali Mahomad Barrax, y cristiano, D. Pedro Barrax; Sarracino, Reduan y Abenamar fueron tenientes de capitanes de caballos, como lo fue de D. Manuel Ponce de Leon, Sarracino; de D. Alonso de Aguilar, Abenamar; de D. Pedro Portocarrero, Reduan. En las cuales compañías servian con cuidado, y en las ocasiones se echaba de ver el valor de sus personas; donde los dejarémos por acabar el pleito de la reina Sultana.

Habiendo pasado treinta dias mas de los que habia el rey concedido á la reina Sultana para que diese quien la defendiera, como no habia dado caballeros mandó el rey que la sentenciasen á quemar, porque asi lo disponia la ley. A lo que contradijo el valiente Muza diciendo: «Que no habia podido la reina nombrar caballeros, respecto de las guerras civiles y diferencias que habia habido en Granada, y asi no se debia ejecutar la sentencia.» A Muza ayudaron todos los principales

caballeros de Granada, salvo Zegríes, Gomeles y Mazas, por ser de su bando. Los Zegríes tuvieron con Muza muchas proposiciones y respuestas de si se habia de ejecutar ó no la sentencia; y vista por el rey la disputa, dió quince dias mas de término á la reina, para que en el espacio de ellos señalase caballeros defensores; lo cual fue á mostrar Muza á la reina, por tener él solo licencia de hablar con ella; y entrando halló á la Sultana triste por ver su plazo ya cumplido, y por la ausencia de Galiana, aunque tenia consuelo con Celima. Y sentándose Muza junto á la reina, la contó todo lo que habia pasado, y cómo la habian dado quince dias mas de término para que nombrase quien la defendiese; que mirase á quien habia de señalar, y lo dijese con tiempo antes que se pasase el término. Sus bellas mejillas regadas con la inundacion que por los hermosos ojos brotaba, dijo la reina: «Nunca entendí que durara la terrible obstinacion en el cruel rey, tu hermano y mi marido, y que tuviera ya entera satisfaccion de mi lealtad é inocencia; y respecto de esto no he hecho ninguna diligencia en este caso, por saber de cierto que no he cometido el crímen de que me hace cargo, y por las revueltas y sediciones, bandos y guerras que ha habido; pero ahora que veo que la maldad pasa adelante contra mi casto pecho, yo buscaré quien dé entera satisfaccion de mi honra, y castigo ejemplar á los falsarios. Yo determino de favorecerme de piadosos caballeros cristianos, porque de moros no quiero confiar

un caso de tanta importancia; no por la vida, que no la tengo en nada, sino por no dejar tan fea mancha en el honor que con tanta integridad he guardado siempre.» Con estas palabras la reina aumentaba mas su dolorosa pasion y llanto; y era tanto en abundancia, que enternecido el valeroso Muza se le vinieron las lágrimas á los ojos, y esforzándose dijo á la reina: «No derrames esas perlas, bella Sultana: cesen vuestros llantos, que aqui me teneis á vuestro servicio; yo os defenderé, y no morireis aunque sea homicida del rey mi hermano.» Con esto se consoló un poco, y se resolvió de escribir á tierra de cristianos para que viniesen á defenderla algunos caballeros. Celima estaba muy triste por la ausencia de su hermana Galiana; y despidiéndose de la reina se fue y la dejó sola en su retrete; la cual formando querellas de la variable fortuna, se quejaba diciendo:

Fortuna, que en lo escelso de tu rueda
con ilustrada pompa me pusiste,
por qué de tanta gloria me abatiste?
Estable te estuvieras, firme y queda,
y no abatirme asi tan al profundo,
adonde fundo
dos mil querellas
á las estrellas,
porque en mi daño
un mal tamaño
con influencia ardiente premio vieron,
y en penas muy estrañas me pusieron.

Oh mil veces bien afortunados

vosotros Bencerrages, que muriendo
salísteis de trabajos, feneciendo
los males que os estaban conjurados;
y os puso en libertad gloriosa suerte,
aunque era fuerte;
mas yo, cuitada,
aprisionada,
con llanto esquivo,
muriendo vivo:
y no sé el fin que habrá mi triste vida,
ni á tantos males cómo habrá salida.
Naufragios tristes pasa mi ventura;
en lágrimas se anega mi contento;
secóse ya mi flor, llevóse el viento
mi bien, dejándome en gran desaventura.
Adónde está lo escelso de mi pompa?
Bien es que rompa
con llanto eterno
el duro infierno,
y favor pida
como afligida,
diciendo que ya el suelo no me quiere;
que se abra, y que me trague si quisiere.
Si el vulgo no dijera que mi honra
de todo punto estaba ya manchada,
yo diera con aguda y dura espada
el postrimero fin á mi deshonra;
mas si me doy la muerte, dirá luego
el vulgo ciego,
que habia gran culpa,
y no disculpa;
pues con mi mano

tomé temprano
la muerte aborrecida y fuerte;
y asi no sé si viva ó me dé muerte.
  Si del horrendo lazo el negro sino
de cárdeno color no se estampase,
de suerte que en el cuello declarase
la causa de furor tan repentino;
yo diera el tierno cuello al lazo estrecho,
y muy de hecho,
la ira temo
en grande estremo;
que de otra suerte
aquella muerte
ya fuera por mi mal bien escogida,
si muriendo quedara yo sin vida.
  Dichosa tú, Cleopatra, que tuviste
quien del florido campo te trajera
la causa de tu fin, sin que supiera
ninguno por cual modo feneciste:
apenas se hallaron las señales,
ya funerales,
del ponzoñoso
áspid piadoso,
que con dulzura
en la blancura
de tu hermoso brazo fue obrando
con venenoso diente, tierno y blando.
  Y si de cautiverio y servidumbre,
ilustre reina, fuiste libertada,
y á la soberbia Roma no llevada
en triunfo como era de costumbre;
Yo, cuitada, que muero sin remedio,

por no haber medio,
cual tú le hubiste,
gran mal me embiste;
y mi enemigo
hará conmigo
un triunfo desigual á mi limpieza,
pues se le entrega al fuego mi nobleza.
Mas aunque falte el áspid á mi medio,
yo romperé mis venas, y la sangre
haré que en abundancia se desangre,
de suerte que el morir me sea remedio;
Y asi el Zegrí sangriento que levanta
con furia tanta
el mal horrible,
y tan terrible
en daño mio;
en Dios confio
que no triunfe de mí en aqueste hecho,
pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras lastimosas cosas decia la afligida Sultuna con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse; y resuelta en darse este género de muerte, llamó á Zelima y á una doncella cristiana, llamada Esperanza de Hita, que la servia, la cual era natural de la villa de Mula; y llevándola su padre y cuatro hermanos á Lorca á desposarla, fueron salteados de moros de Tirieza y Jaquena; y defendiéndose los cristianos, mataron mas de diez y seis moros; y siendo mortalmente heridos los cristianos, cayeron muertos los Caballeros. La doncella fue cautiva y presentada al rey, y él la dió á la reina por

ser hermosa y discreta. Venidas Zelima y Esperanza al llamado de la reina, les dijo: «Celima bella, discreta Esperanza, aunque tu buen nombre no me la da en mi pena, ya sabes la injusta prision mia, y cómo se ha pasado el término en que habia de dar caballeros que me defendieran; aunque respecto de estas guerras que ha habido, me ha dado el rey quince dias de término mas, cuando entendí que estaba arrepentido en su yerro, y seguro de mi castidad. El tiempo es breve, y no sé á quien encargue este negocio. Sabed que tengo acordado de darme yo misma la muerte, y será abriéndome las venas de los brazos, y que vayan destilando la sangre que me alimenta. Elijo esta muerte, porque los traidores Zegríes y Gomeles no me vean morir: solo una cosa os ruego, por ser lo último y postrero, y es que al punto que acabe de espirar (tú, Celima, sabes donde entierran los cuerpos reales), abrais los antiguos sepulcros, y allí pongais mi cuerpo, aunque desdichado; y tornando á poner las losas como de antes estaban, me dejeis, callando el secreto, el cual encargo á las dos; y á tí, Esperanza, te dejo libre, que eres mia: tomarás mis joyas para tu casamiento; y cásate con quien te estime, y escarmentad en esta desdichada reina. Lo que os he rogado, os vuelvo á pedir de nuevo, y no me falteis en nada, porque con eso moriré contenta. Y no cesando de llorar tomó un cuchillo de su estuche, y alzándose la manga de la camisa se iba á herir; mas Esperanza de Hita la tuvo el brazo llorando amargamente, y con

amorosas y blandas palabras la consoló con las razones siguientes:

Hermosísima Sultana, no te aflijas,
ni á las lágrimas des tus lindos ojos,
y pon en Dios inmenso tu esperanza,
y en su bendita Madre, y de esta suerte
saldrás con vida, junto con victoria,
y á tu enemigo acerbo en este instante
verás atropellado duramente.

Y para que esto venga en cumplimiento,
y en tu favor respire el alto cielo,
pon toda tu esperanza con fe viva
en la que por misterio muy divino
fue Madre del que hizo cielo y tierra,
el cual es Dios inmenso y poderoso,
y por misterio alto y sacrosanto
en ella fue encarnado, sin romperse
aquella intacta y virgen carne santa.

Quedó la infanta virgen y doncella
antes del sacro parto, y en el parto,
y tambien despues de él virgen muy pura.
Nació de ella hecho hombre, por reparo
de aquel pecado acerbo, que el primero
padre que tuvimos cometiera;
nació de aquella virgen, como digo;
despues en una cruz pagó la ofrenda,
que al mas inmenso Padre se debia;
allí en todo rigor la fue ganando,
por darle al pecador eterna gloria.

En esta virgen, pues, reina y señora,
ahora te encomienda en este trance,
y tenla desde hoy por abogada,

y tórnate cristiana; y te prometo,
que si con devocion tú la llamases,
que en limpio sacaría esta tu causa.
La reina estuvo á todo muy atenta,
y llena de consuelo halló en su alma
con las palabras dulces y discretas
que la Esperanza dice, y consolada,
habiendo en su memoria ya revuelto
aquel alto misterio de la Virgen;
teniendo ya impreso allá en su idea,
que gran bien le sería ser cristiana,
poniendo en las reales y virgíneas
manos sus trabajos, tan inmensos;
y asi abrazando á su Esperanza, dijo:
«Han sido, mi Esperanza, tus razones
tan vivas y tan altas, que en un punto
con penetrante fuego han allegado
á lo que muy mas íntimo tenia
allá en mi corazon, y mas secreto,
y con afecto grande se han impreso;
tanto, que yo querria que ya fuese
llegado el feliz punto, tan dichoso,
en que cristiana fuese; y te prometo
tener por abogada á la que Madre
de Dios inmenso fue por gran misterio.
Y asi lo creo yo, como tú dices,
y á ella me encomiendo ya, y ofrezco
en sus benditas manos mis angustias
con esperanza viva de remedio:
la pongo desde hoy, y en Dios confio
por su bondad inmensa, que me saque
de tan terribles males á buen puerto.»

Atenta estuvo á todas estas cosas Zelima, y enternecida en lágrimas viendo asi llorar á la reina, y determinada de seguir los mismos motivos, y de tornarse cristiana, con amorosas palabras dijo á la reina: «No imagines, hermosa Sultana, que aunque tú te vuelvas cristiana, yo dejaré de seguir tu compañía, para que de mí sea lo que de tí fuere: yo tambien quiero ser cristiana, porque entiendo que la fe de los cristianos es mucho mejor, que la mala secta que hasta ahora hemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos en un mismo parecer, si se ofreciere moriremos por Jesucristo, y conseguirémos vida eterna.» La reina escuchaba con el entrañable amor que decia aquellas palabras Celima, y echándola los brazos, la abrazó, y dijo á Esperanza: «Ya que habemos acordado de ser cristianas, ¿qué harémos para salir de aquí? Aunque mi salida quisiera que fuera para recibir martirio por Cristo, y ser bautizada con mi misma sangre.» A lo cual respondió Esperanza: «Visto, señora, tu buen propósito, te daré buen consejo para que quedes libre de esta falsedad que te levantan. Sabrás, reina y señora, que sirve al rey D. Fernando un caballero, que se llama D. Juan Chacon, señor de Cartagena, el cual está casado con Doña Luisa Fajardo, hija de D. Pedro Fajardo, adelantado y capitan general del reino de Murcia: es muy valiente el D. Juan Chacon, y muy amigo de hacer bien á todos los que poco pueden. Escríbele, señora, que yo sé, que si le pides su favor, que no te

le negará, porque es muy piadoso, y luego buscará amigos que vengan con él a librarte; y entiendo que cuando ninguno le quiera acompañar, que él solo vendrá; porque te certifico que es de esfuerzo estremado, y dará fin á tanta desventura como tienes, y nos aliviará en nuestra gran pena, causada de la tuya y de tu cruel prision.» —«Pues tan buen consejo me diste, dijo la reina, para lo mas importante, que no fue de menos que ganar un alma perdida, no dejaré de tomar tu consejo, que es para lo menos, por ser libertad del cuerpo, y al momento me pondré á escribir á este caballero»; y dándole recado escribió una carta á D. Juan Chacon, que decia asi:

«La infeliz y desdichada Sultana, reina de «Granada, del antiguo y claro Moraizél hija; á «tí, D. Juan Chacon, señor de Cartagena, salud «para que con ella, ayudado de Dios nuestro «Señor y de su santísima Madre, puedas dar«me el favor que mi gran necesidad te pide, «en la cual muy grandemente estoy puesta por «un testimonio que me han levantado unos trai«dores caballeros, que son Zegríes y Gomeles, «diciendo que violé con varon ageno el aposen«to real de mi marido, y que delinquí con un «noble caballero llamado Albin Hamete, Aben«cerrage; lo cual ha sido causa é instrumento «para que los caballeros Abencerrages fuesen de«gollados sin tener culpa; y no obstante esto, ha«ber por ello en aquesta desdichada ciudad guer«ras civiles, de las cuales se han seguido mu«chas muertes de caballeros; y lo que mas sien-

«to es, que haya puesto dolo en mi honra, tan
«sin culpa, y que si en espacio de quince dias
«no doy quien defienda mi honor, se ha de eje-
«cutar en mí la sentencia en que estoy conde-
«nada, que es á morir quemada; y avisándome
«una cautiva cristiana de tu valor, esfuerzo, pie-
«dad, virtud y bondad, acordé de favorecerme
«de tí, pues eres padre de necesitados, y venga-
«dor de agravios. Mi necesidad es grande, pues
«soy muger sola, desconsolada y triste; mi agra-
«vio es el mayor que en el mundo se ha hecho,
«pues se han atrevido traidores á poner mácula
«en mí, y á levantarme tal testimonio; lo que
«jamás imaginé. Yo estoy afrentada, y en el peli-
«gro dicho: si no me socorreis soy perdida. No
«me negueis vuestro favor, pues encomiendo en
«vuestras manos mi honra; y si por ser yo in-
«fiel no me quereis favorecer, consideraréis que
«no lo soy, sino que creo en Dios todopodero-
«so, y en la Virgen Santa María, su madré, en
«quien confio me alcanzaréis gloriosa victoria de
«mis enemigos, con la cual quedará libre mi hon-
«ra, y se sabrá la verdad cierta; y confio que os
«doleréis de esta desconsolada reina: no mas. De
«Granada etc. = *Sultana, reina de Granada.*»

Acabada de escribir la carta, se la leyó la reina á Celima y á Esperanza, de que se holgaron mucho viendo su buen parecer, y cerrada y sellada, y puesto el sobreescrito, enviaron á llamar á Muza; y venido, le rogó la reina, y Celima que enviase con un mensagero fiel aquella carta, y Muza lo prometió asi; y aquel dia des-

pachó con la carta un hombre de confianza; y llegando á la corte dió la carta á D. Juan Chacon, y leida respondió á la reina Sultana, consolándola con palabras muy eficaces en una carta del tenor siguiente:

«A tí Sultana, reina de Granada, salud para «que yo pueda besar tus reales manos, por la «singular merced que me haces en querer servir«te de este tu humilde siervo para un negocio «tan árduo y de tanta gravedad. Muchos y muy «principales caballeros hay en esta corte á quien «pudieras mandar lo que á mí; y pues lo man«das, obedezco, y acepto lo que me pides, con«fiando en Dios y en su bendita madre, y en tu «inocencia; y asi digo, que el último dia del pla«zo partiremos á servirte yo y tres caballeros «amigos, y no habrá falta: encomiéndate á Dios, «el cual te guarde y defienda. De Talavera etc. = «*D. Juan Chacon.*»

La carta escrita, la cerró y selló con su sello, lazos, flor de lis, blason de sus antepados; y dándola al mensagero, le envió; y llegado á Granada le dió la carta á Muza, y él la llevó á la reina; y habiéndola hablado, y á Celima su señora, se despidió, y en saliendo Muza, abrió la reina la carta y la leyó, presentes Celima y Esperanza de Hita; quedando con mucho contento y consuelo, y aguardando el dia de la batalla. A esta coyuntura se sabia por toda Granada, como los caballeros Abencerrages se habian vuelto cristianos, y Abenamar, Sarracino, y Reduan, de que no poco temor tuvo el rey Chi-

co, y los mandó pregonar por traidores, insistido de los Zegríes y Gomeles. A lo cual no quisieron resistir, ni contradecir los linages de los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas, y todos los de su parte, por no mover nuevos escándalos; y tambien porque tenian esperanza que presto volverian á tomar posesion en todos los bienes de que se habia entregado el reyecillo, y porque no les correspondia aquel pregon, por ser ya cristianos, y porque era notoria la pasion y odio que tenia á estos virtuosos y nobles caballeros Abencerrages: endonde los dejarémos por hablar de D. Juan Chacon, el cual habiendo despachado el mensagero de la reina, se puso á considerar á qué caballeros hablaría para llevar á la defensa de la reina, que fuesen de confianza para la satisfaccion de aquel caso; y por otra via se determinaba á emprender aquel hecho él solo; y sin duda saliera con su intencion, por ser de corazon animoso, y valiente por estremo. Tenia grandísima fuerza, y tanta, que de una cuchillada cortaba todo el pescuezo á un toro. Sucedió, pues, que no apartando de su memoria el cuidado de la reina y la palabra dada, un dia se juntó con otros caballeros muy principales y muy estimados: el uno era D. Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, descendiente de los reyes de Jeriza, y señores de la casa de Villagracia, salidos de la real casa de los reyes de Francia, y á quienes por señalados hechos que hicieron, les dieron los reyes de Aragon por armas las barras de Aragon, rojas de color de san-

gre en campo de oro, y al lado de ellas un leon rapante en campo blanco; armas muy acostumbradas del famoso Hector troyano, antecesor suyo, como dicen las Crónicas francesas. El otro caballero era D. Alonso de Aguilar, gran soldado, belicoso y de muchas fuerzas, y de animoso corazon, amigo de batallar con los moros; y de tanta perseverancia que tuvo en esto, vino luego á morir á manos de los moros, mostrando el valor de su persona, como adelante se dirá. El tercero era D. Diego de Córdoba, baron de gran fortaleza, amiguísimo del militar ejercicio; y tanto que decia, que estimaba mas á un buen soldado, que á todo su estado; y que merecia comer con el rey, y decir que era tan bueno como él. Finalmente el alcaide de los Donceles, D. Manuel Ponce de Leon, D. Alonso de Aguilar, y D. Juan Chacón estaban en conversacion tratando del reino de Granada, y de la muerte de los Abencerrages tan sin culpa, y de la injusta prision de la reina Sultana, y en el estado que la tenia su marido el rey Chico, porque de todo habian informado los caballeros nuevamente convertidos. Y tratando del miserable estado en que la reina estaba por un testimonio, dijo D. Manuel Ponce: «Si fuera lícito, de buena gana fuera yo el primero en defender á la necesitada reina.»—«Yo el segundo, dijo D. Alonso de Aguilar, porque estoy condolido de su desgraciada suerte, y al fin es agravio feo en muger noble.»—El alcaide de los Donceles dijo: «Pues yo fuera el tercero, porque considero la afliccion

en que estará puesta; y aunque es mora debemos los caballeros deshacer agravios hechos á personas de tal calidad, y nunca los cristianos perdemos la buena obra que hacemos.»—«Sepamos, señores, dijo D. Juan Chacon, qué cosa incierta hallais para que la reina no sea favorecida en este caso.»—«Dos cosas lo impiden, dijo D. Manuel: la una, ser mora Sultana, aunque no hago mucho reparo en esta; la otra, porque no podemos ir sin licencia del rey nuestro señor.»—Dijo el alcaide de los Donceles: «Eso es lo menos, porque sin ella podemos ir de secreto.»—«Pregunto, dijo D. Juan Chacon: ¿si la reina Sultana escribiera á uno de los que estamos aquí, pidiendo favor y ayuda en una necesidad como la que tiene, y que quiere ser cristiana, aunque aventure la vida, dejaria de ir á la batalla?»—Respondieron todos, que mil vidas que cada uno tuviera, las emplearia en un caso tan honroso. Muy alegre con la respuesta metió la mano en el pecho D. Juan Chacon, y sacó la carta diciendo: «Por esa vereis como me hace cargo la reina de la satisfaccion de su honor, y me pesa de que en particular me señale, habiendo en esta corte tanta flor de caballeros. Avisé de ir con otros tres caballeros si los hallo, y si no iré solo á tener batalla con los cuatro moros, que yo confio en Dios y en la inocencia de la reina, que alcanzaré victoria; y si la fortuna me fuere adversa y muriere en la batalla, yo la tendré por dichosa muerte.» Habiendo leido la carta de la Sultana los tres caballeros, y viendo

como decia en ella que queria ser cristiana, y de la deliberada determinacion del señor de Cartagena, dijeron que ellos le acompañarian en aquella ocasion; y asi ordenaron de partirse sin licencia del rey, y sin dar cuenta á nadie. El andaluz, astuto guerrero, alcaide de los Donceles, dijo que seria bien que fuesen en trage turquesco, porque en Granada no fuesen conocidos de algunas personas, especialmente de los cautivos. Todos dijeron que era acertado aquel parecer; y asi aderezaron ricas libreas á lo turco, y previniéndose de armas y caballos, y de todo lo necesario para su viage, partieron de Talavera sin escuderos por ir mas encubiertos; dejaron dicho en sus posadas que iban á montería. En todo el camino no entraron en poblado: en campaña dormian, y en las ventas compraban su menester; y así llegaron á la Vega dos dias antes que se cumpliese el plazo, y entraron en el Soto de Roma, donde con quietud descansaron todo un dia, y estuvieron la noche á orilla del fresco Genil; y la mayor parte de ella trataron del orden que habian de tener para conseguir el efecto de aquella batalla. Venida la mañana, alegres se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre las fuertes armas las vestiduras turquescas; y subiendo en sus caballos salieron á lo raso de la Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, y alegrándoles su muy hermosa vista, y la diversidad de riberas, huertas, cármenes y jardines, que les parecia un paraiso terrenal. Y no

se admire el lector del encarecimiento, porque puede creer que no hay maceta de claveles ni de albahaca regalada y cultivada en casa de los señores, como los moros tenian cada palmo de tierra, aun en los cerros, como hoy dia aparecen muchas ruinas; y asi les producia la tierra que era maravilla; y puede considerarse su mucha fertilidad, porque un año antes que se ganara Granada, sustentaba ciento y ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños y mugeres. Yendo, pues, los famosos caballeros á Granada, atravesando por la Vega dieron en el camino de Loja, por el cual vieron venir muy apriesa á un caballero moro, que parecia ser de valor por su buen talle y librea. Era la marlota de damasco verde con muchos tejidos de oro, y plumas verdes, blancas y azules. En medio de la adarga blanca estaba pintada un ave fenix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra en círculo que decia: *Segundo no se halla*. El caballo era bayo, cabos negros, y en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde y rojo. Parecia tan bien el moro, que dió grandísimo contento su vista á los caballeros, y le aguardaron á que llegase, y en llegando les saludó en arábigo, y el alcaide de los Donceles le respondió en el mismo lenguage. El moro detuvo su priesa, y mirando la buena postura y talle de los cuatro caballeros, les dijo asi: «Aunque la priesa que llevo es grande, y la gravedad de mi cuidado no requiere dilacion, el deseo de saber, si gustais de decir quién sois, me obliga á detener las rien-

das, porque caballeros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver semejantes galas sino es en caballeros ó embajadores que vienen de la parte del mar Líbico á tratar algo con el rey de Granada, aunque es verdad que no traen el apercibimiento de armas que parece teneis debajo de las marlotas, ni caballos tan ligeros de guerra; y si gustais de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía, y no me negueis quien sois, por lo que debeis á ley de caballeros.» Don Juan Chacon le respondió en turquesco, que eran de Constantinopla. Pero el deseoso moro no le entendió, y asi dijo: «No entiendo esa lengua, hablad en arábigo pues sabeis.» Entonces respondió el alcaide de los Donceles en algarabía: «Nosotros somos de Constantinopla, de nacion Genízaros, y tenemos sueldos del Gran Señor cuatrocientos de nosotros que estamos de guarnicion en Mostagán; y como tenemos noticia de que en estas fronteras hay muchos cristianos de admirables fuerzas, venimos con intencion de probar las nuestras con las suyas, aunque nos han certificado de que recibís notables daños cada dia de ellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta vega, que es la mejor que hay en el mundo, á nuestro parecer; y entendiendo de hallar algunos cristianos para escaramucear con ellos, no hemos topado ninguno; y asi vamos á ver la nombrada y gran ciudad de Granada, y besarémos las manos al rey, y luego nos volveremos á embarcar en nuestra fragata, y nos iremos la

vuelta de Mostagan; esta es la verdad de lo que habeis preguntado. Y pues ya habeis satisfecho vuestro gusto, nos le dareis en decirnos quien sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que el que vos manifestásteis tener de saberlo de nosotros.»—«A mí me place, dijo el moro, de daros cuenta de lo que me pedís; pero caminemos, y en el camino os daré larga cuenta de lo que deseais saber.»—Vamos, dijo D. Alonso de Aguilar; y diciendo esto caminaron muy apriesa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: «Sabed, señores caballeros, que á mí me llaman Mahomad Gazul, que soy natural de Granada y vengo de Sanlucar, porque allí está la prenda mas querida y mas amada que tengo en esta vida; mi hermosa dama, llamada Lindaraja, del linage de los nobles caballeros Abencerrages. Ausentóse de Granada respecto á que el rey de ella mandó que saliesen desterrados los Abencerrages, sin culpa, habiendo ya degollado á treinta y seis caballeros de ellos, que eran la flor de todo el reino. Esta fue la causa que movió á mi señora á salir de Granada; y se fue á Sanlucar en casa de un tio suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi señora vivia contento, y ahora no lo estoy. Supe en Sanlucar como los Abencerrages se habian tornado cristianos y servian al rey D. Fernando, y que en Granada habia grandes alborotos y guerras civiles, y la reina Sultana estaba presa en juicio de batalla; y como soy de su parte y todos los de mi linage, vengo para ser uno de los cuatro caballeros que han de

defender á la reina, siendo hoy el postrero dia del plazo; y por tanto demos priesa porque no llegue yo tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad.»—«Por cierto, señor caballero, dijo D. Manuel Ponce, que nos habeis admirado, y á fe de caballeros, que me holgaria que la señora reina quisiese que nosotros cuatro fuésemos señalados para su defensa, que por su alteza hiciéramos todo lo posible hasta perder las vidas.»—«Pluguiese al santo Alá que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitucion de su honra la reina, que bien entiendo que estaba segura la victoria, y tengo de hacer las diligencias posibles para que os señalen, aunque he oido que no quiere encomendar la reina su causa á moros, sino á cristianos.»—«Cuando eso sea, dijo D. Manuel Ponce, no somos moros, sino turcos; de nacion genízaros, hijos de cristianos.»—«No decís mal, respondió Gazul, que por esta via seria posible que la reina os escogiese para su defensa.»—«Dejando esto aparte, dijo D. Juan Chacon, señor Gazul, ¿qué caballeros cristianos son los de mas fama, y que mas daño hacen en este reino?»—Respondió Gazul: «Los que nos corren la Vega muy á menudo, y á quien temen los fronterizos de esta comarca, son D. Manuel Ponce de Leon, y á D. Alonso de Aguilar, y á Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, y á Portocarrero, y á D. Juan Chacon, y al gran maestre. Estos caballeros son asombro de esta tierra, y sin aquestos hay otros muchos caballe-

ros en la corte del rey D. Fernando, que nos destruyen por momentos.»—«Mucho nos holgáramos de vernos con esos caballeros, dijo D. Alonso de Aguilar.»—«Pues á ley de moro hijodalgo, respondió Gazul, que habíais de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho, que os pongan espanto.»—«Mucho nos alegrarémos de oirlas, por tener que contar en nuestra tierra,» dijo D. Manuel, y caminaron apriesa. Dejarémoslos hasta su tiempo, por tratar lo que pasaba en la ciudad de Granada á esta sazon.

CAPITULO XVI,

en que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fue libre; y de otras cosas mas.

Con grande tristeza estaba la noble ciudadana gente de Granada, porque se habia cumplido el término á la reina Sultana; y sentian mas la pena, porque no habia señalado quien hiciese la batalla contra los acusadores; y asi muchos caballeros fueron á suplicar al rey, que la volviese en su gracia, pues estaba sin culpa, y se echaba de ver su inocencia en que en los términos que se le habian dado no habia señalado caballeros que volviesen por ella, y que no diese

crédito á los Zegríes, pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba pertináz, inducido de los falsos acusadores Zegríes para que su mentira fuese adelante; y asi daba por respuesta, que de no dar defensores aquel dia, que al siguiente se ejecutaria la sentencia de la reina; y mandó que se hiciese en la plaza de Vivarrambla un teatro donde estuviese la reina, y los jueces que habian de determinar su causa: los cuales fueron Muza, y un Azarque, y otro Almoradi; y deseaban buen suceso en aquel caso, y tenian presupuesto de hacer por la reina todo lo que pudieran. El tablado fue todo enlutado, y los jueces subieron al Alhambra para traer á la reina á la plaza, al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos caballeros para venir acompañando á la reina. Los Almoradis, Almohades, Aldoradines, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines querian quitar á la reina, y darle de puñaladas al rey y quemarle la casa; pero fueron aconsejados que no hiciesen tal, porque aunque salvasen la vida á la reina, su honra quedaba manchada y oscurecida, y era argumento de verificacion; porque diria el vulgo loco, que porque estaba culpada, y saber de cierto que la habian de condenar á muerte, no consintieron que se hiciese batalla, y era en favor de los acusadores haciendo su mentira verdad. Fue muy eficaz esta razon para que desistiesen de su propósito, confiando en que la bondad y sencilléz de la reina la habian de librar. Pues entrando los jueces en el Alhambra no los dejaba pasar adelante el rey Mulahazén dicien-

do que no habian de llevar á la reina para ponerla en acusacion. Muza y los demas caballeros le dijeron, que era conveniente al honor de la reina poner su causa en juicio, porque por aquella via quedaba su honor limpio; y de no dar licencia que la llevasen, quedaria probada la causa, y los Zegríes con su intencion. El rey preguntó si tenia la reina caballeros que la defendiesen; Muza dijo que sí, y que cuando no los hubiera, él mismo en persona haria la injusta batalla. Con esto dió licencia para que entrasen; y asi Muza y los dos jueces entraron, quedando todos los demas fuera del Alhambra: y llegando Muza á donde estaba la reina, la halló hablando con Celima sin ninguna pena de lo que aguardaba, que bien sabia que no tenia mas de aquel dia de plazo; pero confiada en D. Juan Chacon, estaba sin ninguna congoja, y tambien porque si no venia D. Juan Chacon, y ella fuese sentenciada á muerte, en morir cristiana llevaria mucho gozo, porque empezaria á vivir para siempre, y con esto estaba la mas alegre y contenta que se podia imaginar. Mas asi como vió á Muza acompañado de aquellos caballeros que con él venian, luego presumió á qué era su venida, con la cual sintió alguna turbacion y pesadumbre, y con ánimo varonil hizo en esto la resistencia que pudo, porque no se entendiera su flaqueza. Muza y los caballeros, asi como vieron á la reina y á Celima, hicieron el debido acatamiento, y dijo Muza: «Grande ha sido el descuido que vuestra alteza ha tenido en nombrar caballeros, siendo

hoy el último dia que teneis de plazo: ¿qué determinais?» — «No tengais pena, dijo la reina, que yo confio en Dios que hoy se ha de saber la verdad de mi sincero pecho, y que no han de salir con su mala intencion los falsos acusadores, y que tengo de triunfar de ellos; y cuando Dios se sirva que por mis pecados sean vencidos mis defensores, y en mí sea ejecutada la sentencia que contra mí se ha pronunciado, yo partiré contenta de esta vida mortal para gozar de la eterna.» Muza no entendió el secreto de las palabras, y asi dijo: «Yo he querido que siga aqueste juicio de vuestra alteza por justicia, por causa de algunas presunciones de gente ignorante y de poca esperiencia, aunque debeis mucho á todos, porque cada uno siente vuestra pena como si fuera suya propia; y porque se acrisole y apure mas el oro de vuestra castidad, y porque sean castigados los traidores que la han deslustrado. Asi, señora, sabed que venimos por vuestra alteza estos caballeros y yo, que somos jueces de vuestra causa, y todos siervos vuestros, y haremos lo que debemos. Podréis luego señalar caballeros, que cien mil hay que os desean servir en esta ocasion tan honrosa. Vuestra alteza venga á la plaza y Zelima tambien, porque haya buen suceso.» — «Vamos, dijo la reina, y venga conmigo Esperanza, que es mucho el amor que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prision y tristeza, y será bien goce del contento, como confio en el poderoso Dios que nos le ha de dar con el triunfo de la victoria»; y diciendo esto se entraron todas en el

el retrete y se vistieron de negro, y en saliendo del aposento dijo la angustiada reina al valeroso Muza: «Mucho contento recibiré en que si mi desdicha fuere tanta que mis valedores sean vencidos, que todo lo que hay mio en este aposento se le dé á Esperanza, y libertad, porque esta es mi última voluntad por lo bien que me ha servido.» No pudo sufrir la reina las lágrimas, diciendo estas palabras; y lloraba con tanta tristeza y dolor de su afecto, que movió los varoniles pechos á acompañar su llanto; y dándole Muza la mano salieron fuera del Alhambra adonde estaba una litera, y entraron dentro de ella la reina, Celima y Esperanza. Allí estaban para irla acompañando, vestidos de luto, muchos caballeros de los Alabeces, Gazules, Aldoradines, Venegas, Almohades, Marines, y otros muchos linages, y debajo de las marlotas y albornoces negros llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel dia con los Zegries, Gomeles y Mazas, por si fuese necesario; y si no fuera por la honra de la reina, sin duda aquel dia se perdiera Granada. Y asi recelosos los Zegríes, Gomeles, Mazas, y los de su bando llevaban armas fuertes debajo de sus marlotas y alquifaes por si sus contrarios les quisiesen acometer. No se vió jamas Granada en sus guerras y trabajos tan á pique de perderse como aqueste dia; pero quiso Dios que sin escándalos ni guerras se acabase aquel negocio. En llegando á la calle de los Gomeles salian á los balcones y ventanas dueñas y doncellas llorando amargamente á la desventura-

da reina; de suerte que á sus llantos y gritos se movió toda la ciudad á compasion, y maldecian al rey y á los Zegríes á grandes voces. De esta manera entró la litera en la calle del Zacatin, donde mas se aumentaron los sollozos, suspiros y vocería. Llegada la caballería y la reina á la plaza, fue puesta la litera junto al tablado. Muza y los otros dos jueces sacaron á la desconsolada reina Sultana, á Celima y á Esperanza de Hita, y las subieron al enlutado tablado por unas ventanas de una casa, y en el tablado habia un estrado de paños negros y bastos. Allí se sentó la reina muy afligida y llorosa, por ver que en pública plaza habia de ser juzgada, y junto á ella sentó á Celima, y á sus pies á Esperanza de Hita; allí fueron los llantos, allí fueron los gritos de hombres, niños, damas y doncellas, que no pudieran ser mayores los de Roma y de Troya cuando se veian quemar sin tener remedio. Todas las ventanas, balcones y azoteas estaban llenas de gente, y en la plaza habia grandísima multitud, y todos no cesaban de llorar y de hacer gran sentimiento viendo las lágrimas que derramaba la reina, su doncella y su esclava. A un lado del tablado en otro estrado se sentaron los jueces para juzgar la causa, y de allí á poco espacio se oyeron veinte trompetas de guerra, y mirando lo que era vieron venir á los cuatro acusadores de la reina que venian armados y puestos á punto de batalla, y en muy poderosos caballos. Traían sobre las armas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plu-

mas del mismo color. Traian en las adargas unos sangrientos alfanges con una letra en torno, que decia: *Por la verdad se derrama.* De aquesta forma llegaron los cuatro mantenedores de la maldad, acompañados de los Zegríes, Gomeles y Mazas, y de todos los demas de la parcialidad, hasta llegar á un grande y espacioso palenque que estaba hecho junto al tablado. Era tan grande como una carrera de caballo, y muy ancho; y abierta una puerta del palenque entraron los cuatro caballeros acusadores, que eran Mahomad Zegrí, el caudillo de la traicion, Hamete Zegrí, Mahandon Gomel y Mahandin. Asi como entraron tocaron de su parte muchos instrumentos. Todos los de este bando se pusieron al lado izquierdo del tablado, porque al derecho estaban los caballeros deudos de la reina. Estaban todos aguardando á ver á quién habia de nombrar la afligida reina; y visto que desde las ocho de la mañana estaban allí, y que eran ya las dos de la tarde y no habia señalado defensores, ni parecia ninguno, estaban todos con grande pena, y no sabian cuál era el pensamiento de la reina, pues tan descuidada estaba en un negocio que no le importaba menos que honra y vida; y no menos pena tenia la reina viendo que era tan tarde y no habia venido D. Juan Chacon, en quien, despues de Dios, tenia esperanza de su libertad, y no entendia qué causa le hacia faltar á la palabra dada. Malique Alabéz y un Aldoradin, y otros dos caballeros se llegaron al tablado, y dijeron en alta voz: «Si gusta la rei-

na de que la sirvamos en esta ocasion, dé licencia que la defendamos y lo pondremos por obra.» A lo cual respondió la reina, que ella lo agradecia, y que queria esperar otras dos horas; y que si no viniesen ciertos caballeros que tenia prevenidos, que ella aceptaba la oferta; y asi se retiraron á sus puestos. Pero no pasó media hora cuando se oyó un gran ruido y alboroto, al cual mirando toda la gente vieron entrar por la plaza cinco caballeros muy galanes, los cuatro vestidos á lo turquesco y el otro á lo moro, el cual fue conocido de todos que era Gazul: á los demas tuvieron por estrangeros, y asi concurria toda la gente á ver los forasteros. Los parientes de la reina y los demas caballeros le daban la bien venida á Gazul, y en particular sus deudos, y le preguntaban todos si conocia aquellos caballeros que con él venian. Y él respondió que no, sino que en la Vega se habian juntado. Y con aquesto llegaron al cadalso donde estaba la reina Sultana y los jueces, los cuales deseaban saber la causa de su venida; y llegados miraron á la triste reina, y les quebró el corazon verla en tan miserable estado; y mirando toda la plaza vieron el gran palenque, y dentro de él á los acusadores de la reina; y espantados de la mucha gente que habia, dijo D. Juan Chacon en turquesco á los jueces si podia hablar á la reina dos palabras. Los jueces dijeron que no le entendian, que hablase en arábigo, y él lo dijo en algarabía; y Muza respondió que sí, que subiesen. D. Juan subió al tablado, y haciendo su acatamiento á

los jueces se fue á la reina, y hecha la reverencia, habló alto que los jueces lo entendieron, diciendo: «Con la procela del océano, reina y señora, fuimos arribados al mar de España, y desembarcamos en Adra, y venimos con intento de escaramucear con algunos cristianos, y buscándolos en la Vega no encontramos ninguno; y viniendo á ver esta ciudad nos alcanzó en el camino un caballero moro, y nos dió cuenta del desastrado estado de vuestra alteza, y cómo no teníais caballeros nombrados para vuestra defensa, y que no quereis que vuestra causa defiendan moros, sino cristianos. Yo y mis compañeros somos turcos genízaros, hijos de cristianos, y doliéndonos de vuestra contraria y adversa fortuna, movidos de piedad de vuestra inocencia, venimos á ofrecernos para hacer esta batalla; y si vuestra alteza nos quiere admitir, yo os prometo á ley de caballeros, por mí y en nombre de mis compañeros, que haremos en este negocio todo lo que pudiéremos.» Cuando decia esto D. Juan Chacon, tenia en la mano la carta de la reina, y al descuido la dejó caer en sus faldas, sin que se reparase en ello por los jueces, y cayó el sobrescrito hacia arriba. La reina pidió á Celima que con recato le diese aquel papel: ella le alzó y se lo dió, y luego conoció su letra y advirtió el secreto, y con disimulacion miró á Esperanza de Hita, que estaba divertida mirando á D. Juan Chacon; y volviendo la cabeza á mirar á la reina, ambas se entendieron mirándose la una á la otra, y maravillada la rei-

na de su trage y disfraz, respondió á D. Juan Chacon: «Yo he estado aguardando hasta ahora á cierto caballero que me dió palabra por letra suya, de estar hoy aqui con otros tres caballeros; y pues ya es tarde, y vos, noble caballero, quereis tomar este cuidado á vuestro cargo y de vuestros compañeros, yo lo agradezco mucho.» D. Juan replicó y dijo: «Yo, señora, me prefiero á hacer lo que ese caballero, y no le reconozco ventaja, ni es mejor que yo; ni los tres caballeros que habia de traer no escederán en cosa alguna á los que vienen conmigo: sed cierta de esto, señora, y dadnos licencia.»—«Yo la doy, dijo la reina, y creedme, virtuoso caballero, que no debo cosa ninguna en obra ni en pensamiento de lo que se me imputa, y asi peleareis seguros.» D. Juan dijo á los jueces que advirtiesen lo que la reina decia. Lo cual oido por los jueces mandaron que se escribiese aquel auto y lo firmase la reina: firmó, y haciendo el acatamiento debido á la reina, se bajó del tablado D. Juan Chacon, y subiendo en su caballo dijo á sus compañeros: «Señores, nuestra es la batalla, empecémosla antes que sea mas tarde.» Los caballeros de la parte de la reina rogaron á los defensores que hiciesen todos sus poderíos, como de tan buenos caballeros se esperaba; lo cual ellos prometieron, y asi con toda la caballería los llevaron enmedio, paseándolos y dando vuelta por toda la plaza al son de muchas chirimías, añafiles y dulzainas. Entraron en el palenque los caballeros cristianos, y recibiéndoles pleito ho-

menage de que en aquel caso harian el deber, cerraron la puerta. En todo este tiempo no quitaba la vista Malique Alabéz de D. Manuel Ponce de Leon, porque le parecia haberle visto, y no se acordaba dónde, y decia entre sí: «Válgame Alá, y qué traslado es aquel caballero turco de D. Manuel Ponce de Leon; pero no es él, porque es turco, y él es cristiano»: miraba el caballo, y conocíale por haberle tenido en su poder. Asi andaba confuso, si era ó no, y llegándose á un caballero Almoradí, tio de la reina, le dijo: «Si el caballero del caballo negro es el que imagino, cierta está la libertad de la reina.» El caballero Almoradí dijo: «¿Quién es? ¿Conocéisle por ventura?»—«Yo os lo diré despues, veamos ahora cómo le va en la batalla.» Diciendo esto, miraron á los caballeros, los cuales descubrian los escudos que eran muy fuertes y relucientes. Ahora, pues, será bien tratar de qué colores eran las ropas turquescas. Eran todas de paño fino de color celeste, guarnecidas con franjones de oro y plata: los albornoces eran de seda azul. Llevaba cada caballero un turbante de toca de seda, listada de oro, y hecho de unas lazadas curiosas. En la parte de arriba del bonete en la punta, puesta una media luna de oro. Los pendoncillos de las lanzas eran azules, y en ellos las armas de sus escudos, porque D. Juan Chacon llevaba en su pendoncillo una flor de Lis de oro, y en el escudo en un cuartel de sus armas un lobo en campo verde, el cual parecia despedazar un moro. Encima del lobo habia un campo azul, y en

él una flor de Lis de oro, y una letra que decia: *Por su mal se devora*, significando que aquel lobo se comia aquel moro por el testimonio que á la reina habia levantado. D. Manuel Ponce llevaba en su escudo el leon de sus armas en campo blanco, y leon dorado: no quiso aquel dia poner las barras de Aragon. El leon tenia entre las uñas un moro que estaba despedazando, y una letra que decia de esta suerte:

Merece mas dura muerte
quien va contra la verdad,
y aun es poca crueldad
que un leon le dé la muerte.

El pendoncillo, que era azul, llevaba un leon de oro. D. Alonso de Aguilar no quiso aquel dia poner ningun cuartel de sus armas, por ser muy conocidas: puso en su escudo un águila dorada en campo rojo, las alas abiertas como que volaba al cielo, y en las fuertes uñas llevaba una cabeza de un moro bañada en sangre, que de las heridas de las uñas le salia. Esta divisa del águila puso D. Alonso á memoria de su nombre. Llevaba una letra, que decia de esta suerte:

La subiré hasta el cielo,
porque dé mayor caida,
por la maldad conocida
que cometió sin recelo.

Asimismo llevaba en el pendon de la lanza este bravo caballero el águila dorada, como en el escudo. El alcaide de los Donceles llevaba por divisa en su escudo en campo blanco un estoque, los filos sangrientos, la cruz de la guarnicion era

dorada, en la punta del estoque tenia clavada una cabeza de un moro goteando sangre, con una letra en arábigo que decia de esta suerte:

Por los filos de la espada
quedará con claridad
el hecho de la verdad,
y la reina libertada.

Muy maravillados quedaron todos los caballeros circunstantes, asi los de la una parte, como los de la otra, en ver la braveza de los cuatro caballeros, y mas en ver las divisas de sus escudos, por las cuales conocieron claramente que aquellos caballeros venian al caso determinadamente y con acuerdo; pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestaban, y que la reina los tenia apercibidos para su defensa; y se admiraban grandemente de que en tan pocos dias vinieran de tan lejas tierras; pero considerando que por la mar pudieran haber venido en aquel tiempo, con esto no curaron mas de inquirir ni saber el cómo y cuándo, sino ver el fin de la batalla. El valeroso Muza y los otros jueces se admiraron de ver aquellas divisas; y para gozar mejor de verlas pidió Muza un caballo, y subiendo en él se entró en el palenque, y mandó á un criado que le tuviese allí una lanza y una adarga, por si fuera menester. Los dos jueces se estuvieron con la reina, la cual decia: «Esperanza, dime, ¿conociste á aquel caballero que subió á hablarme?»—«Sí, señora, aquel es D. Juan Chacon, que aunque viniera mas disfrazado, no dejara de conocerle.»—«Ahora digo, dijo la reina,

que es cierta mi libertad, y el vengarme de mis enemigos. Malique Alabéz y el animoso Gazul, y otros muchos caballeros, parientes y amigos de la reina, se pusieron alrededor del tablado, y por lo que se ofreciese. A este tiempo el alcaide de los Donceles empezó á picar á su caballo, y lozaneando se fue adonde estaban los caballeros acusadores, y llegando á ellos, les dijo en alta voz: «Decid, caballeros, ¿por qué tan sin razon habeis acusado á vuestra reina y señora, y habeis puesto dolo en su honra?» Mahomad Zegrí le respondió: «Acusámosla por ver con nuestros ojos cometer el delito de adulterio, y volviendo por la honra de nuestro rey, le manifestamos.» El valeroso alcaide, lleno de cólera, le respondió: «Cualquiera que lo dijere, miente como villano, y no es caballero; y pues estamos en parte donde se ha de saber la verdad, apercibíos al momento todos los traidores á la batalla, que hoy habeis de morir confesando lo contrario de lo que teneis dicho.» Y diciendo esto D. Diego Fernandez de Córdoba, terció con presteza su lanza, y con el encuentro de ella le dió al Zegrí tan terrible golpe en los pechos, que sintió bien la fuerza de su brazo, y quedó lastimado; y si fuera el golpe con el hierro, no hay duda sino que de él muriera. El Zegrí afrentado por ver que estaba desmentido y ofendido con el golpe, revolvió su caballo, y fue á herir al alcaide, el cual como hombre esperimentado en la guerra y en escaramuzas, se retiró á un lado, y revolviendo sobre el moro que á él venia, comenzaron una

trabada escaramuza. Y visto esto, los trompeteros tocaron los instrumentos, haciendo señal de batalla, á la cual se movieron los demas caballeros, los unos contra los otros con gran furia. A D. Manuel le cayó en suerte Alí Hamete, á D. Alonso, Mahandon; y á D. Juan Chacon le tocó el fuerte Mahandin. Reconociendo cada uno su contrario, comenzaron una muy sangrienta batalla, mostrando cada uno su gran valor. Los moros eran muy valientes; pero poco les aprovechaba su valor, porque lidiaban con lo mejor de Castilla; y asi andando escaramuceando con admirable braveza, y dándose lanzadas por las partes que podian, D. Juan Chacon fue herido en un muslo, de donde le salia abundancia de sangre; el cual como se sintió herido en los primeros encuentros, y que su contrario salió libre sin que llevase otra herida en recompensa, encendido en cólera y saña furibunda aguardó á que volviese á segundarle otro golpe, que entonces le embestiria con toda su furia, y sucedió de la misma manera que lo imaginó, porque el moro muy ufano y gozoso, como sintió que le habia herido, volvió al cebo para tornar á picar en él, diciendo con grande algazara: «Ahora sabreis, turcos, si hay moros granadinos que puedan pelear y resistir á todos los caballeros del mundo»; y diciendo esto se venia á D. Juan, el cual estaba sobre el aviso; y viéndole venir derecho y con tanta fuerza, apretó las piernas al caballo, y con valor y furia estraña embistió al esforzado moro, y se encontraron los dos caballeros tan fuerte-

mente, que parecia haberse juntado dos montes, segun la braveza y furia con que se acometieron. El caballo de D. Juan Chacon era mas fuerte y furioso que el del contrario; y asi se paró despues de haberle encontrado, y el del moro no se pudo tener, y se cayó de ancas. El moro fue herido muy malamente del bote de la lanza que le dió el valiente D. Juan; mas no tan á su salvo, que no quedase con una pequeña herida, y que si entrara mas el hierro, tuviera mucho peligro, por ser en el hueco del costado; pero no fue casi nada, porque no encarnó el agudo hierro. El bravo moro se puso en pie con muy grande presteza, y echando mano á su alfange se vino derecho á desgarretar el caballo de D. Juan para que le derribase, y él tuviese lugar de herir á su salvo á D. Juan; y aunque pudiera el noble cristiano alancear al moro, por tenerle tanta ventaja de estar á caballo y tener enristrada la lanza, no quiso dar nota de sí, que se pudiera decir que peleaba con tantas ventajas; y asi no le esperó á caballo, sino saltó de él con grande ligereza, y desechando la lanza, puso mano á su espada; y embrazando el escudo se estuvo afirmado, aguardando á su enemigo, el cual llegó, y entre los dos valerosos guerreros comenzaron de nuevo una batalla tan reñida, que causaba grima ver las centellas que saltaban de los escudos; de la cual refriega sacó el moro dos pequeñas heridas; y apartándose un poco para cobrar aliento, volvió á embestir. D. Juan Chacon como se vió acometer de aquella suerte, confiado en su fuerza,

y viendo tan cerca al moro, le tiró un golpe de revés, que le cortó el adarga y le hirió mortalmente en el hombro; y por muy poco cayera, porque le quitó el sentido: lo cual visto por el valiente D. Juan, arremetió á él, y le dió un encuentro con el escudo, que desapoderado de sus fuerzas cayó en tierra el moro; y luego le dió una cuchillada que le dividió una pierna de su lugar; y viendo que habia alcanzado victoria de su enemigo, alzó los ojos al cielo, y dió gracias á nuestro Señor Jesucristo; y tomando un trozo de lanza, se afirmó á el, porque le daba gran dolor la herida del muslo; y arrimándose á una parte del palenque, se puso á mirar la batalla. Luego tocaron los músicos instrumentos de la reina, en reconocimiento del vencido moro, lo cual puso grande ánimo á los tres cristianos, y cobardía á los moros, y perdieron la esperanza de la victoria con tan mal presagio; y mas cuando vieron dar en una ventana muy grandes gritos y hacer tristes llantos, y quien los daba era la muger y hermanas de Mahandin viendo que con angustias mortales se revolcaba en su sangre. Los Zegríes mandaron que se quitasen de alli aquellas mugeres, porque no fuesen sus llantos causa de desmayo en los tres mantenedores del testimonio. Los seis caballeros se combatian con tanta ferocidad, que parecia que en aquel instante empezaba la batalla, haciendo tanto ruido y estrépito, que parecia que peleaban cincuenta caballeros. D. Juan Chacon sentia mucho dolor de sus heridas, en particular del muslo, como ya se habia enfriado; y

subiendo en su caballo se puso á considerar si iria á ayudar á sus compañeros, ó á curarse, y no se determinó á ninguna de las dos cosas por no ser notado; y asi acordó de esperar el fin de la batalla, porque bien sabia que no duraría mucho, por dos razones; la una por la satisfaccion que tenia en el valor y fortaleza de sus compañeros; la otra, porque peleaban con justicia y razon, y defendian la verdad; y asi de necesidad los habia de favorecer la fortuna. Peleando, pues, los caballeros con un ánimo admirable, el enojado Mahandon, como vió á su querido hermano Mahandin tendido en el suelo, lleno de sangre, y hecho pedazos, con el dolor tan grande que sentia, dijo á D. Alonso de Aguilar. «Permitid, señor caballero, que vaya á tomar venganza de aquel que ha muerto á mi amado hermano, y luego concluirémos vos y yo nuestra batalla.»—«No trabajes en vano, dijo D. Alonso; fenece conmigo la batalla, pues tu hermano, como buen caballero, hizo lo que pudo; y no dudes de verte en el mismo estado que tu hermano está, porque la sangre de los nobles Abencerrages vertida sin culpa, y la inocencia de la reina estan pidiendo justa venganza contra los que quedais:» y diciendo esto le acometió con furia, y le hirió con la lanza en el costado, aunque no fue grande la llaga. Lo cual visto por el moro, revolvió contra D. Alonso, y colérico le arrojó la lanza. D. Alonso que la vió venir con tal presteza, por hurtar el cuerpo al furioso golpe, revolvió su caballo con ligereza; pero no tan

á tiempo, que no llegase primero la lanza, y entrándole por la una hijada del caballo, le salió á la otra mas de media vara. El caballo sintiéndose mal herido con la lanza atravesada, empezó á dar bufidos, brincos y corcobos, que no era bastante la dureza del freno para que se sujetase y estuviese sosegado; y visto que no aprovechaba su diligencia, y que por su desgracia se le podia seguir algun daño irreparable, determinó de arrojarse en el suelo, aunque se ponia en mucho peligro, por estar su competidor á caballo; y confiando en Dios nuestro Señor, se arrojó de la silla quedándose en pie con su espada en la mano aguardando á su enemigo. Grande contento y alegría sintió el bando de los Zegríes y Gomeles en ver el estrecho en que habia puesto su pariente al caballero estrangero, y en verle á pie le consideraban ya vencido; y como vió Mahandon á su contrario á pie, recibió mucho contento; y yéndose á él le dijo: «Ahora me pagaréis la muerte de mi hermano; pues me evitasteis de darla á quien se la dió á él.» Y arremetió con el caballo para atropellarle, y el alfange en la mano para herirle. D. Alonso de Aguilar era muy ligero, y se estuvo quedo, como que le queria aguardar; mas al tiempo que llegó dió un salto y se apartó, y Mahandon pasó de largo sin hacer efecto; y revolviendo otras tres veces, tampoco hizo nada. D. Alonso le dijo: «Desciende de aquese caballo, si no quieres que te le mate, y te podrá suceder peor.» Al moro le pareció buen consejo, y asi se apeó; y embrazan-

do su adarga vino á D. Alonso, diciendo: «Por ventura me dísteis el consejo por vuestro mal.» — «Ahora lo verás, dijo D. Alonso, si te dí el consejo, fue solo para darte cruel muerte, justamente merecida por el daño que de tu testimonio se ha seguido; y conviene que los traidores salgan del mundo.» Diciendo esto arremetió á Mahandon, y asi entre los dos se comenzó una brava y dudosa batalla, porque ambos eran muy valientes y animosos caballeros. Anduvieron mas de media hora hiriéndose por las partes que podian, y cada uno muy deseoso de vencer á su contrario. D. Alonso muy enojado, y cuasi corrido en ver que le duraba tanto su contrario, se acercó á él todo lo mas que pudo, y alzando el brazo hizo señal de quererle herir en la cabeza: el moro acudió al reparo para recibir el golpe con la adarga; pero salióle incierto su reparo, porque no ejecutó el golpe en la cabeza, sino que rebatiendo la mano le hirió en el muslo izquierdo de una mala herida, que le cortó gran parte del hueso. El valiente moro que se halló burlado y tan malamente herido, descargó un tan desapoderado golpe encima del bonete de D. Alonso, que el águila fue partida por medio; y rompiendo bonete y casco fue herido de una pequeña herida, aunque sintió mucho tormento en la cabeza, porque quedó como sin sentido y aturdido del fiero golpe; y si no fuera de tan animoso corazon, no hay duda sino que cayera en tierra sin dificultad ninguna, y consiguiera su enemigo la deseada victoria: mas como era de corazon

fuerte, y nunca se dejó rendir de los trabajos, cobrando el cuerpo aquel ánimo de su corazon bizarro, y considerándose en cierta manera afrentado por ver que un golpe le habia descompuesto su sentido; y encolerizado por verse herido y su rostro ensangrentado, con una cruel furia incomparable le tiró una estocada tan recia, que la adarga ni jaco fuerte no podian resistir la grande violencia de la espada, sino que fue todo rompido, y le metió cuatro dedos dentro del pecho al soberbio Mahandon; y como le cogió ya desangrado de la que le salia por la herida del muslo, no tuvó fuerzas para poder pelear mas, y así cayó de espaldas. Asi como D. Alonso vió caido á su contrario, arremetió con él para cortarle la cabeza, y poniéndole la rodilla en los pechos vió que estaba espirando; por lo cual no le quiso herir mas, y levantándose dió en su corazon infinitas gracias á Dios por la merced tan grande que le habia hecho; y apretándose la herida de la cabeza con el turbante, se atajó la sangre; y mirando por su caballo le vió muerto, y fue á coger el de Mahandon, y subiendo en él se fue adonde estaba D. Juan Chacon, el cual le abrazó, dándole el parabien del vencimiento. A este punto los añafiles y dulzainas de parte de la reina tocaron con grande alegría, lo cual causaba tristeza y melancolía á los Zegríes. Cesando la música miraron la batálla que los cuatro caballeros hacian, que era muy sangrienta. D. Manuel Ponce de Leon, y Alí Hamete Zegrí hacian su batalla á pie, respecto á que los caballos se les habian can-

sado y no podian concluirla como querian, y andaban muy listos procurando cada uno herir al otro por donde mejor podia: despedazábanse las armas y la carne con los duros filos de la espada y cimitarra, de lo que su sangre daba verdadero testimonio. D. Manuel tenia dos heridas y el moro cinco; pero no por eso se vió en él falta de ánimo ni fuerzas, y andaba con tanto ardid intentando por donde podria herir á su enemigo y quedarse él reservado, haciéndole muchos acometimientos. D. Manuel le iba contra todas sus malicias, porque ya le conocia el modo de pelear; y asi como vió que D. Juan y D. Alonso habian ya vencido á sus contrarios, y el alcaide de los Donceles andaba con el suyo muy revuelto y en punto de traerle á aquel estremo, cobró grande ira porque no concluia con su enemigo, y llegándose cerca de él le dió un golpe tan terrible en la cabeza, que, aunque acudió á repararle con la adarga, no soportó el todo sino alguna parte, y asi fue rota con el fino casco, y herido en la cabeza muy mal, y aun le quitó el sentido y dió de manos en tierra sin poderse valer; mas volviendo en sí, temiéndose de su contrario, y de que no fuese causa aquella flaqueza para que su competidor se gloriase de conseguir la victoria, sacando fuerzas de pusilanimidad se levantó, procurando la venganza de la ofensa recibida, y levantando su cimitarra dió un desatinado y fuerte golpe en un hombro de D. Manuel y no hizo herida; pero la vida le costó el golpe al moro, porque D. Manuel le dió otra

junto á la que tenia en la cabeza, que desatinado cayó en tierra derramando mucha sangre, y luego murió. Los añafiles de parte de la reina tocaron con mucha alegría por el buen suceso. D. Manuel subió en su caballo, y se fue adonde estaban D. Alonso y D. Juan, los cuales le recibieron muy alegremente diciendo: «Gloria á Dios, que os ha escapado de las manos de aquel pagano.» Quien en esta ocasion mirara á la hermosa reina Sultana, conociera muy claramente en su bello rostro la grande alegría que en su corazon tenia, viendo que se iban aniquilando sus enemigos, de lo cual á ella se le habia de seguir su libertad, y díjoles á Celima y á Esperanza de Hita: «Sabeis lo que veo, que si D. Juan Chacon tiene fama de valiente caballero y lo es, que sus tres compañeros no lo son menos que él, pues con tan sobrado valor han vencido á los mejores y mas valientes caballeros del reino de Granada.» —Esperanza la respondió: «¿No dije á vuestra alteza que D. Juan tenia muy principales amigos? Mirad si ha salido verdad lo que dije.» —«Dejemos estar eso, dijo Celima, no lo entiendan los jueces, y veamos el fin del caballero que queda, que yo entiendo que no tendrá menos poder que los tres vencedores;» y mirando la batalla vieron como andaba muy revuelto y encendido en la pelea, y aunque herido y cansado, no se vió en él punto de cobardía ni aun imaginacion. El valeroso moro proseguia la batalla con grande dolor y rabia, viendo muerto á su primo hermano y á los dos Gomeles, y él pues-

to en el mismo peligro, y asi peleaba como hombre desesperado, considerando la infamia en que habia incurrido, y mayor por no haber salido con su intento; y con la furia de un loco frenético daba tajos y reveses á diestro y á siniestro, y fuera de orden por si acertara á darle alguna herida penetrante, de la cual muriera el contrario; porque ya que él fuera vencido, como los otros tres de su parte, no quedaran tan triunfantes matando á alguno de ellos; y aunque peleaba con tan grande furia y braveza, no era menos la del valiente alcaide de los Donceles, porque estaba muy airado con su enemigo; y aun porque todos sus compañeros habian alcanzado el lauro y gloria del vencimiento, y estaban ya descansando, le parecia que empezaba de nuevo la batalla, siendo su enemigo de muy grandes fuerzas y astucias para pelear; y considerando que le miraban y que le debian de juzgar por menos que sus compañeros, pues no daba fin á la batalla, poniendo los ojos ensañados en su contrario, apretó con toda fuerza las espuelas al caballo, arremetió al Zegrí, y lo mismo hizo él; y asi se embistieron con ánimo y furia increible; y fue tan recio el encuentro de los caballeros, que sin remedio hubieron de venir al suelo los dos sin poderse herir el uno al otro; pero apenas fueron en tierra cuando estuvieron en pie, y se acercaron hiriéndose cruelmente, y esperimentando cada uno las fuerzas del contrario, porque eran furiosos y desatentados los golpes que se daban, mostrando cada uno la fortaleza de su

brazo y el ánimo del corazon. Verdad es que el moro andaba mas orgulloso y ligero, y las heridas que daba casi no ofendian, por tener muy buenas armas el valiente alcaide; pero el golpe que el valeroso alcaide alcanzaba, rompia, cortaba y destrozaba tan fuertemente con la fortaleza de su brazo, que no daba golpe con la espada que no hiciese herida grande ó pequeña. Lo cual visto por el valiente Zegrí, con una rabia crecida, confiando en sus grandes fuerzas, arremetió al alcaide por venir con él á los brazos, el cual se alegró mucho, y asi abrazados comenzaron á luchar dando muchas vueltas, y haciendo cada uno lo que podia por derribar á su contrario; pero cada cual echaba de ver el resto de sus fuerzas, y asi ambos trabajaban muy en balde, porque no habia robles tan firmes como ellos. El Zegrí era de muy gran cuerpo y fuerzas, que parecia un jayan, y procuraba levantar de tierra á su enemigo para dar de golpe con él en el suelo, y por muchas veces que lo intentó, ninguna salió con su pretension, porque parecia que tenia echadas raices, y que era ponerse á arrancar un nogal de cuajo; de suerte que por mucha diligencia que hacia el Zegrí, era molerse en vano. Reconocido por el alcaide el mal pensamiento de su contrario, echó mano á un puñal buido, y dióle tres golpes por debajo del brazo izquierdo, y tales, que el moro dió grandes gritos sintiéndose mal herido de muerte, y sacando una daga le dió al alcaide otras tres heridas; mas como era ancha la daga no pudo

falsear las armas mucho, y asi fueron pequeñas. El valeroso alcaide le dió otra muy mala herida en la hijada izquierda, con la cual se acabó de rematar la sangrienta batalla, porque asi como le dió la última, sin poderse menear cayó en el suelo desangrándose por las penetrantes heridas; y al tiempo que el alcaide vió en tierra al contrario, fue de presto y le puso una rodilla en los pechos, y enarbolando el invicto brazo le dijo: «Date por vencido, y confiesa la verdad luego, y asi no te acabaré de matar.» El malvado Zegrí viéndose tan mal herido y á voluntad de su competidor, le respondió diciendo: «Ya no es menester darme mas heridas que las que tengo, porque esta postrera bastaba para echar del mundo á un tan gran traidor alevoso como yo; y pues me pedis, vencedor caballero, que declare la verdad, yo la diré: Sabrás que habiendo muerto algunos de mi linage los del bando Abencerrage, y á otros afrentado, y que tanto valian con los reyes que no nos podiamos vengar de ellos, ordené yo mismo que fuesen perseguidos todos los caballeros Abencerrages, y por mi traicion fueron muertos sin culpa; y la reina no debe cosa ninguna de lo que yo la levanté acerca del adulterio de que fue acusada: esta es la verdad; llegado he á punto de decirla, y no hay otra cosa sino lo que he dicho: de todo lo cual estoy muy arrepentido, por haber visto las desgracias y muertes que en este tiempo han sucedido, y por la afrenta grande en que se ha visto la reina no siendo culpada en ninguna cosa.» Todo lo que

el traidor Zegrí decia estaban oyéndolo muchos caballeros, asi del bando de la reina, como de los Zegríes; y para mas justificar la causa de la reina llamaron á los jueces para que oyesen todo lo que el Zegrí decia. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos jueces que estaban en el cadalso bajaron, y entrando en el palenque tornó á referir el Zegrí lo dicho, y luego espiró. Al momento tocaron con grande alegría muchas chirimías y dulzainas con otros instrumentos músicos por victoria tan importante, que habian conseguido aquellos caballeros estrangeros de los naturales traidores; y cómo por ella se habia sabido la verdad, y le era vuelta y restituida su honra á la casta é inocente reina. A una parte se oían las músicas y grande alegría, y á otra lloros, tristeza y gritos que daban las mugeres y deudos de los Zegríes muertos. Los caballeros vencedores fueron sacados del campo con muy grande honra, hecha por la mayor parte de los caballeros que eran del bando de la reina. Y de esta suerte los victoriosos caballeros llegaron á la reina que ya estaba dentro de la litera en que habia venido, y la preguntaron si habia otra cosa que hacer en aquel caso, ó en otro cualquiera que fuese de su gusto ó de necesidad. La reina dijo: «Que para la satisfaccion entera de su honra bastaba lo que habian hecho, y que recibiria mucho contento en que se quisiesen ir con ella para ser curados de sus heridas.» Los caballeros aceptaron el ruego de la reina, y asi salieron de la plaza llevando la

música de añafiles delante, con mucho contento y alegría. Todo lo cual era al contrario en los mal intencionados Zegríes y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los destrozados cuerpos de sus parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte á los estrangeros vencedores; y no se determinaron por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones mayores que hasta entonces habian tenido, como adelante lo diremos. Los caballeros cristianos llegaron á la posada de la reina, y todos los demas caballeros; y los vencedores fueron curados con gran diligencia de cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto á sí, por si algo sucediera. Y aquella noche despues de haber cenado, la reina, Celima y Esperanza fueron á visitar á los cuatro caballeros cristianos; y despues de haber hablado de los trabajos en que se habia visto aquella ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrages, la reina se llegó un poco mas al lecho de D. Juan Chacon, y sentándose le dijo: «El alto y poderoso Jesucristo, y su bendita Madre que le parió sin dolor, quedando Vírgen por divino misterio, os den salud entera y vida larga, y os paguen la buena obra, que á esta triste y desconsolada reina habeis hecho habiéndome librado de una muerte tan infame y afrentosa; mas fue la voluntad de Dios de librarme, y que vos fuéseis el instrumento de mi libertad; y asi os quedo obligada mientras la vida me durare, la cual gastaré en vuestro servicio. Deseo ya ver-

me cristiana para servir á Dios y á su Santísima Madre y á vos, y creedme que la mayor parte de los caballeros de esta ciudad estan deseosos de verse ya cristianos, y no aguardan sino que el rey D. Fernando comience la guerra, y está asi concertado desde que se fueron los caballeros Abencerrages; por tanto asi como llegueis, dad orden á vuestro rey para que ponga en ejecucion la guerra contra este reino, y os ruego que me digais quien son esos tres caballeros á quien soy obligada, porque sepa á quién he de servir.»—«Escelente señora, dijo D. Juan, los caballeros que á mí me han hecho merced y á vos servido, son D. Alonso de Aguilar, el gran D. Manuel Ponce de Leon, y el otro D. Diego Fernandez de Córdoba, caballeros de grande estima, que ya tendreis noticia de ellos.»—«Sí tengo, respondió la reina, que muchas veces han entrado en la Vega, y han hecho cabalgadas de ganados y buenas presas, y son conocidos por sus hechos y nombres, aunque ahora no han sido conocidos por el disimuló del trage turquesco, y ha sido buen pensamiento; y pues son de tan gran valor, será justo que les hable y dé las gracias del bien que por su causa me ha redundado.» Diciendo esto la reina Sultana fue donde estaban los tres caballeros, y á todos, y á cada uno de por sí les dió muchas gracias por el favor que le tenian hecho, y que confiaba en Dios que algun dia les serviria en algo. El alcaide de los Donceles respondió en nombre de todos: «Vuestra alteza le dé esas gracias y mercedes al

señor D. Juan, que nosotros poco es lo que hemos hecho, segun lo mucho que os deseamos y debemos servir.»—«Muchas mercedes, señores caballeros, por el nuevo ofrecimiento, que es para mas obligarme á serviros, y reagravar la deuda tan grande que os tengo. Dios os pague lo que habeis hecho por mí, y dé vida para que pueda pagar alguna cosa de lo mucho que os debo; y porque parece que es hora de reposar y descansar, yo me quiero ir á recoger para dar orden á lo que conviene para vuestro regalo.» Con aquesto se fue la reina, y habló con su tio Moraicél, y le dijo que estaba recelosa de que viniesen á tomar venganza los Zegríes y Gomeles en los cuatro caballeros, por la muerte de los cuatro traidores; que pusiesen algun remedio. Y pareciéndole buen consejo, fue á dar parte de ello á Muza, el cual puso cien caballeros de guarda en la casa, los cuales estuvieron toda la noche con gran cuidado. Fue muy acertado el parecer de la reina, porque los Zegries y Gomeles tenian concertado de cercar la casa, y dar muerte violenta á los caballeros vencedores; y como vieron tanta guarda, y conociendo que no podrian salir con su intento, desistieron de su propósito; y mas cuando supieron que el valeroso Muza habia puesto aquellos caballeros, lo sintieron de manera, que se les comia el corazon de envidia, por ver con las veras que acudia Muza á los cuidados de la reina, y no se atrevieron á irle á la mano, porque le temian. Venida la mañana se fue la gente de guardia,

y los cuatro caballeros determinaron de irse, porque no los echase menos el rey D. Fernando; y asi pidieron licencia á la reina para partirse á la corte de su rey, porque les importaba que no supiese la ausencia que habian hecho. «¿Pues cómo, señores, dijo la reina, estando tan lastimados, cansados y heridos os quereis poner en camino tal? No lo tengo de consentir: ¿por ventura os falta cosa alguna, ó la deseais?»—«No uno ni otro, respondió D. Juan Chacon, porque donde está vuestra alteza no hay que desear nada; pero importa irnos por lo que he dicho.»—«Pues, que asi es, dijo la reina, tornáos á curar, é id vuestro viage con la bendicion de Dios; y por él os ruego no me olvideis, y suplicad á vuestro rey que comience la guerra contra Granada, porque á todos los que tienen deseo firme de ser cristianos, se les cumpla.» Los caballeros se lo prometieron asi. La reina mandó llamar á los cirujanos; y curados, se armaron, y despidiéndose de la reina y Celima, Esperanza y de Moraicél, se partieron quedando llorando la reina la ausencia de tan buenos caballeros. Muza, Malique Alabez y Gazul, que supieron que los caballeros estrangeros se iban de Granada, les salieron á prevenir un grande acompañamiento con mas de doscientos moros, á mas de media legua la vuelta de Málaga. Pero asi como los moros se despidieron de ellos, tomaron la via de Castilla, y caminaron á grande priesa; y entrando en tierra de cristianos, supieron como los reyes católicos estaban en Écija: ellos fueron á Talavera,

y hallaron á sus criados que los esperaban para que siguiesen la corte. Allí estuvieron ocho dias curándose muy secretamente, y estando ya mejores se partieron para Écija; y en llegando, pidiendo licencia al rey D. Fernando para irse á sus tierras, se la dió; y llegados á sus patrias, ellos y otros caballeros dieron orden de ganar á la ciudad de Alhama, llevando para ello la prevencion conveniente, porque era muy fuerte; y siendo juntos muchos y principales caballeros la cercaron y combatieron por todas partes. Donde los dejarémos combatiendo, por decir lo que pasó en la ciudad de Granada en este medio y sazon, y tambien porque á mí no toca escribir lo que pasó en aquesta guerra de Alhama, que no hace al intento, ni propósito mio.

CAPITULO XVII,

de lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos de ella, y la prision del rey Mulahazén en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.

Grande fue la tristeza y desconsuelo que la reina Sultana sentia por la ausencia de sus defensores caballeros, y de buena voluntad fuera en su compañía, que temia el alboroto de la ciudad; y si su dolor y tristeza fue grande, mas escésivo fue el de los Zegríes y Gomeles y los demas de su bando, por causa de los caballeros que en la cruel batalla murieron, y porque los

agresores se fueron sin que de ellos se tomase venganza, y porque se sentian muy afrentados y corridos por las cosas pasadas; pero con disimulacion aguardaban ocasion para ejecutar su deseo. Digamos ahora del rey Chico, el cual como supo la muerte de los acusadores de su muger la reina, y la confesion que habia hecho el malvado Zegrí en su disculpa, descubriendo la pésima y horrible maldad; enojado de sí mismo, no sabia qué hacerse. Poníasele delante la culpa de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los nobles Abencerrages; la grande deshonra en que habia puesto á la reina, el destierro injusto que hizo cumplir á los Abencerrages, y como por su causa se habian tornado cristianos y á él le aborrecia toda Granada, y como estaban amotinados y conjurados contra él, y hasta su padre le procuraba quitar el reino, y aun la vida. Imaginando en estas cosas y otras muchas venia á perder el juicio. Maldecia á los Zegríes y Gomeles, porque le habian dado tan malos consejos, y á él porque los habia recibido. Llorando todas estas desventuras se tenia por el rey mas desdichado de todo el mundo, y no osaba parecer de vergüenza ó de temor; por lo cual no le visitaban los Zegríes y Gomeles. Bien se holgára el reyecillo de que su amada Sultana quisiera volver á su amistad; mas era imaginacion y trabajo muy en vano, porque aunque ella quisiera, cuanto mas que no estaba de ese parecer, sus deudos no lo consintieran; y con todo esto pidió á Muza que desenojase á la reina, y alcanzase de ella el

perdon, y la dijese cuán arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida con él. Muza pidió á la reina y á sus parientes todo lo que el rey Chico le habia pedido, y no fue posible alcanzar alguna cosa de lo que pedia; y asi volvió, y dió al rey la respuesta que habia dado la reina. Con esto el rey se deshacia en pena; mas consolábase con que habia de procurar traer á su amistad á todos los caballeros que pudiese, y á los ciudadanos y gente plebeya, para irse apoderando de toda la ciudad; y asi iba adquiriendo amigos, y á todos les pedia perdon diciéndoles, que él habia sido mal aconsejado, y aunque habian pagado su delito los promovedores y consejeros, que ellos verían la enmienda que tenia de allí adelante, y que lo sucedido le habia de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verían, y el tratamiento que haría á sus vasallos; y como era heredero forzoso del reino, muchos grandes le obedecian con toda la mas gente comun. Nunca pudo reducir á su obediencia á ninguno de los Almoradis, Marines, Alabeces, Gazules, Venegas ni Aldoradines, que estos seis linages seguian la parte del rey viejo, y la de su hermano el infante Abdalí. En este tiempo el rey Mulahazén, como hombre valeroso, no habiendo perdido sus brios y braveza de corazon, ordenó de hacer una entrada en el reino de Murcia, y asi juntando mucha y muy lucida gente, prometiendo buenos sueldos á los de á caballo y de á pie, salió de Granada llevando consigo dos mil hombres de á pie y de á caballo, y se

fue á la ciudad de Vera, y tomando el camino de la costa, por dejar á Lorca, salió á los Almazarrones, y de allí fue á Murcia, y recorrió todo el campo de Sangonera, cautivando mucha gente. D. Pedro Fernandez, adelantado del reino de Murcia, salió con la mas lucida gente que pudo á resistir al moro, que andaba corriendo el campo con gran pujanza; y encima de las lomas del Azul, dia de San Francisco, se rompió la batalla entre moros y cristianos, la cual fue muy sangrienta y reñida; mas fue Dios servido, por intercesion del bienaventurado Santo, que D. Pedro Fajardo con la gente de Murcia, mostrando grandísimo valor, venció á los moros, y desbarató y prendió al rey. Viéndose desbaratados los moros, huyendo volvieron á Granada, donde se supo la prision del rey Mulahazén, y pérdida de todo su campo, lo cual se sintió en toda la ciudad, si no fue el infante Abdalí que se holgó mucho de la prision del rey su hermano, porque por allí entendió alzarse con todo el reino, y asi escribió al adelantado D. Pedro, que le hiciese merced de tenerle al rey su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daría las villas de Velez el Blanco, y el Rubio, Giquena y Tireza. Mas el adelantado, considerando la traicion que el infante queria hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dejó ir libremente al rey y á los que con él fueron cautivos; el cual como llegó á Granada halló á Abdalí apoderado del Alhambra, diciendo que su hermano se la habia dejado en guarda. Mulá-

hazén muy enojado de esto, y mas por la traicion que le quiso hacer, se retiró en el Albaicin, adonde él y su muger estuvieron muchos dias. La madre de Mulahazén, vieja de ochenta años, habiendo visto la liberalidad del adelantado, le envió diez mil doblas, el cual no las quiso recibir; y le envió á decir que se las diese á su hijo para que hiciese guerra á su hermano. Visto que no habia querido recibir los dineros, le envió ciertas joyas muy ricas, y doce poderosos caballos enjaezados, todo lo cual recibió D. Pedro Fajardo. A pocos dias se volvieron al Alhambra, porque su hermano se la dejó libre, entendiendo que el rey no sabía nada de las cartas que le habia enviado á D. Pedro Fajardo. Mulahazén disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables, y todavia le dejó la administracion del gobierno. A este Mulahazén le llamaron el Zagal, y Gadabli; mas su nombre propio y mas usado era el de Mulahazén. Esta batalla y prision de este Mulahazén escribió el moro coronista de este libro, y yo doy fé que en la iglesia mayor de Murcia, en la capilla de los marqueses de los Velez, hay una tabla encima del sepulcro de D. Pedro Fajardo, en la cual se cuenta el suceso de aquesta batalla. Volviendo á nuestro propósito, el rey Mulahazen muy enojado por lo que el gobernador su hermano habia hecho, hizo un dia su testamento diciendo: «Que en fin de sus dias fuese su hijo heredero del reino, y que echase de él al infante su hermano, y á todos

los de su bando.» Esto decia, porque seguian al infante Abdalí muchos caballeros Almoradis y Marines, los cuales sustentaban la parte del Infante. Por este testamento hubo despues en Granada muchos alborotos, y entre los ciudadanos guerras civiles, como despues de esto sucedieron; pues estando el rey Mulahazén en el Alhambra, y Granada, como de antes solia, debajo de la gobernacion de dos reyes y un gobernador, no por eso dejaron los Almoradis de buscar modos y maneras, para que totalmente el rey Chico fuese privado del reino; mas no podian hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegríes y Gomeles estaban de su parte con otros muchos caballeros, que reconocian que aquel era finalmente el heredero del reino; pero no por esto dejaban de buscar asechanzas, y mil ocasiones tio contra sobrino, y sobrino contra tio; pero como el rey Chico estaba odiado de los mas principales caballeros, no pudo salir por entonces con su intencion en nada, ni pudo espeler á su tio del cargo que tenia, y asi aguardaba tiempo para ejecutar su intencion; y por alegrarse un dia se paseaba por la ciudad con otros principales caballeros, por dar alivio á sus penas, rodeado de sus Zegríes y Gomeles, y le vino una muy triste nueva, como los cristianos habian ganado la ciudad de Alhama; con la cual embajada hubiera el rey de perder el sentido, asi por perder aquella ciudad, como por el peligro que tenia Granada de ser cada dia corrida de cristianos. Tanto fue su sentimiento, que al mensage-

ro que trajo la nueva le mandó matar; y subiéndose al Alhambra lloró la pérdida de su ciudad, y mandó tocar añafiles y trompetas de guerra, para que con muy gran presteza se juntase toda la gente, y fuera al socorro de la ciudad de Alhama. La gente de guerra se juntó toda al belicoso son de las trompetas, y preguntándole al rey que para qué los mandaba juntar, respondió: «Que para socorrer á Alhama, que la habian ganado los cristianos.» Entonces un Alfaquí viejo le dijo: «Por cierto que se emplea muy bien tu desventura en haber perdido á Alhama; y merecias perder todo el reino, pues mataste á los nobles caballeros Abencerrages, y á los que quedaban mandaste desterrar del reino; por lo cual se tornaron cristianos, y ellos propios son los que te hacen la guerra. Acogiste á los Zegríes que eran de Córdoba, y te has fiado de ellos; pues ahora irás al socorro de Alhama, y dí á los Zegríes que te favorezcan en semejante desventura como esta.» Por esta embajada que al rey Chico le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este moro Alfaquí le dijo, y por la muerte de los Abencerrages, se dijo aquel romance antiguo tan doloroso para el rey, que dice en arábigo, traducido al castellano, de esta manera:

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarrambla.
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada:

las cartas echó en el fuego,
y al mensagero maltrata.
Descabalga de una mula
y en un caballo cabalga;
por el Zacatin arriba
subido se ha al Alhambra.
Cuando en el Alhambra estuvo,
al mismo tiempo mandaba
que le toquen sus trompetas,
los añafiles de plata,
Y que las cajas de guerra
apriesa toquen al arma,
porque la oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.
Los moros que el son oyeron,
y al sangriento Marte llama,
de uno á uno, y dos á dos,
juntádose ha gran batalla.
Allí salió un moro viejo
y desta manera hablára:
«¿Para qué nos llamas, rey;
para qué es esta llamada?»
«Habeis de saber, amigos,
una nueva desdichada,
que cristianos de braveza
ya nos han ganado á Alhama.»
Allí habló un Alfaquí
de barba crecida y cana:
«Bien se te emplea, buen rey;
buen rey, bien se te empleaba;
Mataste los Bencerrages
que eran la flor de Granada,

acogiste advenedizos
de Córdoba la nombrada.
Pos eso mereces, rey,
una pena bien doblada,
que te pierdas tú y tu reino,
y que se pierda Granada.»

Este romance se hizo en arábigo en aquella ocasion de la pérdida de Alhama, el cual era muy doloroso, y tanto que vino á vedarse en Granada que no le cantasen, porque cada vez que le cantaban en cualquiera parte provocaba á llanto y dolor: despues se cantó en lengua castellana de la misma manera, que decia:

Por la ciudad de Granada
el rey moro se pasea;
desde la calle de Elvira
llegaba á la plaza Nueva.
Cartas le fueron venidas,
que le dan muy mala nueva,
que habian ganado á Alhama
con batalla y gran pelea.
El rey con aquestas cartas
grande enojo recibiera,
al moro que se las trajo
mandó cortar la cabeza.
Las cartas hizo pedazos
con la saña que le ciega,
descabalga de una mula
y cabalga en una yegua.
Por la calle el Zacatin
al Alhambra se subiera;

trompetas mandó tocar
y las cajas de pelea,
Porque lo oyeran los moros
de Granada y de la Vega,
uno á uno, dos á dos,
grande escuadron se hiciera.
Cuando los tuviera juntos
un moro allí le dijera:
«¿Para qué nos llamas, rey,
con trompa y cajas de guerra?»
«Habeis de saber, amigos,
que tengo una mala nueva,
que la mi ciudad de Alhama
ya del rey Fernando era.
Los cristianos la ganaron
con muy crecida pelea.»
Allí habló un Alfaquí,
desta manera dijera.
«Bien se te emplea, buen rey;
buen rey, muy bien se te emplea,
mataste los Bencerrages
que eran la flor desta tierra;
Acogiste á advenedizos
que de Córdoba vinieran;
y asi mereces, buen rey,
que todo el reino se pierda.

Pues volviendo al caso, asi como el rey juntó gran copia de gente, al punto sin poner en ello dilacion, salió de Granada para ir al socorro de Alhama, imaginando que la habia de remediar; mas su cuidado y trabajo fue en vano, porque cuando llegó á Alhama ya los cristianos

estaban apoderados de la ciudad y del castillo, y de todas sus torres y fortalezas; pero con todo eso hubo una muy grande escaramuza entre moros y cristianos: allí murieron mas de treinta Zegríes á manos de los cristianos Abencerrages, que allí habia mas de cincuenta que estaban á la orden del marques de Cádiz. Finalmente, por el gran valor y esfuerzo de los caballeros cristianos fueron desbaratados los moros: lo cual visto por el rey de Granada, se volvió sin hacer en aquella ocasion cosa de provecho. Asi como llegó á Granada volvió á hacer mas gente y en mas cantidad, y volvió sobre Alhama, y una noche secretamente la hizo echar escalas y entraron dentro algunos moros; y asi como fueron sentidos de cristianos, tocaron al arma y pelearon con los moros que habian entrado, y los mataron y se pusieron á la defensa. Y viendo el rey que trabajaba en vano, se volvió muy triste, y envió por el alcaide de Alhama para degollarle, que se habia retirado á Loja á su fortaleza. Los mensageros del rey, presentando los recados que llevaban para prenderle, le prendieron y le dijeron como le mandaba cortar la cabeza y llevarla á Granada, y ponerla encima de las puertas del Alhambra, porque fuese á él castigo y á otros temor, pues habia perdido una fuerza tan importante. Y siendo preso, dijo el alcaide que él no tenia culpa de aquella pérdida, que el rey le habia dado licencia para ir á Antequera á bodas de una hermana suya, que el alcaide Rodrigo de Narvaab la casaba con un caballero, y que

ocho dias le habian dado de término mas que los que habia pedido, y que á él le pesaba mucho de la pérdida de Alhama, porque si el rey la perdia, él habia perdido sus hijos, muger y hacienda. No bastó esta disculpa que dió el alcaide, y asi le llevaron á Granada y le cortaron la cabeza; y por esto se hizo el siguiente

ROMANCE.

Moro alcaide, moro alcaide,
el de la bellida barba;
el rey te manda prender
por la pérdida de Alhama;
Y cortarte la cabeza
y ponerla en el Alhambra,
porque á tí sea castigo,
y otros tiemblen en mirarla;
Pues perdiste la tenencia
de una ciudad tan preciada.
El alcaide respondia,
desta manera les habla:
«Caballeros, y hombres buenos
los que regís á Granada,
decid de mi parte al rey
como no le debo nada.
Yo me estaba en Antequera
en bodas de una mi hermana;
mal fuego queme las bodas
y quien á estas me llevara,
El rey me dió la licencia
que yo no me la tomara;

pedíla por quince dias,
diómela por tres semanas.
De haberse Alhambra perdido
á mí me pesa en el alma,
que si el rey perdió su tierra,
yo perdí mi honra y fama:
Perdí una hija doncella,
que era la flor de Granada;
el que la tiene cautiva
marques de Cadiz se llama.
Cien doblas le doy por ella,
no me las estima en nada:
la respuesta que me han dado
es, que mi hija es cristiana;
Y por nombre le habian puesto
Doña María de Alhama:
el nombre que ella tenia
mora, Fátima se llama.
Diciendo esto el alcaide
lo llevaron á Granada,
y siendo puesto ante el rey,
la sentencia le fue dada,
Que le corten le cabeza,
y la lleven ál Alhambra:
se ejecutó la sentencia,
asi como el rey lo manda.

Pues habiéndose hecho esta justicia del alcaide de Alhama, se comenzó á tratar entre todos los caballeros, que el tio del rey saliese con la gente de su bando á tomar venganza de la pérdida de Alhama, ó á buscar otras ocasiones para vengarse de los cristianos; á lo cual el tio

les respondió, que harto hacia en guardar la ciudad y tenerla en paz, y que por esta causa no salian él ni los de su bando de ella. Tratando en estas cosas todos los caballeros que estaban á la obediencia del rey Chico, dijeron que de ley de razon al hijo se le debia la corona, y no al hermano, y que guardar esta ley era de caballeros nobles; y como esto se considerase, todos los mas linages le dieron la obediencia al rey Chico, asi como Gazulés, Aldoradines, Venegas, Alabeces; y los de este bando, que eran enemigos de los Zegríes, no atendieron á enemistades pasadas, pudiendo mas la razon que el rencor, y mas la nobleza que la malicia; de tal suerte, que con el tio del rey Chico no quedaron sino Almoradis, Marines y algunos caballeros y gente ciudadana. Pues todos estos, como hemos dicho, decian, que el infante Abdalí saliese á buscar algunas ocasiones contra cristianos, de suerte que se vengase la toma de Alhama, y que no estuviese arrinconado, como hombre inútil y de poco valor, pues pretendia tener cetro y corona. A todo esto respondia el Infante lo que habeis oido, y que él queria guardar á Granada, que era de mas importancia que ir á buscar cristianos á sus casas: lo mismo decian los Almoradis y Marines; y á cerca de esto Malique Alabez, lleno de cólera y saña, les dijo: «Que eran cobardes y ruines, y que no hacian á ley de caballeros en no salir á buscar cristianos con quien pelear, y querer por fuerza hacer rey á quien no lo merecia por su persona, ni le venia de derecho.» Los

Almoradis oyendo estas palabras pusieron mano á las armas contra los Alabeces, y ellos tambien. Los Gazules no se holgaron viendo este acontecimiento; y asi pusieron mano en las armas y dieron en los Almoradis y Marines, de suerte que en poco tiempo mataron mas de treinta de ellos, y los Almoradis mataron muchos Gazules y Alabeces. De tal manera se revolvieron los bandos unos con otros, que se ardia Granada, y se derramaba mucha sangre de ambas partes; mas siempre llevaron lo peor los Almoradis y Marines, aunque tenian de su parte gran copia de la gente comun, y otros linages de caballeros; y tan mal les fue, que se hubieron de retirar todo lo mejor que pudieron al Albaicin. Los dos reyes salieron cada uno á favorecer su parte; y si no fuera por los Alfaquies, y por muchos señores que se pusieron por medio, perecieran, y tambien porque Muza con mucha gente de á caballo fue apaciguando la pendencia; y no sabía contra quien fuese, porque el rey Chico era su hermano, y el Infante su tio; pero considerando que derechamente era el reino de su hermano, era mas de su bando.

Este dia hubo tan grande revuelta, que fue causa para que el furor del amotinado pueblo cesase, y se reconciliasen en amistad; y asi se hizo un crecido escuadron de gente de á caballo y de á pie. Y como el rey Chico los viese con tan grande voluntad de ir á pelear contra los cristianos, propuestos de morir ó vengar la pérdida de Alhama, salió de Granada con ellos, yendo

con acuerdo de no detenerse hasta entrar bien adentro de Andalucía, y hacer una gran cabalgada, ó rendir alguna fuerza de cristianos; y con este propósito marcharon hasta llegar legua y media de Lucena, donde el rey mandó hacer de toda su gente tres batallas: la una tomó él á su cargo, y la otra dió á un alguacil mayor, y la otra á un capitan de Loja, llamado Aliatar, y todos corrieron la tierra é hicieron una muy gran presa. Esta corrida de los moro se supo en Lucena, Baena y Cabra; y asi salió el conde de ella, y el valiente alcaide de los Donceles con mucha gente, y pelearon con los moros; los cuales como vieron venir tal tropel de cristianos, juntaron sus tres batallas, y pusieron enmedio la cabalgada. Los valientes andaluces dieron en los moros de tal forma, que aunque se defendieron con gran valor, fueron desbaratados, y junto al arroyo del puerco, que otros llaman el arroyo de Martin Gonzalez, fue preso el rey de Granada, y otros muchos con él. Los moros que escaparon, fueron huyendo la vuelta de Granada. El rey fue llevado á Baena, y de alli á Córdoba, para que le viese el rey D. Fernando. Fuéronle enviados mensageros al rey Católico para que tratase de rescate del rey Chico; y sobre si se rescataría, ó no, hubo muchas diferencias entre los del consejo y grandes de Castilla. Al fin se acordó de darle libertad con que fuese vasallo del rey D. Fernando; y asi juró de ser leal y fiel con que le diese su favor y ayuda para conquistar algunos lugares que no le querian obedecer, sino

á su padre. El rey D. Fernando lo prometió asi; y le dió cartas para todos los capitanes cristianos que estaban en las fronteras de Granada, para que le ayudasen en lo qüe el rey Chico quisiese, y que á los moros que quisiesen ir á labrar tierras fuera de Granada, no se les hiciese perjuicio. Y habiendo asentado y jurado todo lo dicho, pidió licencia el rey de Granada al rey Católico, y dándosela con muchos presentes, se fue á su patria. Y como su tio Abdalí y los demas caballeros de Granada supieron el trato que habia hecho el reyecillo con el rey D. Fernando, les pareció muy mal; y recelándose de que por esta causa se perdiese Granada, el infante Abdalí les hizo á todos el siguiente parlamento, diciendo asi:

«Claros, ilustres y muy esforzados caballeros, que tan injusto odio me teneis, sin razon ni legítima causa: bien sabeis como mi sobrino fue alzado por rey de Granada, sin ser muerto mi hermano Mulahazén, su padre, por una causa muy ligera; solo porque degolló cuatro caballeros Abencerrages, que lo merecian, y por esto le quitásteis la obediencia, y alzásteis á su hijo por rey contra toda razon y derecho; y mi sobrino, habiendo, con vuestro favor, degollado treinta caballeros Abencerrages sin ninguna culpa; habiendo levantado tal testimonio á su muger, reina nuestra, por donde tantos escándalos, muertes y guerras civiles ha habido en esta ciudad, le teneis obediencia y le amais, sin mirar que no es digno de ser rey, pues su padre es

vivo; y sin esto mirad ahora lo que ha hecho y concertado con el rey D. Fernando de Castilla, que le han de dar gente belicosa para hacer guerra con ella á los pueblos que no le han querido obedecer, y siempre han estado en la obediencia de su padre; y mas le da al rey cristiano tantas mil doblas de tributo, despues de haberse perdido él y los suyos en esta entrega que ha hecho tan sin causa. Ya que Alhama fue perdida, no tenia necesidad sino de reparar las fuerzas, pues Alhama no se podia cobrar al presente, y por tiempo se pudiera restaurar. Pues considerando ahora, caballeros, á vos digo Zegríes, Gomeles, Mazas y Venegas, allegados á mi sobrino con tanta vehemencia, si ahora metiese gente cristiana y guerras en Granada, ¿qué esperanza podríais tener, y qué seguridad para que no se levantasen con su tierra? ¿No sabeis que los cristianos son gente feroz y belicosa, todos con ánimo levantado hasta el cielo? Si no mirad lo de Alhama como ha sido, y cuán presto la han atropellado. Pues Alhama gente de guerra tenia dentro para defenderla: mirad como no la defendieron. Pues si entrasen estos en Granada, y tuviesen lugar de ver las murallas y torres, ¿quién quita que luego no fuese ganada por los cristianos? Abrid, amigos, los ojos, y no deis lugar á mayores males. Mi sobrino no sea admitido por rey, pues es amigo del rey cristiano. Mi hermano es rey, y por ser ya viejo tengo yo el gobierno de la corona real: si él muere, y mi padre fue rey de Granada, ¿por qué no lo seré yo, pues

de legítimo derecho me viene, y la razon lo pide? De necesidad es menester: ahora cada uno responda, y dé su voto á lo que tengo propuesto y dicho, y sea la respuesta tocante al bien del reino.»

Fueron tan eficaces estas razones que dijo el infante Abdalí contra su sobrino, que los Alfaquíes y demas caballeros, especialmente Almoradis y Marines, fueron de comun acuerdo que el rey Chico no fuese admitido en Granada, y que el tio fuese alzado por rey, y entregado en el Alhambra; lo cual le fue dicho á Mulahazén, el que agravado de pesadumbres y males salió de su voluntad del Alhambra, y se apoderó en el Alcazaba, junto con su familia; y su hermano fue apoderado en el Alhambra con título de rey, aunque contra la voluntad de los Zegríes, Mazas, Gomeles, Gazules, Alabeces, Aldoradines y Venegas; pero disimularon por ver en qué paraban aquellas cosas. El rey Chico llegó á Granada con muchas joyas y presentes que el rey D. Fernando le habia dado. Los de Granada no le quisieron acoger ni recibir, diciéndole que el moro que hacia alianzas y paces con los cristianos, no habia que fiar de él. Visto por el rey que no le querian recibir, y sabiendo que su tio estaba apoderado en el Alhambra, se fue á la ciudad de Almería, que era tan grande como Granada, y de tanto trato, y cabeza de reino, donde le recibieron como á su rey. Desde allí requeria á algunos lugares que le diesen la obediencia, y si no que los destruiria. Los lugares no se la qui-

sieron dar, por lo cual les hacia guerra con cristianos y moros. En esta sazon murió el rey viejo, con cuya muerte se renovaron los bandos, porque visto el testamento que habia hecho en vida, hallaron en él la traicion que su hermano habia intentado contra él, y cómo dejaba su hijo por heredero del reino, y que fuese obedecido de todos, y si no, que la maldicion de Mahoma viniese sobre ellos. Por esto comenzaron nuevos escándalos, porque el reino le venia al hijo de Mulahazén, y no al Infante. En esto estuvieron tratando muchos dias, en los cuales le aconsejaron al Infante que procurase con diligencia matar á su sobrino, y muerto, reinaria en paz. Admitió este consejo, y determinó el ir á Almería á matarle; y primero escribió á los Alfaquíes de Almería lo que su sobrino habia tratado con el rey D. Fernando, de lo cual les pesó, y le enviaron á decir que ellos darian entrada secretamente en Almería; que le viniese á prender ó matar. Vista esta respuesta por el Infante, se partió con secreto llevando algunos caballeros consigo, y en llegando á Almería los Alfaquíes les entraron secretamente, y cercando la casa real, procuró prender ó matar á su sobrino; pero oyendo el alboroto, avisaron al rey Chico, y él escapó huyendo con algunos de los suyos, y se fue á tierra de cristianos. El Infante quedó muy enojado por haberse escapado el sobrino; pero allí en Almería halló un muchacho, sobrino suyo y hermano del rey Chico, y le hizo degollar, porque si el rey Chico moría, pudiese él

reinar, sin que nadie se lo impidiera: pasado esto se volvió á Granada donde estuvo apoderado del Alhambra y ciudad, y obedecido por rey del reino, aunque no del todo, porque todavia entendian que aquel no era su señor natural. El rey Chico se fue adonde estaba el rey D. Fernando y la reina Doña Isabel, y contó toda su tragedia; de todo lo cual pesó mucho á los cristianos reyes, y le dieron unas cartas al rey moro para el gobernador y capitan de todas las fronteras del reino de Granada, especialmente para Benavides que estaba en Lorca con gente de guarnicion; y dando al rey moro muy grande cantidad de dinero, y otras cosas de valor, le envió á Velez el Blanco, donde fue bien recibido él y los suyos; y asimismo en Velez el Rubio, donde estaba un alcaide moro, que se decia Alabéz, y en Velez el Blanco estaba un hermano suyo. Estando aqui el rey Chico entraba y salia en los reinos de Castilla á cosas que le cumplian, donde era de los cristianos favorecido por mandado del rey D. Fernando; y á este tiempo habian ganado los cristianos muchos lugares de Granada, asi como Ronda, Marbella y otros pueblos comarcanos, Loja y sus contornos. El tio del rey Chico no se aseguraba un punto, porque tenia el reino tiranizado, y siempre procuraba la muerte del sobrino, porque no reinase, y prometia muchas cosas á quien le matase con yerbas, ó violentamente; y no faltaron cuatro moros codiciosos á las promesas, que le dieron palabra de matar al rey Chico; y para la ejecucion los envió con car-

tas para su sobrino, porque no se recelasen de ellos, atento á que él no le hacia guerra, y que como de paz le enviaba aquel mensage con blandas y cautelosas palabras, que decian asi:

«Amado sobrino: no obstante las causas de «las pasadas guerras que habemos tenido por el «reino, sabiendo ya que verdaderamente es vues«tro por una cláusula del testamento de mi her«mano, donde dice que vos sois heredero de él, «he acordado que seais entregado en la posesion «de él, y le recibais debajo de vuestro amparo, co«mo rey y señor de él, dándome un lugar en que «esté contento para pasar mi vida, que con esto «viviré gustoso; y mirad que os lo requiero de par«te de Dios Todopoderoso, y de Mahoma, su fiel «mensagero, porque el reino de Granada se va «perdiendo, sin que en nada haya reparo. Por «tanto, vistos estos mis recados, vos venid á Gra«nada muy seguro, como rey y señor de ella. De «todo lo pasado estoy muy arrepentido, y asi es«pero el perdon de vos, como de mi señor y rey; «y mirad que si tenemos division y guerras civi«les, el reino será perdido; y no viniendo á él, «le entregaré á vuestro hermano Muza, el cual lo «tiene por deseo de gobernar; y si él se apode«ra del reino, y los grandes le juramos por rey, «con dificultad será desposeido. Ceso, y de Gra«nada etc. = *Muley Abdali.*»

Esta carta dió el Infante á cuatro moros valientes y conjurados, para que en acabándosela de dar le matasen; y si no pudiesen buenamente salir con su intencion, que se viniesen. No

faltó quien diese aviso de esto al rey Chico para que se guardase. Llegados los mensageros á Velez el Blanco preguntaron al alcaide Alabéz por el rey. Él respondió, que allí estaba, y qué era lo que querian. «Traemos unos recados del rey su tio.» Alabéz dijo: «¿Cómo puede ser su tio rey, habiendo legítimo heredero en el reino?»—«Eso no sabemos nosotros, respondieron los mensageros, mas de que nos mandó venir con estos recados.»—«Pues dadme las cartas, dijo el alcaide, que vosotros no le podeis entrar á hablar.»—«No las podemos dar sino en sus manos, respondieron ellos.»—«Pues aguardad aquí avisaré al rey, dijo Alabéz;» y lo hizo, y dijo si los dejaria entrar ó no. El rey mandó que los dejase entrar para oir su mensage; y mandó á doce caballeros Zegríes y Gomeles que estuviesen prevenidos en su sala por si habia alguna traicion. Esto hecho, y el alcaide alistado de armas, volvió á los mensageros y les dijo que entrasen; y entrados donde estaba el rey, y viéndole que estaba tan acompañado, disimularon, y alargando la mano el un mensagero para darle al rey los despachos, se los quitó el alcaide y se los dió al rey; y abriendo la carta la leyó toda, y como estaba avisado de la traicion, mandó luego que prendiesen á los mensageros, y dándoles tormento confesaron la verdad, y fueron sentenciados á muerte, y los ahorcaron de las almenas del castillo; y el rey Chico respondió á su tio en una carta lo siguiente:

«El muy poderoso Dios, criador del cielo y «la tierra, no quiere que las maldades de los «hombres esten ocultas, sino que á todos sean «patentes, como ha hecho en haber descubierto «tu maldad. Recibí tu carta, mas llena de enga«ños que el caballo de los griegos. Ahora me «prometes amistad, que estás harto de perseguir«me, matando á mis familiares y caballeros que «me seguian. Traigo por testigos de esto á los de «Almería que lo sabian, y á mi inocente herma«no que degollaste. No sé por cuál razon hicis«te tal crueldad; mas yo confio en Dios que al«gun dia me lo pagarás con tu cabeza, y los de «Almería no quedarán sin castigo. El reino que «tienes era de mi padre, y de derecho es mio; «quereisme todos mal porque trato con cristia«nos: bien sabeis que por comunicar con ellos «labran los moros sus tierras, y tratan en sus «mercaderías seguramente: los cuales no lo ha«cen estando debajo de tu dominio contra toda «razon. Avísote que algun dia he de estar sobre «tu cabeza, y me pagarás la traicion que contra «mi padre cometiste, y la que á mí ahora que«rias hacer debajo de tus melosas palabras; pues «sábete que adonde tú estás tengo quien me dá «aviso de tus traiciones. Enviaste cuatro mensa«geros, tales como tú, para que me diesen muer«te, y pagaron su maldad, y confio que tú pagarás «la tuya. Las joyas que me enviaste las quemé «en pública plaza á vista de todos, receládome «de tus traiciones. No sé por qué las usais sien«do de linage de reyes, y teniéndoos por tal: no

«mas. De Velez el Blanco, etc. = *El rey de Gra-*
«*nada natural.*»

Esta carta escrita, la envió á Granada con otra que iba para Muza, y él se la dió á su tio, el cual como supo que á los mensageros que él envió para matar á su sobrino los habian ahorcado habiendo confesado la traicion, se halló muy confuso; mas disimulando, andaba cuidadoso y con recato de su persona. Muza leyó la carta de su hermano y decia:

«No sé, amado hermano, cómo tu valor con-
«siente que un tirano sin razon ni ley tenga usur-
«pado el reino de nuestro padre y abuelos, y
«que me persiga y tenga desterrado de lo que
«es mio. Si estan mal conmigo los Almoradís y
«Marines por la muerte de los Abencerrages,
«quien fue la causa de ello pagó la culpa, y yo
«como rey usaba justicia. Si siendo cautivo traté
«amistad con cristianos, fue por mi libertad, y
«por el bien de Granada, porque con el favor de
«ellos las tierras se labran. Poco hacia al caso pa-
«gar al rey tributo dejando nuestro reino en paz.
«Ahora veo que vá peor teniendo Granada otro
«rey, porque los cristianos se van apoderando
«del reino y ensanchando el suyo. Por Dios te
«ruego, que pues tu valor es para todos bastan-
«te, que tomes á tu cargo mi defensa por la hon-
«ra de ambos; y considera la ambicion de este
«tirano, pues derramó la sangre de nuestro ino-
«cente hermano. Dame aviso de todo. De Velez
«el Blanco, etc. = *Tu hermano el rey.*»

Asi como Muza leyó la carta de su hermano

fue muy indignado contra su tio, especialmente por la muerte de su tierno hermano; y asi luego enseñó la carta á sus amigos los caballeros Alabeces, Almoradís, Gazules, Venegas, Zegríes, Gomeles y Mazas, porque tambien eran amigos de su hermano; y habiendo visto por ella la disculpa que daba de la muerte de los Abencerrages, y el arrepentimiento que mostraba del testimonio levantado á la reina, acordaron entre todos los caballeros de escribir al rey Chico que viniese á Granada con secreto, y que entrase en el Albaicia por la puerta de Fajalauza, y que se entregaría de la fortaleza de Blo Albulut, antigua morada de los reyes, porque era alcaide de ella Muza. Aquesta carta fue enviada al rey Chico, el cual como la leyó y vió la firma de su hermano Muza y de algunos caballeros, luego se dispuso para ir á Granada, y tambien porque se le iban los moros que tenia en su guarda y servicio, y le quedaban ya pocos; y asi se partió y llegó una noche muy oscura á la puerta de Fajalauza con solos cuatro de á caballo, porque los demas se habian quedado apartados un poco atrás, y como llegó llamó á la puerta. Los guardas preguntaron quién era, y él dijo, vuestro rey soy. Luego le conocieron, y como estaban ya avisados de Muza que si viniese le diesen franca puerta, al punto le abrieron y entró con toda su gente. En sabiendo Muza su venida le fue á recibir, y le metió en la fuerza del Alcazaba. Aquella noche fue el rey á casa de algunos caballeros de los mas principales del Albaicin á decirles su ve-

nida, y como era para cobrar su reino con su ayuda. Todos los caballeros le prometieron su favor; y habiendo visitado á los caballeros de consideracion se volvió al Alcazaba. Al otro dia por la mañana se supo por toda la ciudad de Granada la venida del rey Chico, y tomaron las armas para ofenderle como á rey. El rey viejo su tio que estaba en el Alhambra, como supo la venida de su sobrino el rey Chico, hizo armar mucha gente de la ciudad para pelear contra los del Albaicin, y entre unos y otros hubo una cruel batalla, en la cual murieron muchos de ambas partes. De la parte del rey viejo eran Aldoradines, Marines, Alabeces, Bencerrages y otros muchos caballeros. De la parte del rey Chico eran Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Alabeces, Gazules, Aldoradines y otros muchos caballeros principales. Fue tan reñida aquesta refriega que ninguna de las pasadas le llegó, porque hubo mucha mortandad y derramamiento de sangre. El valor de Muza, que seguia la parte de su hermano, era causa de que los de la ciudad lo pasasen peor, aunque ya les tenian aportillado el muro por tres ó cuatro partes; lo cual visto por el rey Chico, envió á gran priesa á pedir socorro á D. Fadrique, capitan general puesto por el rey D. Fernando, haciendo saber como estaba en el Albaicin en gran peligro, porque su tio le hacia cruel guerra. D. Fadrique le socorrió por mandado del rey Chico, y le envió mucha gente de guerra, arcabuceros todos, y por capitan de ellos á Hernando Alabéz, alcai-

de de Colomera. Con este socorro los moros se holgaron mucho, especialmente porque D. Fadrique les envió á decir que peleasen como varones fuertes por su rey, que era aquel, y que les daba palabra que seguramente podian salir á la Vega á sembrar y labrar sus tierras sin que nadie se lo estorbase. Con este favor tomaron grande ánimo los moros, y peleaban como leones con el ayuda de los cristianos, á los cuales no les faltaba nada de lo que habian menester. Estas batallas duraron cincuenta dias, sin cesar de pelear de dia y de noche, y despues de ellos se retiraron los de la ciudad con mucha pérdida de su gente, por el valor de los cristianos y de Muza; y el rey Chico reparó las murallas y puso gran defensa para estar seguro. Los cristianos fueron muy bien tratados; los moros del Albaicin salian á la Vega y á sus campos á labrar las tierras, todo lo cual fue causa para que casi los mas siguiesen el bando del rey Chico; pero no por esto se dejaban las continuas batallas entre los de la ciudad y Albaicin. Los moros de la ciudad tenian mas trabajo, porque peleaban con los cristianos de las fronteras, y con los moros del Albaicin; de suerte que de continuo tenian guerra. En este tiempo fue cercada Velez-Málaga por el rey D. Fernando. Los moros de Velez enviaron á pedir socorro á los de Granada. Los Alfaquíes amonestaron y requirieron al rey viejo que fuese á favorecer á los moros de Velez. El rey cuando lo supo se turbó, porque nunca imaginó que los cristianos osarian entrar tan

adentro, y temióse salir de Granada, recelándose que en saliendo se alzaría su sobrino con la ciudad y se apoderaria en el Alhambra. Los Alfaquíes le daban priesa diciendo: «Dí, Muley, ¿de qué reino piensas ser rey, si todo lo dejas perder? Las sangrientas armas que sin piedad moveis en vuestro daño aquí en la ciudad, movedlas contra los enemigos, y no matando á los mismos naturales.» Estas cosas decian los Alfaquíes al rey, y predicando por las calles y plazas, que era justo y conveniente cosa que Velez-Málaga fuese socorrida. Tanta era la persuasion de estos Alfaquíes, que al fin se determinó de ir á socorrer á Velez-Málaga; y habiendo llegado se puso en lo alto de una sierra, dando muestra de toda su gente. Los cristianos le acometieron, y no osó aguardar, sino se volvió huyendo él y su gente, y dejaban los campos por donde pasaban poblados de muchas armas, por poder huir á la ligera. El rey se fue á Almuñecar, y de allí á la ciudad de Almería y Guadix. Todos los demas moros se tornaron á Granada, donde sabiendo los Alfaquíes y caballeros lo poco que habia hecho el rey en aquella jornada, y que como cobarde habia huido, llamaron al rey Chico y le entregaron el Alhambra, y le alzaron por su rey, á pesar de los caballeros Almoradís y Marines, y de todos los demas de su bando, que eran muchos; aunque es verdad que los de la parte del rey Chico eran mas, y todos muy principales. Habiendo entregado al rey Chico la Alhambra y todas las demas fuer-

zas, en las cuales puso gente de confianza, los moros le suplicaron pidiese al rey D Fernando seguro para que la Vega se sembrase; y así lo envió á suplicar, y que todos los lugares de moros que estaban fronteros de los lugares de cristianos, que le obedeciesen á él, y no á su tio, y que para ello les daría seguro de que pudiesen sembrar y tratar en Granada segura y libremente. Todo lo cual le otorgaron los reyes Católicos por ayudarle; y así el rey cristiano escribió á los lugares de los moros que obedeciesen al rey Chico, pues era su rey natural, y no á su tio; y que él les daba seguro de no hacerles ningun mal ni daño, y que pudiesen labrar sus tierras. Los moros con este seguro lo hicieron así, y asimismo escribió el rey cristiano á todos los capitanes de las fronteras que no hiciesen mal á los moros fronterizos; lo cual cumplieron, y los moros andaban muy alegres y contentos, y dieron la obediencia al rey Chico. El rey Chico habiendo hecho todo aquesto, y dado contento á sus ciudadanos y aldeanos, mandó cortar las cabezas á cuatro caballeros Almoradis que le habian sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas y civiles guerras por entonces. Y porque la intencion del moro coronista no fue tratar de la guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro de ella, y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra, sino el nombre de los lugares que se rindieron, tomada la ciudad de Velez-Malaga, que son estos:

Bentomiz, la villa de Comares, Dompera, la Villa del Cestillo, Guadalta, Jaráz, Cavilla, Rubir, Pitargies, Lucas, Jaranca, Almegia, Mainete, Venaquer, Camillas, Alebonache, Canillas de Albaidas, Narija, Benicorán, Cafis, Buenas, Alboraba, Alcuchavia, Alhitan, Daimas, Algorgi, Morgaza, Machara, Albomaila, Benadaliz, Cimbochillas, Predilipe, Beirós, Sinaráx, Hajar, Corterrojas, Alhacaque, Almería, Aprina, Aletin.

Estos lugares del Alpujarra se dieron á los reyes Católicos, de lo cual les pesaba á los moros de Granada, teniendo tan gran recelo de perderse, como los demas lugares se habian perdido. Pues vengamos ahora al propósito: despues de haber rendido á Velez-Malaga, los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento, y muchas municiones de guerra; de suerte que estaban para darse. Los moros de Guadix sabido este negocio lo sintieron mucho, y los Alfaquies le rogaron al rey viejo que fuese á socorrer á Málaga, como lo hizo con mucha gente. El rey Chico supo de este socorro de su tio, y mandó juntar mucha gente de á pie y de á caballo, y fue Muza por capitan de ellos para que les impidiese el paso, y los desbaratase; y asi lo hizo, que les aguardó y salió al encuentro, y trabaron una cruel batalla, en la cual fueron muertos gran parte de los de Guadix, y los demas huyeron volviéndose á su tierra admirados del valeroso Muza y de los suyos. Luego el rey Chico escribió al rey D. Fernando todo lo que habia pasado con los moros de Guadix que iban

al socorro de Málaga, de lo cual se alegró el rey Católico, y se lo agradeció, y le envió un rico presente; y el rey Chico envió al rey D. Fernando un presente de caballos, muy riquísimamente enjaezados, y á la reina envió paños de seda y perfumes. Los reyes cristianos escribieron á los capitanes y alcaides fronteros de Granada y sus lugares, le diesen favor al rey Chico contra su tio, y que no hiciesen mal ni daño á los moros, ni tratantes de Granada que fuesen á sembrar ó á labrar sus tierras. El rey de Granada envió á decir al rey D. Fernando, que tenia noticia como los moros de Málaga no tenian bastimentos; que les impidiese que por mar ni por tierra les entrasen, y que se rendirian sin falta. Finalmente, dieron los cristianos tan gran batería á los cercados, que fue ganada Málaga y su distrito; y puesta buena guardia en Málaga y su costa, recibieron los reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules y Almoradines, la cual decia asi:

«Muy poderosos señores: los dias pasados hi«cimos saber á vuestras magestades los caballeros «Alabeces, Gazules, Aldoradines, y otros mu«chos de esta ciudad de Granada que somos de «un bando, del cual es tambien Muza, como «queriamos ser cristianos, y entregar este reino «á vuestras reales personas; y pues se ha dado «fin glorioso á las cosas del Andalucía, se puede «empezar la conquista de este reino por la par«te de Murcia, que es cierto que los alcaides de «las fronteras y del rio de Almanzor se entrega-

«rán luego sin defenderse, porque asi está tra-
«tado entre nosotros; y siendo ganada Almería
«y su rio, que es el mas dificultoso, y Baza, se
«puede cercar á Granada; que te damos fé, como
«caballeros, de hacer tanto en tu servicio, que
«Granada se entregue á pesar de todos los que
«en ella viven. Muza en nombre de los vasallos
«arriba contenidos besa vuestras reales manos
«etc. De Granada.»

Escrita esta carta, fue enviada al rey D. Fernando; el cual como entendió las razones, y viendo como los caballeros Abencerrages que andaban en su servicio procedian tan bien como lo habian escrito, luego se puso en camino para Valencia, y allí hizo cortes; y con el grande deseo que tenia de acabar del todo aquel reino, se vino á la ciudad de Murcia, y allí fue discurrido cómo habia de entrar por la parte de Verona y Almería; y resuelto en lo que habia de hacer, se fue á la villa de Lorca para desde allí entrar en el reino de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el rey D. Fernando muchos caballeros muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proezas lo merecian, aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linage, Albornoces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Ralones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcarceles, Pachecos, Moncadas, Monzones, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Eustreros, Andosillas, Loaysas, Iufren-

tes, Sayavedras, Hermasillas, Pelozones, Balboas, Viloas, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayor, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurines, Lázaros, Vorias, Peñaveleros, Escamóz, Dotos y Rosales, Jereces, Gómez, Mulas, Darines, Alburquerques, Loritas, Ponces de Leon, otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de Leon, Cildranes, Rosiquíes, Tomases, Tizonas, Páganes, Cernales, Alemanes, Rodas, Pineros, Hurtados. De la villa de Mula Jerez de Avila y Gitar, Leyvas, Correllas, Mazas, Melgarez. De Lorca salieron Moratas, Portales, Cozorlas, Perez de Tudela, Mutados, Quiñoneros, Pineros, Falconetes, Mateos, Rendones, Marcelas, Burgos, Alcázares, Romanes.

Finalmente de estos lugares referidos, Murcia, Lorca y Mula, salieron todos estos caballeros hijosdalgo en servicio del rey D. Fernando contra los moros del reino de Granada, y otros muchos que no se refieren por evitar prolijidad; los cuales mostraron bien el valor de sus personas en todas las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dejó el rey en Santa María una custodia de oro, y una cruz de cristal, guarnecida de oro fino. Pues habiendo puesto el rey toda su gente en muy buena orden, se partió á Vera, en la cual estaba por alcaide un valiente moro, hijo del valiente Alabéz que murió preso en Lorca. Llamábase tambien Alabéz, no menos valiente que el otro; el cual como supo la venida del rey D. Fernando, luego se dispuso á entregarle la ciudad y fuerza, porque estaba tratado por car-

tas. Y asi llegando el rey á una fuente que llaman del Pulpi, salió el alcaide Alabéz á recibirle, y le entregó las llaves de la ciudad de Vera y de su fuerza. El rey entró en la ciudad, y se apoderó de ella, y puso otro alcaide, y á Alabéz hizo muchas mercedes. No habia sino seis dias que estaba en Vera el rey, cuando se le entregaron los lugares siguientes: Vera, Antas, Lorin, Sorbas, Teresa, Cabrera, Sotena, Cricantocia, Las Cuevas, Portilla, Obera, Zurgena, Guercar, Velez el Blanco, Turbe, Mojacar, Uleyla del Campo, Cuerbro, Tabernas, Ynox, Albreas, el Box, Santo Perar, Huescar, Cijola, Pataloba, Finis, Albanabéz, Inmeytin, Ventiagla, Velez el Rubio, Tirieza, Jiquena, Purgena, Cullar, Benamantél, Castilleja, Orce, Galera, Utreza, Armuña, Bayarque, Sierto, Filabares, Vacares, Durca; y sin éstos otros muchos lugares del rio de Almanzor. Los tres Alabeces suplicaron al Católico rey que los mandase bautizar; conviene á saber: Alabéz, alcaide de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio, y Alabéz, alcaide de Velez el Blanco. El rey se holgó mucho de ello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el Obispo de Plasencia; y del alcaide de Vera fue padrino D. Juan Chacon, adelantado de Murcia, y del alcaide de Velez el Rubio lo fue un principal caballero llamado D. Juan de Avalos, hombre de grande valor, y muy estimado del rey por su grande bondad. Este Avalos fue alcaide de la villa de Cuellar, y él y otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Perez de Hita, pelearon

con los moros de Baza, que cercaron la villa de Cuellar tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos cristianos tan brava resistencia; y al fin los moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escribe Hernando del Pulgar, coronista del rey D. Fernando. Del nombre de este alcaide Avalos se llamó el alcaide de Velez el Rubio D. Pedro de Avalos, á quien el rey D. Fernando hizo muy grandes mercedes por su valor, y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiese traer armas, y tener oficios nobles en la república. Del alcaide de Velez el Blanco, hermano del que hemos dicho, fue padrino un caballero llamado D. Fadrique. De aquestos tres famosos alcaides hay hoy dia deudos, en especial de Avalos. De esta suerte se iban tornando cristianos algunos de los mas principales alcaides de estos lugares, entregándosele sin pensar. Siendo el rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de irse á Almería por ver su asiento, y ponerla cerco, dando lugar á los moros que se habian dado para que los que quisiesen se fuesen á Africa, ó adonde les pareciese, y que los que quisiesen estar quedos, que se estuviesen. Con esto el rey fue á Almería, donde tuvieron con los moros encuentros. Partióse de Almería el rey, dejando el cerco para despues; y asimismo lo hizo en Baza, despues de haber bien reconocido y visto donde podia poner sitio y real. Tuvo con los moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos de ellos: allí hizo D. Juan Chacon cosas memorables. Levantóse el real, y

fue á Huescar, la cual se dió luego. Aquí mandó el rey despedir la gente de guerra, y él se fue á Caravaca á adorar la santa cruz que allá está, y de allí se partió á Murcia, donde estaba la reina Doña Isabel, y descansó aquel año. En este tiempo hubo grandes rebeliones en los lugares que se habian dado; pero el rey D. Fernando los apaciguó enviando gente de guerra que los aquietase. El año siguiente puso cerco el rey D. Fernando á la ciudad de Baza, donde hubo muchas escaramuzas y batallas entre moros y cristianos. Vino á tanto estremo de necesidad Baza, que pidió socorro al rey viejo, que estaba retirado en Guadix, y al rey Chico de Granada, mas este no quiso darla ningun socorro. El rey viejo envió bastimentos y gente de guerra á Baza. Muchos moros de Granada comenzaron á alborotar la ciudad; y visto que el rey de ella no quiso dar favor á los de Baza, decian que los cristianos ganaban el reino, y no eran socorridos los moros, y que era mal hecho; y asi se salian muchos moros secretamente al socorro de Baza. El rey Chico enojado contra los que alborotaban la ciudad, mandó hacer pesquisa de ellos, y sabido les hizo cortar la cabeza. Al fin Baza se dió, y Almería y Guadix, porque el rey viejo las entregó. El rey D. Fernando le dió ciertas villas en recompensa; pero á pocos dias se pasó á Africa. Asi como se dieron las tres ciudades dichas, no hubo villa, lugar ni fortaleza que no se diese al rey Católico; de suerte que todo el reino estaba aprisionado, salvo la ciudad de Granada; y

asi será bien dar fin á las guerras civiles, y tratar del rey de ella.

Ya dijimos como fue prisionero el rey Chico de Granada por el alcaide de los Donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, y por el Conde de Cabra; y como el rey D. Fernando le dió libertad, con condicion que el moro le habia de dar cierto tributo. Otrosi, entre estos dos reyes fue concertado que acabado de ganar á Guadix, Baza y Almería, y todo lo demas del reino, el rey Chico le habia de entregar al rey D. Fernando la ciudad de Granada y Alhama, con el Alcazaba y Albaicin, Torres-Bermejas y castillo de Vivatambien, con todas las demas fuerzas de la ciudad; y que el rey D. Fernando le habia de dar al rey moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estuviese, para que con las rentas de ellos viviese hasta su fin. Pues habiendo el rey cristiano ganado á Baza, Guadix y Almería, con todo lo demas, luego envió sus mensageros al rey moro que le entregase á Granada y fuerzas de ella, como estaba puesto en el concierto y trato, y que él le daría á Purchena y los lugares prometidos. A esto respondió el rey moro que estaba arrepentido del trato hecho, que aquella ciudad era muy grande y populosa, y llena de gente, naturales y estrangeros, de los que habian escapado de todas las ciudades ganadas, y que habia diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se comenzaban nuevos escándalos en ella; y que aunque los cristianos se apoderasen de la

ciudad, que no la podrian sojuzgar: por tanto, que su alteza pidiese dobladas parias y tributo, que lo pagaría, y que no le pidiese á Granada, que no se la podia dar, y que le perdonase. Con aquesta respuesta se enojó el rey D. Fernando, en ver que le quebraba la palabra, y tornó á replicarle, que tenia determinado de darle á Purchena y otros lugares; y que pues le faltaba de su promesa, no le daría sino otros pueblos no tan buenos; y que pues decia que la ciudad de Granada no podia ser sojuzgada, que él se avendría con la gente, y que siendo entregado en las fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaría con facilidad; y que si no le entregaba la ciudad le harian cruel guerra. Turbado el moro de la resolucion del rey cristiano, juntó todos sus consejos, con los cuales comunicó aquel caso, y sobre ello hubo grandes pareceres. Los Zegríes decian que no hiciese tal, ni por imaginacion, ni quitase las armas. Los Gomeles y Mazas estuvieron de aqueste parecer. Los Venegas, Aldoradines, Gazules y Alabeces, que determinaban ser cristianos, decian que el rey D. Fernando pedia justicia, pues estaba asi concertado; y ya que debajo de aquel concierto el rey D. Fernando les habia dado lugar de cultivar sus haciendas y labores, y á los mercaderes para entrar y salir en los reinos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, que ahora no era justo hacer otra cosa; que no era de rey quebrar la palabra, pues el cristiano no la habia quebrado. Los Almoradís decian que no conve-

nia darle al rey D. Fernando nada de lo que pedia, que si él habia dado lugar á los moros para cultivar sus labores, tambien ellos no habian corrido los campos de las fronteras; que tambien ellos gozaban de aquella paz y concierto, y asi como los moros, y mejor. Toda la demas gente de guerra fue de este parecer, y le fue respondido al rey Católico, que no habia lugar á lo que pedia. Vista la respuesta del rey moro, y que venian á correr la tierra de los cristianos, mandó el rey D. Fernando reforzar y guarnecer todas las fronteras, y proveerlas de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco á Granada el verano siguiente; y asi se fue á Segovia á invernar.

CAPITULO XVIII,

en que se dá cuenta del cerco de Granada por los reyes Católicos, y de la fundacion de Santa Fé.

El verano siguiente vino el rey D. Fernando á Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña que tenian los moros en aprieto. Hecho esto se fue á Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió á Córdoba, y de allí vino á la Vega de Granada y destruyó todo el Valle de Alhendin, y mataron los cristianos muchos moros, y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegríes á

manos de los cristianos Abencerrages, y un Zegrí escapó huyendo á darle esta mala nueva al rey moro. El rey D. Fernando puso su real en la misma Vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadron formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por divisa un Cristo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegrí al rey se hizo este

ROMANCE.

Mensageros han entrado
al rey Chico de Granada;
entran por la puerta Elvira
y paran en el Alhambra.
Ese que primero llega
Mahoma Zegrí se llama,
herido viene en un brazo
de una muy mala lanzada.
Y asi como hubo llegado
desta manera le habla,
con el rostro demudado
de color muy fria y blanca:
«Nuevas te traigo, señor,
y una muy mala embajada.
Por ese fresco Genil
mucha gente viene armada:
Sus banderas traen tendidas,
puestas á son de batalla,
un estandarte dorado
en el cual viene bordada

Una muy hermosa cruz,
que mas relumbra que plata,
y un Cristo crucificado
traía por cada banda.
El general desta gente
el rey Fernando se llama:
todos hacen juramento
en la imagen figurada,
de no salir de la Vega
hasta rendir á Granada.
Y con esta gente viene
una reina muy preciada,
llamada Doña Isabel,
de grande nobleza y fama.
Veisme aquí, herido vengo
ahora de una batalla,
que entre cristianos y moros
en la Vega fue trabada.
Treinta Zegrís quedan muertos,
pasados por el espada
de cristianos Bencerrages
con braveza no pensada.
Perdóname por Dios, rey,
que no puedo dar el habla,
que me siento desmayado
de la sangre que me falta.»
Estas palabras diciendo
el Zegrí, allí se desmaya:
desto quedó triste el rey,
que no pudo hablar palabra.

Otros cantaron este romance de otra manera; y porque no se le hace agravio al que le

compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un mismo sentido, y dice asi:

Al rey Chico de Granada
mensageros le han entrado;
entran por la puerta Elvira
y en el Alhambra han parado.
Este que primero llega
es un Zegrí muy nombrado,
con una marlota negra,
señal de luto mostrando.
Las rodillas por el suelo,
desta manera ha hablado:
«Nuevas te traigo, señor,
de dolor en sumo grado.
Por ese fresco Genil
un campo viene marchando,
todo de lucida gente,
sus armas van relumbrando.
Las banderas van tendidas,
y un estandarte dorado:
el general de esta gente
es el invicto Fernando.
En el estandarte trae
un Cristo crucificado;
todos hacen juramento
morir por el figurado,
Y no salir de la Vega,
ni volver atrás un paso,
hasta ganar á Granada
y tenerla á su mandado.
Y tambien viene la reina,

muger del rey D. Fernando,
la cual tiene tanto esfuerzo
que anima á cualquier soldado.
Yo vengo herido, buen rey,
un brazo tengo pasado,
y un escuadron de tus moros
ha sido desbaratado.
Todo el campo de Alhendin
queda roto y saqueado.»
Estas palabras diciendo
cayó al Zegrí desmayado.
Mucho lo siente el rey moro,
del gran dolor ha llorado,
al Zegrí quitan de allí
y á su casa le han llevado.

Dejando ahora los romances, y tornando á lo que hace al caso de nuestra historia, el rey D. Fernando asentó su real, y le fortificó con muy gran discrecion, y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar en cuatro partes partido, quedando en cruz; el cual tenia cuatro puertas, y todas se veían estando en medio de las cuatro calles. Hizóse esta poblacion entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel á su cargo. Fue cercado de un firme baluarte todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecia una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada; siendo una cosa muy de ver, que no parecia sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro dia por la mañana cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de

Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey D. Fernando como vió acabado aquel lugar, y con tan gran perfeccion, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fé, y la dotó de muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy dia goza. Y porque esta ciudad se hizo de esta suerte, se compuso este romance antiguo, que dice así:

Cercada está Santa Fé
con mucho lienzo encerado,
al derredor muchas tiendas
de seda, oro y brocado,
Donde están duques y condes,
señores de grande estado,
y otros muchos capitanes,
que lleva el rey D. Fernando.
Todos de valor crecido,
como ya lo habreis notado
en la guerra que se ha hecho
en el granadino estado.
Cuando á las nueve del dia
un moro se ha demostrado
sobre un caballo negro,
de blancas manchas manchado;
Cortados ambos hocicos,
porque le tiene enseñado
el moro, que con sus dientes
despedace á los cristianos.
El moro viene vestido
de blanco, azul y encarnado,
debajo de esta librea
traía un muy fuerte jaco;

Una lanza con dos hierros
de acero muy bien templado,
una adarga hecha en Fez
de un ante rico estremado.
Aqueste perro con befa
en la cola del caballo.
la sagrada AVE MARIA
llevaba haciendo escarnio.
Llegando junto á las tiendas
de esta manera ha hablado:
«cuál sera aquel caballero,
que sea tan esforzado,
que quiera hacer conmigo
batalla en aqueste campo?
Salga uno, salgan dos,
salgan tres, ó salgan cuatro;
el alcaide de los Donceles
salga, que es hombre afamado.
Salga ese conde de Cabra,
en guerra esperimentado;
salga Gonzalo Fernandez,
que es en Córdoba nombrado,
O si no Martin Galindo,
que es valeroso soldado;
salga ese Portocarrero,
señor de Palma nombrado,
O el bravo D. Manuel
Ponce de Leon llamado,
aquel que sacára el guante,
que por industria fue echado
donde estaban los leones,
y él lo sacó muy osado.

Y si no salen aquestos,
salga el mismo rey Fernando,
que yo le daré á entender
si tengo valor sobrado.»
Los caballeros del rey
todos están escuchando;
cada uno pretendia
salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
mozo gallardo esforzado:
licencia le pide al rey
para salir al pagano.
«Garcilaso, sois muy mozo
para emprender este caso:
otros hay en el real
á quien poder encargarlo.»
Garcilaso se despide
muy confuso y enojado,
por no tener la licencia,
que al rey le habia demandado;
Pero muy secretamente,
Garcilaso se habia armado,
y en un caballo morcillo
salídose habia al campo.
Nadie le ha conocido,
porque sale disfrazado:
fuese donde estaba el moro,
y de esta suerte le ha hablado;
«Ahora verás tú, moro,
si tiene el rey D. Fernando
caballeros valerosos
que salgan contigo al campo.

Yo soy el menor de todos,
y vengo por su mandado.
El moro cuando le vido
en poco le habia estimado,
Y díjole de esta suerte:
« Yo no estoy acostumbrado
á hacer batalla campal
sino con hombres barbados.
Vuélvete, rapáz, le dice,
y venga el mas estimado. »
Garcilaso se enojó,
puso piernas al caballo,
Arremete para el moro,
y un grande encuentro le ha dado.
El moro que esto vido,
revuelve asi como un rayo:
Comienzan la escaramuza
con un furor muy sobrado:
Garcilaso, aunque era mozo,
muy gran valor ha mostrado.
Dióle al moro una lanzada
que el pecho le ha atravesado,
y el moro cayera muerto;
tendido le habia en el campo.
Garcilaso con presteza
del caballo se ha apeado:
cortárale la cabeza,
y en el arzon la ha colgado.
Quitóle el AVE MARIA
de la cola del caballo,
é hincando ambas rodillas
con devocion la ha besado,

Y en la punta de la lanza
por bandera la ha colgado:
subió en su caballo luego,
y el del moro habia tomado.
Cargado destos despojos
al real se habia tornado,
donde estan todos los grandes,
tambien el rey D. Fernando.
Todos tienen en grandeza
aquel hecho señalado:
tambien el rey y la reina
mucho se han maravillado,
por ser Garcilaso mozo,
y haber hecho un tan gran caso:
Garcilaso de la Vega
desde allí se ha intitulado,
porque en la Vega hiciera
campo con aquel pagano.

Como dice el romance, el rey y la reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el rey le mandó poner en sus armas las letras del AVE MARIA; con justa razon, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte, y por ello haberle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los moros de Granada salian á tener escaramuzas con los cristianos en la Vega, en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre. Los valerosos Abencerrages cristianos suplicaron al rey que les diese licencia para hacer un desafio con los Zegríes. El rey conociendo su bondad y valor se la otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero

D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles. Hecho el desafio, los moros Zegríes salieron fuera de la ciudad. El desafio se hizo de cincuenta á cincuenta; y no muy lejos vinieron los Zegríes muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada, plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrages salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color; en sus adargas su acostumbrada divisa, salvages que desquijaraban leones, y otros un mundo que le deshacia un salvage con un baston. De esta forma salió tambien el valeroso alcaide de los Donceles, y llegándose los unos á los otros, uno de los caballeros Abencerrages les dijo á los Zegríes: «Hoy ha de ser el dia, caballeros, en que nuestros prolijos bandos han de tener fin, y pagarnos la deuda que nos debeis, causa de vuestra malicia y envidia.» A lo cual replicaron los Zegríes, que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el rey de ver, y todos los demas del real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas, tanto, que fue parte su bondad para que los Zegríes fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demas puestos en huida. Los Abencerrages los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puso á los Zegríes en grande quebranto, y

al mismo rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido. Otro dia siguiente la reina Doña Isabel tuvó gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y asi acompañada del rey y de los Grandes, y gente de guerra, se fue á un lugar, llamado la Zubia, que está á una legua de Granada, y de allí se puso á mirar la hermosura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas del Alhambra; miraba los labrados y costosos olivares; miraba las Torres-Bermejas, la brava y soberbia Alcazar y Albaicin, con todas las demas torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima reina, y deseaba verse dentro, y tenerla ya por suya. Mandó la reina que aquel dia no hubiese escaramuza, mas no se pudo escusar, porque sabiendo que estaba allí la reina, quisieron darla pesadumbre; y asi salieron de Granada mas de mil moros, y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual se comenzó poco á poco, y se acabó muy de veras y á gran priesa, porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron mas de cuatrocientos de ellos, y cautivaron mas de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles, y Portocarrero, señor de Palma. Este dia mataron á casi todos los Zegríes: tambien esta pérdida sintió el rey de Granada, porque fue mucha. La reina se volvió al real con toda su gente, muy contenta de haber visto á Grana-

da y su asiento. En este tiempo unos leñadores moros se hallaron las cuatro marlotas y los cuatro escudos de los turcos que hicieron la batalla por la reina Sultana; y como entraron en Granada con ellas, y conocieron las marlotas y escudos por sus divisas, se las tomaron á los leñadores, preguntándoles dónde habian habido aquellas ropas y escudos. Los leñadores dijeron que ellos las habian hallado en lo mas espeso del Soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les volvió á preguntar si habian hallado á algunos caballeros muertos. Los leñadores respondieron que no. Gazul mandó llevar las marlotas y escudos á casa de la reina Sultana, y fue él tambien allá, y mostrando las marlotas á la reina, dijo: «Señora, ¿no son estas las propias marlotas de los caballeros que os libraron de la muerte?» La reina Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dijo que ellas eran. «Pues ¿qué es la causa, dijo Gazul, que unos leñadores se las hayan hallado?» —«No sé qué pueda ser, dijo la reina.» Luego sospecharon que los Zegríes y Gomeles los habian muerto, y que no podia ser otra cosa. Gazul contó lo que pasaba á los Alabeces y Venegas, Aldoradines y Almoradis, los cuales por aquel respecto trataron mal de palabras á los Zegríes que quedaban, y á los Gomeles y Mazas: éstos como estaban libres de aquello que se les imputaba, defendian su partido, y sobre ello se revolvió entre dichos linages de caballeros una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Granada; que harto tuvo el rey y los Alfaquíes que

apaciguar, y decian los Alfaquíes: «¿Qué haceis, caballeros de Granada? ¿Por qué volveis las armas contra vosotros mismos, estando vuestros enemigos á las puertas de la ciudad? Mirad que lo que ellos habian de hacer, haceis vosotros. Mirad que nos perdemos, y no es tiempo de andar en divisiones.» Tan buenas razones dijeron los Alfaquíes, y tanto hizo el rey y otros caballeros, que todo este escándalo fue apaciguado con gran pérdida de los caballeros Gomeles y Mazas, y algunos de sus contrarios. Muza, que deseaba que la ciudad se diese al cristiano rey, viendo armada de nuevo aquella division entre los mas principales, se holgó mucho por lo que él y los de su bando pretendian, que era ser cristianos, y entregar la ciudad al rey D. Fernando; y un dia estando á solas con el rey su hermano, le habló de esta manera:

«Muy mal lo has mirado, hermano Abdalí, en haber quebrado la palabra que le diste al rey cristiano, y no es trato de rey faltar en lo que propone. Veamos ahora cómo te puedes conservar en esta ciudad, que te ha quedado sola de tu reino. Bastimentos van faltando, puesta en division, no olvidados los rencores contra tí por la muerte de los Abencerrages, por su destierro tan sin ocasion, y por la deshonra que hiciste á tu muger la reina, que aunque fue bien vengada, los Almoradis y Marines sus parientes te tienen un odio mortal: no quisiste recibir jamás de mí ningun consejo, que si lo admitieras, no vinieras al estado miserable en que estás puesto,

no teniendo socorro ninguno para resistir la pujanza grande del rey cristiano. Y asi, ¿qué determinas hacer? ¿No hablas? ¿Por qué no me respondes? De mi voto, si no te quieres perder de todo punto, entrega al rey D. Fernando esta ciudad, pues que te dá en qué y con qué vivas tú y tus siervos. No le indignes mas, cumple la palabra con voluntad, si no quieres que á tu pesar te la haga cumplir. Adviértote que estan determinados los mas principales caballeros de Granada de irse á servir al rey Católico, ó darte muy cruel guerra; y si quieres saber quien son, has de saber que los Alabeces y Gazules, Aldoradines y Venegas, Azarques y Alarifes, y todos los de sus parcialidades, que tú conoces muy bien, y yo el primero, queremos ser cristianos y servir al rey D. Fernando. Por tanto, consuélate, y mira que si estos que te digo te faltan, ¿qué harás aunque sea en tu favor todo lo restante de la ciudad? Porque todos estos quieren guardar sus haciendas, y no quieren ver su amada patria destruida y saqueada, ni sus reales banderas y estandartes rotos con violencia no vista, y ellos esclavos, divididos por diversas partes de los reinos de Castilla. Muévete á hacer lo que te digo: mira con cuánta piedad y misericordia el rey D. Fernando ha tratado á los pueblos del reino, dejándoles vivir con libertad en sus propias casas y haciendas, pagando lo mismo que á tí te pagaban, y que traigan sus ropas y vestidos, y hablen la lengua y vivan en su ley.» Muy admirado y confuso se halló el rey con las razones

que su hermano Muza decia, y con la libertad con que le hablaba; y dando un doloroso suspiro, viendo que de todo punto le convenia dar su ciudad bella, porque no tenia reparo de hacer otra cosa; considerando que todos los caballeros querian ser de la parte del rey Católico, y su mismo hermano con ellos, y considerando que si no entregaba la ciudad, los males que la gente de guerra en ella pudieran hacer, asi de robos como de forzar á las doncellas y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hacer en las ciudades que rinden, le dijo á su hermano que estaba de parecer de darle ayuda y ponerse en las manos del rey D. Fernando. Y para la ejecucion de ello le dijo á Muza que llamase y juntase todos los caballeros y linages que estaban de aquel parecer, lo cual hizo luego el capitan Muza. Y siendo juntos en el Alhambra, se trató con ellos si le darian al victorioso rey D. Fernando á Granada. Todos los que estaban allí, Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, Azarques, Alarifes, y otros muchos caballeros de este bando, dijeron que la ciudad se entregase al rey D. Fernando. Visto que la flor y lo mejor de los caballeros de Granada estaban de parecer que la ciudad se entregase; mandando luego tocar sus trompetas y añafiles, al cual son se juntaron todos los caballeros, y cuando el rey Chico los vió juntos, les contó lo que estaba tratado entre él y su hermano, que por dolerse de la ciudad y no verla por el suelo, se la queria entregar al rey cristiano. En la ciudad albo-

rotada por esto, daban diferentes votos unos de otros: los unos decian que no se diese la ciudad; otros que sí, porque era bien para toda la ciudad; otros decian que anduviese la guerra, y que les vendria socorro de Africa; otros que no vendria. En estos dares y tomares estuvieron treinta dias, al cabo de los cuales fue entre todos determinado de dar la ciudad, y ponerse á la misericordia del rey D. Fernando; y con condicion que todos los que quisiesen vivir en su ley y quedarse con sus haciendas, trages y lenguage, asi como habian quedado todas las demas ciudades, villas y lugares que al rey cristiano se le habian entregado. Acordado esto de esta manera, fueron á hablar al rey D. Fernando sobre ello, y los que fueron á tratarlo eran Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, y Muza por cabeza de todos; los cuales salieron de la ciudad y fueron á Santa Fé donde estaba el rey D. Fernando acompañado de los Grandes de Castilla; el cual como vió venir tan grande escuadron, mandó que el real se apercibiese por si fuese menester, aunque por cartas de Muza sabia lo que se trataba en Granada. Llegaron al real los granadinos caballeros, se apearon y entraron en Santa Fé, y fueron al alojamiento real. Eran Muza, Malique Alabéz, Aldoradin y Gazul, los cuales llevaban comision de tratar este negocio. Todos los demas caballeros moros quedaron fuera del real paseándose y hablando con los demas caballeros, admirados de ver tanta braveza y apercibimiento de guerra, y de ver aquel fuerte

real y su asiento. Finalmente, los comisarios moros hablaron con el rey, y Aldoradin, caballero muy estimado, dijo lo siguiente:

Razonamiento que se hizo al rey D. Fernando.

«No las sangrientas armas ni el belicoso son «de acordadas trompetas y retumbantes cajas, ni «arrastradas banderas, ni muerte de varones ín«clitos, invicto y poderoso rey Católico, ha sido «parte para que nuestra ciudad de Granada vi«niese á entregarse, y dar, y abatir sus reales «pendones, sino la fama de tu soberana virtud «y misericordia, que de ordinario usas con tus «súbditos, lo cual es muy manifiesto á todos; y «confiados en que nosotros los moradores de la «ciudad de Granada no seremos menos tratados «ni honrados que los demas que á tu grandeza «se han dado, nos venimos á poner en tus rea«les manos, para que de nosotros y de todos «los de la ciudad hagas tu voluntad, como de «humildes vasallos; y desde ahora prometemos «de darte á Granada y todas sus fuerzas, para «que de la ciudad y de ellos dispongas á tu vo«luntad; y el rey besa tus reales pies y manos, «y pide perdon de haber faltado á la palabra y «juramento dado; y porque tu grandeza vea ser «esto asi, toma una carta suya, la cual me man«dó que pusiese en tus reales manos.»

Diciendo esto hincadas ambas rodillas, besó la carta, y se la dió al rey D. Fernando; y recibiéndola con mucho contento la abrió, y leida

entendió el rey ser asi lo que Aldoradin le habia dicho, y que su alteza fuese á Granada y tomase posesion de la ciudad y del Alhambra.

El Aldoradin pasó adelante con su plática diciendo: «Las condiciones arriba dichas son, que «los moros que quisiesen ir al Africa se fuesen «libres, y que los que se quisiesen quedar que «les dejasen sus bienes, y que los que quisiesen «vivir en su ley, viviesen, y trajesen su hábito y «hablasen su lengua.»

Todo lo cual les otorgó el rey D. Fernando muy alegremente; y asi los cristianos reyes de Castilla y de Aragon, D. Fernando y Doña Isabel fueron con gran parte de su gente á Granada, dejando su real á muy buen recaudo; y dia de los reyes en treinta dias de diciembre, les fue á los reyes Católicos entregada la fuerza del Alhambra: á dos dias del mes de enero la reina Doña Isabel y su corte, con toda la gente de guerra, partió de Santa Fé á Granada, y en un cerro que estaba junto á ella se puso á mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciese la entrega de ella. El rey D. Fernando tambien, acompañado de sus Grandes de Castilla, se puso por la parte de Genil adonde salió el rey moro, y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerzas, y se queria apear para besarle los pies. El rey D. Fernando no consintió que hiciese lo uno ni lo otro. Finalmente, el moro le besó la mano y le entregó las llaves, las cuales dió el rey al conde de Tendilla, por haberle hecho merced de la alcaidía,

porque la tenia bien merecida; y asi entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la torre de Comares tan famosa, se levantó la señal de la santa Cruz, y luego el estandarte de los Católicos reyes; y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: *Viva el rey D. Fernando, por él, y por la reina Doña Isabel, su muger.* La Católica y serenísima reina que vió la señal de la santa Cruz encima de la torre de Comares, y su estandarte real con ella, se hincó de rodillas, y puestas las manos dió infinitas gracias á Dios por la feliz victoria que habia ganado contra aquella populosa ciudad de Granada. La música de la capilla del rey cantó luego: *Te Deum laudamus.* Fue tan grande el placer de todos, que lloraban. Luego se oyeron en el Alhambra mil instrumentos de bélicas trompetas, pífanos y cajas. Los moros amigos del rey D. Fernando, que querian ser cristianos, y cuya cabeza era Muza, tocaron muchas dulzainas y añafiles, sonando gran ruido de tambores por toda la ciudad. Los caballeros moros que habemos dicho en aquella noche jugaron galanamente alcancías y cañas, las cuales se holgaron de ver los dos cristianos reyes. Habia tantas luminarias, y tantas fiestas y regocijos aquella noche, que era cosa de ver. Dice nuestro coronista, que aquel dia de la entrega de la ciudad, el rey moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es, que pasando el rey moro un rio, los moros que iban á la par de él le cubrieron los pies, lo cual el rey no quiso consentir. La otra costumbre es, que subiendo el

rey alguna escalera, los zapatos que se descalza, ó pantuflos, al pie de ella, los mas principales que van con él se los suben; lo cual el rey moro no quiso consentir aquel dia. Y asi como llegó á su casa el rey moro, que era el Alcazaba, comenzó á llorar lo que habia perdido; al cual llanto le dijo su madre, que pues no habia sido para defenderla hacia bien llorarla. Todos los Grandes de Castilla le fueron á besar las manos al rey D. Fernando y á la reina Doña Isabel, y á jurarlos por reyes de Granada y su reino. Los Católicos reyes hicieron muchas mercedes á todos los caballeros que se habian hallado en la conquista de Granada. Entregada la ciudad fueron puestas todas las armas de los moros en el Alhambra. Acabado de dar asiento en las cosas de Granada, mandó el rey D. Fernando que á los caballeros Abencerrages se les volviesen todas sus casas y haciendas, y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con Reduan, Sarracino y Abenamar, los cuales habian servido en la guerra muy bien, y con grande fidelidad. Muza y Celima se volvieron cristianos, y los casó el rey, y les dió grandes haberes. La reina Sultana fue á besar las manos á los reyes Católicos, los cuales la recibieron benigna y amorosamente, y dijo que queria ser cristiana; y asi la bautizó el nuevo arzobispo, y la puso por nombre Doña Isabel de Granada. Casóla el rey con un principal caballero, y le dió en dote dos lugares. A todos los Alabeces y Gazules el rey les hizo grandes mercedes, especialmente á Malique Alabéz, que se lla-

mó D. Juan Alabéz, y el mismo rey fue padrino suyo, y de Aldoradin, al cual llamó de su propio nombre Fernando Aldoradin. El rey mandó que si quedaban Zegries, que no viniesen á Granada, por la maldad que hicieron contra los Abencerrages. Los Gomeles se fueron á Africa, y el rey Chico con ellos, que no quiso estar en España, aunque le habian dado á Purchena en que viviese; y en el Africa le mataron los moros de aquellas partes, porque perdió á Granada. Nuestro moro coronista nos advierte de una cosa, y es, que los caballeros llamados Mazas, que no era este su propio nombre, sino Abembices. De este nombre Abembiz hubo dos linages en Granada, y no bien puestos los unos con los otros, porque cada uno decia ser de mas claro linage que el otro. Sucedió que el bando de aquellos Abembices en tiempo del rey de Castilla D. Juan I tuvieron una batalla en la Vega de Granada con los cristianos, y de los cristianos se llamaba el capitan y alferez, que era su hermano, D. Pedro Maza. Decian ser estos caballeros del reino de Aragon y de Valencia, y que esta sangrienta batalla fue muy reñida; de manera que los capitanes de ambas partes murieron, asímismo los alféreces, y los estandartes fueron trocados; que el de los moros llevaron los cristianos, y los moros se llevaron el de los cristianos; y fueron cautivos, asi de una parte como de otra, y respecto de aquella cruel batalla por la memoria de ella, en Granada diciendo ó nombrando los Abembices, respondian los Mazas ó los otros. De manera que

fueron llamados los Abembices Mazas, y se quedaron con aquel nombre. El rey D. Fernando les dió á los caballeros Venegas muy grandes mercedes y privilegios, como que pudiesen traer armas; y asimismo á los Alabeces y Aldoradines. La hermosa reina, que ser solia llamada Doña Isabel de Granada siendo casada, como ya hemos dicho, dió libertad á su criada Esperanza de Hita, y muchas y muy ricas joyas, y la envió á Mula, de donde era natural, al cabo de siete años de cautiverio. No muchos dias despues de tomada Granada, fue hallada una cueva de armas, de la cual se hizo grande pesquisa; y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Católicos reyes; y asi no las escribió ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la reina, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supó y entendió, no puso la pluma en ello, por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos reyes y de mas gravedad. Nuestro moro coronista supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió las dos cartas; la que envió á D. Juan Chacon, y la respuesta que le envió; que asi él pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quién fueron hasta ahora. Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fue á Africa y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió, y dejó hijos y un nieto suyo no me-

nos hábil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó á un judío, llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original arábigo le presentó á D. Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailén. Y por saber lo que contenia, y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese en castellano, y despues el conde me hizo merced de dármelo. Y pues ya hemos acabado de decir todas las guerras civiles, y los bandos de los Zegríes y Abencerrages, diremos algunas cosas de D. Alonso de Aguilar, y cómo le mataron los moros en Sierra Bermeja, con algunos romances de su historia, y daremos fin á los amores de Gazul y Lindaraja. Asi como bautizaron á Gazul, y habiéndole hecho el rey merced, pidió licencia para ir á Sanlucar, y diósela. Partióse luegó, y llego con brevedad, con el deseo que tenia de ver á su señora, y le hizo saber con un page su venida. Ella estaba enojada con él sobre ciertos celos, y no quiso oir al page, de lo cual le pesó á Gazul; y sabiendo que en Gelves se jugaban cañas, porque el alcaide de allí las habia ordenado por la paz de los reinos, quiso ir á jugarlas para mostrar su valor; y asi un dia se puso muy galan, la librea blanca, morada y verde, y las plumas de lo mismo, llenas de argentería de oro y plata, el caballo enjaezado de lo mismo; y antes

de partirse fue por la calle de Lindaraja por verla, y él llegaba á sus ventanas cuando la dama salía á un balcon. Gazul que la vió, lleno de alegría y contento picó al caballo, y llegando junto al balcon le hizo arrodillar y poner la boca en el suelo, asi como aquel que le tenia enseñado en aquello para aquella hora. Comenzó á hablar diciendo: «Qué le mandaba para Gelves, que iba allí á jugar cañas, y que con haberla visto llevaba esperanza de que le iría bien en aquella jornada.» La dama le respondió, que á la dama que servia le pidiese favores, que á ella no habia para qué, que no cuidase de engañar á nadie; y diciendo esto, echándole muchas maldiciones, se quitó del balcon y cerró la ventana con gran furia. Gazul viendo aquel gran disfavor de su dama, arremetió el caballo á la pared; y asi hizo la lanza pedazos y se volvió á su casa, y se desnudó para no ir á las cañas. No faltó quien le diese noticia de esto á Lindaraja, la cual estaba arrepentida de lo que habia hecho; y asi con un page envió á llamar á Gazul para que se viese con ella en un huerto que ella tenia. Gazul lleno de alegre esperanza vino á su llamado, y se vió con ella en aquel jardin, donde ella le dió disculpas, y pidió perdon de lo hecho, y se casaron los dos; y para que fuese á jugar cañas á Gelves ella le dió muy ricas empresas, y por esto se dice este

ROMANCE.

Por la plaza de Sanlucar
galán paseando viene
el animoso Gazul
de blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
á jugar cañas á Gelves,
que hace fiestas su alcaide
por las paces de los reyes.
Adora una Abencerrage,
reliquia de los valientes
que mataron en Granada
los Zegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla,
vuelve y revuelve mil veces,
penetrando con los ojos
las venturosas paredes.
Al cabo una hora de noche,
de esperanzas impacientes,
vióla venir al balcon,
haciendo los años breves.
Arremetió su caballo,
viendo aquel sol que amanece,
haciendo que se arrodille,
y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada la dice:
«No es posible sucederme
cosa triste en esta empresa,
habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma

obligacion y parientes;
volveráme mi cuidado,
por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
y no para que me acuerde,
sino para que me adorne,
guarde, acompañe y esfuerce.»
Celosa está Lindaraja,
que de celos grandes muere
de Zaida, la de Jerez,
porque su Gazul la quiere;
Y de esto la han informado,
que por ella ardiendo muere;
y asi á Gazul le responde:
«Si en la guerra te sucede,
Como mi alma desea,
y el tuyo falso merece,
no volverás á Sanlucar,
tan ufano como sueles,
á los ojos que te adoran,
y á los que mas te aborrecen.
Y plegue Alá que en las cañas
los enemigos que tienes,
te tiren secretas lanzas,
porque mueras como mientes.
Y que traigan fuertes jacos
debajo los alquiceles,
porque si quieres vengarte,
acabes, y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
tus contrarios te atropellen,
y que en hombros de ellos salgas,

cuando á servir damas entres;
Y que en lugar de llorarte
las que engañas y entretienes,
con maldiciones te ayuden,
y de tu muerte se alegren.
Piensa Gazul que se burla,
que es propio del inocente;
y alzándose en los estribos,
tomarla la mano quiere.
«Miente, la dice, señora,
el moro que me revuelve,
á quien estas maldiciones
le vengan, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida;
de que la amé se arrepiente:
malditos sean los años
que la serví por mi suerte.
Dejóme á mí por un moro
mas rico de pobres bienes.»
Esto que oye Lindaraja,
aquí la paciencia pierde.
A este tiempo pasó un page
con sus caballos ginetes,
que los llevaba gallardos
de plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
la tomó, y fuerte arremete,
haciéndola mil pedazos
contra las mismas paredes.
Y manda que sus caballos,
jaeces y plumas truequen,

los verdes en leonados,
para entrar leonado en Gelves.

Ya contamos como habiendo pasado aquestas palabras entre Lindaraja y Gazul, ella se quitó del balcon muy enojada y confusa, y dió con su mano á las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsideradamente: mas despues siendo de ello arrepentida, como aquella que amaba de todo corazon á Gazul, y sabiendo como desesperadamente habia trocado sus aderezos verdes, azules y blancos, en leonados, y roto la lanza con enojo en la pared, como atrás se dijo; enviándole á llamar, que le esperaba en su jardin, trató con él muy largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para irse al dicho juego de cañas á Gelves ricas preseas por su memoria. Y de esto se hizo este romance, que dice asi:

Adornado de preseas
de la bella Lindaraja,
se parte el fuerte Gazul
á Gelves á jugar cañas.
Cuatro caballos ginetes
lleva cubiertos de galas,
con mil cifras de oro fino,
que dicen: *Abencerraja*.
Cada librea de Gazul
era azul, blanca y morada,
los penachos de lo mismo
con una pluma encarnada.
De costosa argentería,
de fino oro, y fina plata,

pone el oro en lo morado,
la plata en lo rojo esmalta.
Un salvage por divisa
lleva enmedio de la adarga,
que desquijara un leon,
divisa hermosa y usada
De nobles Abencerrages,
que fueron flor de Granada;
de todos bien conocida,
y de muchos estimada.
Llevaba el fuerte Gazul,
por respeto de su dama,
que era de Abencerrages,
á quien por estremo amaba,
Una letra en lengua mora
que dice: *Nadie la iguala.*
De aquesta suerte Gazul
de Gelves entró en la plaza
Con treinta de su cuadrilla,
que asi concertado estaba,
de una librea vestidos,
que admira á quien los miraba;
Y una divisa sacaron
que ninguno discrepaba,
si no fue solo Gazul
en las cifras que llevaba.
Al son de los añafiles
el juego se comenzaba,
tan trabado y tan revuelto,
que parece una batalla.
Mas el bando de Gazul
en todo lleva ventaja:

el moro caña no tira
que no aportille una adarga.
Míranlo mil damas moras
de balcones y ventanas,
tambien lo estaba mirando
la hermosa mora Zaida;
La cual dicen de Jerez
que en las fiestas se hallara:
vestida va de leonado
por el luto que llevaba
Por su esposo tan querido,
que el bravo Gazul matara.
Zaida bien le reconoce
en el tirar de la caña:
Acuérdase en su memoria
de aquellas cosas pasadas,
cuando Gazul la servia
y ella le fue tan ingrata.
Muy mal pagó sus servicios,
y lo mucho que él la amaba:
siente tanto dolor de esto,
que allí cayó desmayada;
Y al cabo que volvió en sí,
su criada la hablara:
«¿Qué es esto, señora mia?
¿Por qué causa te desmayas?»
Zaida respondiera asi,
con voz muy baja y turbada:
«Advierte bien aquel moro
que arrojó ahora la caña:
Aquel se llama Gazul,
cuya fama es bien nombrada;

seis años fuí de él servida,
sin de mí alcanzar nada.
  Aquel mató á mi marido,
y de ello yo fuí la causa;
y con todo esto le quiero,
y le tengo acá en el alma.
  Holgára que me quisiera,
pero no me estima en nada;
adora una Abencerrage,
por quien vivo desmayada.»
  En esto se acabó el juego,
y la fiesta aquí se acaba:
Gazul se parte á Sanlucar
con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad y fortaleza de Gazul, y cuán bien lo habia hecho en el juego de cañas; y de su valor quedaron muchas damas amarteladas, y se holgaron de ser amadas de tan buen caballero. Llegado Gazul á Sanlucar, luego fue á ver á su dama Lindaraja, la cual no se holgó poco de su venida, y preguntándole muy por estenso todo lo que en Gelves habia pasado, el enamorado Gazul la satisfizo de todo con mucha alegría, contándola cuán bien le habia ido en aquel viage; y por esto se hizo el siguiente

ROMANCE.

De honor y trofeos lleno,
mas que el gran Marte lo ha sido,
el valeroso Gazul
de Gelves habia venido.

Vínose para Sanlucar,
donde fue bien recibido
de su dama Lindaraja,
de la cual es muy querido.
Estando ambos á dos
en un jardin muy florido,
con amorosos regalos
siendo cada cual servido,
Lindaraja aficionada,
una guirnarla ha tejido
de clavellinas y rosas,
y de un alhelí escogido.
Cercada de violetas,
flor que de amantes ha sido,
se la puso en la cabeza
á Gazul, y asi le ha dicho:
«Nunca fuera Ganimedes
de rostro tan escogido:
si el gran Júpiter te viera,
él te llevára consigo.»
El fuerte Gazul la abraza,
diciéndola con un riso:
«No pudo ser tan hermosa
la que el Troyano ha escogido;
Por la cual se perdió Troya,
y en fuego se habia encendido,
como tú, señora mia,
vencedora de Cupido.»
«Si hermosa te parezco,
Gazul, cásate conmigo,
pues que me diste la fé
que serías mi marido:»

«Pláceme, dice Gazul,
pues yo gano en tal partido.»

Estas y otras amorosas palabras pasaron entre Lindaraja y su amante Gazul; y asi ordenaron de casarse, y Gazul se la pidió á su tio, en cuyo poder estaba Lindaraja. El tio se holgó mucho, por ser Gazul principal y valiente; y asi se celebraron las bodas, y fueron muy costosas, y se hallaron en ellas muchos caballeros cristianos y moros; porque vinieron de Granada los cristianos Gazules, Abencerrages y Venegas. Tambien vino Daraja, hermana de Lindaraja, y su marido Zulema, que eran ya cristianos y muy queridos del rey Católico, y hubo toros, cañas y sortija. Duraron estas fiestas dos meses, al cabo de los cuales todos los caballeros que habian venido de Granada se volvieron, llevando consigo á los desposados, los cuales en llegando fueron á besar las manos á los reyes Católicos, de lo que holgaron mucho en verlos, y mandaron que todos los bienes del padre de Lindaraja se los entregasen á Gazul y su esposa. Tornóse cristiana Lindaraja, y llamóse Doña Juana; él se llamó D. Pedro Gazul cuando le bautizaron. En esta historia de Gazul se quedó por poner otro romance que era primero que el de Sanlucar; mas por no estar bueno, y no haberle entendido el autor que le hizo, se puso al principio, porque no causara confusion; y porque no quede con aquella ignorancia, diremos la verdad del caso. El romance que digo, es aquel que dice: *Sale la estrella de Venus*, y el que le com-

puso no entendió la historia, porque no tuvo razon de decir que se casaba Zaida, hija del alcaide de Jeréz, con el alcaide de Sevilla y su fuerza, porque el Gazul que mató al desposado de Zaida, no fue en tiempo que Jeréz ni Sevilla eran de moros, sino en tiempo de los reyes Católicos, como se prueba por aquel verso del romance de Sanlucar, cuando dice: *Reliquia de los valientes*; pues en este tiempo ya habian ganado los cristianos á Sevilla y Jeréz. Mas hase de entender de esta manera el romance y su historia. Zaida la de Jeréz era nieta ó biznieta de los alcaides de allí, siendo Jeréz tomada de cristianos, y quedando los moros en pleitesía, gozando de sus libertades, lengua y hábito, y viviendo en su secta; siendo los cristianos señores de la ciudad y fortaleza. Lo mismo fue en Sevilla, que aquel moro rico que dice el romance que se casaba con Zaida, por ser alcaide en Sevilla; no porque lo era él, sino su abuelo, y el moro vivia en Sevilla con los demas que en ella quedaron, y entre todos se trató el casamiento que dice el romance. Pues viniendo al caso, Gazul servia á Zaida en tiempo que se trató el casamiento con el moro de Sevilla, y nunca pudo alcanzar Gazul lo que pretendia, porque sabia Zaida que sus padres no querian casarla con él, sino con el sevillano, por tener algun deudo con él, y por ser mas rico que Gazul; y por eso no le favorecia, aunque le amaba de secreto, y no lo manifestaba por no dar disgusto á sus padres. Pues estando ya tratado el casamiento, una no-

che en cierta zambra que se hacia en la casa de Zaida se halló Gazul; porque entonces habia licencia para entrar de paz los moros en las tierras de los cristianos á tratar ó á hablar con los demas moros que estaban en ellas. Pues como se halló allí, danzó la zambra con Zaida; y estando danzando asidos de las manos, como es costumbre en aquel baile, no pudo refrenarse Gazul tanto con el demasiado amor que á Zaida tenia, que al tiempo que acabó de danzar, no la abrazase estrechamente; lo cual visto por el moro sevillano, asi como un leon, lleno y ciego de cólera, puso mano á su alfange y fue á herir á Gazul, el cual se puso en defensa, y aun hubiera ofendido muy mal al desposado, si no fuera por la gente que se puso de por medio. Alborotada la sala de Zaida por esta ocasion, sus padres de ella se enojaron mucho con Gazul, y le dijeron que se fuese á su casa. Gazul sin replicar en cosa alguna se salió muy enojado de allí, y juró de matar al desposado, y para ello aguardó tiempo y lugar oportuno; y sabiendo cuando se desposaba Zaida, ya que era hora, se aderezó muy bien, y subió en un muy buen caballo, y partió de Medina-Sidonia para Jeréz, y entró al anochecer cuando salian Zaida y su desposado, acompañados de muchos caballeros, asi cristianos como moros, de su casa, para ir á otra donde se habian de celebrar las bodas; lo cual visto por Gazul, rabioso de celos y de cólera, echó mano á un estoque y embistió con el desposado y le dió una estocada, de la

cual quedó muerto. Admirados los circunstantes de la tal hazaña, no sabian qué hacer, ni qué decir, salvo los parientes del muerto y los de Zaida, que acometieron á Gazul para matarle, diciendo; Muera el traidor; pero el valiente Gazul se defendió de todos, hiriendo á algunos de ellos, sin que á él le ofendiesen; y asi escapó de todos juntos. Por la muerte de Zaide, y por este hecho se dijo este romance que sigue, el cual se habia de poner primero que los ya dichos de Gazul; mas pues se ha declarado la causa, no importa que se ponga aqui, diciendo de esta manera:

Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del dia
su negro manto descoge.
Y con ella un fuerte moro,
semejante á Rodamonte,
sale de Sidonia armado;
de Jeréz la Vega corre,
Por do entra Guadalete
al mar de España, y por donde
Santa María del Puerto
recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
que aunque es de linage noble,
le deja su dama ingrata,
porque se suena que es pobre;
Y aquella noche se casa
con un moro, feo y torpe,
porque es alcaide en Sevilla
del Alcazar y la Torre.

Quejábase grandemente
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la Vega
con el eco le responde:
«Zaida, dice, mas airada
que el mar que las nubes sorbe;
mas dura é inexorable,
que las entrañas de un monte:
Cómo permites, cruel,
despues de tantos favores,
que de prendas que son mias
agena mano se adorne?
Es posible que te abrazas
á las cortezas de un roble,
y dejas el arbol tuyo
desnudo de fruto y flores?
Dejas á un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
y las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones!
Dejas al noble Gazul,
dejas seis años de amores,
das la mano á Alabenzaide,
que aun apenas le conoces!
Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
que por celos de él suspires,
y por ausencia le llores;
Y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojes;
y que de noche no duermas,
y de dia no reposes;

Ni en las zambras, ni en las fiestas
no se vista tus colores,
ni el almaizar que le labres,
ni la manga que le bordes;
Y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
y para verle en las cañas
no consienta que te asomes
A la puerta, ni ventana,
para que mas te alborotes;
y si le has de aborrecer,
que largos años le goces;
Y si mucho le quisieres
de verle muerto te asombres,
que es la mayor maldicion,
que te pueden dar los hombres.
Y plegue Alá que te enfade
cuando la mano le tomes:»
con esto llegó á Jeréz
á la mitad de la noche;
Halló el palacio cubierto
de luminarias y voces;
y los moros fronterizos
que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas,
y sus libreas conformes:
delante del desposado
en los estribos se ponen;
Que tambien anda á caballo
por honra de aquella noche.
Arrojándole una lanza,
de parte á parte pasóle;

Alborotóse la plaza;
desnuda el moro su estoque,
y por enmedio de todos
para Medina volvióse.

No hay cosa tan rabiosa como es el mal de celos; y asi están las escrituras llenas de casos acontecidos y desastrados por los celos; y con verdad dicen los que de ellos tienen esperiencia, que es cruel mal de rabia: esto nace de los amantes que son mal considerados, sino mírese por Zaida la de Jeréz, que despues de seis años de amores, y de otros dares y tomares que tuvo con Gazul, inconsideradamente le olvidó, y se casó con Zaide de Sevilla, por ser rico, y que Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas que eran diversas; porque Gazul, aunque no era rico, era noble de linage, muy valiente y gentil hombre, como ya se ha dicho; y no era tan pobre, que no tuviese hacienda que valia mas de treinta mil doblas; y muy emparentado en Granada, y todos los de su linage eran muy ricos y estimados; más porque el moro Zaide era de mayor riqueza le escogió por su marido. Mal aya la riqueza, pues que muchas veces por ella pierden muchas personas nobles muy buenas ocasiones por no ser ricos, como ahora tenemos ejemplo en Gazul que le desecharon, porque decian que no era tan rico como Zaide, segun parece por el romance; pero á mi parecer no se puede creer que Zaida olvidase á Gazul por ser pobre, al cabo de seis años de amores, en el cual tiempo no podria ignorar Zaida su necesidad;

y no podia ser perfecto amor, si fuera fundado en interés, porque por eso pintan á Cupido desnudo, que se entiende que los amantes han de estar desnudos de todo punto de materia de interés, porque si allí, como entre verdaderos amantes, de dos voluntades y de dos almas hacen una por la obediencia que el uno al otro se tienen, es fuerza que en lo menos, que es la hacienda, haya de haber la misma conformidad; y asi digo, que no es posible sino que por causa de sus padres ó deudos dejó Zaida á Gazul; y asi parece por aquel romance que trata del juego de cañas de Gelves, donde ella confesó á su criada querer á Gazul; por donde se colige que la casaron contra su voluntad. Este romance dicho, y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de su autor, va enmendado, declarando fielmente la historia; porque verdaderamente fueron los amores de Gazul en tiempo de los reyes Católicos, y Sevilla y Jerez ya eran de cristianos; Sevilla ganada por el rey D. Fernando el III, y Jerez por el rey D. Alonso XI; y asi no faltó otro poeta que compusiese otro romance por el mismo tema, y no tan intrincado como el pasado, el cual dice asi:

No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano,
que llamaron rey de Argél,
y de Zarza intitulado,
Salió por su Doralice
contra el fuerte Mandricardo,

como salió el buen Gazul
de Sidonia aderezado
  Para emprender un hecho,
tal, que nunca se ha intentado;
y para aquesto se adorna
de jacerina y de jaco,
  Y al lado puesto un estoque
que de Fez le fue enviado,
muy fino y de duro temple,
que le forjara un cristiano
  Que allá estaba en Fez cautivo,
porque del rey era esclavo:
mas le estimaba Gazul
que á Granada y su reinado.
  Sobre las armas se pone
un alquicel leonado:
lanza no quiere llevar
por ir mas disimulado.
  Pártese para Jerez,
do lleva puesto el cuidado;
toda la vega atropella,
corriendo con su caballo.
  Vadeando pasó el rio,
que Guadalete es llamado,
el que da famoso nombre
al Puerto antiguo nombrado,
  Que dicen Santa María
de este nuestro mar hispano.
Asi como pasó el rio,
mas aprieta á su caballo
  Para llegar á Jerez,
ni muy tarde ni temprano;

porque se casa su Zaida
con un moro sevillano,
Por ser rico y poderoso,
y en Sevilla emparentado;
y biznieto de un alcaide
que fue en Sevilla nombrado
Del Alcazar y la Torre;
moro valiente, esforzado.
Pues de casarla con este
á su Zaida habian tratado;
Mas aqueste casamiento
caro al moro le ha costado,
porque el valiente Gazul
á Jerez habia llegado.
A dos horas de la noche,
que asi lo tiene acordado,
junto á la casa de Zaida
se puso disimulado.
Pensando está qué haría
en un caso tan pesado;
determina entrar adentro
por matar al desposado.
Ya que á esto estaba resuelto,
vido salir muy despacio
mucha caterva de gente
con mil hachas alumbrando.
Su Zaida venia en medio
con su esposo de la mano,
que los llevan los padrinos
á desposar á otro cabo.
El buen Gazul que los vido,
con ánimo alborotado,

como si fuera un leon
se habia encolerizado.
Mas refrenando la ira
se acercó con su caballo,
por acertar en su intento,
y en nada salir errado;
Y aguarda llegue la gente
donde él estaba parado;
y como llegaron junto,
á su estoque puso mano,
Y en alta voz que le oyeran,
de esta manera ha hablado:
«No pienses gozar de Zaida,
moro bajo, vil, villano:
No me tengas por traidor,
pues que te aviso y te hablo;
pon mano á tu cimitarra,
si presumes de esforzado.»
Estas palabras diciendo,
un golpe le habia tirado
de una estocada cruel,
que le pasó al otro lado.
Muerto cayó el triste moro
de aquel golpe desastrado:
todos dicen: *muera, muera*
hombre que ha hecho tal daño.
El buen Gazul se defiende,
nadie se llega á enojarlo;
de esta manera Gazul
se escapa con su caballo.

Admirados quedaron todos los que iban acompañando á los desposados de lo que Gazul hizo,

y algunos heridos, porque pretendieron vengar la muerte del desposado; y visto que no podian ofender á Gazul por ir á caballo, y por ser valiente, alzaron el cuerpo del moro ya difunto, y le volvieron á casa de Zaida haciendo grandes llantos sus parientes y ella; la cual toda aquella noche no cesó de llorar á su amado esposo, y no le quedó de sus llantos otro consuelo, sino que sería posible que el enamorado Gazul tornaria á servirla como solia, y que se casaría con ella; lo cual sucedió muy diferentemente. La mañana venidera fue enterrado el difunto con mucha pompa, no sin faltar llanto de una parte y de otra. Los parientes del muerto se conjuraron de seguir á Gazul hasta la muerte por via de justicia, porque de otra suerte no tenian remedio. Pues volviendo á Gazul, asi como vió cumplido el fin de su deseo y juramento, como desesperado se fue á Granada donde tenia su hacienda y parientes; mas á pocos dias llegado, le fue puesta acusacion criminal delante del rey sobre la muerte del sevillano moro, que tambien se llamaba Zaide. Mucho le pesó al rey de la acusacion, porque amaba mucho á Gazul por su valor; mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusadores. Finalmente el mismo rey puso la mano en este caso, y con él otros caballeros de los mas principales de Granada; y tanto hicieron en ello, que condenaron á Gazul en dos mil doblas para las partes, y asi fue libre de este negocio. En este tiempo Gazul puso los ojos en Lindaraja, y se dió á

servirla, como ya hemos dicho, y ella le quiso bien; y acerca de ella Gazul y Reduan tuvieron aquella batalla que se ha contado. Finalmente, por respeto de Muza Reduan se apartó de sus amores con Lindaraja, y quedó por Gazul, el cual la sirvió hasta que sucedió la muerte de los Abencerrages, donde fue muerto el padre de Lindaraja; y por esto ella se salió de Granada como desterrada, y se fue á Sanlucar, y con ella Gazul y otros amigos suyos. Estando en Sanlucar estos dos amantes, se hablaban y visitaban con gran contento. Despues como el rey D. Fernando cercó á Granada, fue Gazul llamado de sus parientes para que se hallase con ellos en el trato que se habia de hacer con el rey de Granada para que al rey cristiano se le entregase la ciudad. Gazul se partió á Granada, y no faltó quien dijo á Lindaraja los amores de Gazul y Zaida, y la muerte que le dió á su esposo; y aun la dijeron que Gazul estaba en aquella sazon en Jerez, y no en Granada, de lo cual Lindaraja recibió mucha pena y mortales celos en su ánima; y fue la causa principal que Lindaraja se mostró cruel á Gazul cuando volvió de Granada á Sanlucar. Pues como vió tanta mudanza en Lindaraja, estaba muy confuso, por no saber la causa de aquellos desdenes, y pretendió hablarla para satisfacerla; pero ella no quiso escucharle, mostrándose cruel. A esta sazon se ordenaba en Gelves aquel juego de cañas: fue enviado á él Gazul, para lo cual se puso tan galan, como habemos dicho. Antes de ir á Gelves quiso verla y hablarla;

hablándola pasó lo atrás referido, y como dijimos fueron á Granada. Zaida se halló burlada, porque siempre entendió que Gazul volveria á pretenderla; y cuando supo que se habia casado, le aborrecia; y dicen que se casó Zaida con un primo hermano de Gazul, que era muy rico y estimado, y vivia en Granada, y mediante esto cesó el rencor. Pues dejándolo á un lado, y volviendo á nuestra historia, que todavia hay que decir, á pocos dias se rebelaron los lugares de la Alpujarra; por lo cuál convino que el rey D. Fernando mandase juntar á todos sus capitanes, y estando juntos les dijo: «Bien sabeis como Dios nuestro Señor ha sido servido de ponernos en posesion de Granada y su reino, con tanta costa y trabajo nuestro. Ahora parece que no temiendo nuestro castigo se han rebelado los lugares de la Sierra, y es menester irlos á conquistar de nuevo. Por tanto, ¿cuál se determina á ir á emprender esta hazaña, y poner mis reales pendones encima de las Alpujarras, que yo lo tendré á gran servicio, y aumentará la honra?» Con esto dió fin á sus razones el rey, aguardando respuesta de algunos de los capitanes: todos los cuales se miraban unos á otros, sin aceptar ninguno la oferta del rey, porque era una conquista muy dificultosa. Y visto por el capitan D. Alonso de Aguilar que todos estaban suspensos y nadie respondia, se levantó haciendo la reverencia debida, y dijo: «Esa empresa, Católica magestad, confirmada está para mí, porque la reina me la tiene prometida.» Admirados que-

daron todos los demas caballeros de la aceptacion de D. Alonso, con la cual el rey tambien se holgó mucho. Luego á otro dia mandó que se le diesen á D. Alonso mil infantes, todos escogidos, y quinientos hombres de á caballo. Entendió el rey y los de su consejo, que con aquella gente habria harto para tornar á apaciguar aquellos pueblos levantados y rebeldes. D. Alonso de Aguilar acompañado de muchos caballeros, deudos y amigos suyos que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partió de Granada y comenzó á subir la sierra. Los moros asi que supieron la venida de los cristianos, con presteza se apercibieron para defenderse, y tomaron todos los pasos mas estrechos y angostos del camino, para impedir á los cristianos la subida: despues marchando D. Alonso con su escuadron y metidos por los caminos mas estrechos, los moros con grandes alaridos acometieron á los cristianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuestas abajo, con lo que hacian muy notable daño en la cristiana gente, y tanto, que mataban á muchos. La gente de á caballo fue desbaratada de todo punto, y se hubo de retirar atrás por no poder hacer ningun efecto; y allí murieron muchos de ellos. Visto por D. Alonso el poco provecho de sus caballos, y la destruccion total de los infantes, á grandes voces animaba su gente subiendo todavia; pero ningun provecho se les seguia de esto, porque sin pelear los moros mataban muchos soldados con las peñas que arrojaban. Fue tal la matanza, que

cuando D. Alonso llegó á lo alto no tenia quien le ayudase, porque los que subieron con él eran pocos y mal heridos; y en la cumbre de la sierra, en un llano que habia, determinó de pelear con los moros, y cargaron tantos, que en breve tiempo mataron á los cansados cristianos; y el último fue D. Alonso, habiendo mostrado el valor de su animoso corazon, pues cuando él murió habia muerto mas de treinta moros. Algunos se escaparon y dieron la nueva al rey D. Fernando de la pérdida de D. Alonso de Aguilar y su gente; lo cual fue muy sentido en toda la corte, y por este suceso se hizo el siguiente

ROMANCE.

Estando el rey D. Fernando
en conquista de Granada,
donde estan duques y condes,
y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
de la nobleza de España;
despues de haberla ganado
á sus capitanes llama.
De que los tuviera juntos
desta manera les habla:
«¿Cuál de vosotros, amigos,
irá á la sierra mañana
á poner el mi pendon
encima del Alpujarra?»
Míranse unos á otros,
y el sí ninguno le daba,

que la ida es peligrosa,
y dudosa la tornada:
Y con el temor que tienen
á todos tiembla la barba,
si no fuera á D. Alonso
que de Aguilar se llamaba.
Lavantóse en pie ante el rey,
desta manera le habla:
«Aquesta empresa, señor,
para mí estaba guardada;
Que mi señora la reina
ya me la tiene mandada.»
Alegróse mucho el rey
por la oferta que le daba.
Aun no era amanecido
D. Alonso ya cabalga
con quinientos de á caballo
y mil infantes llevaba.
Comenzó á subir la sierra
que llamaban la Nevada:
los moros cuando los vieron
ordenaron gran batalla,
Y entre ramblas y mil cuestas
se pusieron en parada.
La batalla se comienza
muy cruel y ensangrentada,
Porque los moros son muchos,
tienen la cuesta ganada;
aquí la caballería
no podia pelear nada;
Y asi con grandes peñascos
fue en un punto destrozada;

los que escaparon de aquí
vuelven huyendo á Granada.
D. Alonso y sus infantes
subieron una llanada,
aunque quedan muchos muertos
en una rambla y cañada.
Tantos cargan de los moros,
que á los cristianos mataban;
solo queda D. Alonso,
su compaña es acabada.
Pelea como un leon,
pero no le aprovechaba,
porque los moros son muchos,
y ningun vagar le daban.
En mil partes está herido,
no puede mover la espada;
por la sangre que ha perdido
D. Alonso se desmaya:
al fin cayó muerto en tierra,
á Dios rindiendo su alma.
No se tiene por buen moro
el que no le dá lanzada;
lo llevaron á un lugar
que es Oxijerán nombrada.
Allí lo vienen á ver
como á cosa señalada:
míranle moros y moras,
y de su muerte se holgaban.
Llorábale una cautiva,
una cautiva cristiana,
que de chiquito en la cuna
á sus pechos le criára.

A las palabras que dice
cualquiera moro lloraba:
«D. Alonso, D. Alonso,
Dios perdone la tu alma,
pues te mataron los moros,
los moros del Alpujarra.»

Este fin lastimoso tuvo D. Alonso de Aguilar: ahora sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances; porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fue en la Sierra Nevada; otro poeta que hizo el romance de rio Verde, dice que fue la batalla en Sierra Bermeja. No sé cuál elija: el lector puede hacer esta eleccion, pues importa poco que muriera en una parte ó en otra, que todo se llama Alpujarra; aunque me parece que la batalla dicha pasó en Sierra Bermeja, y asi lo declara un romance que dice así:

Rio Verde, rio Verde,
tinto vás en sangre viva,
entre tí y Sierra Bermeja
murió gran caballería.
Murieron duques y condes,
señores de gran valía;
allí muriera Urdiales,
hombre de valor y estima.
Huyendo vá Sayavedra
por una ladera arriba,
tras él iba un renegado
que muy bien le conocia.

Con algazara muy grande
de esta manera decia:
«Date, date, Sayavedra,
que muy bien te conocia.
Bien te vide jugar cañas
en la plaza de Sevilla,
y bien conocí á tus padres,
y á tu muger Doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo,
y me diste mala vida;
ahora lo serás mio,
ó me ha de costar la vida.»
Sayavedra que lo oyera,
como un leon revolvia;
tiróle el moro un cuadrillo,
y por alto hizo la via.
Sayavedra con su espada
duramente le heria;
cayó muerto el renegado
de aquella grande herida.
Cercaron á Sayavedra
mas de mil moros que habia;
hiciéronle mil pedazos
con saña que de él tenian.
D. Alonso en este tiempo
muy gran batalla le hacian,
el caballo le habian muerto,
por muralla le tenia,
Y arrimado á un gran peñon
con valor se defendia:
muchos moros tiene muertos;
mas muy poco le valia,

Porque sobre él cargan muchos,
y le dán grandes heridas;
tantas, que allí cayó muerto
entre la gente enemiga.
Tambien el conde de Ureña,
mal herido en demasia,
se sale de la batalla
llevado por una guia,
Que sabia bien la senda
que de la sierra salia;
muchos moros deja muertos
por su grande valentía.
Tambien algunos se escapan,
que al buen conde le seguian;
D. Alonso quedó muerto,
recobrando nueva vida
con una fama inmortal
de su esfuerzo y valentía.

Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de D. Alonso de Aguilar fue en Sierra Bermeja, alumbrados de los cronistas reales habiendo visto el romance pasado, no faltó un poeta que hizo otro nuevo, que dice así:

Rio Verde, rio Verde,
cuánto cuerpo en tí se baña
de cristianos y de moros,
muertos por la dura espada.
Y tus hondas cristalinas
de roja sangre se esmaltan;
entre moros y cristianos
muy gran batalla se traba.

Murieron duques y condes,
grandes señores de salva;
murió gente de valía
de la nobleza de España.
En tí murió D. Alonso,
que de Aguilar se llamaba,
el valeroso Urdiales,
con D. Alonso acababa.
Por una ladera arriba
el buen Sayavedra marcha;
natural es de Sevilla,
de la gente mas granada;
Tras él iba un renegado,
de esta manera le habla:
«Date, date, Sayavedra,
no huyas de la batalla:
Yo te conozco muy bien,
gran tiempo estuve en tu casa,
y en la plaza de Sevilla
bien te vide jugar cañas:
Conozco á tu padre y madre,
y á tu muger Doña Clara;
siete años fuí tu cautivo,
malamente me tratabas,
Y ahora lo serás mio,
si Mahoma me ayudára,
y tambien te trataré,
como tú á mí me tratabas.»
Sayavedra que le oyera
al moro volvió la cara;
tiróle el moro una flecha,
pero nunca le acertaba.

Hiriérale Sayavedra
de una herida muy mala;
muerto cayó el renegado
sin poder hablar palabra.
Sayavedra fue cercado
de mucha mora canalla,
y al cabo cayó allí muerto
de una muy mala lanzada.
D. Alonso en este tiempo
bravamente peleaba;
el caballo le habian muerto,
y le tiene por muralla.
Mas cargaron tantos moros,
que mal le hieren y tratan;
de la sangre que perdia
D. Alonso se desmaya.
Al fin, al fin, cayó muerto
al pie de una peña alta;
tambien el conde de Ureña
mal herido se compara.
Guiárale un adalid,
que sabe bien las entradas;
muchos salen trás el conde
que le siguen las espaldas:
muerto queda D. Alonso,
eterna fama ganára.

Esta fue la honrada muerte del valeroso D. Alonso de Aguilar; y como hemos dicho les pesó mucho á los reyes Católicos, los cuales como viesen la brava resistencia de los moros, por estar en tan ásperos lugares, no quisieron enviar

por entonces contra ellos mas gente. Mas los moros de la Serranía viendo que no podian vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron á Africa, y los otros se dieron al rey D. Fernando, el cual los recibió muy bien, lleno de clemencia y gozo. Este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada, á honra y gloria de Dios nuestro Señor.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



